

H

ANTOLOGÍA RELATA
2014

Talleres Literarios

H

H

ANTOLOGÍA
CUENTO Y POESÍA

Talleres Literarios

2014

Red de Escritura Creativa-RELATA

H

Antología red de escritura creativa relata / prologuista Miguel Ángel Manrique. -- Editor Pablo Pardo Rodríguez. -- Ibagué : Caza de Libros Editores, 2014.
360 páginas ; 21 cm.
ISBN 978-958-8822-73-0
1. Cuentos colombianos 2. Poesía colombiana I. Manrique, Miguel Ángel, prologuista II. Pardo Rodríguez, Pablo, editor.
Co861.6 cd 21 ed.
A1470839

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

ANTOLOGÍA RELATA 2014

Red de Escritura Creativa-RELATA

Ministerio de Cultura

MINISTRA

Mariana Garcés Córdoba

VICEMINISTRA

María Claudia López

SECRETARIO GENERAL

Enzo Rafael Ariza

DIRECTORA DE ARTES

Guiomar Acevedo Gómez

LITERATURA Y LIBRO - RELATA

Nahum Montt Pineda
Daniel Ibarra Andrade
Carlos Octavio Cóbbita Villamil
Vanessa Morales Rodríguez
Diana Yanir Gutiérrez
Paula Camila Garrido Rubiano

ISBN 978-958-8822-73-0

© Varios Autores

© Ministerio de Cultura,
República de Colombia
RELATA www.mincultura.gov.co
redrelata@mincultura.gov.co

© Caza de Libros Editores

Fundaproempresa
Primera edición: Diciembre de 2014,
Ibagué

EDICIÓN Y DISEÑO FINAL

Caza de Libros Editores
Paola Hormechea Cuéllar

EDICIÓN DE TEXTOS Y PRESENTACIÓN

Miguel Ángel Manrique

CONCEPTO GRÁFICO DE LA COLECCIÓN

Tangramgráfica

Distribución y ventas: Caza de Libros Editores

Calle 45A N° 19-26 B. Palermo. Bogotá - Cra. 7A N° 19-41 B. Interlaken. Ibagué, Colombia

www.cazadelibros.com / cazadelibros@gmail.com

Printed and made in Colombia / Impreso y hecho en Colombia por Linotipia Bolívar

Prohibida, la reproducción total o parcial de esta obra sin la autorización escrita de los editores y propietarios del copyright.

 MINCULTURA



RELATA
RED DE ESCRITURA CREATIVA

ÍNDICE

PRESENTACIÓN

| | |
|-------------------------------|----|
| LA CARA DE MIS CONTEMPORÁNEOS | 13 |
| Miguel Ángel Manrique | |

CUENTO

| | |
|----------------------|----|
| EL TODOPODEROSO | 21 |
| Luis Carlos Mantilla | |

| | |
|-------------------------------------|----|
| EL DÍA QUE PERDÍ LA OREJA IZQUIERDA | 27 |
| Andrés Galeano | |

| | |
|------------------------|----|
| PROYECTO TESLA | 33 |
| María Victoria Acevedo | |

| | |
|-----------------------|----|
| UN CHEVROLET 55 | 38 |
| ÁLVARO MOJICA SALAZAR | |

| | |
|----------------------|----|
| CICLO DEL LICOR | 42 |
| Jorge Romero Polanco | |

| | |
|------------|----|
| MIGUEL | 48 |
| Anny Gómez | |

| | |
|--------------|----|
| EL ALMA | 52 |
| Juan Andrade | |

| | |
|--------------------------|----|
| TRÁGICO DESTINO | 56 |
| Gildardo Gutiérrez Isaza | |

| | |
|------------------------|----|
| EL ALMUERZO | 64 |
| Javier Viloria Escobar | |

| | |
|---|-----|
| UNA VEZ MÁS Caridad Brito | 66 |
| LA PESADILLA Ana Rita Jordán | 71 |
| EL BRUJO MISTIC Consuelo Jaramillo | 73 |
| EL CARNICERO Adolfo Ceballos Vélez | 76 |
| EL CAZADOR Linda Cardona | 81 |
| EL PREMIO Luis Jesús Hernández | 85 |
| INDICIOS Ricaurte Carmona Jaramillo | 87 |
| LA CAJA DE LOS PISAHUEVOS Adriana Villamizar Ceballos | 91 |
| LA CABEZA DE ARISTÓTELES (DESPUÉS DE LEER Y RELEER LA MANCHA INDELEBLE DE JUAN BOSCH) Salvatore Laudicina | 96 |
| GUAYO Segundo Salamanca Muñoz | 101 |
| LA JUBILACIÓN Guillermo J. Mejía | 106 |
| LA MUJER DEL GENERAL Jorge Hernán Arce González | 110 |
| LAS DOS VÍRGENES Humberto Betancourt R. | 115 |

| | |
|---------------------------------|-----|
| AÍDA | 120 |
| Guillermo Efrén Rivas Gómez | |
| LINCÁTROPO GALLINAZUS | 125 |
| Henry Jiménez | |
| LUZ DE NIEVE | 132 |
| Ányelo López Bedoya | |
| EL SUEÑO DE ANDRÓMEDA | 135 |
| Jhon Wálter Torres Meza | |
| MANUAL PARA ARMAR A CECILIA | 139 |
| Miguel Barrios Payares | |
| NEGAR EL DÍA | 145 |
| Jhon Agudelo | |
| OJOS ÍNDIGO | 151 |
| Jael Monroy Soto | |
| PATERNIDAD | 158 |
| Francisco Porras Montoya | |
| PRIMOGENITO PECADO | 163 |
| Ángela María Alarcón Montenegro | |
| UTOPIA | 167 |
| Edison Mauricio DeIgado Miranda | |
| LIBRE DE EQUIPAJE | 169 |
| Ángela Cajiao Meneses | |
| LOS ASUNTOS DE MERY | 175 |
| Cristian Guerra Medina | |
| LLANERO NO SE ACOBARDA | 179 |
| Maris Ricaurte | |

| | |
|--|-----|
| SUCEDIÓ EN AGUAS DULCES (UN RELATO BASADO EN HECHOS REALES) | 182 |
| Carlos Restrepo | |

POESÍA

| | |
|---------------------------------|-----|
| BABEL DESNUDA | 197 |
| Mayra Alejandra Díaz | |
| DIFUMINACIONES VITALES | 204 |
| Clara Inés Cuervo Mondragón | |
| LA LEYES DEL PADRE | 215 |
| Daniel Mauricio Montoya Álvarez | |
| HAIKÚ | 221 |
| María del Socorro Vélez | |
| POEMAS | 231 |
| Carmen Alicia Pérez | |
| LOS OFICIOS DEL DESPLAZAMIENTO | 238 |
| Judith Rodríguez Castro | |
| BLANCO BRILLANTE | 248 |
| Nanny Zuluaga Henao | |
| EXILIO | 252 |
| Juan González | |
| SEPARACIÓN DE BIENES | 257 |
| Patricia Lemus Guzmán | |
| LA MUCHACHA Y EL PEZ | 262 |
| Jhairan Antonio López García | |

| | |
|---|-----|
| MEMORIAS DE SU NOMBRE Nataly Ochoa Cano | 269 |
| SOPA DE ESPINAS Mauricio Lazo Castañeda | 274 |
| CÁNDIDA ERÉNDIRA Hugo Oquendo Torres | 288 |
| POEMARIO Mario Ávila | 292 |
| CANCIÓN DEL QUE DUERME Gabriel Mendoza | 302 |
| SELECCIÓN POÉTICA Alberto Amarís | 309 |
| ÁNGELES COMO LLUVIA Éder Francisco Navarro Márquez | 319 |
| HABITACIÓN RAPSODA Camilo Saldarriaga | 329 |
| AUTORES Y TALLERES | |
| SOBRE LOS AUTORES | 341 |
| NOTA BIBLIOGRÁFICA | 359 |

H
PRESENTACIÓN
H

LA CARA DE MIS CONTEMPORÁNEOS

Miguel Ángel Manrique

H

Sé que todos se aproximan a los cincuenta y ya es hora, me digo, de adquirir cierta rotundidad o estremecimiento, pero no lo veo en mí fácilmente. Algo se me oculta en el que me dice que soy. Siempre me hace falta la foto definitiva en la que al fin pueda decirme a mí mismo que ese soy yo, uno de mis contemporáneos.

RAMÓN COTE BARAIBAR

UNO

La literatura colombiana es hoy un pequeño campo verde, variado y rico en visiones del mundo, acentos e imágenes. En obras y autores. Tal vez, universalmente hablando, la influencia actual de la narrativa y la poesía de nuestro país no sea tan amplia. No cause el impacto que en su momento tuvo la obra de García Márquez. Otras literaturas siguen ejerciendo en nuestro país su influjo ansioso. Gabriel García Márquez puso a escribir al mundo al antojo de lo que se llamó realismo mágico, una visión caribe del universo, poética y

desmesurada. Pocos escritores se atreven hoy a escribir siguiendo ese estilo.

El cuento y la poesía en Colombia trascendió el vaho aturridor de esos abuelos literarios que fueron Gabriel García Márquez y Álvaro Mutis. Aunque no se niegan de tajo las tradiciones propias, las apuestas de los escritores colombianos actuales proceden de otras fuentes y lenguajes.

Colombia, que se ha construido como país en medio de la violencia política, de la violencia de los narcotraficantes y de la violencia de la delincuencia común, es regionalmente diversa. Tenemos una literatura heterogénea. Las obras y los autores son diferentes, suenan diferente, muestran virtudes y defectos distintos.

Aunque, siguiendo a Sebastián Pineda Buitrago, de Tomás Carrasquilla a Héctor Abad hay ciertas cercanías. De Álvaro Mutis a Ramón Cote Baraibar, cierta mescolanza. De García Márquez a Roberto Burgos Cantor, ciertos hilos comunes.

La narrativa y la poesía colombiana han hablado del amor como una imposibilidad, de la familia como una perdición, del paisaje como una presencia enemiga ineludible, de la precariedad de vida de la gente, de las vicisitudes de la clase media, de las consecuencias del conflicto político, del clasismo y la exclusión como males históricos, de la desigualdad perenne, del narcotráfico y la emigración. Los personajes populares de nuestra literatura han sido mujeres frágiles, enfermas, coroneles, familias, aventureros, poetas, sicarios, héroes locales que apenas están logrando un reconocimiento universal.

Nuestros poetas han cantado a la fugacidad del amor, a la noche, a los amantes, a la naturaleza, al olvido, a los objetos y a la vida cotidiana.

Los hay que dicen, como Ramón Cote Baraibar:

*Llevas dieciséis años escribiendo
al lado de la misma ventana y en todo este tiempo
has venido rasgando con tu codo la tela del sofá*

Los hubo que fueron cosmopolitas en esta aldea carpetovetónica, judíos errantes, tropicales con disfraz de vikingos, burlones, tragicómicos, urbanos, nostálgicos, elocuentes, discretos, disparatados, sin esperanza y desconocidos.

O que pronuncian, como J. J. Junieles:

Mi madre aseguraba que una taza de ruibarbo podía curarlo todo, hasta los males del amor.

Dos

No sé todavía cómo será la cara definitiva de mis contemporáneos, pero percibo en sus símbolos, en su lenguaje y en sus temas una literatura diferente a la de nuestros padres y abuelos. Hay quien se pone a dialogar con sicarios y asesinos. Quien narra los fracasos. Quien muestra el dolor ante la muerte inesperada o violenta de sus parientes cercanos. Hay quien extraña el pasado rudo y épico. Hay quien se pone a contar cómo es la violencia en las calles de nuestras ciudades. Hay también quienes hablan de otros mundos y otros ámbitos.

La literatura colombiana no se define por la puesta en escena de uno u otro mito. No está dominada por ningún tema o arquetipo. La pluralidad de voces de la literatura colombiana actual, la negación consciente o inconsciente de las tradiciones, las rupturas evidentes con tal o cual padre, con el presente, con la ciudad o con lo contemporáneo, muestran que se ha perdido el complejo de inferioridad. Más que una literatura nacional, esa que definía un carácter, una manera de ser, un lenguaje, una visión del mundo o una ideología, como lo expresaba Octavio Paz en *El laberinto de la soledad*, ya no existe. Hay solo una literatura escrita por colombianos que bien pueden escribir o no de lo que somos, no importa. Sin fronteras. Buena o mala, local o universal. Sin embargo, ese conjunto de obras y autores persisten en su lucha constante por ubicarse en un lugar privilegiado del campo literario nacional. Por pertenecer al canon. Porque algún día se les recuerde en algún libro de historia de la literatura nacional, ya no digamos universal, gracias a una frase, un personaje o un verso. Un campo tal vez parco en premios y reconocimientos, quizá prolijo en mezquindades y rivalidades, resistente a leerse y reconocerse, pero rico en propuestas y ambiciones. Colombia tan pobre en lectores, con un gusto literario,

en general, telenovelesco, rayano a veces en lo cursi, como decía Hernando Téllez, a veces en lo solemne y señorial, está cerca de alcanzar su mayoría de edad literaria. De superar esas visiones del mundo. Pero no por la audacia o méritos de un solo escritor, que no hace verano, sino de la persistencia ya de decenas de autores, de cientos de obras.

TRES

Los talleres literarios de Relata permiten que nuevas voces se cuelen en ese territorio de las letras descrito con generalidad en los párrafos precedentes. Treinta y siete cuentistas y diecinueve poetas conforman la *Antología Relata 2014*. En esta se advierten diversas tradiciones y variadas ambiciones. Y también una apropiación de géneros literarios con la novela policiaca y la ciencia ficción.

Resaltan voces como la de Luis Carlos Mantilla que narra en *El Todopoderoso* el final de un juez aficionado a las armas y a cazar perros. Un relato de gran intensidad en la mejor tradición de la literatura negra. La de Andrés Galeano que se atreva a narrar en *El día que perdí la oreja izquierda* el día del Juicio Final en un historia de tono apocalíptico y surrealista. Y la de María Victoria Acevedo que en *Proyecto Tesla*, un breve cuento de anticipación, muestra una pesimista historia del futuro mundo.

Aunque el cuento es el género que más se escribe, se lee y estudia en los talleres literarios regionales, su producción así lo evidencia, la poesía no se queda atrás. La vitalidad y seriedad con la que los poetas de esta antología asumen el lenguaje muestran que el género está en constante renovación. Dan fe de esto las palabras de la joven poeta Mayra Alejandra Díaz:

*Esta es mi historia,
la de la ausente,
la de la niña olvidada en el patio trasero sin nombre, ni edad,
abrumada por los juegos tristes de muñecas y chócoros, donde nunca
había sudor o mugre, y todos eran felices por siempre.*

O los irónicos poemas de *Las Leyes del padre* de Daniel Mauricio Montoya, que en tono pedagógico exhorta a los hijos a cuestionar las reglas que les propone:

*Sé educado, aprende de todo
y tanto como puedas,
cultiva una obsesión en solitario,
pero sé un rufián en compañía.
La gente aborrece a los sabelotodo
y alaba a los charlatanes.
Habla cuanto puedas,
y si lo haces con mofa, mejor.
Búrlate de los últimos acontecimientos,
de tus defectos personales,
de las reglas mal hechas.*

O también los breves versos de uno de los haikú de María del Socorro Vélez:

*Al final seré
verso de haz y pedernal
que brille y sangre.*

O los valientes poemas de Clara Inés Cuervo que en sus versos le hace guiños a la literatura y deja escapar su mirada del mundo:

*¡Estoy ciega!,
mi grito no está contagiado de la peste de ceguera.
Está en las abarrotadas calles
que aluden a absurdas toneladas de luz.
No tengo una enfermedad blanca en la retina
aunque hay gente mutilada
en fábricas de carteras chinas y bicicletas taiwanesas.
en la mano abierta, dejarlo reposar en los labios,
saborearlo, agradecerlo.
Solo un hilo de luz y no ser ciega
en este pérfido siglo de las luces
que por hartazgo mata la mirada.*

Solo me resta invitar a los lectores a leer los cuentos y poemas de esta antología para que encuentren esas palabras, esas frases y esos versos que de pronto pueden hacerlos pasar un buen rato, iluminar una parte de sus vidas o encontrar la cara de sus contemporáneos. Como decía el escritor español Félix de Azúa, el efecto estético de la literatura también ocurre entre un grupo de amigos que se reúne para conversar y tomarse un trago. Entonces uno de ellos saca del bolsillo un papel en el que ha escrito un poema y lo lee mientras los demás escuchan. No importa que nadie, fuera de ese lugar, se entere de lo que sucedió.

H
CUENTO
H

EL TODOPODEROSO

Luis Carlos Mantilla

H

Despiertan. El juez y su asesino extienden sus extremidades en un esfuerzo por liberar el sopor de la precoz madrugada de un lunes. La oscuridad aún es densa y el único sonido permanente es el canto arrítmico de las primeras aves. El juez aún no conoce a su asesino, pero en menos de dos horas lo tendrá sobre él.

Su señoría calza sus blancos pies con unas finas chancas de cuero. Baja al primer piso y se dirige a la cocina. Licúa un denso coctel con café, fibra, leche y un suplemento vitamínico; lo vierte en un vaso de veinte onzas hasta llenarlo y luego lo vacía de un solo trago. Eructa ruidosamente mientras regresa al segundo piso. Se desnuda. Entra al gimnasio y se ejercita durante cuarenta minutos, como lo ha hecho durante los últimos tres años. Su cuerpo de un metro ochenta está bien tonificado. Sus hombros anchos y su vientre plano le otorgan el aspecto imponente que justifica su ferviente narcisismo.

Son casi las seis de la mañana y la claridad empieza a inundar el ambiente. El juez pone su ojo azul en la mirilla de un telescopio oculto entre las cortinas de una ventana. Después de ejercitarse,

disfrutará por unos minutos de la sensual sensación de ver sin ser visto. Ha enfocado a su asesino por un instante, sin que ninguno de los dos se percate de ello.

Enfoca a un indigente que arrastra una carretilla llena de desechos reciclables, la imagen lo cautiva y lo paraliza. El indigente se detiene frente a un depósito de basura y empieza a rasgar impasiblemente las bolsas plásticas. La límpida acera empieza a llenarse de desperdicios. La blanca cara del juez adquiere un tono rojizo. La ira que le produce la escena deja que de su boca escape un pensamiento, un sentimiento de odio genuino: palurdo de mierda.

Como queriendo escapar de un hechizo, cambia rápidamente de dirección el telescopio. Esta vez corre con suerte. En un inmenso abanico de posibilidades, enfoca algo que sí quiere enfocar. Una linda chica de unos quince años, vestida con el uniforme de su colegio, se sienta en la banca de un paradero de buses. Su falda a cuadros se levanta y deja al descubierto parte de sus muslos. El juez entra en un estado de éxtasis, tiembla ligeramente, una capa de sudor frío cubre toda su piel y casi no parpadea. Disfruta de lo que ve.

Como si aún le faltase experiencia para manejar la falda, o si la longitud de esta le hubiera jugado una mala pasada, la chica cambia las piernas de posición y al hacerlo deja al descubierto sus bragas. El juez sufre una erección aún más potente que la que logran las prostitutas que contrata cada tanto. El autobús ha llegado. La chica se pone de pie y parte. Su señoría la sigue hasta que el autobús se pierde en una esquina y el único pensamiento coherente que logra producir su mente es: “para una buena paja”.

Regresa a su cuarto y empieza a masturbarse tendido en la cama. Logra retener la imagen de la chica hasta que está a punto de terminar, pero es interrumpido por un grito, un grito de horror que proviene de la casa de al lado. Mueve sutilmente la cortina para ver de qué se trata. Su regordeta vecina llora desconsoladamente sobre el hombro de su marido. Fue ella quien gritó, pensó el juez, lo ha descubierto.

Se tiende de nuevo en la cama, pero ya no tiene deseos de masturbarse. Sólo quiere revivir los hechos del día anterior, domingo, en la tarde. Cierra los ojos y las imágenes empiezan a emerger. Jonás, el *bull terrier* de sus vecinos, había logrado burlar

la cerca electrificada de su patio, cavó quizás durante horas con un básico aunque implacable objetivo: cagar. A Jonás le encantaba cagar en el patio del juez.

Antes de que el perro lograra alcanzar su fin, el juez extrajo de debajo de su cama una maleta rígida de color negro, la abrió frenéticamente y empezó a armar un fusil Barret M82 tan rápido como su experiencia militar se lo permitió. Abrió la ventana para acomodar el arma. Una vaharada de aire tórrido le golpeó el rostro en un contraste molesto con la baja temperatura de su aire acondicionado. El calor había desolado el vecindario. Jonás había doblado sus cuartos traseros y en su rostro se plasmaba una mueca de placer; ese mismo rostro que estaba ahora en el centro de la mirilla del fusil.

“Inter arma, silent leges”, rezó el juez para sí mismo y apretó el gatillo. Se ocultó tras el estruendo y esperó. Sus manos temblaban y sentía cada latido de su corazón en los lugares más recónditos de su cuerpo. Su inquietud fue infundada, a pesar del estallido, el vecindario seguía con su siesta. Cortina y ventana fueron cerradas y su señoría se dispuso a desarmar el fusil. El aire seco y frío de su bunker renovó su tranquilidad.

Una vez que el arma regresó a su lugar de reposo, el juez bajó al primer piso y, de un pequeño depósito que tenía en su cochera, extrajo un par de guantes industriales, unas botas pantaneras y un grueso tapabocas. Con su hermética indumentaria se acercó al cadáver que reposaba en la mitad del patio. Era mejor de lo que esperaba. No había cabeza. Fragmentos de cráneo y materia gris aparecían dispersos por todas partes. El collar colgaba flácido del muñón sangrante que otrora fue el poderoso cuello del perro.

La medianoche del domingo pareció llegar de forma súbita. Devolverle al patio su estado íntegro había tomado más tiempo del esperado. Jonás reposaba en una gruesa bolsa plástica. El vecindario dormía, también el asesino lo hacía. El juez cruzó hasta el patio de sus vecinos y empezó a cavar. Depositó el cadáver y lo cubrió. Sobre el promontorio de tierra, dejó caer el inconfundible collar de Jonás, el mismo que su dueña descubriría menos de cinco horas más tarde haciéndola gritar de horror y cavar con sus propias manos hasta exhumar el acéfalo cuerpo de su mascota.

El juez se deleita con los gritos, improperios y amenazas que su vecina lanza contra él. No son más que pataleos de insecto cautivo, que en nada pueden afectar a un ser magnífico, poderoso e imbatible, como él se asume, y aun así, le ofrecen una enorme dicha. De hecho la erección ha vuelto a aparecer con sorpresiva fuerza. Pero hay mucho por hacer antes de terminar con esa tarea.

Se cuele en el baño y se afeita a ras, tal como lo hará otro par de veces en el día. Se sienta a defecar durante quince minutos mientras ilustra su revólver Taurus de cañón largo. Tras limpiarse, lava sus manos tres veces seguidas, la tercera de forma tan exhaustiva como la primera. Adecúa el agua de la ducha a una temperatura cercana a los 50°C y se introduce en ella. Allí termina de ordeñar sus gónadas. Hora y media después da por concluida su rutina de baño. Para entonces el asesino está a pocos metros de su morada.

El juez abandona el baño en medio de una nube de vapor, una toalla lo arropa de la cintura para abajo. Baja al primer piso y pone a preparar café. Mientras el agua hierve, enciende su computadora y accede a los expedientes de los dos casos que tendrá que fallar hoy. El primero de ellos se trata de una mujer llamada Yamile Quintero, de 32 años, acusada de los homicidios de su esposo y su hijastro. Una débil coartada, un móvil bastante previsible e innumerables inconsistencias arrojan una culpabilidad indiscutible. Pero eso es irrelevante para el juez que ha podido observar en detalle a la mujer en las audiencias y la ha encontrado exquisita. Buscará una entrevista con ella, e insinuará, más no propondrá, esperando a que ella lo haga. Si se remilga —decide el juez— o es tan estúpida como para no captar la idea, será carne de presidio; de lo contrario será sencillo fallar el caso.

El café está listo y huele muy bien. El juez sirve una buena cantidad y regresa con su taza hirviente a revisar el segundo expediente. Un joven homosexual llamado Javier Loaiza, de 27 años, ha sido acusado por su ex pareja de contagio intencional de VIH, una acusación débilmente argumentada y sin mayores elementos probatorios. Pero su señoría ya ha proferido un veredicto, y lo expresa ahora, no con las mismas palabras con que lo hará en la corte, pero sí con la misma contundencia y pretensión: “Ya estás muerto, maricón”.

Termina su café y apaga la computadora. El asesino acecha en la ventana. El juez regresa al baño y cepilla sus dientes, enjuaga y vuelve a cepillar. Aplica enjuague bucal, escupe y vuelve a aplicar. Apaga la luz, la enciende y la vuelve a apagar. La sumatoria de estas acciones debe totalizar exactamente en siete. Extrae de su armario un gancho del que cuelga un fino traje, una camisa bien planchada y una corbata Armani de un vistoso color azul. Lo deja todo sobre su cama y procede a ejecutar el último paso de su rutina matutina: abrir todas las ventanas del segundo piso durante siete minutos exactos. Sin darse cuenta, ha brindado una oportunidad de lujo a su asesino que no duda en cruzar el marco de la ventana e irrumpir furtivamente en la habitación.

El juez regresa para vestirse. Abotona su camisa cansinamente. Se cuelga la corbata y empieza a anudarla. No lo ha visto, pero el asesino literalmente le respira en la nuca. Ha terminado el clásico nudo doble y aprieta. En ese momento el asesino se siente descubierto, se siente en peligro y ataca. El juez siente que algo se clava en su nuca, el dolor es cáustico e insoportable. Se sacude violentamente como respuesta instintiva al peligro y arroja al piso al asesino. Se saca la corbata, se quita la camisa arrancando todos los botones y corre al baño. El asesino se retuerce malherido, parte de su cuerpo ha sido amputada en la lucha. El juez observa detalladamente su herida en el espejo. No le parece gran cosa, pero se siente débil y febril. Abre el grifo y se baña la herida con agua fría. El alivio es exiguo y fugaz. Mira nuevamente al espejo. Tiene una notoria inflamación alrededor de la herida. El dolor aumenta. Su respiración se agita. Necesita atención médica. Aún cree poder tomar su auto y conducir a la clínica. Una película de sudor cubre todo su cuerpo. Se viste con la primera camisa y el primer pantalón que encuentra. La tela le produce un agudo escozor en sus axilas y se ve obligado a quitársela. Le cuesta respirar. Siente entumecido el rostro. Como puede, llega hasta el baño y lo que ve en el espejo lo llena de horror. Toda su piel está cubierta de enormes ronchas urticantes y su cara se ha deformado. Sus labios son enormes y la inflamación de sus mejillas ha hecho desaparecer sus ojos. Siente que su garganta se cierra, su respiración es sibilante. Conducir está descartado. Trata de correr hasta el teléfono y sus piernas no le responden. Cae de bruces. Con su último aliento se arrastra hasta

tomar el aparato, pero antes de que pueda oprimir cualquier tecla su corazón se detiene.

El asesino no corre con mejor suerte. Con movimientos convulsos exhala sus últimos alientos de vida y muere pocos minutos antes que el juez.

Tres días después, la dueña de Jonás, su vecina, colmada de regocijo, reporta a la policía el nauseabundo olor que emana de la casa de al lado. El que otrora fue un poderoso juez de la república no era ahora más que una masa putrefacta, tenuemente antropomorfa.

Un joven médico acompaña la unidad de levantamiento de cadáveres. Sin carecer de méritos y aptitudes, en su corta vida laboral, no ha hecho más que buscar pertinazmente una ocasión para destacarse. Tras su inspección preliminar del cadáver del juez se atreve a dictaminar extraoficialmente la causa de la muerte: shock anafiláctico. Su señoría ha muerto por una grave reacción alérgica.

Luego de una corta búsqueda, el doctor encuentra lo que nadie más se hubiera molestado en buscar: el cuerpo del asesino. Levanta el cadáver con una sola mano, no necesita más que eso pues su peso es imperceptible y no mide más de dos centímetros. Es un pequeño ejemplar de abeja africanizada, insignificante e imperceptible al lado de la masa purulenta que fue el cuerpo del juez. Quizás y sólo quizás, la vida exigua del insecto fuera poco ante la fastuosidad de aquella vida humana. Pero el amor por esa fútil existencia le hizo convertirse en un mártir, en un kamikaze, en un Todopoderoso.

H

EL DÍA QUE PERDÍ LA OREJA IZQUIERDA

Andrés Galeano

H

Aquel lunes estaba listo para lanzarme al mundo con mi nuevo sueldo. Pretendía subir de estatus, comprar el amor de una linda mujer, o en su defecto, un tierno French Poodle que me hiciese compañía en las noches de insomnio.

Me duché, me vestí y caminé hacia la puerta con la firme intención de salir. Pero esta vez, un muro de tinieblas se puso ante mí, dejándome perdido entre las cosas que alguna vez creí poseer. Llevé mis manos a los ojos, y en su lugar, sólo hallé un par de cuencas vacías cercando mi nariz.

Preso del pánico, me dispuse a buscar mis ojos por los recovecos de la sala, con el cuidado de no ir a aplastarlos con las palmas de mis manos.

Gateando, y a tientas empecé a buscarlos mientras un inconmensurable mundo de sonidos me abría sus puertas. Nunca pensé que cada cosa tuviese su música interior. Mis oídos, al parecer, se hicieron luz en medio de las sombras.

Después de varios tropezones, encontré mis ojos cerca del perchero. Fríos, mudos e impávidos. Los puse en su lugar, mientras me preguntaba ¿qué habrían visto sin mí?

Me aventé a la puerta de nuevo. Esta vez quise gritar y no pude, entonces ratifiqué la inefable carencia de mi boca; la cual, a diferencia de mis ojos, balbuceó dónde se encontraba y en qué terribles condiciones. La instalé en mi quijada.

Preocupado por mi estado de salud, llamé al médico de mi Seguridad Social para contarle lo sucedido y de paso preguntarle qué es bueno para mantener las partes del cuerpo en su debido lugar. De nada sirvió: no hubo tono al otro lado de la línea.

Por tercera vez me aventé a la puerta, la abrí y presencié algo quizás más aterrador. Mi casa flotaba alrededor de una cascada de cosas que como yo, se iban a pique.

Me impulsé hacia atrás, y de bruces fui a caer sobre el piso de la sala. La casa entera empezó a estremecerse, y los objetos a caer de sus puestos. Me hincé de rodillas y con las manos arqueadas al cielo, pedí al Dios de mi abuela, de mi madre y mis tías, que me ayudase a llegar al trabajo lo más rápido posible; mi ingreso era a las seis en punto, y faltaba un cuarto para las siete.

Dios no intercedió. El mundo siguió desmoronándose, y a las siete en punto decidí saltar. No estaba dispuesto a llegar a las ocho. No podía permitirme un segundo memorando. Me costaría el nuevo cargo y de paso el nuevo sueldo que tanto había esperado, y por fin se me había concedido. Veintidós años como aseador del bloque C. Veintidós años aguardando este momento.

A punto de saltar y aferrado al marco de la puerta, pensé en mi madre en su silla de ruedas y en su llanto luminoso. Me agarró el llanto y comprendí que tenía que hacerlo por ella. No sería más el hijo fracasado. No sería más el simplón aseador del bloque C. El mundo sabría de mí. El mundo se postraría a mis pies.

Salté de pie, y empecé a descender junto a cientos de objetos, que como yo, caían desbocados. Árboles, casas, zapatos, espejos y perros, todo caía desmedido y turbulento. ¿A dónde? Buena pregunta.

En pleno descenso, empecé a saltar de cosa en cosa y de casa en casa, buscando el techo rojo de mi empresa. Entre templos, autos, vacas y faroles lo encontré, lo enfoqué con la mirada y caí sobre él. Aferrado a sus columnas externas descendí las paredes, llegué al portón y toqué el timbre.

Olmedo, el portero, me abrió enseguida. Su temblor de manos lo delató. Estaba invadido por el miedo. Lo saludé como siempre, disipando mi tardanza.

—Buenas, don Olmy.

—No sé qué tendrán de buenas. Mire no más como nos vamos pa' los mismísimos infiernos, por pecadores e impíos.

De golpe no me intimidó su comentario. Casi todos en la empresa, incluyendo al gerente, eran testigos de Jehová, menos yo que no era testigo de nada y sólo acudía a Dios cuando me hallaba en las últimas. Sin embargo, mientras firmé mi hora de llegada, un frío me atravesó por todo el cuerpo, y por poco no logro escribir 06:00 a.m. Entonces recordé, de modo súbito, que todo lo que cae, estalla.

Me senté un par de minutos en la banca de Olmedo, intentando ordenar mis pensamientos.

—Ore conmigo, don Marion. Aún puede salvarse —me dijo, abriendo su pequeño ejemplar azul, en la página precisa—. Isaías 2.19.2: *“Los hombres se meterán en las cuevas de las rocas, y en las grietas del suelo, ante el terror del Señor y el esplendor de su majestad, cuando él se levante para hacer temblar la tierra”*.

Por un momento pensé en entregarme al pánico y enfilarme al ejército de Jesús, ser de los primeros por rescatar, pero enseguida recordé el artículo 26 de los estatutos de la empresa, donde se nos tenía prohibido: *“Conjeturar sobre las causas de las cosas y su hipotético devenir”*. Por tal razón, dejé a Olmedo hablando solo, llegué al vestidor, me quité los miedos, los colgué detrás de la puerta, abrí mi casillero, colgué el carnet en mi pecho, y empecé a vestir mi nuevo uniforme azul. Primero el pantalón, seguido la camisa... Con orgullo.

Como nuevo operario de la sección de Empaque, caminé hasta el bloque A, pero al llegar, gran parte del techo se vino abajo y empezaron a caer sobre máquinas y pasillos, más trabajadores que como nosotros, habían decidido lanzarse al vacío con el fin de cumplir y por ende cobrar a fin de mes.

En menos de veinte minutos, amontonamos a los muertos en el Salón Social, cubrimos el techo con láminas de zinc, e iniciamos nuestras labores. Pero a eso de las diez a.m., nos percatamos de algo

espantoso, de algo fatal. No sólo faltaban por caer doscientos seis operarios de todas las secciones, faltaba también lo único santo, lo único pulcro, lo único que podía darse el lujo de jugar Golf con Dios los domingos en la tarde. El gerente.

Sin firma del gerente, no habría pago. Era, más que un hecho, una verdad ineludible. Por ello dejamos de trabajar, y nos le fuimos encima a Horacio, el jefe de recursos humanos. Este, al ver afectado también su pago, tomó su radioteléfono y llamó al gerente delante de todos.

—¿Aló?

—Buenos días, don Raúl. Discúlpeme por llamar a molestarlo. Sólo quería saber cómo estaba y de paso proporcionarle el listado de los que hoy, pese a la caída del mundo, venimos a cumplirle. Por amor a la empresa.

—¿Qué está diciendo, Horacio! Están locos. Cómo se les ha ocurrido ir a trabajar el día del juicio final. ¿Acaso no han leído la palabra? Todo esto lo predijo San Juan. No demoran en aparecer los cuatro jinetes del Apocalipsis para acabar con todos los pecadores, hijos de Lucifer. *“Y he ahí un caballo pálido y macilento, cuyo jinete tenía por nombre muerte, y el infierno le iba siguiendo”*, las profecías se están cumpliendo. Este mundo va directo al infierno, y sólo unos pocos nos vamos a salvar.

—Pero, jefe...

—Pero nada. Si voy a morir, será con mi familia ¡Ah!, y referente al pago...

Su boca saltó de la quijada. Su esposa la recogió enseguida, mientras sus hijos coreaban, una y otra vez. *“Hay poder en la sangre de Cristo. Hay poder en la sangre de Cristo. Hay poder en la sangre de Cristo”*.

—¿Qué le dijo? —preguntamos.

—¿Nos van a echar por haber llegado tarde? —preguntó Robledo.

—¿El jefe está bien?, ¿le pasó algo? ¿Murió? —preguntó Argüelles.

—Nada de eso —respondió Horacio—, el jefe está bien, los que no estamos bien somos nosotros.

—¿Cómo así? —preguntó López.

—El hijo de puta nos tildó de locos. Dice que hoy es el fin del mundo, y que van a aparecer no sé cuántos caballos y no sé qué más...

—Es cierto. Las escrituras lo dicen —comentó Estrada.

—También lo dijeron Nostradamus y los Mayas. Lo vi en un documental —agregó Agudelo.

—Eso ya pasó, no sea huevón —refutó Robledo.

—Me respeta, me hace el favor —contestó Agudelo.

—Es un sueño —expresó García, y todos giramos a mirarlo.

—¡Qué dice, García! —gritó Horacio.

—Todo esto. Lo soñé anoche igualito. Lo juro por Dios. Esta mañana pensé que había sido una pesadilla, por eso salté y vine a trabajar, pero no es así. Y me duele mucho la mano. Miren.

—¡Qué asco! —dijo Robledo, al ver la mano de García, con solo dos dedos colgando de su puño.

—Oremos, hermanos, por la mano de García y por nuestra salvación. —propuso Estrada.

—Sí, hagamos una cadena de oración —propuso Agudelo.

—No cuenten conmigo —dijo Robledo— si Dios viene por mí, que me encuentre cagando.

La mayoría se dispuso a orar. Sólo unos cuantos nos dirigimos a los ventanales, para ver más de cerca el declive del mundo. Algunos lloraron. Otros, en siseos, se despidieron de sus hijos y amados, y otros simplemente, se llevaron un cigarro a la boca.

Barcos. Peceras. Caballos. Montañas. Corbatas. Todo se desmoronaba. Tapetes. Parlantes. Brasieres y crucifijos. Todo se iba abajo.

Al cabo de un rato sentimos, por la turbulencia de paredes y techos, que todo llegaba a su fin, que esta cosa llamada mundo, pronto estallaría, con sus rehenes a bordo.

Cerré los ojos y pedí a Jehová, a Alá, a Krishna, o a cualquiera que se hallase disponible, que me acogiera en su lecho. Al menos por esta noche.

* * *

Brinqué de la cama y clavé mi mirada al techo. Todo seguía en su debido lugar. Las persianas, las cortinas, incluso la repisa con

mi foto de graduación. *Pesadilla*, me dije, y enseguida me aventé al espejo. Para mi alivio, todo se hallaba en su debido lugar. Los ojos alrededor de mi nariz, la boca encima de mi quijada y las orejas a los extremos de mi cabeza.

Me duché, me vestí y caminé hacía la puerta, no sé si por primera, o por cuarta vez. La abrí, y en esta ocasión pude, para mi fortuna, pisar asfalto.

Tomé el autobús y llegué a la empresa faltando cinco minutos para las seis. Don Olmedo me abrió como de costumbre y, como de costumbre, lo saludé.

—Buenas, don Olmy.

—No sé qué tendrán de buenas, mire no más qué calores están haciendo. El infierno nos persigue por pecadores e ímpíos.

Llegué al vestidor, me quité las dudas, las colgué detrás de la puerta, abrí mi casillero, colgué el carnet en mi pecho, y empecé a vestir mi nuevo uniforme azul. Primero el pantalón, seguido la camisa, y luego cayó mi oreja izquierda. Fue lo primero en empezar a caer.

H

PROYECTO TESLA

María Victoria Acevedo

H

I

Un Dios escondido

Tal vez debería pedir ayuda y salir de aquí. Muchos lo han dicho.

—Eres Dios, sálvate.

Ha sido así desde el principio de la humanidad. Ellos me retan y yo hago como si no escuchara nada. Se creen demasiado buenos. Algunos me oyen y por momentos puedo elegirlos. Me revelo en una flor, en las rayas de un tigre, en la cola bailarina de un perro café con leche. Cualquiera puede verme, pero la mayoría duda. Esa ha sido la fuerza de los otros.

Tengo que decir que estoy cansado y no soy el único. Cuando decido hablar escojo el momento y bato mis alas. Los humanos lo llaman caos. Han formulado teorías: por momentos ocasiono terremotos, muevo el mar, despierto a Gaia. A veces solo les abro los ojos. Eso hice con ese niño serbio. No sé por qué lo escogí. Lo cierto es que miraba al cielo con ojos extraviados y me buscaba entre los rayos. Quería cambiar el mundo y llevar la luz a cada rincón con su generador, era tan soñador como nosotros. Se parecía demasiado a

nuestra raza: demasiado alto para su especie, vanidoso, excéntrico. Podía armar sus creaciones sin necesidad de un papel, hablaba solo.

Todos estos datos los supieron ellos y se interpusieron en mi camino: la polifonía en la cabeza de Tesla lo hizo revelar más de la cuenta. Habló de nuestra existencia. Quiso revelar nuestro plan y terminó sirviendo a los otros. No me arrepiento de haber creído en él. Soy una víctima más, otra paloma del complot, soy Topsy camino a la muerte, la elegida.

II

La elegida

Ya no eras conducida a una empalizada. No había los sonidos horribles de esa vez. Nadie tocaba los gongos. El silencio era aterrador. Estabas sola y tu madre no podía siquiera abrigarte con su cuerpo. Tenías mucho miedo. Varios hombres te llevaban amarrada. Tu entrenador te miraba con ojos etílicos y fumaba un cigarrillo tras otro.

Esta vez no te los iba a preparar de comida. Parecía estar demasiado ebrio para conducirte al sitio del espectáculo. Luchabas, volvías a sentir que estabas en las selvas de donde saliste y por un momento, creíste tener colmillos fuertes para acabar con todo.

Recordaste porque según dicen esa es tu esencia: eres una mujer encerrada en un cuerpo arrugado y torpe. Las manchas duras que se han formado en tu lomo te incomodan. Sueñas con otros días, con los hijos que no tuviste, con largas caminatas bajo el sol de ese país lejano: tú lo llamas paraíso. Ahora solo tienes el paisaje de *Conney Island*, el cemento que no vibra como la tierra seca en la que te divertías. Dicen que presientes las catástrofes y esta vez sientes que se acerca la mayor de todas.

Has visto en el pasado cómo los humanos matan. Ellos tienen una piel babosa y enferma, rezuman odio por cada poro, se ensañaban con tus hermanos. No los mataban con armas de fuego: a los colmilludos los dejaban en un corral para domar, con dos postes enterrados en el suelo en forma de V. Vas a ser parte de la historia. Están orgullosos de ser humanos contigo. Dicen, los oyes, que no

vas a sufrir. Todo va a ser muy rápido, aséptico. A ellos no les gusta el barro, el polvo, prefieren las superficies lisas como espejos de agua.

Por primera vez, divisas una especie de podio. Te conducen a una superficie metálica, brilla como un charquito en la mitad del desierto. Esta vez no habrá música cómica, no tendrás que pararte en la cabeza. No tendrás tiempo para balancearte aturdida, mientras esos monstruos pequeños aplauden y te llaman Topsy. Nadie te va a decir que luces hermosa con las piedras que caen como lágrimas por tu frente. Hay muy pocos invitados. Algunos hablan con términos muy raros y empiezan a instalarte cables en las patas. Ya no recibes más zanahorias envenenadas. Has tragado unas cuantas, pero no han podido doblegar del todo tu espíritu.

Vuelves con tu imaginación a tu paraíso perdido: hay una docena de hombres que cantan una tonada como si marchasen manteniendo un paso, mientras te azotan con cañas de bambú. En la raíz de la cola, te golpean sin piedad, te cortan, minuto tras minuto, hora tras hora. No te das cuenta de la paliza que recibes, solo resistes. Te acostumbras al movimiento, las heridas comienzan a punzar. No puedes voltear la cabeza porque los hombres que tienen atada tu trompa te lastiman. Tampoco puedes correr porque tropezarías. Solamente sigues adelante, con la trompa acatarrada. Regresas a tu hoy, a Nueva York y observas lo que ellos llaman civilización. Te encaraman en la cima de sus progresos.

Un humano enjuto sigue tus pasos con una máquina extraña. Dice captar el momento. Ya no vas a matar más: lo has hecho tres veces y eso hay que pagarlo. Te han perdonado en otras ocasiones. Han tenido clemencia contigo. Los grupos humanitarios se han levantado para apoyarte: no puedes ser ahorcada, no vas a ser estrangulada como uno de los colmilludos. Vas a unirte a una larga lista de animales que han probado los peligros de la corriente alterna, el invento de un serbio loco. Eres el remplazo de perros y gatos enclenques que se paseaban por las calles limpias del corazón del mundo afeando el entorno.

Has sido la elegida y tus pasos grises, histéricos, no ahuyentarán a los visitantes de *Conney Island*. Los rayos del progreso achicharran tu piel, caes. Tus lágrimas no importan, se pierden en las luces de las cámaras que registran el momento.

III

El complot

Empezó con unas simples bolsitas de maíz. Iba al parque y se sentaba durante horas a hablar con nosotras. A veces se reían, podíamos escuchar sus comentarios:

—Sí, es el científico

—No puede ser, está loco ¿cierto?

—Eso dicen. Dizque habla con extraterrestres.

Nosotras no podíamos hacer mucho. A veces volábamos como si estuviéramos perdidas y disparábamos nuestras gotas de odio contra esas mujeres. Cuando estábamos de suerte lográbamos que se cayeran. Nos gustaba mucho arruinar sus vestidos. Como a él, nos insultaban:

—Ratas con alas.

—Plaga.

Él apenas levantaba la cabeza para ver quién era el dueño de esas palabras. Ya no era el hombre de antes, aunque conservaba ese halo misterioso que lo llevó a estar durante años departiendo con grandes personalidades. Mark Twain, Morgan y otros tantos ya solo eran fantasmas a los que hablaba como a nosotras. A mí, particularmente, me gustaba escuchar sus charlas con el escritor. Por momentos, sacaba a Tesla de su mundo de rayos y bombillas. Reía y su fino bigote se estiraba como un caminito de tierra.

Cuando me llevó, oculta entre su ropa, a la habitación del *New Yorker*, creí que quería hacerme algo malo. No podía volar porque mi ala izquierda estaba lastimada. Mis amigas me habían contado que muchas eran llevadas por sujetos amables que terminaban preparándolas en una cena, como si fueran una gallina vulgar. Él era diferente. Había construido unos nidos preciosos con algodón y alambre. Cada una de nosotras tenía un lugar tibio en el mundo y podíamos disfrutar de sus clases. Hablaba mucho sobre el invento que salvaría a la humanidad. Cuando lo hacía, se dirigía especialmente a mí:

—Es extraordinario —decía—, con ese generador tendremos energía para toda la humanidad.

—Nadie va a tener que pagar un centavo y lo mejor es que no se va romper la armonía con la naturaleza.

No entendíamos muy bien, pero estábamos seguras de que eso nos salvaría. Mis compañeras hacían muchas preguntas y entre más nos explicaba, más confundidas nos sentíamos. No paraba de describirnos los múltiples beneficios de la maravilla, mientras se limpiaba con insistencia las manos. Le preocupaban los microbios. Yo no lograba verlos, pero debían ser horribles por las cosas que él nos contaba.

Todavía recuerdo la noche cuando llegó más triste que nunca. Se acomodó en una silla y no nos habló. Se quedó mirando los puños raídos de su camisa y empezó a hablar para sí.

—Hay que llevar nuevamente esta prenda a arreglar.

Esculó sus bolsillos y apenas pudo reunir unas monedas. Se paseaba por el piso como haciendo dibujos con su cuerpo. Repetía Serbia, amada Serbia. En un momento creí que saldría volando. Se detuvo. Miró hacia un punto fijo y se perdió en una grieta mínima de la pared. Hablaba, pero no a nosotras. Tenía la solución a sus problemas.

—El rayo de la muerte. Sí, el rayo de la muerte.

Repitió muchas veces. Me miró fijamente y me habló como si fuera su mejor alumna:

—Esta arma disuadirá a cualquiera. Un haz de partículas aniquilador que traerá la paz mundial —después hizo una disertación sobre la aceleración de partículas y ahí me perdí.

Al otro día, se dispuso a poner en orden su proyecto para evitar que nuevamente otro se hiciera millonario con sus ideas.

Debo confesar que esa noche sentí mucho miedo y no paré de repetir que no quería que las cosas le resultaran. Sabía lo que los humanos podían hacer con su invento.

Los días pasaron y no recibió una respuesta. A veces, nos contaba que habían publicado una nota suya en el *New York Times*. La leía en voz alta, pero todas sabíamos que nada iba a pasar. Mientras él salía a caminar por el *Bryant Park*, sus amigos nos lo dijeron. Mi súplica tuvo una respuesta: la Tierra estaba condenada a morir. Los hombres eran bélicos y no estaban preparados para las ideas del científico. Todo estaba dado para que gracias a nosotras y a ellos fuera tenido por loco. Los extraterrestres nos visitaban, le daban nuevas ideas. Él creía ser parte de un plan para la evolución, pero ellos ya habían decidido el destino del planeta.

UN CHEVROLET 55

Álvaro Mojica Salazar

H

Nunca tuve un amuleto para el amor.

De las niñas del barrio, Fanny siempre me agradó. A los doce años me propuse conquistarla y qué grave error. Todo comenzó cuando las familias del barrio decidieron que los niños y niñas, que permanecíamos jugando en la calle, debíamos cumplir con el sacramento de la comunión. Entonces la pureza, la santidad, la virginidad y el pecado se enfocaron en Fanny, en su cuerpo y su belleza.

Me vi obligado a aprenderme de memoria el Ave María, el Rosario lo pronunciaba pero no lo recitaba y se sumó la confesión, que siempre creí superficial. Las palabras de los curas me infundían un temor, que era afianzado por los hechos y los rumores que corrían en boca de los adultos vecinos a mi casa.

Luego de recibir el sacramento, los lunes a las siete de la noche asistía a misa con la idea de conquistar el paraíso o conquistar a Fanny. La atracción era mutua o eso creí, porque coincidíamos en la iglesia y mis rezos se hacían más alegóricos. Entonces creció Dios en mí; creí que me signaba para algunas de sus batallas: La derrota del mal a partir del amor puro que sentía por ella.

Los trompos, las canicas, ponchaos y las competencias en bicicleta quedaron atrás. Me propuse acompañarla de la casa a la iglesia y de la misa a la casa. Todo anduvo sobre ruedas durante unas semanas. Las charlas se centraban en los problemas de otros vecinos, el perro o el gato de alguno de nosotros y la belleza que transmitían las imágenes religiosas como los “Desposorios Santa Catalina” o “San José con el niño”. Contemplábamos esas imágenes unos minutos y después de unos suspiros, no pasaba nada, porque tanto la misa como el camino a casa eran cortos. Luego... esperar el lunes.

La parafernalia de la iglesia empezó a caerse cuando Fanny decidió visitar a un joven seminarista y este también la visitó. Los saludos de abrazo que se daban los veía como si fueran más que amigos y esto me enfurecía. El anhelo de un noviazgo se perdía tras los vidrios de un Chevrolet 55 de color gris, conducido por un seminarista amanerado, que con petulancia pasaba su carro por mi cara rumbo a la iglesia y me dejaba sentado abrigando una tristeza a la que quise espantar analizando otras posibilidades.

Pensaba en lo que diría el seminarista:

—Ese no sabe qué hacer.

Como si yo no supiera nada sobre el amor.

—Dejarla, ¿qué voy hacer?

Recapacité.

—Bueno, me queda el colegio, ¿En dónde estudia? —me pregunté con entusiasmo.

Alguien me respondió:

—Estudia en La Presentación.

En el mismo momento en que llegué, el Chevrolet la recogió y se dirigió a su casa.

El golpe me sentó en el andén.

No volví a insistir.

Me olvidé de ir a misa los lunes y regresé a los juegos, más con nostalgia que con ganas. Cuando el Chevrolet estaba estacionado frente a la casa de Fanny, me sentaba y desde el andén de la mía lo desbarataba. Le doblaba las piezas cromadas, le quitaba los frenos, le arrancaba el avioncito del capó, le pintaba de negro las copas de las ruedas. Me imaginaba que el amanerado seminarista se asfixiaba por catalepsia, debido al potaje que le suministraba en el vino de

consagrar, después de haber solicitado ser acólito de esa parroquia. La risa producida por el estado en que quedaban, se tornaba en melancolía cuando Fanny y familia salían a despedirlo.

Esta melancolía me acompañó durante más de un lustro.

Un día, acabando el bachillerato, me la encontré y se me ocurrió preguntarle:

—¿Qué vas a estudiar?

—Atenderé el llamado del Señor. Mis padres están haciendo los papeles.

No contesté y no nos volvimos a ver.

Me fui a la universidad de otra ciudad y de lo único que me enteré, por boca de mi madre, era que al seminarista lo designaron como párroco en un pueblo de cuatro cuadras, arropado con la más fría de las nieblas que puedan existir. No había mejor sitio para él.

—Ojalá se congele o le caiga la cruz en la espalda —deseé.

Fanny ingresó como novicia a la comunidad de las clarisas.

Una Semana Santa, en compañía de mi madre, visité la capilla del convento con la intención de verla. El coro de voces femeninas me hacía imaginar cómo era el cielo, pero el biombo y los agujeros octogonales no permitían ver a sus integrantes.

El jueves Santo regresé y vi un Chevrolet parqueado a la entrada del convento. Se me vino a la memoria “Todo ha sido consumado”.

Me dediqué nuevamente a mis estudios.

Dos años después un amigo me comentó que Fanny había renunciado a sus hábitos, estudiaba Psicología y que lo único que conserva es la castidad.

En la universidad, lo rebelde se mezcló con mi oficio de estudiante.

En una de las protestas organizadas por el presupuesto para la educación, el costo de la gasolina, o sólo para evadir algunas evaluaciones del semestre, nos tocó salir de la universidad y escondernos en los antejardines de casas vecinas.

Como la protesta se prolongó, los habitantes de la casa donde nos encontrábamos nos invitaron al interior.

Después de unas horas, salimos.

Los buses y otros carros que aún despedían humo en medio de ladrillos, botellas, vidrios y llantas quemadas estaban cercados por

cintas amarillas. Me quedé sorprendido al ver entre las ruinas un Chevrolet 55 gris a medio incinerar. Me acerqué un poco. El viento trajo a mis pies restos del incendio entre los que sobresalía una pequeña imagen quemada de “San José con el niño”. Busqué entre la gente al seminarista y no lo encontré. Sentí que ya no tenía miedo. Me alejé del lugar pensando en Fanny ¿todavía creará en su dios?

H

CICLO DEL LICOR

Jorge Romero Polanco

H

Verás, Gabriel, no se trata de Sonia, o de mí. Quiero decir, ¿cuál es el punto de divorciarse para después volverse a casar? ¿Es que no aprendió nada? Ella dijo que necesitaba tiempo, pero a los seis meses ya paseaba de la mano con su nuevo esposo. Después de hacerme soportar toda esa cháchara sobre el matrimonio, que era lo peor que le había pasado, que era un infierno y que yo era un egoísta insoportable. Yo, Gabriel, ¿puedes creerlo? No soy ningún tonto. Sé que Sonia ya estaba con él cuando todavía estábamos casados. Sé que me engañaba. La muy hipócrita.

¿Quieres más hielo, Gabriel? Sí, puro sabe muy fuerte, es como beber fuego. No, gracias, ya no fumo, estoy tratando de mejorar mi vida. Dale, dale, no hay problema. Incluso me gusta el olor del humo. Si he de ser honesto, Gabriel, tengo que aceptar que Sonia siempre fue una mujer muy capaz. Quizá sea culpa mía por enamorarme de una mujer así. Es que nunca me gustaron de ese tipo que sólo buscan a un hombre para que las rescate de su miseria y las ponga en un lugar donde puedan pasar el resto de la vida sin preocuparse, pintándose las uñas, pariendo un par de criaturas, comiendo vegetación y entrando y saliendo del gimnasio hasta que

un día caen muertas y las entierras en un bonito ataúd de cedro. Tiempo después también mueres, pero no sin antes darte cuenta que te pasaste la vida al lado de una muñeca inflable. ¿Sabes qué pienso? Esas inútiles se mueren de pena moral, cuando se les arruga la belleza. Aunque he de aceptar que son un mal necesario: todos los hombres deberían conservar un buen par de tetas como un trofeo de caza colgado en el muro de sus días de gloria.

No me prestes atención, es el whisky el que me hace divagar. Aunque creo que eso es bueno, especialmente cuando compartes unas copas con tu gente: todos hablan y hablan y al final terminas sintiéndote bien, como si acabaras de salir de una sesión con el mejor terapeuta del mundo. Los amigos son como el papel higiénico: te ayudan a limpiarte toda esa mierda que te va cayendo mientras vives. Algo así como una brigada especial para desactivar bombas. Cuidate de los hombres solitarios que nunca beben, Gabriel, son ollas a presión dañadas y cuando estallan, suelen terminar en la primera página de uno de esos periódicos amarillistas.

Tres, dos, uno ¡Kabuum! El tiempo es el enemigo, el tiempo es el enemigo. Un día tienes un hogar y al siguiente estás bebiendo con tu mejor amigo en un apartamento de soltero. ¿Se nota, verdad?, toda esa mugre acumulada y las latas de cerveza apiladas en los rincones como sueños aplastados. Sí, tienes razón: hace falta el toque femenino. Supongo que esas son las consecuencias de casarme con una mujer independiente, de esas que no dudan en terminar, aunque eso signifique algo así como abandonarte en mitad de un camino poco transitado, con las piernas rotas, lejos de la civilización y justo antes de caer la noche más oscura. No me engaño a mí mismo, Gabriel. Tengo cuarenta y siete años y escucho a los coyotes y a los lobos bajando por la montaña: tienen ojos hambrientos y dientes agudos y vienen a darse un banquete de hombres agotados.

Tienes razón, creo que estoy exagerando un poco las cosas. Es irónico, la reina del drama solía ser Sonia. Supongo que todo lo que inicia, acaba ¿no? Pero si hubieses visto cómo me miraba ella cuando empezamos, cómo me hablaba, cómo me quitaba la ropa. No te preocupes, no voy a entrar en detalles, ya sabes cómo es una mujer apasionada: parece que tuviera una hoguera recién encendida en el fondo de los ojos. Luego el tiempo chasquea los dedos y estás

en la oficina de un abogado, en frente de los papeles de divorcio. Es como regresar de unas buenas vacaciones y enfrentarte con el mundo real: te queda la sensación de que viviste una hermosa e irrepetible alucinación. Como una noche de música y copas que culmina en una suite, pero despiertas solo. Entonces, antes de firmar los papeles, la miras directamente. Ella ya tiene esas leves ojeras y su pelo parece en permanente estado de histeria. Y en el fondo de su mirada sólo quedan tocones carbonizados y brasas que parecen chispas de odio. Me hiciste perder los mejores años de mi vida, dice. ¡Y yo qué! ¡Y mi tiempo qué! ¡Y mi puta vida, qué! Ahora me toca pasar el trago amargo bebiendo con los buenos amigos.

Gracias, Gabriel. Y salud.

Bien, te decía que Sonia es una de esas mujeres totales: diploma, cerebro, empuje y una saludable preocupación por mantener la belleza. El paquete completo, excepto la parte en la que intenta tener todo bajo control, construir un mundo perfecto en el que pensemos como ella y nos movamos únicamente entre los límites de sus cercas de alambre electrificado. Para mujeres así no bastan los simples mortales, se necesita un ser superior, quizá Superman o Jesucristo. O eso creía yo. Mira que venir a cambiarme por un payaso como Mario. Sí, ese mismo, con el que iba por el centro comercial. Tengo una teoría al respecto: el tipo es un pusilánime y hace todo lo que ella le ordena. Quiero decir, ¿qué se necesita para que una mujer sea completamente feliz? Un robot, ¿no? Interruptor de encendido y apagado, multifuncional, atento, receptivo, abstemio, sumiso, detallista, católico, apostólico y romano, sin vellos y equipado con un vibrador. ¿Quieres más placer? Le cambias las baterías y listo.

Lo sé, lo sé.

Mario hijo de... Es que me ha arruinado hasta las fantasías. No sé si contarte, Gabriel. No es algo de lo que me sienta muy orgulloso que digamos. Ni siquiera un poco. Es la cosa más triste del mundo. No, hombre, ni un trago doble me quitaría la pena. Pero tal vez ayude, así que ¡Salud! Dios, es un rastrillo en la garganta. ¿Te acuerdas de la vez que probamos ese tequila en...? Ya, ya, no estoy cambiando el tema, sólo estoy tomando impulso. ¿Por dónde empiezo? Claro, obvio, por el principio.

Y él dijo: Serás expulsado del Paraíso y vagarás por la Tierra en completa soledad. Y firmé. Y luego conseguí este cuchitril. Un

día estaba sentado aquí mismo, bebiendo una cerveza helada y pensando un poco en los buenos tiempos. Era un lunes, como a las siete, y no había nada que hacer. Me puse algo nostálgico y fui y saqué mi álbum de fotos eróticas de Sonia y... ¿Cómo? Por supuesto que las tomé yo, ¿no sabías que soy aficionado a la fotografía? No, eso ni pensarlo, no te las voy a mostrar. Pero cuando necesites unas buenas fotos de tu novia desnuda, nada más me avisas y con mucho gusto se te hace el favor. Ah, es verdad, Ximena ahora es tu prometida. Es increíble, eso merece otro brindis. No, yo no cubro matrimonios, así que deja la tacañería y paga un profesional.

Te digo, amigo mío, nunca permitas que una mujer te arrastre hasta el borde de sus deseos. Si lo haces, lo único que verás es el abismo, y cuando miras el abismo por mucho tiempo, él se da cuenta de que estás allí y te hala de los pies. Al final, todos caemos, nos precipitamos lentamente contra el filo de las rocas y nos percatamos muy tarde de que ellas se han llevado los paracaídas. Mírame a mí, que hice hasta lo imposible: le arrendé un castillo, le compré una carroza y me comprometí a dejar de beber. Pero no parecía suficiente. Nunca es suficiente. Algunas personas se pasan la vida construyendo una escalera al cielo y cuando la terminan ¿qué? ¿Ven el panorama, contemplan la inmensa soledad de sus logros y después se arrojan de cabeza? No lo sé, Gabriel, no lo sé.

¿La historia más triste del mundo? Ah, sí, Sonia y yo, lunes en la noche, una cerveza fría, nada que ver en la televisión y yo aguantándome las ganas; o sea igual que cuando estábamos casados. Ya sabes cómo es eso. Es verdad, tú no lo sabes, y ojala nunca lo sepas; de corazón, hermano, te deseo el mejor matrimonio del mundo. Salud.

Bueno, yo estaba mirando el álbum y me parecía increíble, como ver una revista Playboy en la que la estrella principal era Sonia, algo salvaje y provocador, pero fuera del alcance de los mortales. En fin, pasé la hoja y me encontré con esta fotografía que ya casi había olvidado. Ni siquiera es de cuerpo entero, sólo un encuadre de su rostro con la ventana de nuestra habitación como fondo. Un maldito ángel a contraluz. Una novela gráfica de una viñeta. Mi vida resumida en un único fotograma. Entonces hice lo que hice: me solté la correa y me bajé la cremallera. Pensé en ella, en nuestras mejores veces,

las más arriesgadas, cuando éramos novios y lo hacíamos en todas partes y de todas las formas. Mi Kamasutra personal, en esa película de partes cortadas y algo borrosas que es la memoria. Yo no quería acabar tan rápido, así que me impuse calma y disfruté las escenas. Parte por parte, con repetición y cámara lenta. Fue algo... ¿Cuál es la palabra?... una palabra como hindú o algo así... Tran, tran... Sí, exacto, cabrón, fue un pajazo tántrico. El problema fue el final. No sé por qué, pero justo cuando estaba a punto de venirme, justo cuando estaba en la cúspide de la ola, justo cuando iba a obtener un poco de tranquilidad, me imaginé a Sonia haciéndolo con Mario. No te rías, Gabriel, que eso estuvo muy jodido. Hasta hice esfuerzos para frenar la eyaculación pero no pude, salió incomodo, doloroso y de a poquitos.

Ya deja de reírte, que para mí es una de las historias más tristes de la humanidad. Con decirte que hasta me tocó quemar la foto porque cada vez que la veía me acordaba de Mario. Como si él fuese el hombre detrás de la cámara. Como si él hubiese despertado esa mañana junto a ella. Digo, es como si ella fuera la antorcha olímpica y se la tuviera que entregar a otro hombre para que él recorra el tramo final y reciba la gloria. Mejor sírveme otra copa para bajar el taco. ¿Se acabó el hielo? No, me toca ir a la tienda, es que tengo el refrigerador dañado. Era nuestra vieja nevera. Y ese es nuestro primer comedor. El equipo de sonido. Los muebles de la sala. Fue lo que me quedó del divorcio; Sonia hizo borrón y cuenta nueva, y me dejó estos suvenires para iniciar de nuevo.

Mario hache pe. Mejor voy por el hielo. ¿Marlboro?, listo, también compro unos.

No conseguí hielo, pero traje una botella más, un paquete de cigarros y un *six pack*. Pero, Gabriel, si todavía es temprano. Pues llamas a Ximena y le dices que se te presentó un inconveniente o que te llamaron del trabajo por algo urgente. No, hombre, no puedes dejarte manipular. Si eso es así de novios, imagínate cómo será de casados. ¿Y si mejor la llamas y le dices que venga aquí? Yo sé que a ella no le gusta tomar, pero, pues, que nos acompañe un rato; mira que hasta le podría sacar unas buenas fotos gratis. Es muy deprimente, Gabriel, no escuchaste nada de lo que trataba de decirte, lo de ser un sometido, un robot obediente, un pendejo sin

personalidad pegado a las faldas de mamita. ¿Qué estás insinuando, que por cosas así fue que Sonia me dejó? Vete a cagar, imbécil. ¡Eso es, lárgate, qué esperas, antes de que la jefa se ponga brava! Imbécil... ¡Enaguado!

Mejor, más para mí. Las ratas siempre son las primeras en abandonar la nave. Sonia, Ximena, Gabriel, se merecen lo que les pase. No saben nada de la vida. No saben nada de nada. Yo les diré qué es la vida: es una fiesta, una gran fiesta. Todos hablan y ríen y la pasan bien. Ves a esa mujer, la que te llena los ojos, y bailas un rato con ella, dando vueltas en su perfume, con su pelo brillante enredado en tus mejores fantasías. Y luego algún idiota pide cambio de pareja. Pero la noche sigue, la música sigue, la reunión no acaba hasta que se termina la última botella. Entonces todos se van. Mareo y silencio, apenas puedes respirar y tienes el estómago revuelto, lleno de cocteles y me las debes. Eventualmente te masturbas un poco y cuando vas al lavamanos levantas la mirada y ves a un desconocido en el espejo que está a punto de pasar la noche de viernes viendo un maratón de *Star Wars*, mientras Mario va introduciendo lentamente su pequeño pene en la profundidad de sus recuerdos. Eso es la vida. La vida, gente, la vida.

H

MIGUEL

Anny Gómez

H

En un auditorio de telón negro y piso de madera, un hombre como un roble se esconde tras la sombra. Sus botas lo pegan inmóvil al suelo. La noche que lleva auestas en la ropa lo encubre en el escenario, tiene el cabello sujetado con cola y se dobla con la elegancia de un sauce. En el centro del escenario una luz amarilla acaricia el rostro agrietado de un viejo calvo y cansado, las rayas de la piel se intensifican cuando abre y cierra la boca; su traje verde oliva está lleno de insignias militares. Desde la oscuridad, alguien lo maneja con fluidez, es la primera vez que Miguel tiene control total sobre la marioneta.

Cuando su héroe lo llevó por primera vez a una función de teatro, tenía ocho años y sus pies colgaban de la silla metálica en la primera fila. Se sintió incómodo y la altura de la silla le generó vértigo. En el escenario, se encendió un camino de luces blancas y un hombre inmóvil con un bandoneón recobró vida al tocar una triste canción; ante la melodía un joven se abrió paso en bicicleta con pinta de tonto y gafas, se detuvo en mitad del escenario y desplegó un telón negro colocando un títere gaucho sobre el improvisado teatrillo. El mundo

se eclipsó para Miguel, su imaginación venía como olas ante el cambio de luces.

Al llegar a casa, besó con gratitud al padre y corrió a la habitación, abrió su corazón y vio en él un muñequito de madera, un diminuto sueño en su pecho. Así fue como se le ocurrió pedir para navidad un teatrillo de muñecos, pronto dejó de creer en el hijo de Dios, cuando en lugar de recibir muñecos destapó cajas de primero auxilios. Comenzó a suponer que su padre interceptaba las cartas que le enviaba al niño y ya no se dormía antes de las doce. En vano pasó noches en viño.

Así creció, asistiendo a matiné y dejándose seducir por las voces del teatro. Mientras el profesor Manuel dictaba clase de matemáticas, Miguel se entretenía con los amigos dibujando bailarinas, ladrones turcos y magos que se enfrentaban ante una hoja de papel para dar con el 3,1416. Con Santiago y los compañeros del Alférez Real atravesaban Cali en bicicleta hasta el teatro San Fernando. Había descubierto el cine. Si los titiriteros de la plaza de San Francisco adaptaran esas historias, el público sería fiel y no tendrían que estar corriendo de plaza en plaza.

Terminada la función pedaleaban hasta el río, amontonaban la ropa sobre una roca y se lanzaban. Antes de regresar a casa, Miguel se quitaba con lentitud las botas, metía los pies arrugados al agua. Su padre exmilitar le ordenaba a la madre tener la ropa impecable, la cena caliente y la casa limpia, *porque la familia Gómez no podía vivir como el resto de la plebe.*

Miguel se sentía libre con su pelo largo y sus botas, su padre se había esforzado para que fuera un muchacho de bien *y este bellaco solo quiere estar en el teatro. ¿Cómo se casará con una muchacha decente vestido de esa manera?* Cada vez que el alegato se acrecentaba Miguel daba un portazo, detenía las palabras y salía. Nadie, ni Led Zeppelin ni Pink Floyd, lo podían salvar del infierno.

Todos los días a las seis de la mañana, su padre le esperaba sentado en la mesa del comedor con la espalda recta y la servilleta puesta en el cuello. Miguel bajaba apurado para no hacerle esperar y se sentaba a su lado derecho. Le servía el café, colocaba el pan tajado sobre la mesa y apresurado traía la cacerola con los huevos. Esa mañana la discusión comenzó cuando preguntó por el clima. Los

días en Cali se habían vuelto lúgubres y pantanosos, pocos paseos se podían hacer en bicicleta y las funciones de títeres se cancelaban por falta de público.

—Miguel, hijo, tu padre te está hablando.

—¿Ah?

—¿Qué pasa Miguel?, te están hablando, ¿por qué no contestas?

—Hijo... —intervino el padre— déjalo Martha, no quiere responder. Te estoy hablando Miguel, ¿qué pasa?

No confesó y la única solución que tomó fue llenarse la boca de pan afinado. El ambiente se puso tenso. La madre miró con angustia, tuvo miedo de que Gerardo se pusiera bravo y se desquitara con ella durante el día. Intentó conciliar. Miguel a punto de ahogarse hizo un gesto y se levantó de la mesa, se alejó en dirección al baño.

Cuando regresó, respiró profundo y dijo:

—No quiero estudiar más, lo que quiero es entrar a la escuela de teatro.

El padre soltó una carcajada ahogada.

—Ah, lo que quieres es ¿morirte de hambre?

—Quiero estudiar teatro.

—La medicina o la calle —dijo el padre.

La madre lloró. Gerardo miró desafiante a Miguel que salió dando un portazo.

La luz ocre oscurece los rasgos de la marioneta, el viejo calvo comienza a desplazarse por el escenario con indolencia, nada en el bosque de papel lo detiene a su paso, está solo y los niños desde la banca lo miran con algo de respeto. El muñeco abre su boca y de ella sale una melodía triste, un chillido de violín a destiempo, en la sombra, la carcajada de una mujer y un estallido de humo que dejan al descubierto a una joven bruja. *Pídeme lo que quieras* le dice la oscura mujer, el anciano militar la mira con tristeza. *Imperios podrías pedirme o todo el oro y las condecoraciones del mundo*. De la mano de la bruja aparece una botella color vino, los espectadores intrigados esperan la respuesta. Miguel en la oscuridad, recuerda el día en que su padre murió. Era jueves santo, el reloj marcaba las once y sus hijos descansaban en la habitación vecina. Él preparaba la utilería para la función del día siguiente. Habían pasado once años desde que abandonó su casa. En un rincón de la habitación, su esposa tejía un par de alas para un cangrejo rebelde.

—Miguel, sos un viejito chocho. A veces, te pareces a tu padre

—¿Padre?, dejé de tenerlo hace años.

—No Miguel, dejaste de tenerlo hoy. Tú mamá llamó, murió en la madrugada.

Las manos se le pusieron rígidas, sudó frío, se dejó caer. Juana lo abrazó, juntos lloraron.

—*Viejo pendejo, cómo pudiste, aún no me has visto* —susurró Miguel.

En el centro del escenario, la luz amarilla acaricia el rostro agrietado del viejo calvo y cansado, la bruja a cambio de todas sus insignias le concede un deseo mágico. La marioneta brinca, salta, se mueve, con alegría danzando en el escenario. Miguel sonríe, el viejo por fin le está haciendo caso. Encorvado y feliz, le guiña el ojo de vez en cuando, se menea con elegancia pisando fuerte la madera del piso. De la luna, traído por la bruja aparece un jovencito. Los niños hechizados le aplauden, las mujeres chiflan. El viejo se detiene de improvisto, abraza a su hijo y dice unas cuantas palabras, el público jubiloso aplaude.

Uno a uno, los espectadores salen, las luces se van apagando, las sillas pronto quedan vacías. Miguel recoge la utilería y guarda el muñeco. Al fondo en la última fila, Gerardo, el antiguo militar se incorpora y aplaude. El titiritero se petrifica ante la imagen del hombre de traje verde que lo mira con una expresión bondadosa. En el espacio vacío, Miguel sonríe.

H

EL ALMA

Juan Andrade

H

“Otra vez han venido a hablar conmigo los padres de Samuel. Es un estudiante diferente de los demás niños. Sus padres no pueden explicar lo que le sucede. La madre dijo que en la tarde del martes vio a su hijo hacer las planas de las vocales, y el padre mencionó que ayer jueves después del almuerzo le ayudó a colorear los mapas. Pero cuando le recibí la tarea me entregó sus cuadernos muy maltratados, con rayones y las hojas rotas, yo misma se los indiqué para que entendieran que cada semana no los cito por nada. Les comenté que no había presentado el ejercicio de artística, porque creo que perdió las planchas de dibujo. Samuel en verdad me preocupa, se la pasa solo, siempre angustiado, agotado, con mucho sueño y con miedo a todo, es muy callado. Cuando le pregunto sobre lo que le pasa no entiendo lo que dice. Pienso que es un buen niño, pero algo grave le sucede y sus padres me están ocultando la verdad. Esta tarde pasaré el reporte a la psicóloga para que investigue el caso de Samuel”.

—¿Qué le pasa a esa mujer? Yo misma lo vi sentarse juicioso a hacer esas planas y tú mismo le ayudaste a pintar.

—Yo tampoco entiendo.

—¿Y si sigue esta situación por el resto del año? ¿Ah? Dime. ¿Qué vamos a hacer? Samuel no puede seguir así. Algo le pasa con esa maestra. ¿Qué tal si lo cambiamos de colegio?

—No, ni pensarlo. No sé. No me parece que sea la maestra. Tal vez alguno de sus compañeros lo está molestando, le quita sus cosas y se las daña, lo amenazó y por eso no dice nada, seguramente esa sea la razón. Quiero hablar con él para que me diga lo que le pasa.

—Sí, y quizás puedas averiguar qué sucede con las porcelanas. Ojalá te diga cómo aparecieron rotas en el sótano. No se puede tener ningún adorno en casa. Hasta los sillones aparecen de pronto muy sucios y rasgados, y las pinturas también. ¡Las paredes! Las paredes de la cocina esta mañana las encontré manchadas con crayola.

—Ya basta mujer, deja de inventar cosas, te imaginas cuentos absurdos. Imposible que sea Samuel.

Para la psicóloga es normal tratar un caso como este. Al hablar con Samuel, la doctora esperaba encontrar alguna razón para explicar lo que le ocurre, eso que ayude a entender por qué Samuel está así. Le pareció que es un niño normal y que en verdad se preocupa por salir adelante, que hace sus tareas y cumple con sus deberes en la casa como le enseñan en el colegio, como recuerda que le dijo su maestra, que los niños buenos van al cielo y los niños malos reciben un castigo.

Samuel se esmera por ser un niño bueno. La psicóloga notó algo misterioso en lo que dijo, que ella no comprendió, que durante el día alguien muy extraño lo protege de alguien muy raro que lo ataca. Que durante las noches su misterioso protector desaparece, entonces el otro, así lo entendió ella, un ser que no es humano sino una entidad tenebrosa, lo asusta cuando duerme, le coge sus cuadernos y los daña. Hace que sus padres se enfaden con él. Esto llamó la atención de la psicóloga que se dedicó con más énfasis en el caso de Samuel.

“No quiero seguir enfermo. Mi mamá me regaña en el desayuno, papá no habla, está muy serio, me mira pero no lee el periódico que tiene en las manos, creo que está bravo. Tengo miedo, mi libro de dibujo no está y la plastilina la encontré en el suelo mezclada, en la noche la dejé lista, yo la guardé, yo la metí al maletín y no estaba

revuelta. Metí el libro de dibujo en la carpeta. Qué le voy a decir a la profe. Los adultos no me escuchan. Solo me regañan y me regañan. La doctora no entiende, es que está sorda, no se lava las orejas. Los grandes son tontos. Yo no soy el malo, no pinté las paredes de la cocina”. Samuel hablaba para sí mismo angustiado por lo que le sucedía. “¡Ah! Mi mami se volteó otra vez cuando esa cosa trató de quemar el limpión, menos mal que mi sombra le apagó los fósforos. Mi sombra siempre me ayuda. El otro día la cosa me quitó las tijeras para córtale el pelo a Magola, la niña de cabello cortico que se sienta delante mío en el colegio, pero mi sombra no la dejó.”

Samuel cree que su alma, a la que le dice la cosa, se esconde todas las noches debajo de su cama y no lo deja dormir, pero tampoco durante el día lo deja tranquilo pese a que su sombra lo protege. Ayer en la noche por ejemplo, salió por debajo de la cama, elevó al pequeño hasta el techo... Samuel soñaba y sentía que caía, despertó de un brinco cayendo sobre el colchón. Se dibujó una mueca diablesca en el rostro de la infame, pero quién podría afirmar que se estaba riendo y gozando de esa tonta broma. Otra noche dio unos golpes, el niño se despertó y al no ver a nadie volvió a dormir. Pero la bromista entonces otra vez daba golpecitos en el armario, y así hasta que Samuel se orinó del susto. Durante el día trataba de acosarlo con alguna de sus chanzas, pero el pequeño miraba cómo su propia sombra lo defendía. Una mañana en mitad de clase su malvada alma haló la silla que estaba delante de Samuel, con la intención de que Magola, que se iba a sentar en ese momento, cayera al suelo y culparan a nuestro protagonista, pero la sombra de Samuel alcanzó a trabar la silla.

A tal punto ha llegado esta situación que sus padres no pueden dar explicación de nada, y según el estudio de la psicóloga Samuel sufre de un trastorno mental, por lo que aconsejó a la familia darle un costosísimo tratamiento a Samuel, el cual los padres no están en capacidad de pagar.

El padre de Samuel no sabe qué decisión tomar, mientras su esposa vigila al pequeño. Ambos, como es natural, quieren lo mejor para él. Su madre reprime el llanto en su pecho y descuida sus labores cuando observa en secreto a Samuel, que juega con sus

canicas en el cuarto de planchado. Al día siguiente algunas camisas tienen quemones en forma de plancha, y ella ya no puede contenerse. Colapsa en un llanto enfermo y sabe que su hijo volverá a negar esta otra travesura sin gracia. El padre encuentra a Samuel en un rincón de la azotea con el cuerpo recogido y temblando de pánico.

Hoy Samuel ha muerto a los cuarenta y dos años, estuvo internado casi treinta y siete en un manicomio. No pudo sobrevivir a otro tratamiento para supuestamente ser curado. Nunca nadie supo que su propia alma lo atormentaba, que su propia sombra en las noches se desvanecía, más lo protegía durante el día. Vivió intentando ser un niño bueno como le decía su maestra, que las almas buenas van al cielo, y que los niños malos reciben un castigo. Pero al fin loco, muy en su interior donde todavía quedaba algo de razón, creyó morir siendo un niño malo.

H

TRÁGICO DESTINO

Gildardo Gutiérrez Isaza

H

¡Qué joda!, esto ha sido siempre así desde que lo recuerdo y creo que no cambiará. Quisiera saber el motivo real de mi situación, es decir, saber qué fue lo que pasó, por qué estoy durmiendo bajo este puente mugriento que huele a mierda, orines y basura húmeda. Algunas veces pienso que todo es un sueño, un mal sueño y que voy a despertar viviendo otra realidad, distinta a la que pasa por entre mis manos como un río de agua sucia. Aún no tengo definida en mi memoria cuánto, pero hace bastante que convivo y fermento en mi ser la dolorosa y despiadada soledad. He tratado de comprender por qué vivo con esta amargura que se clava en el alma y no me deja vivir en paz. Hace mucho, más de lo que mi memoria alcanza a percibir, quizá más allá del tiempo que conozco y hace parte a mi propia existencia (por ventura o desventura desde el vientre mismo de mi madre), que saboreo la miel agria y dulce de ese extraño sentimiento llamado soledad. Es como un lodazal de agua fétida que me acompaña noche y día. Un día le pregunté a Memo, quien tiene la misma estatura y es flaco como yo, cuántos años tenía y sin darle mucha importancia al asunto exclamó con indiferencia: “Más o menos unos trece”. En voz alta, me pregunté cuánto eran trece

años, y un amargo sabor me subió del estómago a la boca, pues la verdad, trece años son trece años, aunque no sé qué significan ni sé cuántos son, pero para mí eran suficientes para comprender el resentimiento de haberlos vivido bajo este maldito puente; tal vez por eso no soy capaz de ver la vida de una forma diferente, de asociarla con la muerte, el hambre o el rencor.

Memo sí sabe leer y escribir. No sé cómo se escriben los números o qué dice en los grandes letreros que inundan la ciudad de lado a lado. Cuando encuentro alguna revista entre la basura, le pido que me lea, y me deleito escuchando sin escuchar, porque me arrullan las palabras convertidas en eco. No me interesa en lo absoluto lo que dicen las revistas, me interesa sumergirme en aquella fuente de letras y pensar que la voz de mi amigo es mi propia voz y, me sonrío, me entusiasmo como probando el mejor de los bocados. Me gusta escucharlo, aprender palabras nuevas; le averiguo qué significan y las repito todo el día, por eso me encanta estar con él, aunque Pedro me recrimina y me dice: “Ese man solo habla guebonadas, puras fantasías de un mundo que no pudo vivir; aléjate de ese marica o te vas a enloquecer”. Pero la verdad, todos aquí vivimos una vida que no es nuestra, una vida a la cual nos empujaron a vivir nuestros padres el día que decidieron deshacerse de nosotros. Por ejemplo, Memo me contó que se voló de la casa porque el padrastro, una noche que la mamá tuvo que ir a planchar una ropa, lo violó; el muy malparido lo cogió dormido y mientras le tapaba la boca con un pañuelo que tenía formol, abusó de él como quiso. Cuando la mamá llegó, el padrastro le inventó una película toda rara: “Que Memo había llegado de la calle todo borracho y se había acostado a dormir, que seguramente estaba chupando saco”. La mamá angustiada lo llevó a la Unidad Intermedia de Manrique, pues tenía una hemorragia impresionante. Cuando despertó, estaba en una camilla, llamó a gritos a la mamá y le contó lo que había pasado. Ella o no le quiso creer o se hizo la boba por miedo a quedarse sola y sin la ayuda económica del bastardo ese. Lo único que hizo fue recriminarle que “anduviera con viciosos”. Días después, el padrastro en un momento que la mamá preparaba algo de comer, le dijo: “Estabas buenísimo, lo tenemos que volver a hacer sin que estés drogado”.

¡Esta mierda definitivamente no va a cambiar! Las noches se alargan, se hacen eternas cuando arrecian las tormentas. El hambre nos empuja a deambular como perros extraviados por las calles de la ciudad. He aprendido a vivir en este mundo extraño, a sufrir bajo este puente donde pasan los días huyendo de nuestra propia desgracia. Es una revoltura de odio, hambre y desamparo; al final uno como que se acostumbra, bueno, eso creo yo. Pedro ha sido mi guardián, mi pana. A él le debo lo poco o mucho que sé de la vida. Me ha preparado para luchar y defenderme con la lata; a manejar el odio que crece en mí y que no me explico por qué irrumpe contra todo y contra todos. Me ha enseñado a ser astuto y a desconfiar porque detrás de un pedazo de pan o un frasco de sacol está la muerte. Mi vida ha sido extraña. Hay días en que anhelo morirme, pienso que sería la puerta de salida a este hijueputa mundo; aunque también creo que sería una cobardía morir sin dar la pelea. Son dos sentimientos que se contraponen y luchan entre sí. Estar vivo es duro, muy duro, y estar muerto... ¡mierda no sé qué es estar muerto! ¡Uno si piensa guebonadas! No creo que pensando semejantes maricadas pueda cambiar la esencia de las cosas, por eso mejor me aferro a la esperanza de que Pedro haga un buen gol y podamos salir de aquí, así sea a vivir a Niquitao. No recuerdo ni el día ni la hora en que llegué a este puente. Es como si hubiera salido de uno de los muros de concreto, o que me hubiera parido la tierra, pues no tengo ni la más mínima idea de cómo llegué aquí, y menos de quien soy. ¡Me da una putería ver los niños que pasan de la mano con sus padres; dan ganas de comer mierda, de arrancarme el corazón, si es que lo tengo! Trato de no pensar porque me invade una nostalgia que me parte el alma, aunque también dudo que tenga alma, porque de tenerla no me hubieran dejado aquí tirado. ¡Qué mierda es todo esto! Es que no hay cosa más dura que caminar por las calles en busca de comida, y que todo el malparido mundo cuando lo ve a uno, se haga a un lado. Sé que huelo maluco, aunque la verdad no sé si sea cierto, porque de tanto estar metido entre basuras y estiércol, ya no sé qué huele bien o que huele mal. Lo digo más bien por ellos, por los que se quitan cuando me ven; por los que viven bien bañaditos, ellos sí deben saber lo que huele bueno o lo que huele mal, y por sus caras ¡no joda!... ¡debo oler asqueroso!

Recuerdo que desperté una mañana con mucho frío. Qué edad tenía, nunca lo pregunté, y fue precisamente Pedro el que me levantó del suelo con ternura y me abrigó con su saco, que aún lleva encima después de tanto tiempo. Es increíble cómo puedo recordar ese instante de mi vida y lo que hizo Pedro. Yo sé que tenía mucho frío y de no ser por él hubiera muerto. Desde que lo conozco, nunca se ha quitado el saco ni siquiera para bañarse, es raro, pero es así, él me dice que está tan lleno de puñaladas que le da pena. Yo le he dicho que eso es una guebonada, pues ¿a quién putas le importa cuántas cicatrices tiene uno en el cuerpo? ¡Ni que el marica estuviera buscando mujer! Una tarde bajamos al río Medellín y nos metimos a bañarnos, fue una época que estaba haciendo mucho calor, ni siquiera ese día se lo quitó. Me salió con un cuento todo chimbo cuando me burlé de él: “Que el saco era de la buena suerte, y que si se lo quitaba, lo más seguro era que lo mataban ese mismo día”. Bueno si eso fuera cierto, en los días que me lo puso y que me sirvió tanto para calmar el frío de las noches, ya lo hubieran matado; algo debe ocultar desde que no se lo quita, pues, tiene una capa de mugre horrible y ya en la parte de abajo se está deshilachando.

Me siento angustiado y de mal humor porque llevo varios días esperando al parcerero. Me dijo que iba a volver con plata para que nos largáramos de aquí, pero nada, no aparece por ninguna parte. Esperar es algo que no tiene importancia para uno, pues, qué más puede uno hacer debajo de un puente, sino esperar y esperar a que los minutos y las horas pasen hasta que llegue otro día cargado de las mismas miserias y los mismos sufrimientos. Aquí el tiempo no existe, el hambre no hace la diferencia entre una hora y otra, el hambre solo hace que uno sienta odio y desprecie a todo el hijueputa mundo. Tengo las tripas zumbando y el pan que una señora me tiró desde un carro, me lo comí hace bastante rato. Pedro no me quiso contar mucho de lo que iba a hacer, “por seguridad”, según él. La historia comenzó cuando conoció a un cucho que anduvo dando vueltas por aquí. El viejo ese, le pintó un negocio, que de dar resultado le reportaría mucho billete. Pa’ qué, pero Pedro mi parcerero es un entrón, no le tiene miedo a nada. Más de una vez se ha agarrado a puñaladas con los del puente de la treinta y tres que se creen los mejores y lo han venido a retar. El hambre me está acosando, voy

a tener que ir al basurero a ver qué encuentro; después saldré a buscarlo, por ahora necesito comer algo.

Me la pasé toda la tarde escarbando entre las bolsas y solo encontré un poco de arroz. Olía inmundito y sabía a vinagre; estaba pegajoso y masacotudo, pero fue tanto el hambre que así me lo comí, y ahora tengo un cólico ni el verraco; aunque a los cólicos ya les hago el quite con un poco de sacol. Lo malo es que no tengo una moneda, me va tocar buscarle camorra al primero que pase con una botella en la mano para poder quitársela. ¡Qué mierda!, no soporto el retorcijón. Volví al puente y me encontré un ñero todo trabado y con una botella metida entre los pantalones, cuando se la fui a quitar, se levantó y me peló una lata; me tiró con ganas, no pensé que fuera a reaccionar así; debe estar peor que yo del hambre. Le corrí y él salió detrás mío, casi me la entierra en la espalda, pero por estar tan sacoliado no me acertó, sino no estaría contando el cuento. Me tocó encararlo y en un descuido le clavé la mía. Le quité el sacol y me marché. Después me contaron que estaba muy mal porque le saque las tripas ¡de malas, era él o yo! Una culebra más, pero la culpa es de la gonorrea que se las dio de braveno. Estoy volando de la traba tan chimba y el cólico se me quitó. Cuando el sacol me llena los pulmones, siento que vuelo por los aires, es una sensación poderosa y puedo pasar los días sin pensar en nada, ni en comida siquiera. Ahora sí voy a buscar a Pedro.

Mientras deambulaba, me encontré con un “chino” que se crío conmigo debajo del puente y tuvo que abrirse del parche por faltón. Cuando me vio, se alejó corriendo y se metió detrás de unas llantas, yo le hice señas para que saliera y le dije que no quería broncas. Se arrió despacio el pirobo ese, claro con la navaja en la mano. Lo calmé y le pregunté si sabía algo de mi parcerero. Me miró algo extrañado y guardando su navaja me respondió: “Vaya a mamarle gallo a su madre”. De momento, no entendí a qué se refería, así que le insistí: ¿Cómo así guebon? ¡Es en serio! ¿Sabes dónde está Pedro? Me volvió a mirar con los ojos vidriosos; con esa mirada distante y lejana que refleja la soledad que llevamos en el alma, luego replicó, mientras sacaba una bolsa con sacol e inhalaba con fuerza: “Está en el caño, le metieron unos tiros y no se puede mover”. Corrí hacia el caño que queda junto a la Minorista, por el lado de las mangas.

Cuando llegué, Pedro se alegró mucho. No se podía mover por los tiros que le habían pegado en las piernas. Estaba muy pálido y la verdad, en sus ojos se le veía la muerte; uno aprende a conocerla por vivir tan cerca de ella. Es como una sombra negra que nos inunda los ojos, como cuando la noche se va cubriendo de nubes. Lo traté de sentar, pero dio un grito que me asustó. El dolor debía ser muy fuerte, ya que Pedro casi nunca se quejaba. Lo vi muchas veces curándose las puñaladas con gasolina, dizque para matar la infección, y nunca se lamentó o dejó escapar algún murmullo de su boca.

Recuerdo una vez que llegó arrastrándose, porque los del puente del sur le habían tendido una emboscada. Esa noche le metieron como doce puñaladas. Yo lo di por muerto, pero él es como los gatos, dizque tienen muchas vidas y, a los días abrió los ojos como si nada. Una de las heridas se le infectó mucho, olía asqueroso. Lo único que lo curó fue la gasolina, desde ese día le ha tenido mucha fe. Cuando se curó del todo, me dijo: “Esta noche matamos a esas gonorreas”. Fuimos al amanecer. Todos estaban sacoliados y dormían. Primero le dimos a “Tavito” que fue el que organizó el torcido. Lo cogimos entre los dos y Pedro sin compasión le clavo la lata en todo el corazón. “Tavito” dio un alarido, tan leve, que ni se sintió, luego empezó a temblar, después abrió los ojos, mientras yo le tapaba la boca; de esa manera se despidió de este mundo. Los demás se despertaron y corrieron como alma que lleva el diablo ¡Los muy gonorreas! A los pocos días, Memo, el que sabe leer, me mostró un periódico donde decía según él: “En hechos que son materia de investigación, fue brutalmente asesinado un indigente”. La palabra indigente se perdía en mi boca como un bocado de comida sin sal, me sabía a basura o a mierda; nunca me pude explicar por qué, pero así lo sentía, mientras que a Pedro le fascinaba. Me reía de él y cuando le sacaba la piedra se marchaba.

Pedro me apretó las manos con fuerza, luego me miró con tanta tristeza que por primera vez en mi vida sentí deseos de llorar. Una mirada de ausencia que me heló la sangre. Una mirada que me hizo beber de un solo trago el aislamiento de tantos años. Experimenté extrañas emociones viendo a mi amigo con los ojos apagados a la espera de la muerte. Traté de envolver cada porción de su sufrimiento

y de angustia entre mis manos. Quise compensar cada instante de su vida sin amor, sin ternura y sin comprensión con mis lágrimas. Ese día se ahondó el odio que sentía por la sociedad que nos había condenado al desprecio. Me sentí desfallecer viendo a Pedro tirado en medio de aquella alcantarilla maloliente. El hombre que había expuesto su vida por mí infinitas veces, estaba muriéndose entre mis manos y nada podía hacer por él. En forma incontrolable, el aborrecimiento que sentía por la sociedad se volcó sobre mis padres que me dejaron abandonado como a un perro. Abracé a Pedro y este me dijo: “Parce lo estaba esperando hace días, no me daba por rendido, pensaba y pensaba y no entendía por qué usted no venía a ayudarme. Le mandé razones con “care mugre” y “pinina”. Traté más de una vez de levantarme, pero no fui capaz. Ya que está aquí me siento triste y a la vez, muy tranquilo porque voy a tenerlo a mi lado para cuando me llegue la hora de partir de este maldito mundo. Nunca le tuve miedo a la muerte, lo que me daba miedo, pánico, era morir solo y sabe por qué” Alcance a murmurarle: ¿Por qué parece? “Porque al igual que a usted, mis padres me tiraron a la calle. Me levanté solo, luchando contra el mundo. No sabe cómo lloraba siendo un niño, anhelando las manos de mi madre y el amor de mi padre. Mi corazón se volvió una piedra. Le tenía miedo a las sombras y a las noches que parecía me iban a devorar. Fui violado varias veces. Me aprendí a refugiar del dolor y del hambre pegándome a una botella de sacol. Mi vida fue un infierno. Subsistí convirtiéndome en una fiera salvaje...”. Lo interrumpí diciéndole: parece no hable de esas cosas, más bien apóyese en mí y vamos a un hospital. Pedro me miró nuevamente y esta vez, vi en su mirada un destello de compasión, extrañado le pregunté: ¿Pedro tiene miedo? “Si hermano, miedo por usted, porque se vuelva a quedar solo. Hace muchos años yo estaba durmiendo, cuando escuché que una vieja discutía con un man, se acababan de bajar de un taxi. Los miré pues tenían en sus brazos un bebé sin nada encima, es decir, sin una cobija, el bebé lloraba y lloraba. Ellos seguían discutiendo, hasta que la vieja gritó: “No me joda la puta vida, no me voy a amargar por un culicagado; no señor, si le duele tanto, pues, levántelo usted; como sea me voy a Venezuela”. Furiosa le entregó al bebé y el hombre angustiado le preguntó: “¿Entonces qué hacemos?” “Pues

déjelo ahí, alguien más pendejo se compadecerá y lo cuidará”. Sin más palabras, depositaron el bebé debajo del puente y se volvieron a subir al taxi que los esperaba. Me acerqué por curiosidad y lo vi tan indefenso, que me quité el saco y lo envolví en él. Esa noche me hice un juramento, que serías como el hermano que nunca tuve y así ha sido hasta el día de hoy. Nunca le fallé. ¡Ñero cuídese mucho, busque un hogar...!”.

Me miró por última vez, trató de decirme algo, pero no pudo. Dirigí la mirada hacia el cielo y lloré sin parar. Me recosté contra Pedro. No sé cuánto tiempo pasó hasta que mi amigo se fue poniendo duro y muy frío. Le apretaba las manos con fuerza. Lo que más recuerdo es que en su rostro vi la más hermosa de las sonrisas, la misma que me regaló el día que me levantó del suelo y me abrigó entre sus brazos; la triste noche que mis padres me dejaron tirado debajo de este maldito puente, donde paso las noches y los días a la espera de que Pedro regrese.

H

EL ALMUERZO

Javier Viloria Escobar

H

Raúl dejó su crucigrama sin terminar en la mesa, fue hasta el sofá y tomando el control encendió la TV y un cigarrillo. Después de revisar varios canales decidió ver un partido de fútbol diferido de una liga sin importancia. Estaba inmóvil, silencioso, como mirando un abismo o como si el abismo lo estuviera mirando a él. Natalia, desconcertada, observaba tal escena desde el otro lado de la sala y sintió, por instante, que lo desconocía desde siempre.

—No te preocupes. Ya encontraré la manera de arreglarlo —le dijo sin mirarla.

Todos salían agotados de la oficina, pero Natalia debía esperar a terminar su exposición para la junta de la mañana siguiente. Jugó algunos segundos con un lapicero como buscando inspiración, mientras miraba por la ventana los autos que iban en todas las direcciones y frenaban por los caprichos del semáforo. Se le escapó una sonrisa a causa de un truco fallido de magia del hombre que cada tarde aprovechaba la llegada de la luz roja para recolectar algunas monedas de los conductores. Pensaba en todos los sueños que tuvo de muchacha sobre el matrimonio y que no se habían realizado al lado de Raúl.

—Mirar por la ventana no te ayudará a terminar tu informe de gestión —le dijo Mateo, que le apretaba suavemente los hombros y le respiraba muy cerca del oído. Ella se dio media vuelta, lo agarró por el cuello y lo besó hasta hacerle sangrar los labios, como sucedía otras veces cuando tenían sexo en la oficina.

Pensando aún en Mateo, en sus manos sobre ella, observaba a su esposo inmóvil frente a la TV, tan exitoso en los negocios como en los deportes y las mujeres, pero abocado ahora a la más pavorosa humillación de su hombría.

Tenía un carácter fuerte y una tendencia a buscar la perfección en los demás, y esta nueva y embarazosa situación, sacaba a relucir sus dotes de hombre metódico, con una solución siempre a la mano, más si estaba en juego una noticia que al hacerse pública destruiría su intocable imagen.

—Diremos que estuvimos en un tratamiento que dio resultados positivos —sentenció Raúl, sin espacio para que Natalia acomodara alguna objeción.

A los siete meses, ella tuvo que ser intervenida para evitar que tanto su vida como la del niño corrieran peligro. Después de algunas horas, los médicos sonreían por el éxito de la operación.

La llegada de Felipe a la casa tornó el ambiente más pérfido, Natalia seguía con complicaciones post parto y Raúl cumplía su función de esposo ejemplar ante los demás.

Esa mañana ella tenía una cita con el especialista para una revisión periódica que le habían programado. A pesar del llanto fastidioso del niño, Raúl se dispuso a preparar el almuerzo: puso la olla con agua, le echó un poco de sal, preparó las verduras, le agregó los tubérculos, cortó cada trozo de carne con mucho cuidado y lo introdujo en el agua hirviendo con una sonrisa de satisfacción por el cese del llanto.

A la llegada de Natalia, ya los platos estaban en la mesa.

H

UNA VEZ MÁS

Caridad Brito

H

Recuerdo que hace mucho tiempo no me sentía tan feliz por ver los primeros rayos de sol. Nadie ni nada pudo calmar el calor de una manada de gatos en celo bajo la luna llena, adornada con un bello halo. Aunque la noche y la madrugada estuvieron acompañadas del bambolear de las palmeras en un intenso viento fresco, la temperatura empieza a subir.

Miosotis, ya se ha levantado y de manera casi automática, pone a calentar una gran olla de peltre con agua. Yo no quiero levantarme —aún resuenan en mi cabeza los constantes maullidos—, abro los ojos, me estiro y levanto mis orejas; olfateo el fresco olor a tierra mojada por el leve rocío. De repente, un intenso calor recorre mi cuerpo y llega a mi cabeza la impresión de que no es un día corriente. Tengo el presentimiento de que no iba a ser una de esas mañanas para agitar el rabo, mi instinto me dice que algo va a pasar.

Empieza a hervir el agua. Miosotis, mira el reloj americano con frutas exóticas de la cocina, contabiliza diez minutos y apaga el fuego. Quita del almanaque el papel con la fecha del día anterior

y queda pensativa. Una indiscreta lágrima se le escurre por el ojo derecho, antes de que caiga, de manera brusca pasa la mano derecha y se la seca. “Vivir es para verracos” —dice. Y se entrega a esterilizar los platos, los cubiertos, los calderos, los vasos de plástico. Consume un poco de agua reposada.

Mí amo y mis amitos —los que quedan— se empiezan a levantar. Yo me levanto velozmente y saludo a mí amo, quien con cada día tiene sus pasos menos ágiles y más olor a tabaco en sus ropas. “¡Tesoro, basta!” El presentimiento con que me levanté congela mi rabo y me confirma que algo va a pasar.

—Mia—sotis ¿Dónde estás? —llama con voz dominante y clara. No hay respuesta

¿Por qué gritar tan fuerte? En este rancho no hay mucho donde los humanos se puedan ocultar. Miosotis, se encuentra en la cabecera de la mesa de madera, sentada en un taburete. Sorbetea un poco de café bastante dulce. Tiene la mirada distante. No está aquí. Es mucho más joven. Una adolescente llena de vida. Está apoyando unas consignas de color rojo que prometen cambio, libertad. Grita con otras jóvenes de su comunidad y recorre extensas plantaciones de plátano. Nunca la conocí como una mujer alegre. Tampoco melancólica. Eso sí, con el mismo carácter. Sí lo hubiera querido, con un solo grito, habría callado a los gatos malnacidos que, entre teja y teja, con sus maullidos, no me dejaron descansar.

Ahora, cuatro —los que quedan—, están sentados alrededor de la mesa de ocho puestos. El único momento en el que la familia está completa; después del primer alimento del día, todos a excepción de Miosotis, se van.

—Mia—sotis, *mía* —de repente ella está aquí—, esta noche, los varones y yo, nos quedamos cuidando la Casa Grande.

Ella no se movió. No obstante, su agitada respiración empezó a normalizarse. Voltea muy lentamente el rostro y le clava una mirada reñidora.

—¿Qué pasa?— responde.

—Tuve un mal sueño *mía*. Otra vez el caballo negro. Yo lo montaba. Iba a galope y de repente —el amo respira profundo—, yo caigo en una calle. Estoy tirado y solo.

—Eso es la plata del jornal de quince días. La quisiste “multiplicar” jugando en la ruleta de la feria, y cuando ganaste no fuiste capaz de volver a casa, sino que bebiste con tus compadres y seguiste jugando confiando en tu suerte y complaciendo tu ambición, hasta que perdiste todo. Todo.

—¿Cómo lo sabes? —pregunta sorprendido.

—De la misma manera que supe que el sufrimiento de la niña cesaría. Por un sueño.

—Tú también has perdido, y no lo has aceptado. Te escucho cuando dormida le hablas a tus hijos, los traes del cementerio y una vez más, los pierdes.

—¡Tú no entiendes!

Todos nos quedamos en silencio mirándola. Solo he tenido la oportunidad —o el infortunio— de verla dos veces así. La he visto así, en dos ocasiones y por la misma razón... la muerte. La misma, en dos ocasiones, le arrebató a sus hijos. La primera vez, y quizás, la más dolorosa o por lo menos para mí, se llevó a la niña, mi niña, la menor, cuando ella tenía ocho años. Ella es la razón por la cual yo estoy aquí y por la que sigo aquí. No entiendo cómo fue, pero sé quién fue. Solo recuerdo: la polio se la llevó, se la llevó, se la llevó... ojalá la pudiera olfatear y traer a mi niña de vuelta. La segunda vez, la más reciente, fue un día como hoy —hace tres años, cuando cumpliría veintiséis abriles—, una ráfaga de balas mató a un estudiante de ciencia políticas de la Universidad Pública de la capital. Era el mayor de sus seis hijos. Su varón, su orgullo. El pensador. El lector. El que me hacía feliz cuando le leía cuentos a su hermanita, mi niña, aunque los cuentos contaran historias de gato.

Los ojos verdes de Miosotis se concentran una vez más en la taza de café, sorbetea los últimos tragos, el silencio en la casa continúa prolongándose, haciéndolo tenso, eterno. Hasta el viento se detuvo para no chocar con las palmeras, y así, no ser él quien aumente su furia. “¡Lárgate ya!” —grita fuerte y repentinamente,

sin despegar la mirada del fondo de la taza de café, como si allí hubiera descubierto algo, como si tuviera una respuesta. Se cae el reloj de la cocina. Mi tímpano se estremece con un grito, y corro lo más rápido que permiten mis patas para salir de ese espacio. Llego al patio. Desde aquí, puedo observar cómo los amitos toman sus pertenencias y salen de casa sin pronunciar palabra alguna, mientras tanto el amo sigue sentado al pie de la mesa con la cabeza inclinada, buscando palabras o quizás, argumentos en sus dedos entrelazados, tratando de no morderse los labios y controlar su respiración, cada día más afectada por la constancia en el fumar. Saca del bolsillo de su pantalón un tabaco y lo enciende.

—¡Mía! ¿Qué te pasa? —dice.

—Nada.

—Mi amor, ¿qué pasa?

—Desde hace mucho tiempo te dejé de importar — responde mirándolo a los ojos.

—No digas eso —objeta y chupa el tabaco.

—Eso es lo que siento. Aunque nunca me has dejado de amar ni de desear.

—Y nunca lo dejaré de hacer —afirma mientras exhala el humo de su tabaco.

—Respeté la voluntad de mi madre cuando me entregó en compromiso contigo, ella estaba segura que tú eras la mejor opción. Te he respetado, valorado, cuidado, siempre te he sido fiel; crie nuestros hijos y son personas de bien, el apoyo de los patrones de la Casa Grande nunca faltó para su educación y siempre, y siempre se los agradeceré. Pero no te amo y nunca te amé.

Pude sentir desde el patio, cómo el corazón del amo se detuvo y se hacía más débil el silbido de su respirar, y veo cómo él se hace pálido.

—Mía —replica.

—Perdiste todo, ya no soy tuya.

—Siempre has sido libre.

—No —lo interrumpe.

Ella se levanta. Recoge el reloj tirado aún en el suelo de la cocina y su perenne tic—tac, tic—tac; se dirige a su habitación con el reloj

entre las manos, escucho las puertas del escaparate abrirse y cerrarse. Empaca en una bolsa un par de vestidos y ropa interior. Sale de la habitación. Mira al amo y le dice: “Adiós”. Se dirige hacia el patio, me mira y está justo debajo del marco de la puerta, se sienta en el bordillo, se descalza las sandalias, me mira, se sonríe, me sonríe, se suelta el cabello y se sonríe. Es ella, es joven. Toma la bolsa y se levanta, y antes de dar el primer paso hacia su libertad, se escucha la voz del amo diciendo: “no me olvides, siempre te amaré, y sé que volverás una vez más”.

Miosotis empieza a caminar. Se siente feliz. Su figura se desvanece con la luz del sol.

H

LA PESADILLA

Ana Rita Jordán

H

En un recinto enmarcado por ventanales de cristal se amontonaba la gente esperando transportarse. Un murete de cemento construido en el interior del local, arrimado a la pared y que circundaba todo el perímetro, era el mobiliario disponible para que la gente se sentara. Yo alcancé a ocupar un lugar, quedando un pequeño espacio libre a mi izquierda y enseguida un señor.

De repente un joven viene corriendo, trae en sus brazos un envoltorio y lo deja sobre el espacio libre, diciendo volver. El señor que estaba junto a mí sin hacer caso, en vez de seguir sentado, se acomodó para acostarse, casi echándose encima del envoltorio; al ver esto, lo retiré para que el cuerpo del señor no lo aplastara. Era un cobertor blanco enrollado y para mi sorpresa, albergaba un bebé, podía ver en el fondo del envoltorio su carita durmiendo dulcemente.

Lancé un grito de horror, cuando el señor que estaba a mi lado se incorporó, metiendo los dedos índice y corazón en los ojos del bebé. Este último empezó a gemir y yo, en franca pelea, hacía esfuerzos inimaginables por desprender al bebé de esos dedos asesinos. Desesperada, gritaba ¡auxilio, auxilio, ayúdenme! La gente

sentada a mi derecha no se inmutó, solamente una amiga enferma que estaba recostada trató de ayudarme, en un gesto colaborador extendió su mano pero el cansancio la venció y se quedó dormida. Yo estaba aterrorizada, tanta gente en ese lugar pero nadie me escuchaba; el llanto del bebé se hacía más fuerte y desesperado. Volvió el joven acompañado de una mujer, —sin duda la madre del niño— al ver la escena, me arrancaron el bebé de los brazos, momento en el cual noté que los dedos del señor quedaban untados de sangre y este, solapadamente, como si no fuera el causante del grave daño cometido, volteó la espalda y como si estuviera en su cama, quedó acostado con la cara tapada.

La pareja salió a toda prisa —seguramente a urgencias médicas— no sin antes dirigirme una mirada dura y amenazadora culpándome de la situación, mientras murmuraban algo parecido a cárcel. Temiendo represalias, me levanté y me dirigí rápidamente hacia la salida.

La puerta, tan grande como de catedral, se componía de dos hojas de cristal, ambas cerradas. Un hombre de ademanes ausentes, se adelantó y abrió; tan pronto salí, cerró de nuevo.

Parada en el umbral, me recosté en la puerta observando un gran charco de lodo que me impedía dar un paso al frente. Lentamente deslicé mis talones por el borde sobresaliente del umbral, con mi espalda recostada en el cristal, hasta palpar el empuje de la puerta y la pared. Di un salto diagonal para ganar la calle embadurnándome los zapatos de barro. Al posar mi mirada en el charco, vi que salía de él una cabeza cubierta de barro con el cabello lleno de pegotes, no se distinguía color de pelo ni de piel, escurrían por su cara residuos gredosos, sus ojos de una opacidad terrosa, me miraban angustiada y largamente. Noté un movimiento en su boca como queriendo decir algo, pero la voz no le salía. Cuando me agaché para prestarle auxilio, inmediatamente desistí de ello al darme cuenta de que la cabeza estaba sola, sin cuerpo. Una ola de escalofrío se apoderó de mí cuando vi que se elevaba unos centímetros del charco, saqué fuerzas de la nada para no desmayar, me horroricé, aquello era demasiado. Miré el paraje donde me encontraba y sentí un ligero alivio cuando pude ver dos personas que caminaban hacia donde yo estaba, corrí hacia ellas tratando de no resbalar pero pasaron de

largo sin siquiera mirarme; fueron directo al charco y súbitamente —como si estuvieran bajando unas gradas— se hundieron en el lodo dándose la mano de la forma más natural y silenciosa. Me quedé pasmada, no lo podía creer. El espanto era tal que no sabía qué hacer, miré hacia el cielo atiborrado de nubes grises, el panorama era desolador. A lo lejos divisé unas rocas casi negras, no había casas ni construcción alguna, las únicas personas que habitaban el lugar, se encontraban en lo profundo del charco, subordinadas quizá por una fuerza ajena a mi entender. No había vestigios de vegetación ni de ser alguno. En vano busqué una hierba seca, un tronco viejo ojalá un árbol sin hojas; ni siquiera un insecto que me hiciera compañía. Estaba desconsolada. Miré hacia esa ciudad subterránea que me daba pavor conocer, cuya única entrada era una hondonada repleta de lodo. Quise devolverme para entrar al recinto de transportes pero el charco había crecido, obstaculizando aún más la entrada. Me invadió el pánico y ahí mismo, antes de que llegara mi fin, antes de desmoronarme, grité mi nombre a todo pulmón.

Después de sentir que unos duros golpes rompían mi pecho, quedé sentada en la cama con el corazón a mil.

H

EL BRUJO MISTIC

Consuelo Jaramillo

H

Era sábado, día en que se celebran las Carreras de caballos en la playa de los Mil colores.

Los apostadores, estaban reunidos en el kiosco, donde hacían las apuestas y se daba también la partida. Se decía que esta vez llegaban a varios millones y que eran las mejores, que se habían hecho en la Isla.

Uno de los caballos se llamaba Big Toro y el otro, Mystic.

En la meta, estaban quienes querían ver la llegada, hinchas de ambos competidores. Entre ellos, Ulises y sus amigos, que eran médicos, y habían venido, para una brigada de salud. Se habían enterado la noche anterior, hablando con los nativos, entre historias de piratas y lanchas, de cómo se apostaba fuerte en los juegos, regatas y carreras de un juego de béisbol había muerto un Señor por haber traído un brujo de Haití, para que su equipo ganara. Con todas estas historias, querían llegar temprano a la playa para estar en primera fila.

Delante de ellos, en el restaurante que escogieron para verla, estaba la dueña de Mystic, a quien llamaban Miss Taylor, sus hermanas, y otros familiares. La mamá, con sus piernas cortadas a

raíz de la diabetes y sentada en una silla de ruedas, estaba lista para ver ganar su caballo.

La escuchamos, cuando dijo, en un español muy malo, que su papá había muerto viendo a su hijo ganar un partido de béisbol, cuando habían traído al brujo de Haití.

—¡La carrera empezó! —vociferaban todos.

Oímos el disparo y la algarabía de la gente. Nadie se percató de que Miss Taylor había agachado la cabeza, y ya no gritaba más.

Sus familiares no sabían qué pasaba, mientras la emoción subía y Mystic ganaba la carrera.

Como estábamos detrás, vimos que la señora estaba mal. Ulises se arrojó y le tomó el pulso... Sus manos estaban frías y las palmas eran blancas... su quijada estaba caída...

Miró a su alrededor y nos dijo en voz baja: está muerta

Los comentarios no tardaron, mientras la ponían en un carro para llevarla al hospital, entre gritos de alegría y llantos desgarradores, se decían los unos a los otros, que hoy, los brujos también habían venido, pero esta vez, habían llegado de Jamaica.

H

EL CARNICERO

Adolfo Ceballos Vélez

H

*A mi amigo del alma:
Alexander Díaz Gómez, Mateo (q.e.p.d.)*

En la trastienda, Olegario destaza un marrano recién traído del matadero. Corta cada sección con delicadeza y separa hábilmente las costillas de la carne fibrosa.

Los golpes sordos de su macheta marcan el compás de su vida.

Piensa en su mujer y la discusión que tuvieron esa mañana: ella se quejó de su indiferencia, de lo aburrida que estaba y le exigió cumplir su promesa de llevarla el fin de semana al balneario de Playa Cristal.

Olegario hizo aquella promesa un año atrás para quitársela de encima. Ahora tendrá que cumplirle.

Por un instante imagina lo que será caminar de la mano con su esposa bordeando la playa. Piensa en las carnes rechonchas de ella desbordándose fuera del vestido de baño, y en él mismo en pantaloneta y camisilla. Le parece una escena vergonzosa, digna de burla.

“Ya no estamos para eso...” Piensa él.

En ese momento tintinea la campanilla de la puerta. Alguien entra en la carnicería.

Olegario se limpia las manos sobre el delantal de manchas púrpuras y recorre la estancia hasta llegar al mostrador.

—Buenas, don Olegario.

La muchachita está del otro lado. Es menuda, de unos quince años y viste uniforme de colegiala. Él observa sus brazos torneados y blancos, donde cuelgan unas pulseras de plástico, y se fija en aquel rostro opalino de mejillas sonrosadas.

No deja de ver los labios abullonados de la chica, enrojecidos por un chupete que desliza coqueta mientras habla:

—Disculpe, es que vengo a pedirle un favor.

Olegario se deleita con aquella visión y siente que la picardía de esos ojos almendrados le quemará las entrañas.

Sonríe de vuelta.

—Dime, Laurita, ¿en qué puedo ayudarte?

Ella se acomoda las trenzas y vuelve a sonreír.

—Qué pena venir a molestarlo, pero es que en el colegio estamos haciendo una colecta para comprar dotaciones deportivas, ya sabe: balones, aros y esas cosas. Nos encargaron recoger el dinero entre las personas del barrio y quisiera saber si podría dejarle mi tarrito sobre la vitrina para que la gente haga sus donaciones.

Él no quiere aceptar; piensa en lo difícil que será estar pendiente del bendito tarro y que nadie se lo robe. Pero ella insiste y le dice que es para colaborar con una buena causa. Y pronuncia cada palabra meciendo su cabeza, al tiempo que clava sus ojos avellana en los achinados y rojizos de Olegario.

Las trenzas se mueven al compás de aquel vaivén.

—¿Y cuándo vendrías a recoger el tarro? —pregunta Olegario, rascándose la barbilla.

—El viernes, como a las cuatro; sólo tenemos esta semana. El sábado compraremos los implementos y la jornada atlética será el domingo. Yo soy una de las porristas, ¿sabe?

Olegario arquea las cejas.

—¿De veras?

—¡Sí, don Olegario! Y como nos la pasaremos ensayando, no puedo hacer yo misma la colecta. Por eso le pido este favor.

Olegario se la imagina vestida de porrista, en minifalda, con el cabello entrelazado en cintas de colores. La ve maquillada, mostrando sus piernas desnudas al realizar las piruetas y saltos. Siente que se le acelera corazón.

—Ay, no sea malo don Olegario. Colabóreme, por faaa... —le ruega ella, jugando otra vez con el chupete entre los labios.

Olegario exhala un largo suspiro.

—De acuerdo, de acuerdo. Déjame el tarro.

Ella sonrío y sus ojos chispean de alegría. Le da las gracias, saca el tarro de su mochila y lo pone sobre el aparador; Olegario se lo recibe y alcanza a rozarle los dedos. Se le eriza la piel.

La chica sale del local dando largas zancadas y Olegario se la queda mirando hasta que ella desaparece en la siguiente esquina.

Eso fue el lunes por la tarde.

El miércoles, Olegario tiene el tarro a medio llenar. Se esmera en que sus clientes, los vecinos de la cuadra, aporten cuantiosas donaciones a la colecta. La mayoría lo hace, motivados en gran medida por el entusiasmo de Olegario en apoyar el colegio de las monjitas.

—¡Es por una buena causa! —dice, convencéndolos y queriendo convencerse a sí mismo.

En casa, sin embargo, las cosas no van bien. Su mujer sigue reclamándole el paseo del fin de semana y le sirve la comida tirándole los platos sobre la mesa. Él prefiere no contestarle y en silencio se aguanta aquella retahíla. Cada cucharada que engulle le sabe a mierda.

Esa noche tampoco logra sacarse a la muchacha de la cabeza. Da vueltas en la cama tratando de conciliar el sueño, pero cada vez que cierra los ojos ve aquella figura delgada y pálida, de senos incipientes que apenas abultaban la blusa del uniforme y los labios colorados untados de caramelo.

La mujer de Olegario no se da cuenta: ronca exhausta, mientras su marido se revuelca entre las sábanas, empapado de sudor. El hombre no resiste más, sale de la cama y se encierra en el baño para aliviar su martirio. Cuando regresa, luce más sosegado y al fin logra dormirse.

El jueves, el tarro está a punto de llenarse. Olegario lo cambia de lugar porque está demasiado cargado para dejarlo sobre la vitrina. Se le ve alegre: atiende a los clientes con una rutilante sonrisa e incluso silba en la trastienda al destazar con ternura las reses y los cerdos.

El viernes está cerca. Su mujer se desconcierta al verlo tan calmado, pese a sus diatribas y cantaletas. Olegario almuerza tranquilo, sin importarle que su esposa le haya salado la sopa o le chamuscara el arroz para presionarlo.

En la noche, ya no combate las visiones, sino que se recrea en ellas: imagina a la muchacha sudorosa en su traje de porrista, con el rostro enrojecido y las piernas estiradas... abiertas.

La emoción del reencuentro le roba el sueño.

Al día siguiente, Olegario se levanta más temprano que de costumbre. Se siente jovial, rejuvenecido, y le exige al espejo que lo muestre así.

Perpleja, su mujer lo ve afeitarse y peinarse minucioso. Tarda una hora larga en el baño; ella le pregunta que por qué se arregla tanto, pero Olegario no se digna contestarle. Al fin, su marido sale bien vestido y perfumado rumbo a la carnicería. Saluda a los vecinos de camino al trabajo y, al llegar, cuelga su gabán en el perchero. Luego se pone el delantal manchado.

Pasan las horas, la mañana... y llega la tarde. Ya son las cuatro.

Se oye la campanilla. Olegario interrumpe su trabajo en la trastienda y se toma su tiempo para lavarse las manos y acomodarse el cabello. Respira profundo y avanza hacia el mostrador.

Asuma su corpulencia por encima de la vitrina.

—Buenas tardes, don Olegario. Dios lo bendiga.

Frente a él, está una de las monjas del colegio.

—Bu—Buenas, hermanita. A la orden.

—Disculpe la molestia, pero Laurita me pidió que viniera a recoger un tarro que le dejó el lunes, para la colecta.

Desconcertado, Olegario estira el cuello y busca a la muchacha con la mirada.

—¿Y... Laurita?

—Oh, ella no pudo venir —explica la monja—. Es que los ensayos para el evento la tienen muy ocupada. Es de las más juiciosas, ¿sabe?, y no ha faltado un solo día.

—Me imagino... —dice Olegario, con aspereza.

Su jovialidad ha desaparecido. Le dice a la monja que espere un momento y se mete en la trastienda a buscar el tarro. De mala gana se lo entrega.

Ella se sorprende al sentir el peso del envase.

—¡Vaya, don Olegario! ¡Está repleto!

—Ya lo ve.

—¡Alabado sea Dios! Todos ustedes han sido muy queridos con Laurita. Estoy segura de que se ganará el premio.

Olegario frunce el ceño.

—¿Cuál premio?

—¡Pues el del colegio! —dice la monja—. ¿No lo sabía?: la niña que más donaciones obtenga se ganará un viaje familiar de dos noches y tres días con todo pago.

—¡Ah, sí? —replica Olegario—. ¿Y es que Laura ya tiene muchas?

—¡Imagínese!, con usted ya son siete los tarros que recojo. ¡Y todos igual de llenos! En este barrio han sido muy generosos con nosotras; Dios se los pague.

La monja mete el tarro en un cesto de mimbre y Olegario alcanza a ver los otros seis.

—Bueno, permiso don Olegario... y que tenga un buen día —dice la monja, levantando con esfuerzo el canasto. Le cuesta caminar debido al peso de la carga; y aunque necesita ayuda para llegar a la puerta, Olegario no se aparta del mostrador.

Finalmente logra salir.

Olegario se queda de pie otro rato, preguntándose cuántos tarros más irá a recoger la monjita. Meneando la cabeza, se devuelve a la trastienda y descuelga el torso rígido de un cordero. El pedazo de carne, del tamaño de un niño, ocupa la mitad del mesón.

Olegario agarra la macheta y furioso descarga los golpes sobre el animal; cortes salvajes.

La sangre salpica su delantal y pringa contra su cara enardecida.

Tan pronto termina de jadear, se limpia y va hasta la estación de buses. Allí compra dos tiquetes para ir a Playa Cristal, y en la noche le hace el amor a su mujer.

H

EL CAZADOR

Linda Cardona

H

Dimitry Petrov era un hombre blanco, alto, atlético, corpulento y fuerte, cabello oscuro de cejas delgadas con penetrantes ojos azules, nariz fina y unas manos ágiles y pesadas. Vivía en una ciudad fría, lúgubre y de pocos habitantes.

Estaba en casa, sentado en su sillón favorito mirando televisión, tenía una copa de [vodka](#) en su mano izquierda y el control remoto en la derecha. Eran las nueve y veinticinco de la mañana, era un día muy frío, tocaron a la puerta, se puso de pie preguntándose quién podría ser, pues no tenía amigos, apenas sí distinguía a sus vecinos, era un hombre muy reservado. Abrió la puerta y se encontró con una mujer de unos 45 años, de aspecto desgastado y cara de preocupación, que llevaba varias hojas abrazadas contra su pecho. Detrás de ella había dos policías. Dimitry quedó pálido. Boris, el capitán, le preguntó si había visto a una chica, a la vez que la señora, entre lágrimas, le entregó una de las hojas. Era un aviso que decía

“SE BUSCA” con la foto de una joven, al final de la página decía el nombre: Ekaterina Volkova. El otro policía le preguntó:

—¿Ha visto usted a esta joven?, lleva casi tres días desaparecida

—Dimitry, con la foto de ella entre sus manos, mirando cada rasgo facial de la joven, respondió que nunca la había visto, desde el tiempo que llevaba viviendo allí. La mujer, que se llamaba Nazarenka Volkova, era la madre de la desaparecida, y con la mirada triste le preguntó si podía colaborar con el grupo de búsqueda para hallar a su hija, con amigos, vecinos, conocidos, y por supuesto, la policía. Dimitry aceptó de buena gana.

Ese mismo día, a la una de la tarde Dimitry salió de su casa, sabía que tenía que dirigirse al parque central, allí estarían todos los que harían parte del grupo de búsqueda. El día estaba gris, y pequeños copos de nieve caían suavemente sobre el suelo. Caminaba a paso lento y tranquilo, a los pocos segundos sintió unas pisadas detrás de él, sin mover la cabeza para mirar quién era, simplemente se hizo a un lado para dejarlo pasar, pero el hombre se le acercó y caminó junto a él, era su vecino Nikolay Vasiliev. Dimitry no lo determinó, ni siquiera para un simple hola, pero Nikolay rompió el hielo:

—Se rumora que quizá esté en el bosque, pero no es seguro
—Dimitry le dirigió una serena mirada a su vecino.

Todos estaban en el parque central, había unas cincuenta personas con la guardia policial, y una decena de perros de búsqueda especial. Las luces de colores de los autos centelleaban hasta el último centímetro, parecía una plaza de ferias. El capitán Boris se montó en el capó de uno de los carros de policía para dirigirse a la multitud:

—Ante la desaparición de Ekaterina Volkova, los agentes de investigación encargados en este caso concluyen que Ekaterina está en el bosque. Viva o muerta hay que encontrarla para la paz y la tranquilidad de su familia, por lo cual hemos pedido su colaboración, ya que el bosque es demasiado grande y nos tomaría más días en su búsqueda si sólo lo hicieran los agentes de rescate.

Se dio la orden de hacer una línea que barriera centímetro a centímetro la zona. Dimitry, con linterna en mano y mirada pensativa, prosiguió a caminar, escuchó que a su lado alguien tosía, era su vecino Nikolay, también con una linterna y una larga rama para palpar cada centímetro del suelo, para ver si encontraba alguna pista. Con cada minuto que pasaba se adentraban en lo más profundo del bosque, cubierto por una hierba verde que se hacía

como un tapete a sus pies, entrelazándose con los troncos y las grandes raíces de los árboles cuyas copas teñidas de verde y blanco por la nieve, se alzaban hasta el cielo perdiéndose en la densa niebla. Todos llamaban a la joven Ekaterina al unísono y los perros ladraban sin cesar, había transcurrido varias horas, caía la noche y no hallaban nada aún. Varias personas tenían caras esperanzadoras pensando que pronto encontrarían algo, otros, por su parte, murmuraban que no había nada que hacer.

Nikolay, que estaba aproximadamente a tres metros de distancia de Dimitri, se tapó con la mano nariz y boca, arrugando la cara asqueado ante un olor indescriptible. Dimitry se percató de la reacción de su vecino, caminó hasta él para preguntarle qué sucedía, cuando de un sólo golpe de soplo cayó sobre su cara el fuerte olor. Inmediatamente supieron que era algo muerto.

—Debe ser algún lobo —dijo Nikolay, pero la conciencia de Dimitry decía que no.

Nikolay llamó a varios agentes que estaban cerca de ellos, mientras tanto Dimitry seguía una línea de camino al olor, metros más adelante alzó la mirada, algo blanco sobresalía de la hierba verde, levantó su linterna y agudizó la vista. Los agentes de policía llegaron justo detrás de Dimitry para contemplar lo que estaban buscando.

Un policía llamó al capitán:

—La encontramos, tiene que verla, señor —mientras el capitán llegaba, algunos se acercaban y se iban por la atrocidad que acababan de ver.

Dimitri, con los otros rastreadores, seguían de pie junto a los trozos del cuerpo de la joven esparcidos al costado de un árbol: la cabeza de cabello rubio estaba medio aplastada, con los sesos a la intemperie, sus ojos azules como el mar colgaban de lo que había sido una hermosa cara, una laguna de sangre seca y coagulada yacía bajo los trozos de brazos cortados, como si estuvieran listos para una clase de anatomía, con las venas y arterias expuestas, la piel fileteada para que la carne y las costillas fueran la comida de cientos de gusanos y moscas; desde el ombligo hasta la entrepierna estaba llena de puñaladas, sus piernas estaban cortadas y aplastadas, las rotulas trituradas y los dedos de las manos y pies regados en pequeños trocitos, falange por falange.

Ante la vista de todos los presentes, incluyendo a la madre, quien estaba en medio de un llanto desgarrador, parecía una gran pintura en relieve, en tonos de colores rojo, blanco y verde con el toque final de un olor putrefacto.

El capitán Boris dio por terminada la búsqueda, y fue retirando a todos los ayudantes. Los investigadores ya habían llegado para hacer el levantamiento del cadáver, cuando todos se dirigían a sus casas había una gran tensión y miedo en las caras de los habitantes, ya que jamás se había presentado una situación como esta.

Cuando Dimitry caminaba de regreso a su casa, caía una suave llovizna, y todo se puso negro. Entró a su fría casa, se cambió de ropa y fue al sótano, hacia la parte trasera del patio, donde tenía que bajar por una estrecha escalera.

Tenía una labor pendiente. Encendió el bombillo que colgaba del techo y la luz se esparció hasta el último rincón de la habitación. Se acercó a una mesa, tomó un balde con agua que había allí, y con un trapo empezó a limpiar dos grandes y pesados objetos: su hacha y un aplastador de carne, manchados de sangre seca con incrustaciones de pequeños huesos y carne putrefacta en las ranuras.

H

EL PREMIO

Luis Jesús Hernández

H

Durante toda la noche, los hombres de río, bajo la luz de las antorchas, trabajaron en la canoa con riguroso esmero; en ella llevarían al apresado. Solo esperaban la llegada, al amanecer, de los arrieros y montañeros que habían cumplido a cabalidad la misión de encontrarlo escondido entre lo más profundo de las montañas. Había sido necesaria la fuerza de cinco muleros fornidos para doblarlo. Los que lo conocían, dijeron que era de la región.

Cuando llegaron a la ribera del río los esperaba una multitud enardecida, con palos y teas encendidas. Un aluvión de insultos y amenazas ponía en peligro la vida del hombre. Los custodios se esforzaron para evitar el linchamiento.

Con mucha dificultad, lo metieron a la canoa y lo amarraron dentro de la jaula de palos, que habían hecho los hombres de río como ofrenda para redimir sus conciencias por el hecho acaecido.

Cuando inició su travesía, la turba trató nuevamente de incendiar la embarcación y con ella a su ocupante. El hombre permanecía sentado, con la mirada fija en el vacío; su rostro inexpresivo.

Quince años antes una botella de vino daba vueltas ante varios niños arrodillados en círculo. El pico de la botella los fue

descartando uno a uno. Quedó solo el menor. El cura lo abrazó, le dio un beso en la mejilla, lo tomó de la mano y lo condujo a un cuarto con la cama cuidadosamente arreglada, un reclinatorio, un crucifijo y varios libros. El cura cerró la puerta del cuarto y se escuchó el pasar de la aldaba.

El hombre sería ahorcado, pero la ofensa estaba cobrada.

H

INDICIOS

Ricaurte Carmona Jaramillo

H

*Ante la incertidumbre, paso firme y sin prejuicios,
de lo contrario hallarás lo mismo... de lo mismo.*

Al despertar, me encontré con que tenía esposa e hijos.

Me levanté a evacuar y me enjuagué la cara con un poco de agua fría. Vi una imagen familiar en el espejo: una mujer trigueña traía en sus manos la crema dental y su cepillo, que de inmediato introdujo en su boca para cepillar sus dientes. Parecía no molestarse por mi presencia, entonces yo asumí la misma actitud. Debía ser así, no sabía si un peligro mayor podría resultar de todo esto.

—Buenos días. —dije, sin obtener respuesta.

No paraba de cepillarse los dientes y esperé a saber si diría algo.

—Las llaves del carro están tras la puerta, donde siempre. La lonchera de los niños sobre la mesa del comedor y el dinero de la leche en el aparador, junto al teléfono —rompió el silencio. Mejor hubiera seguido callada.

—¿Y tú? —pregunté.

—Pues al trabajo, como siempre —se detuvo un segundo para mirar mi falta de expresión—. ¿Tomaste el medicamento de las seis?

—¿Cuál medicamento?

Se detuvo con brusquedad, me miró y salió del baño. En breve, llegó con un vaso de agua en una mano y dos píldoras verdes en la otra:

—¡Pues, este!

Supuse que no debía contrariarla. La vi tan decidida que estaba seguro de que el error era mío, así que tomé las píldoras de su mano y me las tragué. Mientras el agua bajaba por mi garganta, me di cuenta que aún me observaba fijamente. No duró mucho aquel silencio porque había un reloj interno que decía que ya estaba muy tarde y no podía esperar más.

—Bueno. Espero que, esta vez, recuerdes dónde queda la escuela de los niños y a qué hora debes recogerlos...

—Sí, sí... No te preocupes, vete que yo me ocupo de eso.

—“Eso”, no es cualquier cosa: Son nuestros hijos.

—Ya te dije que no te preocupes. Ya entendí.

—Eso espero.

Me dio un beso ligero y salió presurosa tras cerrar la puerta.

Cuando menos pensé, dos pequeños infantes saltaron sobre mí mientras gritaban “¡Papi, papi...!”. Por su efusividad, me vi obligado a corresponder su abrazo. Eran una niña y un varón, que hasta mellizos debían ser porque no se diferenciaban en edad, aunque sí en su sonrisa. La niña era la más tierna y querendona, el niño, aunque también competía por mis afectos, no mostraba mucho más que sobrepasara un poco el desgano y la flojera que le da a uno por la mañana. En eso, era igualítico a mí.

Me dispuse entonces a desayunar, mientras indagaba alguna información que me permitiera continuar mi vida, y sus vidas. Ellos sabían más que yo en todo caso. Pronto me enteré de que la escuela iniciaba a las ocho y, por si las dudas, pregunté a qué hora era la salida. Se rieron de mí, ¡cómo no podía saber eso! Estaba siendo superado por dos pequeños, que si los miraba con detalle, era casi seguro que eran mis hijos.

Luego de llevarlos a la escuela, me fui al centro comercial. No tengo idea de cuánto tiempo anduve perdido entre las galerías y la gente, lo cierto es que en algún punto reaccioné y recordé que debía recoger a los niños. Tomé el auto y retorné a la escuela. Ya

Llevaban casi media hora esperando a que llegara y los reproches de la maestra se dejaron oír. “Mil disculpas” y salí.

Ya en el apartamento, tuve que atender a los niños que andaban sucios. Les cambié la ropa, después de darles un buen baño. No tuve que esperar mucho a que se durmieran y de repente, otra vez la puerta que se abre. Esperaba que la mujer trigüeña fuera otra, pero apareció la misma.

—¿Y los niños?

—Durmiendo.

—¿Y tu medicina?

—¿Cuál medicina?

Otra vez parece que dije las palabras mágicas. Salió hacia la cocina y en breve apareció con píldoras de colores en las manos... y agua.

—¡Pues, esta!

Las tragué. La cosa era seria, si la contrariaba ahora sí que había tiempo para una discusión y eso no era lo que quería.

—Parece que estás empeorando. Me preocupa porque ahora estás con los niños y no quisiera que les pasara nada. Creo que lo mejor es que volvamos a llamar a la niñera, de...

—Pero no quiero ser tratado como otro de tus hijos, aunque...

—Es inevitable. Tengo tres niños. Eso ya no lo puedo negar.

—¿Eso te dijo la psicóloga?

—¿Cuál psicóloga?

—Pues la mujer que a veces frecuentas.

—¿Te refieres a mi madre?

—¡Ah! Eso lo explica todo.

—¡Definitivamente!

Se metió en el baño y ésta vez trabó la cerradura para que nadie entrara. En algún punto de la conversación me dio la sensación de que solo movía su boca y emitía sonidos que yo no entendía. Era como si de repente yo estuviera olvidando el lenguaje. Ahora que levanto en cuenta se me aclara algo en mi mente: ¡Estaba olvidando mi lengua materna! Era obvio, tenía un conflicto con mi madre y ahora en mi cabeza la estaba suprimiendo por completo. Demoró tanto en el baño que me olvidé de su presencia. Cuando reapareció yo tenía una larga barba y un bastón, hasta mis articulaciones se

habían entumecido. Lo curioso era que ella conservaba la misma edad, o al menos, esa impresión me dio.

—Acaso piensas quedarte ahí parado como un objeto decorativo, ¿o qué!

Esta vez no contesté. No sé si ahora hablaba con mi esposa o con una hija, bien pudiera haberse convertido en una de mis nietas. En todo caso seguía representando una presencia femenina. Ahora sí era serio: No estaba entendiendo nada. Pero nada es nada: No entendía lo que salía de su boca, no entendía por qué se dirigía a mí, no entendía cuál era mi verdadero rol. Tampoco el imaginario...

En esa nebulosa mental empecé a divagar, creo que le dicen “desdoblamiento astral”. Cuando era adolescente, me fascinaba oír hablar sobre el tema. ¿Cómo es tener un espíritu y salir para viajar a otros lugares y no depender del cuerpo para hacerlo? Viajar así es muy conveniente y ahorra muchos tropiezos; no se lleva equipaje, no importa cómo se va vestido y hasta se puede ir a las alturas que uno desee sin restricciones, incluso, planetarias. Desde donde salí, vi cómo se fue alejando aquella mujer y me fue invadiendo un gran alivio, aunque también veía cómo se quedaba mi cuerpo abandonado. No sé por cuánto tiempo permanecí así, lo cierto es que cuando tuve conciencia me estaba dando agua y yo estaba recostado a una pared al lado del piso del comedor. Esta mujer parecía más real de lo que imaginaba. Aún seguía hablándome y yo sin entenderla.

Aparecieron los niños y ella los abrazó. Abrazo grupal. Era un cuadro enternecedor para mí, aunque no hacía parte en el abrazo, tomó un teléfono y llamó a alguien. Alguien llegó, pero no vi de quién se trataba. Cuando los niños fueron adentrados en sus habitaciones, todo era una bruma en mi cabeza.

Creo que en algún momento me quedé dormido sobre el piso.

H

LA CAJA DE LOS PISAHUEVOS

Adriana Villamizar Ceballos

H

Les decíamos los pisahuevos. No había nada más ofensivo que calzar esas zapatillas, desesperadamente blancas y puntudas. Hasta inventamos que nos hacían dar pecueca, pero sin resultado. Lo peor eran las burlas de las compañeras del Liceo, mirándonos como a zarrapastrosas porque nuestro papá no tenía dinero para comprar unos de marca con esos nombres complicados de pronunciar. De todas maneras, no había poder humano o divino para desaparecerlos. Infaltable, y en cada comienzo del año escolar, mi padre llegaba con las cajas que traían el mismísimo desastre para las clases con Yolanda, la profesora de Educación Física que nos gritaba: “Tras de gordas, hinchadas. Aquí no vinieron a sentarse y a echar lengua. A correr. Moviéndose señoritas.”

Alix, la abuela paterna, en alguna de sus visitas a Cali presenció la triple enfurruñada, cuando nuestro padre llegó con las cajas de tenis. Seguramente fui yo la que se opuso con más ahínco, por eso volví a ganarme el acostumbrado pellizco de mi madre. Sin embargo, y así jamás lo hubiera imaginado, esa tarde llegó la maravilla en el interior de la caja de los *pisahuevos*.

La abuela me llevó a un rincón. Tal vez intentaba escabullirse para no acompañarme al cine a ver *Oliver* por no sé cuántas y enésimas veces. “Venga, le voy a enseñar a hacer cine, me dijo.” “¿Y cómo me va a enseñar a hacer cine? ¡Y encima de todo con la caja de los *pisahuevos* en la mano!”. La miré completamente incrédula. “Claro abuela, eso es por no llevarme al teatro”. “No, niña. Vaya, tráigame las tijeras, un lápiz, las revistas y el Colbón. Ah, pídale a su papá unas paletas de las que él tiene en el maletín de las consultas”.

Desde la sala mi padre pegó un grito que casi me perfora los tímpanos. “Que sí hombre, yo mandé a la niña por las paletas.” “¿Qué carajos van a hacer con esa vaina?”, preguntó. “¡Cine!”, le dije. “La abuela me va a enseñar a hacer cine”. Tuvieron que brillarme mucho los ojos para que ni siquiera rezongara. Me miró como si auscultara una hormiga y se levantó de la silla para traer las paletas de su intocable maletín de médico. Al rato lo descubrí curioseándonos, mientras la abuela con tijera en mano me explicaba lo sencillo que podía ser enrollar las imágenes y contar una historia en la caja de los *pisahuevos*.

La abuela Alíx se engarzó las tijeras con su habilidad de costurera. Ya había dibujado en los costados unos cuadros muy largos y de escasos centímetros de ancho. Después, de un solo punzón perforó la caja y cortó los resquicios a cada lado. Seguía sin entender cómo iba a lograr hacer cine con la indeseable caja, hasta que me puso oficio: “escoja las fotos que más le gusten de la revistas y las va pegando una tras otra. Ah, pero venga las mide para que le queden de igual tamaño y quepan en la ranura”.

Mientras la abuela terminaba con las hendiduras, me entretuve pegando “las vistas”. Aunque hice un desastre con algunas cuantas que me gustaron mucho, la tira se hacía cada vez más larga y la abuela comenzaba a impacientarse. Mi madre también estuvo fisgoneando y optó por dejar las galletas y el Milo frío sobre la mesa, porque yo seguía tan ensimismada en el ensamblaje de las imágenes que ni la volteé a mirar.

“¿Y es que la señorita piensa presentar una película de cuántas horas?” “¿Cómo así abuela?, ¿ya la podemos presentar?” “Claro. Preste a ver la tira.” Me agarré de mi película, como si fuera el mayor tesoro. “Deme eso niña. ¿Si no le explico, cómo va a meterla en el cine?”

La sensación que siguió, volví a experimentarla mucho después, y en dos ocasiones. La primera, cuando al voltear el papel en la bandeja del revelador apareció “la mismísima virgen María”, como nos anticipó el profesor de revelado durante un mes para colmarnos de suspenso con el primer día en el cuarto oscuro. La segunda, al escuchar el motor de una cámara de cine cuando rueda tras la voz del director que grita: ¡Acción!

Le pasé a la abuela el resultado de mi labor. Sus manos delgadas tomaron con cuidado una de las puntas de la tirilla de imágenes. Luego la pegó a una paleta y dejó que yo fijara la otra en el trozo final del desfile de personajes que había armado. La espera para que se secase fue eterna. Y más aún, cuando la enrolló milimétricamente para que mi película a un costado de la caja quedara convertida en un inmenso caracol de papel. Después la puse sobre la mesa y la fui enrollando hacia el otro costado para ver la sucesión maravillosa.

Cuando las publicidades y las revistas se acabaron me fui a la mesita de las joyas de mis padres, donde guardaban los discos de Piero, Serrat, y los primeros números de la revista *Alternativa*. Ya estaba echándoles mano, cuando los dos saltaron en la defensa de los ejemplares y los escondieron fuera del alcance de mis tijeras.

“Hay que hacer algo con esta muchachita, desapareció todas las cajas de zapatos, las revistas. Imagínese, me contaron los vecinos que se fue de casa en casa preguntando por más cajas y vistas para hacer su cine.” “¿Y se dio cuenta que ahora arma las historias hasta en secuencia?” “Claro, no ve que cada tarde me toca asistir a su cine y a que me cuente sus películas”.

La abuela regresó a Bucaramanga, pero ni mi cine ni *El príncipe y el Mendigo*, que según mi madre vi en más de veinte ocasiones, lograron calmar las ansias y los comienzos de esta contadora de historias. “Esperemos. ¡Qué joda con esta cagona! A ver si ahora que lleguen las otras vacaciones se le pasa el embeleco con los regalos de navidad”, dijo mi padre. Pero fue mucho peor. Ese año *el niño Dios* arribó directo de Maicao.

Desde muy niña supe quién era el *niño Dios*. No hubo muchos misterios con el asunto. Además, la mayoría de los regalos sucumbían a mi alcance mucho antes del 24. Como si fuera mi escenario del crimen, ningún armario se salvaba de la inspección

hasta descubrirlos todos, los de mis hermanos y los míos. Esa navidad regresamos a Bucaramanga y mi padre viajó a comprar los regalos en Maicao. Adoré a Belinda, una muñeca de pelo blanco con atuendo púrpura de pies a cabeza. Cantaba “la pájara pinta sentada en el verde limón. ¡Ay, ay, ay, cuándo vendrá mi amor!”, y tenía hasta sus propios discos de color violeta en la espalda. Pero el regalo más especial fue una pequeña máquina de coser roja y crema que funcionaba como la de la abuela Alíx, pero en miniatura.

Los atuendos para la repisa de las muñecas no fueron una prioridad. En lo primero que pensé fue en el telón púrpura para mi cine. Eso era lo que le hacía falta a la caja para ser más parecida al teatro que había a unas cuadras de la casa de la abuela. Las fiestas de navidad se acabaron y mis padres volvieron a Cali, pero los nietos nos quedamos unos días más. La abuela no encontró la tela púrpura que yo quería, pero me ayudó con la costura del telón rojo en mi diminuta máquina de coser. Apenas terminamos se lo colgué a mi caja del cine, nunca más sería para los pisahuevos, y organicé una reunión en la sala de la casa de una vecina donde los amiguitos del barrio llegaron puntuales. En las invitaciones advertí que se presentaran después de las seis con palomitas de maíz y chocolatinas. Oscurecí la sala corriendo todas las cortinas y sólo encendí una lámpara que acosté para iluminar el interior de la caja. Mi hermano sostuvo el caracol, mientras yo corría y narraba la película. Estaba tan concentrada en la historia que no me di cuenta en qué momento la sala se llenó de adultos con rostros aterrados.

Lo que más dolió fue la arrastrada de las orejas de la abuela y la reunión de los “grandes” en la que no hubo posibilidad ninguna para defenderme. Para ellos había hilvanado un embrollo de proporciones mayores, mezcla del argumento de un asesino en serie de *Caso Juzgado* y de una historia enrevesada que había escuchado días antes escondida en el cuarto de los trebejos, cuando un visitante le revelaba a mi abuela que una de sus hijas estaba a punto de escaparse con un hombre de procedencia y comportamientos dudosos. Vaya uno a saber qué más puede inventar la mente de una niña de diez, o menos. El caso es que mi cine en la caja de *pisahuevos* y yo, terminamos castigados hasta el regreso a Cali. Nunca entendí muy bien el porqué de los adultos, pero me convertí en la peor

delincuente cuando alebresté a todos los vecinitos de la cuadra por mi devoción a los relatos, que en algún momento serían escritos, leídos o proyectados bajo sus telones púrpuras o rojos, y con las pasiones sólo posibles en salas oscuras.

H

LA CABEZA DE ARISTÓTELES (DESPUÉS DE LEER Y RELEER LA MANCHA INDELEBLE DE JUAN BOSCH)

Salvatore Laudicina

H

Era noviembre y la ciudad estaba más caótica y cosmopolita que nunca. Adentro, olía a otoño y sangre untada de un perfume desconocido para mi refinada nariz. Alrededor, sólo había cabezas que hablaban de la economía, la moda, el calentamiento global y los matrimonios homosexuales. Las vitrinas que mencionaba Bosch, el culpable de que entrara a este lugar, no estaban. Según él, las cabezas se exhibían como si fuesen un producto más de la sociedad de consumo. En una esquina del salón, los cuerpos mutilados bailaban jazz al compás de la añorada voz de Billie Holiday. Las paredes estaban decoradas con pinturas de Dalí, Van Gogh y Frida Kahlo. Aquello era verdaderamente hermoso. En lo personal, me excitaba la idea de entregarle mi cabeza a la mujer de humo y convertirme en el último afortunado sin recuerdos que añorar ni sueños que perseguir. La puerta estaba *completamente* cerrada y no volvería a abrirse nunca más.

—¿Piensa entregar su cabeza? ¿No saldrá corriendo como el último que estuvo aquí, el que envió Bosch? —me dijo ella con su voz sensual y una coquetería extinta en las mujeres de este tiempo.

—Bosch es escritor. Por lo tanto, es un excelente mentiroso. Él intentó atemorizarme, pero no lo logró —le respondí con cinismo.

—Cómo se nota que no sabes lo que ocurrirá esta noche —agregó.

De pronto, algunas cabezas comenzaron a burlarse. A decir verdad, no sabía si era de mí o de su aciago destino. La mujer de humo permanecía invisible, prohibida para mis ojos mundanos. Su desprecio me motivaba aún más a convertirme en una cabeza parlanchina y un cuerpo bailarín que se desplazaba con gracia por el amplio salón. Escudriñé el piso de acabados muy renacentistas en busca de un cuchillo capaz de realizar un corte fino y perfecto. Todas las cabezas estaban impecables y la mía no sería la excepción. Producto del desespero, agarré uno de los relojes blandos de Dalí e imaginé que habían sido creados para ayudar a los que deseaban irse de este mundo.

La cabeza de una rubia muy hermosa, Marilyn Monroe habría palidecido de celos al verla, comenzó a hablarme con un tono muy maternal. Era como si quisiera evitar que terminara como ella.

—Mi nombre es Betty Carter. Soy psiquiatra egresada de Oxford. Lo que intentas hacer es absurdo. Estas viviendo un episodio de alucinaciones asociadas a tendencias suicidas —expresó.

—¿Sabe cuántas personas están afuera, esperando a que salga corriendo para aspirar a convertirse en el último afortunado? Seré lo que sea menos un cobarde. La decisión ya está tomada —le dije, algo molesto.

Antes de que intentara decirme algo más, le di la espalda y me dediqué a observar el peculiar diálogo de dos cabezas muy intelectuales que se ubicaban en el extremo izquierdo del salón. No era para menos: se trataban de Platón y Aristóteles. Los reconocí por esa eterna discusión entre el mundo de las ideas y el mundo de las cosas. Regresé a la secundaria. Los malditos recuerdos se colaron sin permiso. Como pude, los acallé y me concentré en el debate.

—Platón *¿Aún descabezado piensas seguir defendiendo tu utópico mundo de las ideas?* —le preguntó Aristóteles con una carcajada estruendosa.

—*Apreciado Aristóteles, antes de las ideas fueron los hombres* —se limitó a responder Platón.

En medio de la discusión, la mujer de humo lanzó un grito estruendoso para callarlos a ellos y a las demás cabezas. El piso se estremeció. Las paredes se rasgaron. Por un momento llegué a pensar que me encontraba en el mismísimo infierno de Dante.

—*¡Ya no son humanos! ¡Cállense ya!* —vociferaba como una bestia iracunda.

Aproveché la escena para decapitarme frente a todos: enderecé el gelatinoso reloj como pude y me arranqué la cabeza de un tirón.

El corte fue perfecto. Sólo brotó una llovizna de sangre y hubo minúsculo dolor.

La cabeza de un hombre del renacimiento declamó una poesía para elogiar mi acto. Impresionada, la mujer de humo se hizo carne y pateó mi cabeza. Acto seguido, comenzó a bailar con mi cuerpo.

—*Bailas tan bien... Lástima que te volviste uno de ellos* —me susurró al oído mientras acariciaba mi espalda.

—Pero soy libre, ya no estoy atado a este mundo hipócrita y absurdo. Ahora, sólo soy una cabeza que rueda en el suelo sin preocupaciones ni dependencias emocionales —dije extasiado.

—*Acaso ya te olvidaste de toda tu historia? ¿Ya no te acuerdas de tus padres, tu infancia, tus pecados inconfesables y ese amor desmedido que sentías por Aristóteles en la secundaria?* —agregó.

La respuesta era una sola: no. Una vez más, Bosch me había mentido. Los malditos buenos recuerdos seguían en su lugar. La única diferencia era que ahora mi cabeza rodaba sin rumbo, sujeta a los caprichos de aquella mujer de caderas sinuosas y de rostro invisible que dominaba cada centímetro de mi voluntad. Tenía miedo. Nadie, ni siquiera mi madre, a la que le contaba todos mis secretos, hasta los inconfesables, sabía de mi obsesión por Aristóteles.

—*Para tu suerte, hoy haré tu sueño realidad. Esa es la ventaja de ser el último afortunado* —me confesó mirándome a los ojos.

Mi cuerpo comenzó a derretirse como uno de los relojes blandos. Aunque suene imposible de entender, mis pensamientos seguían conectados a esa armazón de huesos, músculos y tejidos.

Esa era mi manera de reflejar la incertidumbre de aquellas palabras. La mujer de humo no era un demonio ni un espíritu maligno que se ahuyentaba con rezos y oraciones. Ella era eso que

habita en el recoveco más pútrido del ser humano. Presentí lo peor. Me esperaba algo siniestro.

La voz de Billie Holiday dejó de sonar. Ella se desligó de mi cuerpo y agarró del suelo la cabeza de Aristóteles. Mi armazón salió a correr despavorida, pero estaba en su territorio. No había escapatoria.

—*A partir de hoy vivirás para vivir la vida de Aristóteles. Mereces volver al mundo y gozar de tus nuevos recuerdos y tus nuevas ideas de este mundo ruin* —me ordenó entre dientes.

—¿Ese es el castigo a la valentía de decapitarme y no salir corriendo como el amigo de Bosch? —le pregunté sin asomo de miedo o ira.

—*Tal vez. A la mujer de humo se le tiene que temer con sólo escucharla. Tú llegaste aquí como si yo fuera una de tus tantas amantes* —agregó tajante.

Alrededor, las cabezas manifestaban su desacuerdo por la decisión. La de Betty Carter fue la más indignada. Sus estudios de Psiquiatría la llevaron a concluir que la mujer de humo padecía esquizofrenia paranoide. Por eso, la crueldad de mi sentencia.

—*Si tan sólo pudiera reacomodar mi cabeza en el cuerpo. Esta mujer necesita terapia* —se limitó a decir en voz baja para no ser escuchada.

El hombre renacentista pronunció un bello discurso donde le imploraba que me perdonara la afrenta. Fue inútil. Invisible, acomodó la cabeza de Aristóteles encima de mi cuerpo. Platón no disimuló su alegría. Como pude, me solté y salí corriendo. Abrí la puerta. Los miles que esperaban afuera, comenzaron a matarse entre sí para entrar y tener el chance de acceder al último cupo.

Afuera, olía a otoño y tarta de manzana. La ciudad estaba más caótica y cosmopolita que de costumbre. Alrededor, la gente caminaba de un lado a otro, esclava del tiempo y el mundo capitalista. Mientras tanto, yo tenía que lidiar con la cabeza de Aristóteles. Un Aristóteles muy distinto al que conocí en las clases de filosofía del colegio. Era otro hombre: maltratado por la vida, abusado sexualmente por uno de sus maestros, inseguro, parco, neurótico y dueño de una autoestima baja.

Una gota de sangre untada de aquel perfume desconocido, aterrizó en mi camisa. Era la mancha indeleble que Bosch

mencionaba al final de su mentada historia. Así mismo le ocurrió al hombre que huyó a tiempo. No hice nada para desaparecerla.

Ya tenía suficiente con sentir la ausencia de mis malditos recuerdos.

H

GUAYO

Segundo Salamanca Muñoz

H

Mi hermano se moría por el fútbol. No teníamos para comer, mucho menos para su cantaleta diaria de comprar unos guayos para jugar a la pelota. Con sólo siete añitos recorría el pueblo, de casa en casa, mirando quién tenía unos guayos viejos que le regalara. Al fin, de tanto cansar, consiguió unos, con media suela y llenos de huecos. Feliz con ellos, nadie lo sacaba de la cancha de fútbol.

—¡Ya voy!... ¡Ya voy! —era su respuesta cada vez que mamá lo llamaba a comer. Y el bendito nunca aparecía. A correazos llegaba a casa.

A los doce años era la estrella de fútbol del barrio. Tenía una gambeta prodigiosa con la que se meleaba a todo jugador que se le colocara en frente. Los domingos la gente iba a la cancha de fútbol sólo para verlo. Era un prodigio con sus pies. “Sus pies valen millones”, decían los apostadores.

En los estudios era un desastre. “El peor alumno en toda la historia del colegio”, según el viejo Dussán, un hombre de manos largas y huesudas, malgeniado, de caminar tieso, cara recia y mirada felina. Con voz marcial ordenaba al pobre Guayo: “¡Arrodílese y coloque sus cuadernos y este ladrillo encima de su cabeza! ¡Para que

todos aprendan! ¡Las tareas hay que hacerlas en casa!...” y señalaba con su látigo, que llenaba de pánico las diez filas de alumnos que lo escuchaban en silencio. Luego, subiendo su atronadora voz, decía: “Ahora, alce más los brazos y repita conmigo: ¡Aquí me tienen por tonto!”. Y el pobre Guayo repetía: “Aquí me tienen por pompo”. “Más alto”, le decía el profesor Dussán, y mi hermanito volvía a repetir: “Aquí me tienen por pompo”, mientras un mar de mocos invadía toda su cara... Su voz era gangosa de nacimiento y no pronunciaba bien las palabras. La última vez que le pidió gritar más alto, mi dulce Guayo, reventado en llanto, se desgonzó, no pudo más, y como fulminado por un rayo cayó desmayado en un mar de sudor y escalofrío que aún después de tantos años recuerdo con angustia.

A los quince años hice de hermana y de mamá para Guayo y mis otros dos hermanitos, Javier, de tres años, y Rocío, de dos, además de una bebita que apareció en mi vida cuando tenía trece años. Eran mis juguetes.

No me acuerdo de papá. Mamá contaba que él se fue detrás del culo de una puta que trabajaba con ella en el bar Farolito, decía que gracias a doña Fabiola, la dueña del bar, no la mató.

Mamá, tiempo después, se voló con un tipo. Nunca más supimos de ella. Nos dejó tirados; el buen corazón de algunas personas nos mantuvo con vida.

Nuestro mundo fue el de las botellas y los cartones. El pueblo lo recorriamos de arriba abajo cada día, husmeando entre las bolsas de basura, a la caza de nuestro tesoro. Parecíamos topos, buscando en la oscuridad de las bolsas y los costales.

En esta época, Guayo empezó a coleccionar botellitas de bóxer, que inhalaba con ansias cuando terminábamos nuestro trabajo de reciclaje. Las guardaba en un rincón especial que parecía un altar, para rendir tributo a sus locas alucinaciones. Su cara se fue desfigurando, sus dientes se fueron perdiendo, y de ese joven apuesto y trabajador no quedó nada. Ni los guayos que le regalaron. Ah... sólo le quedó uno, el del pie izquierdo, con el que caminaba chueco por las calles y por el que le dieron el cariñoso apodo del “Guayo”.

Lo llevé a uno y otro médico, sin esperanzas de nada. Creo que no me paraban bolas porque los exámenes eran de caridad. Poco a

poco fue perdiendo el ojo izquierdo, hasta que al final quedó un hueco que tapaba con un parche. Este hecho fue aprovechado por un médico amigo que lo trataba. El médico reunía a su clientela, que llegaba de todas partes del país, para explicar su teoría. A treinta pacientes diarios que recibía en su casa clínica les decía: “Si uno no sabe que tiene la enfermedad, ésta no se le desarrolla. Miren esta diapositiva, es de uno de mis pacientes. No tiene un ojo, sino un hueco. Pero como no sabe que tiene cáncer, pues éste no progresa, se queda ahí, sin avanzar. Han pasado los años y mi paciente sigue feliz por la calle”. Para concluir su motivación, les decía: “Aprendamos a no dar mensajes negativos a nuestra mente. Es una computadora a la que si le echamos basura, recicla basura”. Todos aplaudían felices, pagando bien caras sus consultas para encontrar el secreto de la vida. Hasta dejaban algunos billetes con destino a Guayo, quien llegó a comprar para nosotros una casita que llenó de cartones y botellas, clasificándolos por calidad y tamaño, como un experto reciclador.

El espíritu emprendedor seguía moviendo a mi hermano. Empezamos a elaborar y fritar empanadas, que Guayo vendía en una destartada bicicleta, con un canasto repleto, recorriendo las cantinas del pueblo todas las noches. El negocio terminó porque muchas veces se fue de jeta dejando un reguero de empanadas. La culpa era de esos verracos lentes que le habían formulado, porque como estaba perdiendo el otro ojo, sus grandes gafas tenían los lentes como culo de botella, razón por la cual veía distorsionado.

Mamá regresó después de dos años. Trajo ropa de segunda para mis dos hermanitos, quienes no la reconocían, y para mi bebida Vanessa, que abría sus ojos grandotes con miedo cuando ella se le acercaba. “Estos son para ti”, le dijo a Guayo, a quien le dio unos zapatos de fútbol que hacía poco había lustrado. Él los recibió con indiferencia, y los dejó en el rincón del olvido.

A mamá se le notaban las huellas del tiempo y las cicatrices de la pobreza. Todas las noches llegaba tomada y con unas trabas de padre y señor mío. Hablaba sola, parecía tener pesadillas mientras caminaba dando tumbos en medio de la rasca.

En junio llegaron las fiestas a mi pueblo, con reinas y cabalgatas. Todo se convirtió en alboroto, sexo, trago y baile.

Como nunca fui a un circo, a una película o a un baile, mi gran fiesta era ver cada año la velada de la quema de pólvora. Esa

noche salí feliz con mi Guayo y mi bebida Vanessa a celebrar porque las luces de bengala iban a iluminar el mundo. Nos despedimos de mamá, quien a duras penas pudo responder. Estaba jincha y trabada. Arrojé a mis dos angelitos porque estaban fundidos sobre el colchón de costales y periódicos. Luego les di la bendición.

Cada volador que se estrellaba en el cielo me hacía sentir en un mundo de hadas. Las luces verdes, rojas, amarillas y fucsias iluminaban el cielo y mi alma. Me gustaba ver las bocas abiertas de la gente mirando cada volador que se perdía en la inmensidad.

A la medianoche, el altavoz que anunciaba mensajes de alegría y de fiesta paró en seco para difundir el auxilio de la gente que a gritos pedía aplacar las llamas de una casa donde cayó un volador. Volteé a mirar y el incendio era en mi calle. Vi un volcán inmenso de luces rojas y amarillas. Era mi casa. Con los cartones y periódicos se había desatado un incendio de los mil demonios. Cuando llegamos, una columna inmensa de humo negro lo invadía todo. De mamá y mis dos angelitos sólo encontré huesos calcinados. Perdí la cabeza. Una agonía infinita se apoderó de mi mente y de mi corazón. Las hermanas de la caridad me alojaron en un internado para huérfanas. Doña Fabiola fue la nueva madre para mi bebida, y mi hermano Guayo quedó solo por el mundo.

Meses después lo vi caminando trabajosamente, con los pies descalzos y los dedos abiertos y levantados del piso, porque las niguas habían invadido cada rincón de sus uñas y los huesos se le veían en cada comisura. Semejaba un muerto viviente mirando para el cielo, mientras que parecía caminar sobre piedras calientes. Ya no salía de la casa de cartón que había armado a las afueras del pueblo cerca de la piscina municipal. Las almas caritativas, de vez en cuando, le llevaban algo de comida. En medio del hambre empezó a desarrollar la extraña costumbre de comerse los piojos y las garrapatas que invadían su cabeza. Parecía un mico de los que aparecen en televisión espulgándose y comiéndose lo que lograba pillar.

Su cuerpo empezó a llenarse de llagas, y los gusanos hicieron aparición para acabar con su vida. Le salían de los pies, de las axilas, de la cabeza; aparecían como un punto negro en la piel y salían en cámara lenta. Mi Guayo los acababa de extraer, apurando su salida

para pegarles el mordisco sorpresivo. Los esperaba como un felino tras su presa.

Doña Fabiola, además de cuidar a mi hija, de vez en cuando lavaba a mi Guayo con una manguera para aplacar sus infinitos ardores y su interminable agonía. Ella me contó cómo mi hermano había empezado a desarrollar la costumbre de comerse no sólo los gusanos, sino también sus uñas y sus dedos. Empezaba a morder cada falange con paciencia infinita, y devoraba esa masa sanguinolenta minuto a minuto, día a día. De sus pies de jugador de fútbol ya no quedaba nada. Sus manos eran ñocos donde hacían primero su festín los gusanos y después él.

El último recuerdo que tengo de él me fulminó el alma. Un domingo que tuve libre en el internado me fui a visitarlo con una bolsa de pan. Esa tarde fue un solo grito de histeria cuando vi una masa de carne regada por el suelo y una orgía de gusanos blancos y peludos que invadían todos los rincones de lo que quedaba de su cuerpo.

La víspera de Navidad, con el alma arrugada por tanto infortunio, me volé en la tarde para la casa de doña Fabiola, con la esperanza de aplacar mi angustia con la cara angelical de mi hija adolescente. Llevaba una pequeña torta para celebrar su cumpleaños. Me recibió con llanto, porque el profe la había castigado por tonta, por no llevar las tareas. La había hecho arrodillar, y como no quiso cargar el ladrillo con sus cuadernos le floreó la espalda a punta de latigazos.

Ciega de rabia, cogí el machete con que doña Fabiola cortaba la leña para el fogón y salí como loca de la casa. Lo divisé. Lo llamé. Le dije “profe Dussán... profe Dussán...”. Cuando volteó a mirar, le grité: “¡Viejo hijueputa!”, y de un machetazo le partí la cabeza en dos pedazos.

H

LA JUBILACIÓN

Guillermo J. Mejía

H

Erick estaba preocupado por la Evaluación Anual de Desempeño, la práctica que había instaurado el gobierno cinco años atrás, con el fin de mantener el pleno empleo. Aunque sabía que no podía influir en la decisión del comité, ese día vestía más elegante y había llegado más temprano, que de costumbre.

Sentado frente a la apagada pantalla del computador recordaba, con más incompreensión que envidia, las historias de su abuelo sobre los tiempos antiguos, cuando el sueño social era el ocio, y los trabajadores disfrutaban de vacaciones y el retiro. Para él y todos los de su generación, la consagración al trabajo era la única razón de la vida, al cual dedicaban todo su tiempo y esfuerzo.

Desde su mayoría de edad, que por ley había sido reducida a los doce años, y cuando apenas había concluido sus diez ciclos anuales de educación, disfrutaba de un trabajo estable y continuo, garantizado por el gobierno. Y, si bien, gracias a las luchas de los sindicatos, ya no tenía que preocuparse por el retiro por edad ni las vacaciones obligatorias, desde hacía unos años, con la disminución de los puestos de trabajo disponibles para humanos, estaba obligado a presentar las evaluaciones.

Envuelto en su preocupación y con toda la atención concentrada en el intercomunicador, no vio acercarse a John. Sonreía y le ofrecía un café.

—Hola, Erick. Estoy feliz. Me acaban de avisar que he sido padre.

—Felicitaciones, John. ¿Y ya conoces a tu hijo?

—No, mi esposa y yo pensamos ir a verlo el domingo.

—Yo trabajo ese día, pero envíame una foto; me gustaría conocerlo —y tras tomar un sorbo de café, continuó—: ¿Y cómo han manejado el tema laboral?

—Bien, tú sabes que con la inseminación artificial y la nueva *matriz electromecánica*, se evita la pérdida de días de trabajo por la gestación y el parto.

—¿Y Martha se dedicará a la crianza del bebé?

—No, como nosotros vivimos aquí en la empresa, la trabajadora social nos ha dicho que el gobierno se hará cargo de la misma.

—Al menos no nos han quitado eso —dijo Erick con voz triste, mientras recordaba cómo los adelantos en inteligencia artificial, habían permitido que los robots desplazaran a muchos humanos en la mayoría de los trabajos, con las ventajas de menor costo y mayor productividad.

—¿Por qué tan elegante? —preguntó John, aunque casi de inmediato, se arrepintió, cuando sospechó la causa.

—Hoy es mi día. El día de mi evaluación de desempeño — aclaró Erick, mientras carraspeaba para desatar el nudo que se le formaba en la garganta, cada vez que pensaba en ese tema.

—Lo siento, Erick —dijo John, mientras en silencio agradecía no encontrarse en esa situación—. Yo la pasé el mes pasado y, afortunadamente, aprobé —y mientras tocaba el hombro de Erick, afirmó—: Todo va a ir bien.

El sonido del intercomunicador sorprendió a Erick, a pesar de estar esperando esa llamada. Antes de contestar ya sabía de qué se trataba:

—Habla Erick, código A1423—6.

Escuchó brevemente y, de inmediato, sin despedirse, salió de la oficina hacia la gran sala de reuniones donde estaba reunido el Comité de Evaluaciones. Iba muy nervioso.

—Por favor, siéntese —le indicó el que parecía ser coordinador del grupo. Erick tomó asiento y, en un acto reflejo, se ajustó la corbata—. Por favor me confirma su nombre, código y puesto de trabajo.

—Erick Stanton, código A1423—6, Supervisor del Departamento de Mantenimiento de Jardines.

—Señor Stanton: ¿sabe por qué está aquí?

—Sí, señor. Es para recibir los resultados de mi Evaluación Anual de Desempeño.

—¿Y sabe que su permanencia en la compañía depende de este resultado?

—Sí, señor.

—¿Y sabe que el resultado de este comité es inapelable?

—Sí, señor.

—Bien, señor Stanton: observo en su expediente que ha fallado las dos últimas evaluaciones. ¿Es correcto?

—Sí, señor —contestó Erick con voz casi inaudible.

El coordinador lo miró por encima de las gafas y continuó:

—¿Sabe usted que la primera falla en la evaluación lleva una suspensión de un mes? —y sin esperar respuesta, agregó—, ¿y que la segunda falla tiene una suspensión de tres meses?

Erick no contestó pero, involuntariamente, tembló al recordar lo triste y deprimido que se había sentido durante esos períodos de suspensión.

—¿También debe saber que la tercera falla en la evaluación lleva a la suspensión indefinida?

Erick asintió —no trató de hablar: un nudo en la garganta le impedía pronunciar palabra—. También sabía que «indefinida» era lo mismo que «para siempre». Y que una vez suspendido no existía ninguna posibilidad de reengancharse en otra compañía.

El coordinador miró a los otros dos miembros del comité y después a Erick. Se acomodó en su asiento y, ahora con un tono más formal, continuó:

—Señor Erick Stanton, código A1423—6, en nombre del Comité de Evaluación de Desempeño de Inversiones Mineras Globales y, conforme a la ley vigente, me permito informarle que el resultado de su evaluación es... —Erick se inclinó hacia adelante

para escuchar mejor y entrelazó nerviosamente las manos— ... deficiente. Por tanto, este comité lo suspende en forma indefinida...

Erick se derrumbó en el asiento, agarrándose la cabeza con las manos. No hizo nada para ocultar las lágrimas que corrían por su rostro. Gemía.

El coordinador continuó hablando, aunque Erick ya no lo escuchaba:

—... a partir de ahora, no podrá desempeñar ningún trabajo remunerado o voluntario, deberá dedicar todo su tiempo a actividades diferentes... El gobierno garantizará el pago de su salario y seguirá disfrutando de todos los beneficios médicos y sindicales actuales... además podrá disponer de una tarjeta de viajes ilimitados y acceso a los centros vacacionales, todo sin costo... también hay programas gratuitos para estudiar o desarrollar pasatiempos, su supervisor le puede asesorar...

Aunque la voz prosiguió explicando los beneficios de la suspensión indefinida, Erick continuaba sin atender. El único pensamiento que cruzaba por su mente era el suicidio: a sus ochenta y cinco años no quería estar condenado a la cruel práctica que los antiguos llamaban «jubilación».

H

LA MUJER DEL GENERAL

Jorge Hernán Arce González

H

Me contó que durante el tiempo que estuvo casada con el general, nunca pudo salir a caminar sola. Las calles de la capital de la República, ciudad para la que su marido trabajó devotamente durante tantos años, eran un territorio minado para ella. Jamás pudo comprender por qué mientras la seguridad en el país aumentaba, la de ella disminuía proporcionalmente.

Después de más de veinte años de no caminar por las estrechas calles del centro, había olvidado ese olor a libro húmedo, también se había perdido de presenciar cómo ese sector de la ciudad en el que creció se había transformando con el pasar del tiempo. Desde que se casó, Bogotá empezaba en la calle setenta y dos y terminaba un poco más allá del batallón, por fuera de ese perímetro no le garantizaban su seguridad si no iba acompañada. Siempre llevaba por lo menos dos escoltas, en ocasiones, cuando la situación del país era políticamente complicada, la acompañaba una moto con dos agentes de policía. No podía entrar a un baño tranquila, pasearse parsimoniosamente por un centro comercial o hablar desparpajadamente por teléfono sin que por lo menos cuatro ojos estuvieran encima suyo. No tenía

amigos de confianza. Sus compañeras de universidad eran mujeres ocupadas con profesiones exitosas y esposos con vidas normales: mercar, salir a la ciclovía, ir al gimnasio, cometer adulterio..., pero ella era la mujer del general. Nadie podía acercársele sin que primero se les abalanzaran dos gigantes inexpugnables para los que todos a su alrededor eran presuntos criminales.

Nos conocimos esa noche en el teatro La Candelaria viendo una obra de teatro posdramático de alto contenido conceptual y performático. Unas horas más tarde, entre copas ella me confesó que no le había gustado, pero como no tenía nada mejor que hacer decidió quedarse hasta el final, además, porque a su lado se había sentado un hombre de aproximadamente unos cincuenta años que también iba sólo, de aspecto juvenil a pesar de su edad y que llevaba mochila wajuu, zapatos de pana y un blue jean un poco gastado, atuendo que le recordaba a un viejo amigo de la universidad. Ella no pudo aguantarse las ganas de hablarle y de pedirle que le explicara de qué se había tratado eso que acababan de ver, entonces yo le dije que con mucho gusto se lo explicaba si ella aceptaba recibirme una cerveza o un café, siempre y cuando no se sintiera ofendida y no estuviera acompañada. Ella respondió que no, que no se ofendía y tampoco estaba acompañada, que aceptaba mi invitación a un café, porque ya no bebía, siempre y cuando yo no tuviera resistencia a salir con una mujer que hacía muy poco había enviudado.

No era muy atractiva. Tenía una belleza clásica: una mezcla entre Betty Davis y Consuelo Luzardo. De joven soñó con ser actriz, pero su papá no se lo permitió, decía que la televisión y el teatro eran para mujeres de reputación cuestionable. Estudió antropología en la Universidad de los Andes, pero nunca ejerció, y a los pocos meses de haber terminado sus estudios, el general, en ese entonces coronel, quince años mayor que ella, pidió su mano en matrimonio y su padre, un cachaco conservador, se la concedió inmediatamente. Después de eso tuvo que olvidarse de quien era para usar un uniforme imaginario y convertirse en un objeto ornamental o en un muñeco de ventrilocuo. Aprendió a sonreír de la manera correcta y oportuna, a opinar sin nunca comprometerse, a gastarse el dinero que su marido ganaba y a posar para eventos oficiales. Al principio fue feliz, pero al cabo de los años terminó hastiándose de tanto

protocolo y para poder soportar sus días empezó a beber. El bar de su casa era opulento: Brandy, whisky, coñac y vinos de cosechas más antiguas que sus hijos. Tenía a su disposición lo que quisiera. Comenzó un día con un trago después de cada comida y terminó por pasar su décimo quinto aniversario de casada en un centro de rehabilitación en los Alpes suizos para amas de casa pudientes y siendo la vergüenza de su marido, al que solo volvió a tocar después del atentado que lo dejó postrado en una cama y con el que salía los domingos cada quince días para ir a misa.

Caminar de noche por la Avenida Jiménez fue una experiencia reveladora para ella. Me aseguró que ni siquiera cuando estuvo por primera vez en París o en Praga sintió lo mismo. Me tomó fuerte del brazo y percibí que estaba asustada. Había más indigentes de los que ella recordaba y el parque en frente del Museo del Oro olía penetrantemente a berrinche, sin embargo, nada de eso le quitó el entusiasmo. Ingresamos a un bar, me contó que entrar a la Biblioteca Luis Ángel Arango le había recordado las salidas oficiales con su esposo: —demasiada seguridad para un lugar que solo guarda libros y periódicos viejos—, No tenía la más remota idea de cómo solicitar un libro y tuvo que pedir ayuda. Cuando el asistente le preguntó qué deseaba consultar no dudó un instante en pedir, con la emoción que solo un niño puede sentir ante la expectativa, las obras completas de Brecht.

Estuvo casi veinte minutos sentada, erguida y elegante, como solo las mujeres de su especie saben sentarse, hasta que por fin recibió el material que había solicitado. No pensaba leerlas completas, solo quería sentir las entre sus manos por unos minutos y olerlas con los ojos cerrados, tratando de que esa experiencia pudiera llevarla de nuevo a esos recodos de su pasado que poco a poco había ido olvidando.

Cuando abrió los ojos nuevamente una lágrima rebelde se le había escapado. Sintió vergüenza a pesar que al parecer nadie se había dado cuenta de su exhibicionismo. Rápidamente cubrió su recorrido con un poco de maquillaje y sacó de su cartera un esfero y una hoja de papel en la que listaba las cosas que había planeado hacer durante ese día, el título de la lista era: “Cosas para hacer cuando la jaula se vuelva pájaro”, lista que aún conservo.

Entre las cosas que había planeado estaban: tomarse un tinto en algún café tradicional del centro, recorrer la colección de pintura del Banco de la República y para finalizar, asistir a una obra de teatro en “La Candelaria”; anhelaba volver a ver “Guadalupe años sin cuenta”, pero se conformaría con la que estuviera en repertorio con tal de sentir cómo esa sala fría, que tanto visitó de joven, se iba calentando a medida que la gente entraba y los actores sudaban debajo de las luces.

A las doce de la noche, yo iba por la quinta cerveza y ella por el tercer tinto y la primera Coca Cola. Casi que nos habíamos contado la vida entera. Le dije que era director de teatro y escritor de cuentos; divorciado, con un hijo en el extranjero y a punto de publicar mi primer libro. El bar se llamaba “El Rincón Cubano” y solo ponían salsa. A su alrededor, había todo tipo de gente: Varios negros que bailaban como poseídos, estudiantes universitarios, uno que otro extranjero con el ritmo extraviado y al fondo un grupo de travestis muy bien vestidas que bailaban y se besaban entre ellas. El panorama era tan ajeno y surreal que por un momento ella pareció dudar de que esa fuera su realidad. El aire estaba enrarecido y se percibía un leve olor a hierba, los negros de al lado no tenían mesura al servirse sus pases de coca y en general, las botellas de alcohol rodaban por todas las mesas. Ella llevaba casi cinco años sin tomarse un trago y aunque no se moría de las ganas por hacerlo, sí quería bailar, y así, sobria, dudaba que sus pies coordinaran dos movimientos. Empezó con una cerveza Light, pero cuando sonó “un pillo buena gente” de Andy Montañez, pidió una botella de whisky Jhonnie Walker que no duró más de una hora en la mesa y terminó calentando las narices frías de los negros de al lado.

Cuando el trago empezaba a hacerle efecto, me dijo mientras bailábamos con una sonrisa de la que sus ojos parecían arrepentirse, que para la mujer de un general de la República como ella, el matrimonio era un contrato hasta la muerte, que en tales casos, la separación era casi un repudio. Para la mujer de un militar, el único camino digno para terminar con su prisión era la muerte... de su marido, la propia sería casi una derrota y ante tal panorama, la mujer de un militar debía esperar a que la fortuna estuviera de su lado y que su admirable esposo fuera alcanzado por alguna bala rebelde,

que su corazón sucumbiera ante la presión o que el veneno fuera imperceptible.

A las tres de la mañana nos echaron del bar. Ella estaba evidentemente borracha y yo también. Caminamos en *zig zag* por la carrera diecinueve sin saber para dónde ir, pero con ganas de seguir juntos. Ella estaba abrazada a mí y no paraba de hablar de su vida, de su exesposo que recientemente había muerto, de lo que le hubiera gustado haber hecho de sí misma, pero en especial, de ese día y de lo definitivo que había sido para ella. Terminamos en un hotel de dos estrellas a la vuelta de la Universidad de los Andes y como era de esperarse hicimos el amor de manera salvaje, como si para ella fuera la primera vez en mucho tiempo o la última. Cuando me desperté, ella estaba sentada al borde de la cama y le indicaba la dirección del hotel a alguien a través de su teléfono celular, impecable, como la dama que nunca había dejado de ser, como si un arrebato irracional nunca hubiera despeinado su cabellera de mujer de militar.

A los pocos minutos, la policía casi tumbó la puerta. Un militar de avanzada edad la tomó de la mano y evitó que la esposaran, uno más joven le leyó sus derechos y luego se la llevaron custodiada. Nadie se fijó en mí. Yo no tuve tiempo ni de ponerme la ropa interior. Me asomé por la ventana que daba a la calle tercera y la vi, digna ella, con sus gafas de sol Armani, subirse en la camioneta de la policía. Más tarde, los periódicos y demás medios de comunicación lamentaban la muerte del general Tobón, héroe de la patria, precursor de la paz, quien había pasado los últimos años de su vida postrado en una cama, debido a un atentado perpetrado en su contra por un grupo terrorista y quien había muerto presuntamente envenenado de manera imperceptible durante meses por su esposa.

Me dijo que se llamaba Polly, como el personaje de la opera de los tres centavos, fue la única mentira, el resto de la historia fue verdad. La condenaron a cincuenta años de prisión y aunque he intentado visitarla varias veces en la cárcel, ella nunca ha aceptado verme.

H

LAS DOS VÍRGENES

Humberto Betancourt R.

H

El dueño de la pequeña cantina llamada *Juan Charrasqueado* trataba de separarlos para evitar una desgracia, pero su propia borrachera no lo permitió. El establecimiento, que de noche se convertía en casa de lenocinio, quedaba en un inmueble viejo, descuidado, con paredes de bahareque y techos de zinc, piso de baldosas de muchos colores, puertas y ventanas de madera pobremente pintada. Los tres hombres de alpargata, carriel y ruana, uno de ellos el cantinero, llevaban cinco horas bebiendo aguardiente *Tapa Roja* en grandes copas llamadas *quinteras*, que se zampaban de un solo trago al que acompañaban con un sorbo de leche cruda y, a veces, con un trozo de salchichón. Los dos campesinos que se batían a muerte no se conocían antes de ese domingo, pero, sin saber por qué, estaban peleando con un furor incontenible.

—A ver, *hijueputa*, ¿cómo asina que la Virgen de Fátima es la patrona de los asesinos? —jadeaba Gumersindo mientras intentaba llegar con su arma al cuerpo de Demetrio.

—¡Más *hijueputa* es *vusté*, que *inrespeto* la virgencita del Carmen en diciendo que es la reina de los bandoleros y de las putas! —contestaba Demetrio, que ya chorreaba sangre de su brazo izquierdo.

Mientras seguían insultándose y lanzándose tajos, Gumersindo dio un traspie, se tropezó con una silla y cayó al piso con gran estruendo. Desde abajo vio cómo su casual enemigo levantó la peñilla para liquidarlo, pero no pidió clemencia. Un segundo antes de morir ahogado en sangre, tras el certero tajo que le propinó Demetrio en el cuello, se santiguó y trató de gritar “¡Virgen Santísima!”.

Dos meses antes, una noche del mes de mayo de 1959, Gumersindo y varias decenas de personas marchaban paso a paso detrás de un ícono llevado en andas. Enarbolaban banderitas azules con estampas alusivas.

—¡Viva la Virgen de Fátima! ¡Abajo la Virgen del Carmen! ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva el partido conservador! ¡Abajo los *collarejos* ateos!

A la noche siguiente, acompañado de decenas de fieles, esta vez con banderas rojas, Demetrio caminaba a paso rápido tras otra efigie, la de la Virgen del Carmen.

—¡Abajo los *godos*! ¡Viva el glorioso partido liberal! ¡Abajo la Virgen de Fátima! ¡Viva Jorge Eliécer Gaitán! ¡Viva la Virgen del Carmen!

El templo de *La Pradera* estaba en ruinas a raíz de que un grupo de bandoleros liberales lo había asaltado e incendiado cuatro años atrás, en venganza por las arengas sectarias de Eccehomo Paniagua durante las misas campales, en las que bendecía las armas de las bandas de *chulavitas*, justo antes de que salieran a campo traviesa a cometer toda clase de atrocidades en las veredas de campesinos *collarejos* o *comunistas*. Los liberales, que eran mayoría en el poblado, habían dejado de colaborar con sus limosnas en protesta por la parcialidad del presbítero. Las finanzas de la parroquia, en consecuencia, estaban de capa caída.

El párroco Eccehomo Paniagua, hombre cuarentón, de tez blanca y facciones mestizas, se jactaba de ser muy creyente y estricto. Disciplinado en apariencia, se ufanaba además de cuidar con celo los votos de castidad y pobreza, pero en realidad no era tan escrupuloso con ninguno de los dos. Su origen campesino era inocultable, aunque pretendía ser miembro de una de las familias notables de Tunja y descendiente directo de los españoles que, según pensaba, “llegaron a estas tierras a traer a los salvajes la civilización occidental y la palabra de Dios”.

Eccehomo esperaba un milagro económico para iniciar la reconstrucción de la iglesia, pero los santos estaban sordos a sus plegarias. A los seres celestiales quizá no les agradaba su afición a enamorar adolescentes durante el sacramento de la confesión, faena que el siervo de Dios culminaba, generalmente con éxito, cuando las invitaba a continuar orando en sus habitaciones privadas.

Después de mucho cavilar, el párroco, hombre inteligente y hábil con las finanzas, tuvo la idea de aprovechar la fe católica de sus feligreses y poner a competir a rojos y azules para elegir la reina del pueblo, no entre las bellas muchachas de *La Pradera*, sino entre las dos Vírgenes más veneradas de la región. La una, candidata de los liberales y la otra, de los conservadores. Esto “seguramente fue una iluminación del Espíritu Santo para resolver las penurias financieras de la parroquia”, se decía a sí mismo Paniagua. Cada voto costaba un peso y cada peso iría a engrosar las arcas eclesiales.

Dicho y hecho: en los sermones del domingo, el pastor invitó a los devotos a participar sin distinguos políticos en el concurso, con entusiasmo y alegría católica. Comenzaron las procesiones de la sacra campaña electoral, que fueron perdiendo su carácter místico y tomaron el cariz de demostraciones políticas. La motivación de todos, collarejos y godos, no era tanto rehacer el templo incinerado, sino derrotar al opositor político; demostrar, en el caso de los rojos, que la malquerencia de la Iglesia hacia ellos en Colombia era infundada e injusta. Por el lado de los azules, su estímulo era reafirmar que solamente su partido encarnaba los ideales, los dogmas y la doctrina de la Iglesia Católica.

El concurso duró dos meses largos. Los homicidios, por reyertas religioso-políticas entre campesinos beodos, subieron a varias decenas. Eccehomo cobraba buen dinero por los oficios fúnebres y así el éxito económico del reinado era aún mayor. Los dolientes se consolaban pensando que el ser querido había muerto por una buena causa y ya estaría en el paraíso disfrutando de la gloria eterna.

El certamen concluyó el 16 de julio con un gran bazar y fiesta popular en el parque principal. Hacia las cinco de la tarde, la Virgen de Fátima aventajaba a la del Carmen por unos cientos de votos. Un ganadero de apellido Domínguez decidió donar, en respaldo a la votación liberal, varias novillas de raza. Paniagua las vendió

enseguida a buen precio. Con esto, Domínguez dio jaque-mate, los liberales ganaron y la Virgen del Carmen se convirtió en la reina de *La Pradera*. La celebración de unos y la consternación de los vencidos fueron inmensas. La reunión se convirtió en una peña generalizada hasta la madrugada siguiente. Los borrachos seguidores de la Virgen de Fátima hicieron airesos reclamos contra la Virgen del Carmen por fraude electoral, delito del cual nunca presentaron pruebas.

Paniagua se sentía orgulloso: el pueblo lo había dado todo. Un sentimiento de euforia le recorría las entrañas, aunque no podía dejar de estar algo molesto por la derrota de su virgencita preferida. Caminó lentamente hacia el altar mayor de la iglesia en ruinas, se arrodilló ante la aparecida de Fátima y le pidió perdón.

A las cinco de la mañana, mientras el pueblo dormía la monumental tranca y el consabido guayabo aguardentero, el cura de marras salió sigilosamente de su aposento, se echó la bendición, pidió la protección de todos los santos, metió en el baúl de su viejo carro particular los cinco bultos repletos de billetes y arrancó a toda velocidad con la intención de desaparecer para siempre. Esta vez sus guardaespaldas celestes no lo ayudaron. A la salida del pueblo, en la primera curva, el carro patinó, se volcó y se estrelló contra el muro que resguardaba el *Monumento a la Virgen del Carmen*. El golpe fue demoledor. Presa de terribles dolores y asustado como nunca, el clérigo invocó, no a sus santos preferidos, ni a Dios, sino a la *collareja* Virgen del Carmen: “Madre Santa, perdóname por haberte ofendido...”. Fue su último pensamiento, antes de que el cuerpo moribundo y el producto de la santa ratería se calcinaran por completo junto al carricoche.

El estruendo, los gritos lastimeros del caco con sotana y el olor a chamusquina despertaron a Demetrio, a la viuda de Gumersindo y a casi todos los vecinos del barrio popular cercano al *Monumento*, quienes no solamente se asombraron por el insólito incendio, sino que se maravillaron al ver cómo la imagen de la virgen ganadora, su patrona venerada, tal vez por el golpe del vehículo y el calor del incendio, había cobrado vida. De su rostro de piedra desapareció la expresión distante, aristócrata, europea. Se fue transformando en la cara de una mujer indígena: la tez rosada se tornó morena, los ojos azules se oscurecieron, la corona de oro se convirtió en una canasta

de frutas, las espléndidas vestimentas de princesa de la edad media se trocaron en un precioso vestido de chapolera y las sandalias plateadas fueron remplazadas por alpargatas de fique.

La virgen rediviva tenía una postura de amor, de humor y de justicia. Una bella sonrisa, un guiño picaresco con el ojo izquierdo y el índice de la mano derecha apuntando al carro en llamas, fueron el preludio del himno de esperanza que esa plebe de desplazados, putas, choferes, artesanos, campesinos y pordioseros comenzó a cantar:

*Madre gracias por tu bondad
Pues tú nos diste luz, camino y verdad.
Madre con tu melodiosa voz,
Intercede ante El Padre nuestro Dios.
Virgen del Carmen con devoción
Somos tus hijos en oración.
Virgen del Carmen queremos ver
Aquí en Pradera un nuevo amanecer.
Que se calme todo el llanto fruto de la iniquidad
Que florezca entre nosotros la amistad y bien.
Que se acabe la injusticia que germine la hermandad
Que en los cerros nunca falte techo y pan...*

(Himno a la Virgen del Carmen - Autor anónimo)

Chía, agosto de 2014

H

AÍDA

Guillermo Efrén Rivas Gómez

H

Las bolsas de los ojos están más abultadas que de costumbre. ¡Qué horrible! Y todo por la manía de anticipar hechos mientras trato de dormir. Porque hoy es el día, hoy vendrá y ando con el alma en fiesta como un adolescente. O es puros nervios de que me vea, lo que queda de mí después de tantos años. En comparación con Darío no estoy nada mal. Darío de novia pescó a Enfisema Pulmonar, ya no sabemos si ríe, tose o se está ahogando. Para cuando atinamos hay que correr y conectarlo al oxígeno. ¿Qué haré con esas bolsas? Ligia, mi hija, me dice que el pepino en rodajas las desinflama, ella sí sabe, como está muy pendiente de las dietas y remedios naturales para la piel, la resequedad de los talones, la celulitis, las patas de gallo, en fin... Voy a caer en la ridiculez de engalanarme como joven solo porque tendré una cita. Todo es emoción, nada más es un reencuentro. ¿Reencuentro? “Hay cosas que quedaron pendientes, sería bueno concluir las”, me dijo, como si se tratara de algo serio o una declaración. Todo eso son palabrerías, ella viene y punto. Tampoco tengo que presentarme como una muestra de miserias. Por eso desde hace un mes, cuando supe que vendría, me levanté a caminar todos los días a las siete de la mañana, yo que nunca me

Levanto antes de las diez, nada más que para ver si podía alisar este vientre crecido, medio fofa, capaz de incomodarme. Ábrase visto, como disgusta si hace años que mi aspecto físico no me desespera. Se ve que está menos abultado. Para qué me miento. A ver si puedo sumirlo. Lo de la guayabera para disimular, o será mejor una faja bajo la camisa. A ella le gustaba verme con camisetas, en cambio odiaba las sudaderas, según ella, uno se ve como si regresara de un partido de fútbol, sudado y mal oliente, aunque nunca jugué fútbol; me gustaba el básquet. Ella no era delgada cuando la conocí. Ahí estaban esas caderas muy anchas y redondas, senos prominentes, cara llenita. Sin embargo daba la impresión de ser una muchachita frágil, a quien había que tratar con delicadeza. Tenía un pisar ligero, no hacía ruido al caminar, como si anduviera en el aire. Adelgazó y quedó de rechupete, pero los senos siguieron notables, lo que hace la moda. Los pepinos serán para más tarde. Ahora tengo que ver lo de la cena. Para qué la habré invitado a cenar en casa si no sé lo que le gusta, más de dos años conviviendo y nunca supe qué comida apetecía. Solo desayunamos y siempre pedía yogur con cereales o cereales con miel, unas rosquillas o galletas con mermelada. Por la noche tomaba un té o un café. ¿Qué le hago? Ni modo de salirle con un té o un café. Qué chistoso que la comida nunca fuera un tema entre nosotros. Hablábamos eso sí, del socialismo, la esperanza de la humanidad contra el capitalismo, ese controlador de masas. De religión versus espiritualidad. Teníamos conciencia social, Jodidos pero con conciencia social. Amábamos el cine, ella amaba las películas de romance y yo me burlaba de la cursilería. Juntos vimos “Un hombre y una mujer” y “Anónimo Veneciano”. Nos encantó, hasta lloramos, pero esas no eran cursis. Quería invitarla al restaurante. En el fondo mejor es tenerla aquí en casa, sin interrupciones ni testigos. Y ella, aceptó. Si no hubiera dicho: “mejor nos vemos en...” Pero dijo: “sí, de acuerdo”. Ni preguntó ¿cuál es el menú? Entonces, ¿para qué hacerse un ocho con esas cosas? Así también pasaban los recuerdos en la mente de Aída, que después de sus estudios y triunfo en Europa, no había podido olvidar a Julián, lo comprobó cuando volvió a Colombia, su recuerdo está vivo. Julián sigue machacando para sus adentros: nunca me dijo de lo infantil que me portaba, las largas horas hablando de nuestro

amor y del futuro, juntos. No concebíamos la vida el uno sin el otro, cuando no hablábamos nos comíamos a besos. ¡Qué cosa! ¡Qué hambre de la boca del otro, del cuerpo del otro! No sé por qué se fijó en mí, siendo un tipo tan común, de físico nada destacable y ella... Tal vez pida la cena al restaurante, ellos tienen servicio a domicilio, sé que me pueden preparar una cena con: ensalada de cebolleta, lechuga, tomate deshidratado; retacada de plátanos, y trucha. Eso puede ser. El postre ya lo tengo su favorito: Arequipe con queso. Y me aperé de una buena variedad de tés. Estoy tan seguro esto le gustará, y sin complique como para decir que yo cociné. Nos habíamos enojado y en la reconciliación me salió con: “Mira Julián, nos casamos o aquí acabamos”. Y yo, muy ufano, muy pendejo, orgulloso dije: “A mí nadie me pone condiciones. ¡Chantajes a mí...!” y quién sabe qué otras idioteces. Seguimos enojados. Me quedé esperando, primero que me pidiera disculpas, luego que me rogara. Al mes ya no aguanté y ahí voy con el anillo de compromiso. “Se fue a Europa, Julián. Le dieron la beca para perfeccionar sus estudios de piano”, dijo su mamá. Me acuerdo de esas cosas y en cambio he olvidado otras más recientes, porque creí que era mentira, que la estaban escondiendo. Había sido cierto, se fue y ni una carta me dejó. Después de varias borracheras reanudé mi vida, no se puede seguir siendo pusilánime o loco. Funcionó como el mejor antídoto para el mal de amores el llenarse de números la cabeza: ingresos, egresos, deducciones, contabilidad fiscal ¡ni hambre me daba! Claro que Julián respondió a la atracción del otro género. Apareció Yolanda, lo flechó y de una al matrimonio, solo trató de borrar a la ingrata que se fue. Parecía que nunca se había oído a sí mismo, seguía: Me casé con Yolanda, mi ex mujer, ella era guapa, burguesa, muy de su casa. Vinieron los resultados: Tres hijos, cinco nietos, veinticinco años juntos y un divorcio. Mi exmujer siempre tuvo celos de Aída, no sé por qué, le hablé de otras novias con mi arrogancia juvenil. Y ahí estaba la joda, si me quedaba callado, era: “estás pensando en ella, ¿verdad?” o “La extrañas, ¿no? Claro, claro como yo no soy...” Sin saber hacía que yo la recordara más de la cuenta. Con la llegada de su menopausia vino el odio y me dijo: “Hasta aquí llegamos”, dije: “Bueno” y ella respondió: “Qué fácil, no. Ves, nunca te importé”. Y yo me rasqué la cabeza, hice mis

maletas y me fui. Nuestros hijos, a la par con su tiempo de modernidad, no tomaron partido: “No te preocupes, papá; lo que sea mejor para los dos”. Lo acepté con un: “Bueno”. Un breve periodo estuve desorientado, machacando mi fracaso matrimonial hasta que un día desperté y me di cuenta que tenía cincuenta y cinco años, estaba libre de hacer lo que me viniera en gana sin tener que darle cuentas a nadie. Hasta podía tener amantes sin remordimiento. ¡Qué alivio! ¡Ah Aída! Aída, nunca había conocido a alguien con ese nombre. Su mamá vio en el folleto de un concierto la palabra “Aída” y lo guardó para bautizar a la primera bebé mujer que tuviera. Así le puso Aída a la que conocí en un concierto de la Sinfónica. Me habían dejado plantado y me sobra un boleto, ella buscaba uno. Se lo cedí y nos sentamos juntos. Me dijo que estudiaba música, yo recién había terminado Contaduría. Fui a buscarla varias veces a la universidad hasta que aceptó salir conmigo. Y luego, me dejó... El espejo me devuelve mi imagen ¡Qué viejo me veo en calzoncillos y con esa camiseta ridícula! No paró de mirarse esas arrugas en las rodillas, el pellejo colgante en el cuello, los brazos flácidos, la cara con rayas, menos mal que calvo no soy. ¡Qué espero?, con setenta años. Por lo menos no me duele nada y todavía me muevo con bastante agilidad. Aída debe tener...sesenta y cinco. ¿Habrá engordado o seguirá delgada? ¿Tendrá el cabello gris o se lo pintará? Hay señoras que se ven soberbias con cabello cano. Las muchachas le envidiaban su cabello lacio, muy negro. Una cabellera maravillosa. No puedo imaginarla fea o ajada, no puedo. ¿Qué cara pondrá cuando me vea? Imagino diciéndome: ¡No has envejecido! o la de: ¡Para tu edad está bastante bien! ¡Carajo! Con estos nervios ya me abroché mal la camisa. Ya va a ser la hora. Quedamos a las ocho y no tarda en llegar la comida. ¡Para qué querrá verme? ¡Qué curioso! Un día me levanté y me asaltó su imagen. A los pocos días encontré su “e-mail” en uno de los tantos correos que recibo. Le escribí y me responde: “Sería bueno vernos, hay cosas que quedaron pendientes, sería bueno concluirías”. Aída estaba al tanto de todos los pormenores de su ex novio, ella había tenido sus pasajeras aventuras, pero no olvidaba a su primer amor. Mientras tanto Julián se derretía en sus apreciaciones. No quiso soltar prenda, solo ya hablaremos. Creo que viene con un historial de reclamaciones. Las mujeres

almacenan resentimientos de por vida, con fecha, hora, lugar, vestuario, clima... ¿Tantos años para venir con eso? Y yo, ¿para qué la cité? “Dímelo por escrito”, podría haberle dicho. —El Timbre, suena. Es ella. No, es la comida... Más vale que prenda el horno. Pondré el postre en la mesa. Para qué si el postre va al final. Que sea sorpresa. A lo mejor no viene. Si se arrepiente qué alivio... qué desilusión. Me falta la loción, a veces los viejos despedimos un aroma desagradable, serán las hormonas. Al menos sé que sigo vivo porque el corazón late como quinceañero. De una vez pongo la música. Tengo Arias de Bach, sus favoritas; algo de jazz y romántica. Empiezo con esa. No, Jazz. Mejor que no venga. ¡Qué venga! ¡Qué le voy a decir cuando abra la puerta? —Hola, qué gusto verte. Le doy la mano y le digo: Sigue... Bienvenida, beso en la mejilla y sigue. Bienvenida, abrazo y sigue. O me quedo como si nada, y ya según su reacción. Sí, mejor que ella decida. Claro, para que me diga: “sigues igual de lento”. Torpe Julián, ¿Qué los años no te han enseñado nada? —el timbre— ¿Es ella? Si abro rápido va a decir que estoy pegado en la puerta. Me tiemblan la boca, las manos... sigue el Timbre sonando, voy por ella y que pase lo que pase, con la cena ya no quedaré mal.

H

LINCÁTROPO GALLINAZUS

Henry Jiménez

H

Desde que mi hermano Arturo sufrió aquel accidente, ese corrientazo que lo lanzó a casi dos metros de la mesa de planchar y lo dejará postrado en una esquina de la habitación, con los pelos en punta, sus mejillas humeantes y echando espumarajos por la boca, jamás volvió a ser el mismo. Si antes era un tipo, gruñón, aburrido, que discutía por todo, ahora se la pasaba cantando por los rincones de la casa, aleteando como un gallo y escarbando entre las matas ornamentales de mamá.

—Un buen sándwich de lombrices es de lo mejor para mantenerse en forma —decía.

María Helena, entró en conflicto con él, porque este empezó a sufrir ataques de pánico y a sentirse observado de manera sospechosa por Ulises, su gato angora, la adoración de mi hermana, así que, después de muchas discusiones sin tregua ella no tuvo más remedio que deshacerse de la pobre mascota.

Todas las mañanas, para ser más exactos, a las 5:00 a.m. la casa se convertía en un concierto de chillidos que brotaban desde el tejado y que poco a poco se iban atenuando con la llegada del sol matinal. Al principio nos parecía simpático ver a Arturo, trepado encima de

la casa, con el cuerpo ligeramente encorvado hacia delante, con sus manos apoyadas a la cintura e imitando el cantar de los gallos; un canto que para ser franco, sonaba como el cloquear de un viejo pato elevando plegarias para evitar lo inevitable, convertirse en un succulento plato navideño. Todos le implorábamos que por favor se tomara los domingos de descanso, que cesara por un día su instinto de ave de corral, pero era inútil. Para él, su oficio no era un trabajo deleznable, una obligación caprichosa, mucho menos un deber, su actual estado formaba parte de su nueva naturaleza, una naturaleza que asumía con resuelta abnegación.

Una madrugada, después de sus cacofónicos chillidos, no le volvimos a ver en el resto del día. Mi madre temía que algo malo le hubiera ocurrido, y nos ordenó a María Helena y a mí, que lo buscáramos por el barrio. Lo buscamos por todos los lugares que acostumbraba frecuentar y no tuvimos éxito.

—Es como si se hubiera ido volando ¿no crees? —me dijo María Helena.

—No creo, ese pajarraco es un ave de corto vuelo —dije.

—¡No hables así! —dijo ella descargando un golpe de sus nudillos en mi cabeza.

—¿Cómo te gustaría que hablara, muñeca? —le contesté yo, casi llorando, la muy condenada pegaba duro.

Nos pasamos todo el día calle arriba, calle abajo, preguntando a vecinos y conocidos, un trabajo de por sí infructuoso porque él ya se encontraba encaramado en el tejado de la casa, dando aleteos, escarbando entre las canaletas que pendían de la marquesina en un arrebatado júbilo y cacareando como de costumbre.

—¿Madre... has notado a Arturo? Ya casi no habla, y para todo lo que uno le pregunta, solo atiende a decir: ko, ko, kokorokoko. La cosa está empeorando, hasta su piel está adquiriendo un tono rojizo, y con ese nuevo corte de cabello que parece tener un yelmo puesto en su cabeza. ¡Mamá, hay que hacer algo! —decía María Helena, quizás la más preocupada por el comportamiento atípico de Arturo. No así para mí, quien veía en la metamorfosis de mi hermano la ocasión propicia para zanjar antiguos resquemores.

—¡Licantropía! ¡Licantropía! —decía mamá, con voz sollozante y tomándose por los cabellos.

—¿Y, eso qué es mamá? —dijo mi hermana, repantigada en un cómodo sillón de la sala hojeando un viejo libro de Franz Kafka y con un ligero rictus de interrogación.

—¿Y, eso con qué se come? —añadí yo, quién poco o nada me interesaba por el significado de palabrotas tan rebuscadas.

—Eso no se come, no seas pendejo Juan, es la enfermedad que padece tu hermano, ¡Licantrópía! ¡Miren! Este es el tratamiento que le ordenó el psiquiatra del hospital —mamá tomó el conjunto de pastillas que traía en su cartera y las depositó sobre la mesa del comedor; diazepam, olanzapina, lormetazepam y un papel escrito donde rezaba: “se ordena psicoterapia de apoyo con abordaje de la problemática familiar”. La conversación se vio interrumpida cuando ingresó Arturo, quien traía su boca repleta de lombrices, algunas de ellas tratando de huir desesperadas por las comisuras de los labios que él hábilmente atrapaba con sus translúcidos dedos, y las introducía de nuevo en la boca para triturarlas entre los dientes como si se tratase de un manjar exquisito.

Fue a mí en quien recayó la perentoria obligación de administrarle las medicinas al Licántropo Gallinazus como yo lo apodaba —porque madre y María Helena, no la pasaban en casa—, la situación no podía resultarme más provechosa, teniendo en cuenta que, media hora después de darle a mi querido hermanito las coloridas pastillas, este entraba en una especie de trance que lo sumía en un estado delirante y lo convertía en blanco fácil de mis caprichos.

Arturo creía, y era natural que lo creyera de esa forma, que yo, su diminuto hermano, era el gallo alfa del gallinero; le encantaba mi voz blanca. Cuando me oía entonar mis embriagantes melodías se sentía presa de un poder hipnótico que lo doblegaba y le resultaba casi imposible resistirse ante tal encantador cacareo —Pío, Pío, Pío, gallinita. Gallinita, lombriz. Salta aquí, salta aquí, gallinita-lombriz —solía llamarlo al tiempo que sostenía un palo de escoba el cual usaba para pincharle su trasero cada vez que él se resistiera a obedecerme.

DÍAS DESPUÉS

—¿Madre, quién es ese señor? —susurró María Helena al oído de mamá, mientras con sus grandes ojos recorría la geografía del simpático caballero.

—María E, te presento al pastor, Ricardo.

—¿Y, para qué traes un pastor a casa? —nuevamente susurró María Helena, pero en ésta ocasión su voz denotaba un cierto dejo de enfado. Y no era para menos; el personaje en mención tenía la apariencia de un pingüino, voz de trompeta y vestía de una manera muy peculiar.

—Deja la quejadera y anda, ve a preparar un tintico para el pastor —dijo mamá en un tono severo y cortante.

La visita del religioso se prolongó por espacio de tres horas donde mamá lo puso al corriente sobre el trastorno que padecía Arturo, y donde, como era de esperarse, el reverendo hizo gala de su elocuencia en un tema tan espigado como los exorcismos y acompañando a su monótono parloteo con extensas lecturas de pasajes bíblicos. María Helena, sentada en su sillón favorito, con ojos y oídos bien abiertos, escuchaba la conversación.

—Es de vital importancia mi estimada señora que usted entregue su alma al Señor, y no sólo usted, toda su familia debe purificarse de pecado, el diablo es cochino, el diablo es...

—¿Qué diablos ni qué ocho cuartos! ¡Éste señor está loco, mamá! ¡No te vas creer toda esa sarta de estupideces! Y me parece una desfachatez que quieras someter a Arturo a un ritual tan denigrante —dijo María Helena levantándose del sillón sin dejar de mirar a quien consideraba un entrometido y quien le despertaba la mayor de las repulsiones.

—¿Me haces el favor de callarte, no seas grosera! —dijo mamá con una mirada amenazante.

—Pero mamá este tipo es un embus...

—Te callas, y te subes ya a tu cuarto.

—Pero ma...

—Pero nada, te vas y punto.

—Qué pena pastor, disculpe a mi hija...

—No se afane mi señora, es natural en estos casos. Y, no se

sorprenda, el diablo va tratar de oponerse por todos los medios para evitar ser expulsado de la vida de Arturo. Pero descuide, eso déjeme a mí —dijo el pastor extendiéndole la mano para despedirse, luego prosiguió a retirarse con paso cansino no sin antes advertirle a mamá que ella debía suspenderle a mi hermano lo antes posible el tratamiento ordenado por el psiquiatra.

Era de suponerse que las decisiones autoritarias triunfaran sobre el sentido común, así que los preparativos para el exorcismo de Arturo no se hicieron esperar. El más entusiasta con las singularidades de los nuevos acontecimientos en casa era yo, participaba de manera decidida todos los días en las largas jornadas de oración: ora saltando de aquí para allá, ora gritando a voz en cuello: —¡El diablo es cochino! ¡El diablo es cochino! —Ora, entrando en divertidas ensoñaciones viéndome perseguido por una horda de animales fantásticos hasta quedar dormido sobre el sofá de la sala.

EL DÍA SEÑALADO

Las distinguidas damas de la congregación llegaron puntuales a la casa acompañadas de su no menos distinguido pastor Ricardo, quien venía ataviado con una túnica negra, zapatos de charol, guantes de cuero, sombrero de fieltro, y en su mano derecha sosteniendo un grueso libro de oraciones y conjuros; el cual usaba, no sólo como recurso ilustrativo a sus largas disertaciones sobre temas esotéricos, sino para defenderse de los poseídos cuando éstos se salían de control. Las mujeres por contraste parecían clones idénticos salidas de una cinta de ciencia ficción. Venían enfundadas con faldas de paño gris que les llegaban a los tobillos, blusas de seda blanca de solapas exageradamente grandes, cabellos recogidos con moñas y togas de color negro. Cuando vi al pastor y a sus mujeres acompañantes cruzar la puerta principal, se me llenó el corazón de regocijo, me froté las manos y me dije: ¡esta rumba... sí va a estar de ataque!

Mi hermano, como de costumbre, se hallaba descansando recostado en el tejado picoteando estrellas, pues hacía una noche

esplendida, y una luna en forma de queso gruyere, parecía posarse en el traspatio esperando escuchar al gallo más extraordinario que hubiese visto en vida, y quien solía despedirse de ella al despuntar el alba con vítores de esclavo agradecido.

—María E, ve y trae a Arturo —dijo mamá al tiempo que se afanaba por repartir sonrisas a diestra y siniestra a los recién llegados.

—Madre, tú sabes que él a mí no me hace caso —repuso mi hermana mirando de soslayo al conjunto de personas invitadas, que más le parecía una coral en vísperas de un concurso de canto, que un grupo de experimentados exorcistas.

—Ve y tráelo de la mechas si es necesario —insistió mamá.

Al rato ingresaron a la sala donde se hallaban todos los convidados, María Helena, y Arturo tomados de la mano. Ella, con una expresión de angustia, él, de asombro, de exaltación, de viva alegría, jamás había presenciado una reunión de gallinas tan extrañamente engalanadas. Las mujeres allí presentes centraron su atención en la graciosa figura del jovencito; de tez morena, ojos vivaces, nariz respingada, labios gruesos, exquisitos, cabeza a medio rapar, con una delgada línea de cabello que le iba de su frente a la nuca formando una hermosa cresta, un cuerpo de atleta y de mirada profunda. En síntesis, un adonis de la creación. Sin embargo, aquel exuberante muchachito que se ofrecía ante a sus ojos las dejaba paralizadas, sin aliento, al escuchar sus retumbantes cacareos de violín desafinado.

—Hermanas, por favor hagan un círculo —ordenó el pastor Ricardo, abriendo su grueso libro que traía en las manos con pasmosa solemnidad—. Mi señora, —agregó—, tenga la bondad de traer a su hijo y ubicarlo en el centro.

Cuando Arturo fue ubicado en medio, el pastor impuso su mano derecha sobre él, luego empezó a elevar plegarias en un lenguaje abigarrado. Entre plegaria y plegaria leía versículos de su texto sagrado en un continuo crescendo, el tiempo semejaba diluirse al son de sus letanías. Por su parte, las mujeres parecían sobrepasar los límites de un fanatismo triunfante, es más, se les veía alborotadas, se soltaron las moñas al unísono dejando caer sus largos cabellos sobre los hombros, a un ritmo acompasado: blusas de seda blanca, faldas de paño gris, togas de color negro,

brasieres y *pantys* formaron un policromado conjunto de prendas sobre la alfombra. Arturo comenzó a cacarear con furia, aleteaba de manera vigorosa y constante, entre aleteo y aleteo entornaba los ojos. Unas veces reía, otras lloraba, otras parecía extasiado, los ecos de su voz invadían todos los rincones de la casa en una danza frenética. Se sentía el olor azufre cansado, el crepitar de las sombras alargadas resbalándose por entre los muros, el aire frío circulando por las calles desoladas, el revolotear de las hojas cayendo sobre los tejados, el flujo y reflujo de respiraciones entrecortadas, el sibilante paso del viento. De repente... oí lamentos, llantos contenidos, un ruido sordo a lo lejos, luego un golpe seco, otro y otro y otro y... Madre pegó un grito desesperado y corrió en dirección a mí, yo me encontraba retorciéndome en el sofá de la sala con la mirada perdida y resoplando, —brrrr—, me sacudió con fuerza, no reaccionaba, me volvió a zarandear, no volvía en sí, me sentó una cachetada en mis rosadas mejillas que se escuchó varias cuerdas a la redonda, otra, nada, otra, nada, otra... ¡Ay Dios mío! Volvió a gritar, y de un sobresalto abrí mis ojos, me incorporé levemente, eché un vistazo a mí alrededor, se me hizo extraño ver toda esa gente mirándome con su cara de susto, y con voz soñolienta dije:

—¿Qué pasa mamá? ¿Ya se acabó la rumba?

H

LUZ DE NIEVE

Ányelo López Bedoya

H

Estaba herido. Llevaba media hora huyendo y las gotas rojas resplandecían en la nieve mezcladas con las huellas de sus pasos. Las tretas que aprendió de joven para despistar a cualquiera fueron inútiles. Tuvo el impulso de enfrentarlos, pero el temor pudo más. Corría y su corazón lanzaba con fuerza la sangre que le faltaba. Quiso restañar su herida, pero le faltaba el tiempo. Le dolían las extremidades, su pecho fuerte vibraba con el aire helado en sus pulmones. Se movía fácilmente entre los abetos y sorteaba las ramas bajas de los cedros agachando la cabeza o cambiando con rapidez la dirección de su carrera. Saltaba para evitar las raíces, las piedras o los troncos caídos. El bosque tan familiar de su infancia, el lugar de sus paseos de otoño y donde el aire soplaba buscando susurros en las copas más altas, era ya amenazante. Tomó el sendero abrupto que parecía un camino de cabras hasta el arroyo y que terminaba en un vado con grandes piedras por las que podía saltar con facilidad, trataba de perderlos allí. Todo brillaba con la luz. Era más difícil desplazarse rápido con la nieve; sin embargo, eso también había aprendido a hacerlo. La nieve que cubría el sendero volaba a cada

paso como cristal suspendido; continuaba hasta transformarse en escarcha en la rivera, una capa delgada que se quebraba fácil. Escuchó atento los sonidos antes de meterse en el agua que le llegaba hasta las rodillas. Avanzó con la corriente durante varios metros y después fue a la orilla opuesta y remontó el barranco para desaparecer en los árboles. El silencio lo detuvo. Permaneció en tensión flexionando los músculos alargados, a la espera. Sus grandes ojos castaños miraban nerviosos al otro lado del riachuelo por donde vino.

Los que lo perseguían eran muy buenos rastreadores; no precisaban correr demasiado, con un paso vivaz y decidido le daban alcance poco a poco. Además, sangraba bastante y el rastro en la nieve los ponía contentos. Uno de ellos le había acertado y más tarde, cuando lo encontrarán, sabrían quién. Sujetaban los rifles de calibre distinto con firmeza y sus manos quedaban abrigadas por guantes bastos. Todo comenzó en la noche, en el bar a las afueras del pueblo, después de emborracharse y discutir. Salieron con un amanecer claro aunque el cielo estaba encapotado. Usaban chamarras gruesas. Empezaron a buscarlo cuando entraron al bosque. Eran tres, uno grandote de mirada torva, hosco. Los otros dos ya se conocían. Todos llevaban los pómulos rosados por el frío; la temperatura bajaba desde hacía dos horas por lo menos. El tipo hosco se llamaba Hackett, un montañés procedente de Pforzheim que después de la prisión terminó viviendo cerca del Rin. Avistaron el riachuelo mientras seguían el rastro rosado y miraron a lo largo de la orilla.

¡Ist gut! Fue lo único que murmuró Hackett en toda la jornada; luego pensó: “quiere escapar por el arroyo”. Los dos amigos que iban con él, uno belga y otro francés, lo miraron sin responderle. Sin darse cuenta y sin ponerse de acuerdo, lo seguían. Notaban la resaca en el cuerpo y sentían la boca seca. Las huellas continuaban hasta donde la nieve empezaba a escarchar al borde del agua. Hackett bajó por el sendero siguiendo la pista y miró la otra orilla del arroyo. La nieve en ese lado lucía como recién caída. Cruzó con cuidado sobre las piedras grandes del lecho para no mojarse y siguió el cauce hasta que de nuevo encontró el rastro. Las pisadas subían el talud natural para internarse en los arbustos al pie de los árboles. Sonriendo en silencio empezó a subir la cuesta con los dos hombres

detrás; cuando alcanzó el borde de la pendiente advirtió a cierta distancia, quince metros quizá, que en medio de la luz fraccionada por las ramas una silueta se deslizaba en el follaje.

Los vio bajar el sendero. Esperó hasta darse cuenta qué camino tomaban. Dejó de verlos un momento cuando llegaron al lecho del arroyo y cruzaron el afluente. Antes de avistarlos otra vez los oyó subir el barranco que había usado para esconderse. Sintió pánico. Perdía fuerzas con rapidez; tomó aire de nuevo y corrió empujado por el instinto. En el sitio donde estuvo parado quedó un charco de sangre que bebía la nieve. El sol arrancaba destellos de los carámbanos en los tallos quebradizos, ponía su reflejo en la blancura del suelo. No dejó de moverse en ningún momento, cada vez con más esfuerzo. El frío no era un problema para él. Ahora, sin embargo, un sudor helado lo hacía tiritar. No rindió sus fuerzas, no se hizo concesiones, lanzó su peso hacia adelante y continuó corriendo. Percibía a través de sus pisadas cómo el terreno ascendía constantemente; eso le trajo recuerdos del camino a la montaña y de un escondite en los arbustos. Estaba exhausto, necesitaba agua y descansar un rato, pero supo que no debía detenerse. Los árboles eran más altos y robustos, entraba en un bosque denso de abetos muy viejos que casi no dejaban pasar la luz...

Medía un metro sesenta de alzada, con un cuerpo esbelto, poderoso, y una cornamenta muy grande y profusa. Los claros ojos marrones, ya sin brillo, miraban los fragmentos de cielo que se colaban a través de las ramas. El belga había acertado el disparo y ganado la apuesta. Era más del mediodía cuando lo encontraron entre las ramas secas de un majuelo.

H

EL SUEÑO DE ANDRÓMEDA

Jhon Wálter Torres Meza

H

Cuando se miró al espejo, una mujer encadenada lo observaba. Sus rasgos finos develaban una hermosa creatura. Tomó el labial de su hermana y de un rojo vivo pintó sus labios. Ensayó su mejor sonrisa y besó al adolescente que refractaba la imagen.

La música lo volvía leve, con ella olvidaba su prisión y se liberaba. Aprendió a bailar observando los videos de Michael Jackson, Thriller era su favorito. Se sabía todos los pasos y en el concurso intercolegial de porristas, enseñó todos los movimientos a sus compañeras, gracias a él habían ganado el primer lugar. Su hermana melliza se llamaba Flor, tenía quince años y el mejor rostro de la familia Toro. Cuando eran bebés la gente los confundía. Julián siempre quiso tener las muñecas de su hermana. Envidió la cocinita con los pequeños platos y vasos que le habían regalado en navidad. Él recibió un carro grande de color negro con el que nunca jugó. Doña Marina, su madre, aún conserva el juguete en el cuarto de los *rebrujos*.

En la adolescencia, la realidad la construyen los sueños. Julián soñaba con llamarse Juliana y llegar a ser la mejor bailarina del mundo. Ganaría muchos concursos, entre ellos el campeonato

mundial de Salsa que se celebra en la ciudad de Cali. cursaba el décimo año de secundaria. En el grupo de teatro del colegio iban a representar el mito de Perseo. El profesor, en una tarde lluviosa, narró su historia:

—Perseo, ayudado por su padre, derrota a un monstruo llamado Medusa que tenía en el cabello venenosas serpientes y lo que miraba se convertía en roca. Perseo quería rescatar a Andrómeda, una mujer hermosa que iba a ser sacrificada a un titán del mar. Para lograrlo, el héroe corta la cabeza de Medusa y transforma al titán en roca — desde que escuchó el relato le fascinó, leyó una y otra vez el mito. El personaje que más le gustaba era Andrómeda. La imaginó a la orilla del mar, atada con grandes cadenas, en espera de su destino fatal o de un héroe que pudiera cambiar la historia. Julián solicitó al profesor de teatro actuar en la obra. El casting para representar a los personajes era un lunes, faltaban dos días, tiempo suficiente para pedir el papel de Andrómeda.

«¿Puede un ser humano cambiar su sexo?, ¿dónde encontraré un Perseo que rompa mis cadenas?», se preguntó, llorando en la habitación después de saber que su hermana Flor, la joven más bella del colegio, ensayaba para pedir el papel de Andrómeda. El único personaje que le dieron fue el del titán, debía salir con una máscara terrorífica y atacar a Andrómeda. El papel de Perseo lo haría Felipe, un joven con cara bonita y ojos azules, del cual su hermana estaba enamorada.

Aquellos días fueron difíciles para Julián. Iba al colegio en las mañanas y en las tardes regresaba para ensayar la obra de teatro. La relación consigo mismo y con los demás se hizo dificultosa. No entendía por qué le daban ganas de ponerse la ropa interior de su hermana, de usar su maquillaje. Cierta noche, Flor notó que faltaban en el ropero sus tangas pequeñas de color blanco. Eran sus preferidas y las buscó por cielo y tierra. Empujó la puerta del cuarto de Julián para preguntar si por casualidad las había visto y miró a la persona más parecida a ella con sus tangas puestas, Julián bailaba una danza árabe.

—¡Eres marica! ¡Mamá, Julián es marica! —gritó

—No llame a mi mamá, sólo estaba ensayando con esto puesto. Vea aquí las tiene. No diga nada por favor hermanita, perdóneme.

—¿Usted cree que va a ser mujer? Malparido marica, pues le tocó ser hombre. Mire cómo me dañó las tangas

—¿Qué es lo que pasa aquí, usted por qué está desnudo? —dijo la madre al entrar al cuarto.

—Mamá, resulta que Julián es marica. Mire se puso mis tangas y hace rato viene usando mis cosas. Es marica mamá, solo que le da pena decirlo.

Julián se cubrió el rostro y lloró, mientras su madre lo insultaba. Le dijo palabras tan ofensivas que las recordaría hasta la noche de su muerte.

La memoria jamás olvida las palabras que nos hieren, las esconde y las revela para atormentarnos. Los meses pasaron lentos e iban mostrando un Julián diferente. Desde la disputa con su madre, no hablaba casi con nadie. Alejó a sus viejos amigos que en el colegio tenían fama de maricas por miedo a que su hermana le contara algo a su madre. Seguía ensayando el papel de titán para la obra. Su mayor distracción era bailar. Se ponía los audífonos y miraba los videos de Michael Jackson, realizaba todos los pasos del Rey del pop. En las noches soñaba con irse de la casa y empezar una nueva vida. Tenía una tía en la ciudad que era dueña de un supermercado, alguna vez que fue a visitarlos, le dijo que en vacaciones o cuando terminara la secundaria podría ir y trabajar con ella. Siempre la quiso, era la única familiar que tenía por parte de su padre, a quien jamás conoció.

Un miércoles en la tarde, tomó la decisión después que su madre les viera puesto a él y a su hermana los trajes para la obra. Flor lucía atractiva con una pequeña falda que mostraba el culo. Julián tenía un traje negro ajustado que le apretaba los testículos y una máscara de monstruo. Cuando las dos mujeres lo vieron no pararon de reír. El joven, al escuchar sus carcajadas, las hijeuputeó en silencio. Esa misma tarde llamó a su tía y le dijo que deseaba vivir con ella. Con una seguridad que lo sorprendió, le contó los sentimientos confusos que lo embargaban, sus deseos reprimidos de usar labial y ponerse las tangas de su hermana. Lloró sin avergonzarse y se liberó de su pesadez. La tía lo escuchó en silencio y al final rio, rio tanto que Julián pensó en colgar. —No te preocupés mi amor, aquí podés venir y quedarte. Además en el supermercado no vas a trabajar con el culo, ¿o sí? —dijo y el mundo de Julián volvió a ser color de rosa.

El día de la presentación de la obra llegó, y Julián estaba listo para hacer historia. Daría una sorpresa tan grande que los estudiantes, los profesores, su madre y sobre todo su hermana no olvidarían jamás. Cuando abrieron el telón salió Flor con la pequeña falda que mostraba el culo y una blusa corta que dejaba entrever unos senos maduros y firmes. Perseo lucía una túnica blanca y sobre la cabeza una corona de laureles. Comenzaron los diálogos y el corazón de Julián latía fuerte. El profesor tocó su hombro indicándole la hora de entrar. El escenario estaba lleno. Julián vio por los agujeros de la máscara a su madre, que junto con muchas personas sonrieron a su entrada. Se paró justo en frente de la tarima. Perseo y Andrómeda se le acercaron siguiendo los diálogos de la escena, pero Julián tenía su propio acto. Se comenzó a desvestir y la gente enmudeció al observar su cuerpo delgado cubierto solo por las tanguas blancas de su hermana. El aliento de su madre y de Flor se detuvo. El profesor de teatro se quedó mudo. El auditorio se congeló en el asombro. Después de quitarse la horrible máscara miró desafiante a su madre y al público. Con una mano tocó su pene e hizo el movimiento pélvico de Michel Jackson. Luego se detuvo. —¡Soltarse de las cadenas, liberarse, ese era el sueño de Andrómeda! —gritó con toda la potencia de su voz. Sus palabras enmudecieron el auditorio. El primero en aplaudir fue el profesor que salió detrás del escenario. Las personas lo siguieron batiendo las palmas en júbilo con tanta fuerza, que en el teatro aún se escucha el eco de los aplausos. La madre de Julián vio a su hijo avanzar en medio de la multitud que lo felicitaba. El joven caminaba seguro y sonriente, luciendo con orgullo las tanguas que ahora le pertenecían.

H

MANUAL PARA ARMAR A CECILIA

Miguel Barrios Payares

H

El basurero estaba lleno de los residuos de tres de las empresas de robótica más grandes de la ciudad. Estos residuos se dejaban a la intemperie y los desposeídos de la ciudad recogían, revisaban, lavaban, embalaban y vendían según su utilidad, mientras el resto se seguía apiñando hasta convertirse en cúmulos altísimos que se podían divisar desde casi cualquier lugar de la ciudad. Sin embargo, a la gente le importaba muy poco lo que ocurría con lo que quedaba en desuso. Dos de estos desposeídos se encontraban en un día habitual de trabajo. Eran hermanos: Joaquín y Luis.

Joaquín era el mayor, tenía cuarenta y cinco años. Luis, treinta. Aunque, la barba y el pelo de Luis lo hacían ver unos diez años más viejo. Joaquín se había casado con una mujer que lo abandonó cuando Luis cumplió los ocho años. Desde ese momento, Joaquín se olvidó por entero de los temas que incluyeran mujeres. Joaquín y Luis perdieron a sus padres desde muy jóvenes. Luis ni siquiera conservaba el mínimo recuerdo de ellos.

Ese día, Luis preparaba los restos de cobre y hierro. Joaquín, el plástico y el cartón. Trabajaban por lo menos doce horas continuas, desde antes de que saliera el sol y terminaban cuando ya habían

vendido el producido en las chatarrerías. Aunque, todos los días se tenían que ingeniar nuevas maneras de encontrar algo decente que les proporcionara rentabilidad, buscar más y más profundo en medio de la basura. En esa búsqueda, Luis tropezó con lo que creyó era el torso de una persona, piel sucia por la tierra y estropeada por el peso de los metales encima.

—Ayuda Joaquín, tetas. Tienes que ver esto.

—¿Qué?

—Tetas.

En efecto, lo primero que lograba verse del torso desnudo bajo los metales eran las tetas de una mujer. Un artefacto. Un androide dedicado en algún momento a los placeres humanos. Al sacarla de debajo de los metales pudieron ver por entero su descubrimiento. Joaquín y Luis habían descubierto gran parte de un androide femenino. Claro, gran parte porque al androide, quizá una X200-W, le faltaba buena parte de las piernas. De resto, si se le tapaba, podía parecer una mujer normal inmersa en un sueño profundo.

—¿Ahora? —preguntó Joaquín.

—Ahora —Luis tragó saliva y terminó—, ahora nos la llevamos.

Joaquín volvió a casa esa noche luego de vender la chatarra. Luis se había ido más temprano con la X200-W. Para cuando Joaquín llegó, Luis lo esperó con un nuevo descubrimiento. En tanto limpió a la X200-W, esta abrió los ojos y preguntó qué hacía ahí. A Luis le hacía mucha gracia la estampa de la mujer. Ellos, dos hermanos del peor pelambre no tenían cómo conseguir un artefacto así, aunque trabajaran todos los días en el basurero por un periodo de cien años. Simplemente se salía de su nivel de vida.

—Se llama Cecilia.

—No me gusta eso de ponerle nombre a una máquina.

—Que se llama Cecilia, bruto. Ella misma me lo ha dicho.

—Me parece que deberíamos venderla y nos largamos de aquí.

—No, ni mierda. Yo creo que a los dos nos haría bien. Además, yo fui quien la encontró, así que yo decido qué hacer con ella.

—Pero esta es mi casa.

La noche pasó sin mayores contratiempos. Joaquín se acostó y durmió plácidamente sin despertar durante la noche. A la mañana siguiente, un domingo, único día en que se permitían descansar,

Joaquín encontró algo especial. Cecilia, estaba acomodada en el comedor. El desayuno estaba listo y servido. Joaquín se sentó sin mediar palabras. Pensó comer y largarse a la habitación a ver televisión, un partido de fútbol, quizá. Sin embargo, al verla limpia y bella, tomó pequeñas pausas entre cada bocado y sintió que si Luis no malgastaba el tiempo, hasta podrían ocuparse de la nueva compañía femenina. No molestaría.

Descubrieron desde ese mismo día que Cecilia había sido construida para satisfacer los deseos sexuales de su antiguo dueño. El auge de los robots utilitarios o robots de usos domésticos se debía, en gran medida, a la ayuda que brindaron a la medicina, su precisión quirúrgica los hizo, por esos tiempos, completamente necesarios y luego, cuando ya se aplicaron a otros usos, la gente los compraba para mitigar sus soledades, un androide podía, por ejemplo, conversar y dar consejos por horas sin cansarse, así que su futuro se selló cuando fueron dispuestos para los usos más primarios del placer. Se convirtieron, entonces, en parejas románticas, encantadoras y funcionales en el plano sexual. Cecilia parecía una de las mejores. Su piel era una suerte de cubierta sintética que ya se aplicaba en la recuperación de quemados y que distaba poco o nada, según el observador, de la piel orgánica humana. Y la simulación de su comportamiento les dejó ver que su antiguo dueño era algún excéntrico de gustos exquisitos, alguien que compró, para luego mutilar, a una Marlene Dietrich con acento local.

Cecilia era encantadora desde donde se le mirara. El hecho de que estuviera mutilada, la hacía, de cierta forma, aún más encantadora. Cecilia, a esas alturas, era físicamente dependiente de los dos hermanos. Ellos la llevaban de un lado al otro de la casa y ella respondía con una mirada, un guiño de ojo y un “gracias querido” que sonrojaba al más duro de los recicladores de la ciudad.

Lo que siguió a esos días fue un acuerdo sensato que, al menos por un corto tiempo, benefició a los dos hermanos. No podían seguir como iban, escabullirse del trabajo, inventar enfermedades para quedarse en casa y así, disfrutar de la compañía y el placer del que alguna empresa de robótica había provisto a Cecilia y que les era dado a manos llenas. Así que decidieron que cada uno tendría al androide por una semana completa. Razonable. Sobre todo si se tenía en cuenta que el pago por servicios sexuales, que en ningún

caso sobrepasaba los veinte minutos y eran ofrecidos por mujeres de muy dudosa buena salud, podía costarles, si el trato era justo, las ganancias de toda una semana. Echaron una moneda y la suerte decidió que fuese Joaquín quien diera inicio al pacto. El acuerdo funcionó muy bien la primera semana. Llegaban molidos del trabajo y se sentaban a la mesa a comer con Cecilia y luego hablaban por un rato, hasta que Joaquín la llevaba a la habitación.

Al final de la semana, Joaquín entregó a Cecilia con dolor y amargura en el corazón. Las palabras adecuadas, el aliento suave, esos leves roces de la piel habían acabado con él. Joaquín dio y recibió amor como no sabía que era posible. En una que otra madrugada se despertó sobresaltado pensando que por alguna extraña razón o por algún movimiento inesperado del destino Cecilia no estaba con él, que ella fuera arrobada de su lado como en la más cruel de las pesadillas. Así que si se lo permitían sus fuerzas, Joaquín volvía a desvelarse con Cecilia hasta que el reloj le indicaba que era hora de largarse a trabajar.

Luis, al igual que Joaquín, bebió del placer de Cecilia, pero él, quizá imaginando que Cecilia se desconectaría o se quedaría sin baterías de repente, intentó sacar el mayor provecho de ella, la convirtió en una amante ocasional que le permitía desbordar su perversidad hasta los lejanos límites de su mente. Las risas, los gemidos de los dos amantes se escuchaban por toda la noche y en toda la casa. Así que Joaquín no consintió la idea de dejar a Cecilia en manos de Luis una semana más, ni un solo día. Aguantó esa semana y recibió a Cecilia como se recibe algo a lo que se le tiene mucha estima, pero que ya se creía perdido. En adelante, la consintió en sus brazos, la cuidó con completa ternura. Cuando terminó su segunda semana, plantó cara y en el momento en que Luis la esperaba, Joaquín se lo dijo:

—Desde hoy no tocas más a Cecilia.

—Desde hoy me la llevo y vuelvo el domingo. Quizá me vengan bien unos días de vacaciones —sabía que no se iría, pero le encantó la amargura pintada en la cara de Joaquín. Sonrió.

—Tú nunca has tenido vacaciones.

—Es por eso que me iré —Luis se acercó a Cecilia y acarició su cabello—, ella también se merece estar por fuera, ver otras cosas, se la pasa encerrada.

—Tú no sales de aquí o al menos no sales con ella.

—Es una máquina.

—No es una máquina —Joaquín se sintió descubierto al pronunciar esas palabras, bajó la mirada por un momento.

—Teníamos un acuerdo Joaquín.

—El tal acuerdo se acaba en este momento.

Luis se abalanzó rápido y cacheteó a Joaquín. Joaquín le devolvió el golpe, pero su hermano, más hábil y joven lo esquivó. Luis volvió a mandar otro par de golpes y acertó en los dos. Joaquín tropezó, cayó casi a los pies de Luis y a gatas, lo buscó para tumbarlo. Luis, de nuevo, lo esquivó, pero esta vez tropezó con la silla en que se encontraba Cecilia. Ya en el suelo, Joaquín y Luis se trenzaron en un abrazo, que más que daño, mostraba la rabia que los dos sentían. La respiración sofocada de cada uno volaba directamente al cuello del otro. Allí permanecieron un par de minutos y sabiendo que de esa forma no lograrían terminar la pelea. Sin decirse una sola palabra, se soltaron y se levantaron hasta que los dos, agitados, estuvieron de pie y listos para recomenzar la lucha.

Analizaron la escena, los puñetazos no serían suficientes. Cecilia los miraba y sonreía complacida. Luis se armó con una silla de madera y Joaquín con una varilla de metal que utilizaban para atrancar la puerta del frente. Se apuntaron, midieron las distancias, estuvieron a punto de embestir, pero se detuvieron. En el único momento de descuido que tuvo Luis, Joaquín se acercó y con todas sus fuerzas mandó el golpe con la varilla. El sonido fue seco, metálico. En el momento antes, cuando Luis percibió la embestida de Joaquín, se empequeñeció, se cubrió con la silla y cerró los ojos. Imaginó su fin. Pero no, luego vio lo que significaría la escena más triste de su vida: Cecilia se retorció, en el suelo, como la cola cortada de una salamandra y su cabeza, abollada en un costado por el golpe de la varilla, soltaba un aceite azul y una que otra chispa en el corto circuito que era ahora su cerebro. Cecilia intentó decir algo, pero su voz se fue apagando poco a poco hasta quedar reducida a nada, a un montón de frío metal. Joaquín soltó la varilla. Luis corrió hacia él, mientras le lanzaba manotazos. Le gritaba “loco” “miserable” “imbécil” y un incontable número de palabras casi impronunciables. Luego lo abrazó y lloró. Joaquín también lo abrazó.

El cuerpo de Cecilia permaneció tendido por un rato ante la mirada apagada de los dos. Joaquín sintió un poco de rencor, aunque lo que sus manos demostraron fue diferente, quizá, solo un poco de compasión hipócrita y mal simulada. Acarició la cabeza de Luis y dejó que sus dedos se enredaran en el pelo ralo de él, lo consolaba. Se miraron y, eso sí, entre los dos hubo unos segundos demasiado largos en que la soledad de sus almas se convirtió en un abismo infranqueable. Habían cometido un grave error. Se volvieron hacia Cecilia, la limpiaron y lavaron justo como hacían con el material del basurero. Luego, la acostaron sobre la mesa del comedor.

Ahora, ante el nuevo panorama, solo les quedaba revisar los manuales de robótica y electrónica básica, buscar en la nebulosa de los recuerdos de esos circuitos electrónicos destrozados para encontrar, tal vez, un nuevo suspiro de Cecilia, una mirada exigua o acaso una voz, ya lejana, que les recordara la felicidad.

H

NEGAR EL DÍA

Jhon Agudelo

H

Eso de refugiarnos en la noche surgió de puro accidente. Un día nos quedamos dormidos en medio de la tarde —póngale usted entre las tres y las cuatro— y despertamos sin noción del tiempo. Todo estaba oscuro, como nunca antes, y la casa todavía vestida para el día: las cortinas recogidas, la puerta del patio abierta y la del frente sin la tabla que ponemos en la ranura inferior para impedir que se filtren los bichos. Era algo así como una noche en el día. Sentí —y creo que sentimos, porque la vi igual de desubicada— que me imponían la noche. Retorné a la peor sensación de mi vida: aquella mañana en la que mamá —la mía, la que sí nos ha apoyado siempre— me despertó lanzándome agua en la cama. Así de horrible fue: como mi sueño era pesado, recurrió a esa macabra opción que me marcaría para siempre. Desde aquel día, el miedo a la oscuridad pasó a un segundo plano. Ya no temía a que un payaso se colara en mi cuarto mientras dormía. Ni a que quién sabe qué (porque uno no le da forma a los monstruos) saliera de bajo mi cama y me tocara (porque uno ni siquiera teme a que lo ahorquen o le claven algo, con tocar es suficiente) con su mano peluda (porque aunque no tengan forma, todos los monstruos que viven bajo la cama son peludos).

Cierto que era algo que, sin estar plenamente conscientes, ya habíamos hecho. Porque su mamá no siempre fue un ogro. Al principio de nuestra relación nos hacía los cuartos de la forma más inusual. Llegábamos a cualquier hora, generalmente entrada la noche, y siempre nos estaba esperando. Se levantaba del sofá, aún a oscuras, y le decía a Pilar: “Métanse en su cuarto, Pilar, no vaya a ser que su papá los descubra y me meta en un problema”. Me sentía afortunado de haber encontrado una suegra tan liberal. Lo que yo no interpretaba en ese momento era que la señora no hacía aquello por total convicción. No, ni mucho menos. Pasaba que para ella era un mal menor que su hija durmiera con el novio. Le temía a su esposo como si fuera un monstruo escondido bajo la cama. Según ella, si se enteraba de que su hija tenía novio, haría un escándalo mundial. La culparía y las echaría de la casa.

En el cuarto de Pilar pasábamos temporadas sin salir. Llegamos a pasar semanas enteras. Como la Semana Santa, que incluyó, como debía ser, la crucifixión. Allí lo teníamos todo y a la vez nada. Pero esa nada era todo lo que necesitábamos. Había sexo, licor, oxígeno y un camino corto al baño. Había sexo, ¿ya hablé del sexo? También había cigarrillos. No había internet pero sí una guitarra. Componíamos el día en sus cuerdas, a falta de luz.

Todavía recuerdo el sabor del licor. Era una mezcla de café, leche, hielo y un ron añejado por la vergüenza. Sí, porque solo Pilar conocía el escondite del ron que su mamá bebía todas las noches antes de ir a la cama. Quizá para soportar la presencia de ese hombre con el que dormía pero despreciaba. El hombre que morboseaba a su propia hija desde muy pequeña. Algo de lo que me enteré en el transcurso de las noches. Las reales y las falsas, que en nuestro caso eran lo mismo.

La primera vez fue cuando le compraron su primer vestido de baño. Pilar tendría unos dos o tres años. Por el momento era hija única. No había nacido Pablo, su hermano menor, quien nació en el momento justo. Un mes después y la farsa no se hubiera pactado. Pablo fue el motivo para no desarmar la familia que ordenan Dios y la ley. Pilar me contaba estas cosas tranquilamente. Cuando el tiempo no existe, tampoco las penas. En nuestro encierro no importaba la hora. No había unidad para medir el dolor. Me lo decía

con la misma voz afinada que cantaba Meds. Hacía una pausa y bebía el interminable coctel. *Baby, did you forget to take your meds?* Y continuaba: “Mi mamá estaba en el banco consignando lo del paseo. Y yo feliz, porque iba a conocer el mar que solo había visto en caricaturas. Mi papá, en la sala, tirado en el sofá, sin camisa, veía televisión”. Aquí se detuvo y me preguntó por los choclitos. Agarré el paquete, saqué cuatro y se los pasé. “Como te decía, estaba muy emocionada. Entonces me puse el vestido de baño que iba a estrenar y salí a mirarme en el espejo de la sala (porque el de mi pieza no es de cuerpo entero). Y él empezó a mirarme. Pero no era la mirada de siempre. Era una mirada muy incómoda”. *Baby, did you forget to take your meds?* (Susurraba yo, apenas acariciando las cuerdas de la guitarra. Escuchándola, sin embargo, de cualquier forma nos entendíamos). “Me sentía tan incómoda que salí corriendo. Hui en mi propia casa, de mi propio padre. Él me siguió y se quedó en la puerta de mi pieza, bajo el marco, mirándome con esa mirada incómoda. Se sacó el pene y comenzó a jugar con él, sin dejar de mirarme”. “¿Querés café?”, le pregunté. “No, esperá termino, que ya voy a terminar. Solo me falta algo: Yo no entendía nada pero sentía que era malo. ¿Me entendés?”. “Sí —le respondí—. Como esa vez que nos comimos las uvas que nos ofreció el señor de la tienda. Eran para probar pero él esperaba que compráramos. Yo me sentí culpable, no sé si vos. ¿No?”. “Sí, así mismo. Ahora sí, pásame el café, porfa”.

De estar tan cerca empezaron los roces. La mayoría por bobadas. Porque ella quería dormir con la gata y yo amanecía con gripa cada vez que la gata dormía con nosotros. Porque yo quería dormir con la luz encendida y ella no. Porque nos llamaban y nos demorábamos mucho en el teléfono. Y un largo etcétera de pendejadas. Pero un día hubo una gran pelea. Para ese entonces ya había internet. Entre Pilar y yo no había secretos. Nos sabíamos todas las contraseñas del otro. Ella salió a bañarse y yo, por mera curiosidad, decidí ingresar a su correo. (La verdad es que no sospechaba lo que vería pero no sobraba echar un vistazo). Lo que vi fue decepcionante. Llegó al punto de negar nuestra relación. Sentí que había vivido una mentira. Y que, como otras mentiras que había habitado, era mejor no haberme enterado mientras la vivía. Dejé el correo abierto y agarré mi morral. Sin que ella se diera cuenta salí a caminar sin rumbo.

En la noche me llamó. Me citó en el primer bar que visitamos juntos. Lo demás fue aburrido: una típica discusión de pareja. Que no sabía quién eras vos. Que debiste haber confiado en mí. Que qué falta de respeto revisar mi correo. Que me gusta coquetear pero pongo límites. Que no lo volveré a hacer. Lo relevante de aquella noche fue mi propuesta: vivimos juntos, solos, sin tener que escondernos en una pieza, o nada. Y ella aceptó.

Elegir el lugar fue fácil. El tiempo nos alcanzó para hablar de todo. De lo real y lo onírico. Y era más el sueño: nada de hijos y vivir en el bosque. Pero llevábamos la ciudad en la sangre, los placeres de sus calles nos encantaban. Era claro: viviríamos en un lugar alejado pero de fácil acceso a la ciudad, con muchos árboles y una carretera rápida. Alquilamos una casa en Santa Elena.

La amoblamos con nuestro gusto minimalista (baratista, sin mucho esfuerzo). Y, sobre todo, la amoblamos con nuestros problemas. El fantasma (como un fantasma, porque desgraciadamente estaba viva) de su madre nos atormentaba. La llamaba todos los días, con el mismo sonsonete: que se devolviera para su casa, que su papá estaba muy enojado y ella muy enferma. Que se devolviera, para siempre, que ese era su hogar y no un lugar de visita. Y a mí me tocaba consolarla. Se secaban sus lágrimas en mis camisetas. Ya el sexo no era un aditivo de lujo sino un placebo. Su madre la ponía a elegir: ella o yo.

También comenzó a exasperarme lo que me enamoró. Antes yo pensaba, póngale usted un viernes por la mañana, después de desayunar, canalear y no encontrar nada interesante (puros programas moralistas, películas repetidas y fútbol holandés), mirar a través de la ventana, hacia la calle, y ver a un perro caminando con desidia, sin ganas de ladrar, peludo, sucio, hurgando en una bolsa de basura, yo pensaba: ¿qué habrá sido de Pilar? Qué rico estar con ella, encerrados todo el día, viendo películas de Bergman, bebiendo ese licor granizado que nos calienta, comiendo choclitos y fumando. Envueltos en humo, ebrios, desnudos. Me preguntaba si ella quería lo mismo. Hola, cómo estás. Bien, ¿y tú? Bien, ¿te caigo? Dale, ¿a las cuatro te queda bien? Sí, nos vemos. Te espero, un beso. Otro para vos.

Más adelante, imagínese usted dos meses después de estar viviendo juntos, yo pensaba: qué pereza esta vieja que solo come

choclitos, que no sabe cocinar; siempre cocino yo y, para colmo, lava mal los platos —me toca volver a lavarlos—. Qué pereza que se la pasa fumando; nuestro cuarto parece un sauna: solo se respira humo. Necesito aire puro, estar solo, afuera. Qué pereza las películas suecas en blanco y negro. Eso tan lento, tan aburrido. Por qué tengo que forzarme a entenderlas; ¿no podemos simplemente ver Los Simpson? ¿Y la gata?, ¿por qué no la trajiste? Quiero dormir con Meow. Me hace falta hasta la gripa, me recriminaba.

Como si fuera poco, no paraba de llorar. Creo que si no llorara tanto, hubiera soportado lo otro. Pero era una lloradera sin tregua. Hasta que, por ese accidente del que hablé al principio, descubrimos que nuestro hogar es la noche. Pensamos y pactamos: ¿y si sellamos todos los orificios por donde puede entrar la luz? Todos, comenzando por el patio, hasta la fachada principal. Forramos las ventanas con cartón y los pequeños agujeros con cemento. Le pedimos a la empresa eléctrica que nos cancelara el servicio (solo podían entrar llamadas, si conectábamos el teléfono). Y compramos velas que nos alcanzaran para diez años. Y así, éramos felices. Fuimos felices durante un buen tiempo. Entre el humo y los choclitos, sin gatos, solo ella y yo en un lugar donde siempre era de noche. Sin relojes, sin horarios. Burlándonos del dios que separó la luz de las tinieblas.

Hasta que un día, como era previsible (porque algún día se nos acabarían los diálogos absurdos sobre el invierno en Finlandia y los orgasmos que todo lo dicen en silencio), un día ella dijo: “Extraño a mi mamá”. Conectó el aparato y al otro día sonó. La señora permanecía inamovible. Le insistió: “Vea Pilar, no se aparezca por acá si no va a volver definitivamente”. Y Pilar, angustiada por tener que elegir entre quien le dio la vida y quien se la llenó de sentido, volvió a refugiarse en el llanto y el sexo sin pasión. Hasta el día de hoy. Día que no sabemos cuál es pero es otro día porque la señora ya hizo la llamada correspondiente. Hay tres rayitas en la pared de la sala: hoy es el día en que acordamos separarnos, volver a nuestras casas. Cada uno a su casa a intentar olvidar al otro. Yo a ver fútbol holandés y ella... No me debe importar qué hará ella. No, no me debe importar. El último paso del amor es la renuncia. Acordamos no empacar nada del otro, nada manchado de recuerdo. Antes de

salir, tiramos una moneda y salió cara: me toca salir antes que ella. Lo hemos tomado como un juego: en caso de ser noche o día, nos separaremos o no. Arrancamos el cartón de una de las ventanas. Pilar lo despedaza y lo lanza como confeti y yo lo recibo como lluvia. La luz nos impacta como un disparo en la sien. Odio ese primer rayo de luz que se cuele en las mañanas. Ese en el que se ve flotar el polvo. El que nos anuncia que la noche ha terminado.

H

OJOS ÍNDIGO

Jael Monroy Soto

H

Al abrir la puerta del restaurante se encontró con unos ojos azul profundo... quizá gris intenso, acaso morados, un violeta indefinible. La luz tenue provocaba un aire de misterio, la cara sin rasurar de Jamil Fadel dejaba ver una barba incipiente que tal vez al no afeitarse en una semana se poblara. Sobre sus labios carnosos y definidos un suave bigote bien cuidado que armonizaba perfectamente con las cejas pobladas. Alto, de tez trigueña y cabello negro brillante. Lucía Fuentes no pudo menos que suspirar.

Jamil era de los hombres que le atraían, nunca le había visto, no olvidaría ese rostro jamás, disimuló su fascinación y se dedicó a admirar la exótica decoración del sitio con velos, satines rojos, beige y dorados, era majestuosa, las lámparas de colores encendidas a media luz con diseños arabescos, la música particularmente seleccionada y el olor típico del restaurante árabe, transportaban al más distraído visitante a un ambiente especial; tomó del brazo a Martina, su mejor amiga, quien insistió hasta convencerla de cenar en este lugar, no le traía recuerdos gratos debido a un malestar que la dejó en cama meses atrás. Dirigida por Martina, se acomodaron discretamente sobre grandes almohadones, durante el recorrido

percibió la mirada sin parpadeo de Jamil, disfrutaba estar aquí y ahora más, siempre se sintió identificada con la representación cultural de esas lejanas tierras.

Los ojos que la perseguían la hicieron ruborizar tanto que empezó a sudar, el aire acondicionado fue insuficiente para refrescarla, su cuerpo ardía, sus mejillas estaban enrojecidas, sentía gotas de sudor bajar suavemente por el canal de su columna vertebral, intentó recuperar la compostura, le fue difícil y no entendía por qué, no era para tanto que le atrajera un hombre de otras tierras, era natural en ella; por un momento se indignó:

—No puedo perder el control así, se dijo.

Mientras hablaba con Martina, estaba atenta a los movimientos y miradas que provenían del otro lado del recinto. Desde allí podían ver la parte interna de la casa donde la decoración era muy similar a la del restaurante, se diferenciaba por la predominancia de blanco, seguía siendo especialmente llamativa.

El mesero entregó la carta y se retiró. Regresó pocos minutos después a tomar el pedido, Lucía ordenó una ensalada sencilla con pan blanco y agua, deseaba evitar mezclas, Martina en cambio, pidió un plato elaborado que incluía carnes y raras especias.

Los ojos de Jamil desaparecieron detrás del mesero para revisar la orden.

Tal vez es el chef, pensó Lucía. Recobró la serenidad, logrando sonreír y compartir con Martina el significado de sentir esa mirada profunda recorriendo su cuerpo.

Pasaron varios minutos, las dos sonreían alegres, cuando el hombre de los ojos indefinibles se acercó a la mesa con el pedido, Lucía se quedó pasmada, él la miró directamente:

—¡Buenas noches!, soy Jamil Fadel, permítanme atenderlas personalmente, pocas veces este lugar se adorna con tanta belleza.

Mantuvo su mirada en los ojos de Lucía, quien a su vez lo escudriñaba con la intención de descifrar el color exacto, causante de su perturbación. Las manos delgadas, bien cuidadas, los brazos fuertes y bronceados le atrajeron aún más.

—¿Para usted ensalada?

—¡Sí! sí, para mí.

Martina soltó una risita indiscreta y comentó, mirando a Jamil:

—Mi amiga es un poco tímida.

Al retirarse, les deseó buen provecho y esbozó una amplia sonrisa que dejó ver magníficos dientes blancos y ordenados.

Empezaron a comer, inmediatamente entró al lugar un amigo de Martina, quien la reconoció a pesar de la luz sutil y se acercó a saludar.

—¡Hola Martina qué gusto verte!

—¡Igual Leonardo! ¿Qué haces por aquí?

—Pasé a saludar a mi colega y amigo Jamil, dueño del restaurante.

Martina presentó a Lucía y a Leonardo, quien se dirigió enseguida al lugar donde estaba Jamil.

Ellas se sintieron complacidas al enterarse que el mismo dueño las había atendido.

—Hay que volver más seguido —expresó Martina a Lucía, quien asintió con la cabeza, fingiendo restar importancia al comentario.

Departían alegremente, cuando Jamil y Leonardo se acercaron:

—¿Les molesta si las acompañamos?

—¡Claro que no! —respondió Martina mirando a su amiga.

A Lucía se le atragantó el bocado, la pregunta la tomó por sorpresa.

Las risas y el contacto no se hicieron esperar pronto, los cuatro charlaban divertidos, Lucía esquivaba los ojos de Jamil, mientras que él buscaba los de ella insistentemente, sus rodillas rozaban cada vez con mayor frecuencia, casi hasta mantener un contacto permanente, el cuerpo empezó a jugarle un mala pasada, sudaba y sentía calor en su rostro.

Lucía se levantó para ir al baño, Jamil la acompañó hasta la puerta y luego se internó en la cocina. De reojo ella alcanzó a mirar la parte interna del negocio, le atraía el lugar, observó un sofá delicadamente vestido y decorado con una manta satinada, se veía impecable, los cojines daban ganas de recostarse.

En el cuarto de baño, se miró al espejo, notó que sus mejillas estaban del color de siempre, su apariencia era magnífica, no tenía nada de qué preocuparse, esa tormenta de emociones había ocurrido en su interior. Retocó el maquillaje y salió muy segura. No esperaba que Jamil estuviese en la puerta esperándola, intercambiaron

sonrisas mientras se dirigían al lugar donde Martina esperaba, él se disculpó, necesitaba ausentarse unos minutos, Lucía se acomodó nuevamente en su cojín y quedó pensativa.

—¿Te noto ausente, pasó algo? —preguntó Martina

—No, todo está bien. Sonrió.

Jamil regresó con más bebidas y un delicioso postre que les invitó a compartir, Lucía se sintió relajada, estaba cómoda con las atenciones del apuesto hombre.

Entablaron una conversación sobre gustos y pasatiempos, rieron bastante. Lucía pudo comprobar el azul índigo de los ojos de Jamil, le encantaban, sus manos delgadas la perturbaban, no más que su sonrisa. Sus enigmáticos ojos se robaban toda su atención. Jamil habló de su origen, de la razón por la cual había llegado a vivir a este país, se enteró de su soltería y que toda la familia se trasladaría pronto a la ciudad.

Martina recibió un mensaje en su celular, llegó la hora de despedirse, Leonardo ofreció llevarla a casa, entre tanto Lucía pidió que llamaran un taxi para ella. Jamil la invitó a quedarse un poco más mientras terminaban las bebidas servidas, ella se hizo de rogar, finalmente accedió con el compromiso de no ser por largo tiempo.

Jamil aprovechó para sentarse más cerca, a Lucía le agradaba su cercanía, no paraba de observar este magnífico hombre, por donde se le mirara era hermoso, galante, atento. Su mente volaba cuando el mesero recogió el servicio. Los demás clientes se habían retirado, ella sentía que no podía controlarse cuando esos ojos estaban puestos sobre los suyos. Jamil acarició la mano de Lucía, la tomó entre las suyas y apretó sin dejar de observarla:

—Eres una niña preciosa.

Se sonrojó, sus miradas se mantuvieron por unos segundos hasta que Jamil la tomó por la barbilla, la besó suave y dulcemente. Fue un beso largo, delicado, amoroso, con sabor a miel, cerraron los ojos y todas sus emociones se trasladaron a sus labios.

Lucía reaccionó, intentó levantarse.

—Quédate un poco más, inquirió Jamil.

—Es tiempo de regresar a casa, respondió en un susurro.

Quería levantarse, pese a que su cuerpo se negaba a obedecer y sentía las piernas paralizadas. No supo qué le atrajo más, si la boca

o los ojos de Jamil, era imposible quitar su mirada del rostro de este hombre. ¡Dios cuánta belleza, cuánta fascinación!

Jamil tomó un sorbo del coctel que aún quedaba en su vaso, estaba frío, volvió a besarla pasando a su boca un pedazo de hielo, el deseo se incrementó, esta vez fueron más allá, jugaron con sus lenguas hasta encontrarse delirantes. Lucía estaba excitada, el torrente imparable de las hormonas se agolpaban en su boca, hasta que los dos no fueron más que labios, lengua y sensaciones maravillosas.

Sin dejar de besarse, Jamil la llevó a la parte de atrás del restaurante; el aroma era diferente, relajante, suave, el sofá cama ataviado con lienzos sedosos invitaba al deleite, de camino sus dedos largos y delgados tomaron del gigantesco jarrón una delicada rosa con la que le dibujó las cejas, los ojos y bajó por la nariz hasta rozar sus labios, Lucía sintió cómo los pétalos resbalaban por su cuello hasta mezclarse con la abotonadura de su blusa. Sus cuerpos estaban muy juntos, esto le permitió a ella sentir la erección bajo el pantalón del hombre que ahora la hacía gemir y enloquecer con besos y caricias.

Jamil se pegó a su espalda y la rodeó con los brazos, ella sintió el corazón paralizado, su sistema endocrino quedó fuera de control dejando fluir libremente la humedad vaginal, la boca se le secó, sintió fuego en la entrepierna, al tiempo que jugaba con su cabello la estrechaba con fuerza, le acariciaba suavemente con los labios nuca y orejas. Recorrió con deliberada lentitud su espalda, hasta llegar a sus nalgas, una vez más apretó los labios contra los de ella, los dos temblaban, las mariposas en el estómago se confundían con la sensación de vértigo, fue un largo beso, la música, el aroma, todo a su alrededor incitaba a la pasión.

Olvidó que llamaría un taxi. No preguntó nada, su mente le jugaba malas pasadas recordando que era la primera vez que lo veía, por segundos se desconectaba, la corriente de su cuerpo más fuerte que el pensamiento la ubicó una y otra vez entre los brazos de Jamil, escuchó su voz interior:

—No importa que jamás lo vuelva a ver —y se dejó llevar por el instinto.

Sus lenguas se buscaron aceleradamente, Lucía fue experimentando sensaciones desconocidas, entre más la acercaba

Jamil, más deseaba ella hundir esa erección en su cuerpo, era el momento, estaba dispuesta, sus miradas se encontraban, una y otra vez pudo ver de cerca los ojos que la embrujaron, Jamil empezó a soltar uno a uno los botones de la blusa, rozando el cuello con los labios, tomó sus manos y chupó dulcemente uno a uno los dedos.

Lucía respondió con gemidos.

Sin separar los labios Jamil guió sus cuerpos hacia el Sofá Cama, se inclinó incitando a Lucía a sentarse, suavemente se retiró los mocasines y se arrodilló junto a ella.

Lucía se desenfrenó, abrió presurosa la camisa de Jamil, la vio resbalar hasta caer al suelo, de inmediato soltó la correa y el botón del pantalón, bajó la cremallera y liberó su erección, el roce desbordó los impulsos.

Reclinados en el sofá, Jamil se levantó para desabrochar completamente el pantalón de Lucía, lo bajó haciendo dúo con las bragas, hasta sus pies. Hizo lo mismo con el suyo y su ropa interior, en pocos segundos los dos estaban desnudos, se acomodó junto a ella, se estrujaban sus carnes firmes intensamente, una y otra vez se acariciaban, disfrutaban de su contacto.

—¡Eres sensacional Lucía! Tu cuerpo es fuego.

La tenue luz alumbraba la desnudez de los dos cuerpos, habían recorrido todos los rincones de sus formas físicas, se acariciaron hasta el cansancio, Jamil se colocó sobre ella persuasivo, sostenido en sus manos y fue besando de la cabeza hacia abajo, dibujando todo el rostro con los labios, mordisqueó sus orejas y cuello, lamió y acarició sus pezones hasta hacerla gemir y retorcer, demarcó cada espacio, hasta bajar al vientre.

Lucía temblaba, gemía y respondía corporalmente a las caricias de Jamil los músculos de sus partes más profundas se tensaron con infinito placer, apretaba los labios embebida por las ganas de sentir el magnífico momento de su primera vez.

Al penetrar Jamil sintió la dureza de su virginidad, mientras Lucía experimentó un torrente por el cuerpo como si le hubiesen pellizcado muchos lugares al tiempo, quedó inmóvil. Él la observó con infinita ternura, sus ojos ahora brillaban más.

—¿Estás bien? —murmuró.

Ella no pudo responder. Lo observó con placer, él tenía los labios entreabiertos, denotaban sorpresa y satisfacción.

Jamil se mantuvo un momento quieto, permitiéndole adaptarse a esa invasiva y seductora sensación de tenerlo dentro de ella. Empezó a recuperar el movimiento con exquisita suavidad, Lucía lo contemplaba, cerró los ojos y él volvió a penetrarla.

—¿Continúo?

—¡Sigue! —respondió ella como una súplica, mientras sus gemidos se agudizaban.

Se sostuvo en los codos permitiéndole a Lucía sentir el calor de su cuerpo, arremetió sin interrupciones, penetró una y otra vez, Lucía sudaba, era lo más maravilloso que había sentido, no tenía idea que sería así, disfrutaba esta nueva emoción, sus pensamientos se desvanecían uno tras otro.

—¡Lucía, llega al clímax para mí!, quiero disfrutarlo contigo.

Sin aliento, Lucía se entrega, se contorsiona y siente una liberación en su cuerpo que fragmenta todo en pedazos, grita al tiempo que siente a Jamil dar una última descarga, estremecerse y susurrar su nombre: “Lucía...” se queda inmóvil como esperando verter la última gota dentro de ella.

Aún sofocados, en un abrazo intentan sosegar su respiración. Lucía pretende poner en orden sus pensamientos. Fue exquisito, increíblemente delicioso, piensa. Jamil la besa y con delicadeza sale de su cuerpo.

—¿Te he lastimado?

Lucía sonrió.

—Eres una mujer exquisita, Lucía —susurró Jamil. La abrazó y besó su cabello.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Lucía guardó silencio por unos segundos, lo miró:

—¿Lo habrías hecho si lo supieras?

La pregunta tomó por sorpresa a Jamil, quien dudó para dar respuesta... se fundieron nuevamente en un impetuoso beso.

H

PATERNIDAD

Francisco Porras Montoya

H

Entonces dejó de estudiar. Se levantaba temprano, su mujer preparaba el café, sentía el olor regado por toda la pequeña casa sin repellar. Tomaba un vaso, y entre el fresco de la mañana salía para su trabajo. Tenía que caminar tres calles, llegaba a la construcción de un colegio. El sol salía a las siete y a las ocho estaba ardiendo como candela viva. La intensa luz del sol cancerígeno le rompía la piel. Sentía la humedad pegándole la camisa a su espalda. A veces, una gota de sudor salado se le hundía en el ojo. Pasaba su brazo sucio de cemento por el rostro, quedando marcado con manchas grises en su cara que retorció con una mueca parecida a la del dolor. Cada vez que hundía la pala en la mezcla de concreto, sentía dolor en sus músculos al momento de apretarlos para hacer fuerza. Quería dejar tirado todo eso para irse a su casa y sentarse a esperar que su novia le trajera el almuerzo. Pero todo ese trabajo lo aprisionaba como un machete que le rompía la barriga y le salía por entre los huesos de la columna. Sentía que los rayos de sol le penetraban hasta la calavera del rostro. Su novia estaba embarazada, por eso ahora más que nunca necesitaba los doscientos mil pesos que le pagaban quincenalmente.

Al caminar de regreso, veía la pequeña casa sin repellar al final de la cuadra. La puerta era de zinc. La muchacha estaba fritando unas tajadas en la estufa eléctrica, que después servía con salchichón al muchacho. Comían. Él se bañaba. La noche oscurecía al barrio. Se acostaban juntos en el catre, el muchacho sobaba la barriga embarazada de la muchacha, mientras le decía con una callada felicidad:

—Ya tiene siete meses

—Mi amor hay que pensar en la ropita, en la cuna. Vi una bien linda en un almacén.

El muchacho, con suavidad, bajaba la mano a la vulva de la muchacha, el pene se le erectaba lento. Sentía la piel caliente de las tetas de ella que le hacía sentir un deseo incontrolable de penetrarla. Se desnudaban con ansiedad. Él buscaba el hoyo de la vagina de ella, metía el dedo en la carne caliente como el sol. También le acariciaba el apretado hoyo del culo que se cerraba como un animalito arisco, entre las carnosas nalgas de su novia embarazada. Era hermoso. Sentía las suaves paredes de la vagina estrecha apretando la carne templada de su pene. El semen se escurrió como gruesas gotas de mermelada por la superficie de la vagina, hasta caer sobre el colchón. Ella se paraba de la cama y salía al patio a limpiarse. Al regresar seguían hablando:

—Papí, ¿cuándo vamos a comprar la cunita del niño?

—En una semana me pagan. Pero hay un hijueputa que se la pasa regañándome en la construcción, me dan ganas de partirle la pala en la cabeza.

—No digas eso, te echan del trabajo... ¿y qué vamos a comer?

—¡Me tiene cansado!

Volvía a sobarle la barriga, pero sentía una extraña sensación de decepción en su pecho, al pensar que mañana tenía que despertarse y repetir la misma dura rutina en el trabajo.

Ese día, el sol le pegaba directo en la cara quemándole hasta los sesos. El calor reseca las manchas de cemento y arena que le ensuciaban la cara. Eran las once de la mañana. El hambre le ardía en la boca del estómago como calambres intermitentes. Preparaba una mezcla de cemento y en ese momento apareció el maestro de obra. Un viejo grueso, que llevaba unas gafas oscuras y una gorra.

El muchacho vio el rostro moreno, prepotente, de gruesos labios que le decían: lo veo lento, aquí no se paga por hacer nada. El muchacho explotó: estoy trabajando viejo malparido. El viejo ofendido empujó al muchacho, quien sintió la mano firme del viejo, pero no se desplomó, y de inmediato, casi sin pensar, como una bestia, impulsado por una rabia tremenda, golpeó al viejo con la pala. Sintió que el duro metal se estrelló con el hombro del viejo. No supo si fue la pala o la clavícula la que se partía. Lo vio caer sobre el suelo sucio de cemento, mientras la pala todavía estaba normal y firme.

Al regresar ese día a su casa, pensaba dos cosas: qué iban a comer, y con qué plata comprarían lo necesario para el niño.

No volvió más al trabajo. Le pagaron la semana que había cumplido, pero esa plata se acabó rápido. Llegó un momento en que no tenían nada que comer. Él subía la calle a fiar a la tienda, pero el dueño le recordaba lo que le debía. Usted no tiene trabajo, yo no le ffo más de cien mil pesos a nadie, si tiene a esa pelada preñada ese es su problema. El muchacho regresaba lleno de vergüenza a su casa. Veía a su mujer acostada sobre la cama con su barriga como una montaña. Ella sentía la pesada barriga presionándole el cuerpo. El feto se movía dentro de ella. Estaba vivo, como si ya tuviera un espíritu independiente que palpitaba con su propio malestar. El feto golpeaba las espesas paredes del útero recogido contra los oscuros intestinos hambrientos. A ella le causaba gracia los golpecitos al interior de sus entrañas. Se reía.

—El niño está pateando.

Él se sentaba en el borde de la cama y acercaba el oído a la redonda barriga. Sentía cada golpecito en su oído y se le cargaba el cerebro de miedo. Entonces alzaba la cabeza para quedar mirando fijamente la cara de la muchacha embarazada. Ella, con pereza, le decía:

—Tenemos hambre, no trajiste nada, ya pasó la hora del almuerzo.

—¡Qué quieres que haga... el hijueputa de la tienda no me quiere fiar!

—¡Y qué vamos a hacer cuando nazca el niño, y la ropita, el alimento, los pañales, ya tiene siete meses!

No sabía qué iban a hacer. Lo que sentía era unas terribles ganas de pegarle una trompada a la muchacha en la cara. Mejor salía de la casa, y se quedaba toda la tarde viendo jugar microfútbol en el parque. Cuando regresaba y la veía de nuevo, sentía que la vergüenza le descuartizaba el alma.

El día del parto, salió a buscar un taxi. La montaron entre el taxista y él. Salieron del barrio y entraron al centro. La muchacha sentía que el dolor le rompía las entrañas. Le cortaba las tripas. La entraron a sala de parto. No tengo plata hermano, yo le pago la carrera después, le dijo el muchacho al taxista. El taxista lo miró con rabia, como queriéndolo golpear, pero llevado por una lástima que le escarbaba en lo profundo del pecho, no dijo nada. Le sonrió y se fue. En la sala de espera sentía el frío del aire acondicionado. Pensaba en la plata para el taxi de vuelta. Se cubría la cara con las manos. Miraba al suelo, y se preguntaba cómo haría mañana para comer. Su niño no se iba a morir del hambre, primero lo tendrían que matar a él. No quería ver a su mujer desesperada, deprimida, tirada en la cama mirándolo como la peor cosa que le había sucedido. Se sentía como un maldito cobarde incapaz de enfrentar la vida. ¡Maldita mierda! Esto no puede suceder, pensó. Metió la mano en el bolsillo, ahí estaba la navaja, la había afilado en la mañana, se había asegurado que tuviera el mejor filo, y la había acariciado melancólicamente como si este objeto representara una especie de salvación. Se paró de la silla. Y caminó a la puerta de salida del hospital.

Salió a la calle a buscar algo de dinero. La navaja era ancha, se disparaba con un botón, y su filo brillante salía como un relámpago cortando el aire. El desespero y el miedo asfixiaban el pecho del muchacho. Caminó varias calles del centro en busca de alguien a quien atracar. A las siete de la noche vio una silueta oscura que se acercaba. Él estaba parado en la esquina de la calle, y la mujer caminaba confiada como si hiciera el mismo recorrido todas las noches. Él se acercó tratando de controlar los nervios. Cuando estuvo frente a ella, sacó la navaja y gritando con brutalidad: “¡DÉME EL BOLSO, VIEJA MALPARIDA!”, apuntó con el filo directo a las tripas. La vieja intentó retroceder. Él se tiró rápidamente sobre ella, y hundió el puñal en el cuello desnudo de la señora. Con las manos temblorosas lo sacó humedecido de sangre espesa y oscura,

chorreando gruesas gotas sobre el asfalto. La mujer desplomada sobre el suelo empezó a convulsionar y una espuma se derramó en su boca. Él, con ansiedad, recogió el bolso del suelo. Tenía la frente llena de sudor y algunas manchas de sangre sobre la ropa. El cuerpo de la mujer desangrándose sobre el piso, se perdía en la oscuridad de la calle como una figura sin forma. Mientras el muchacho ya a salvo, agachado en la orilla de un arroyo, buscaba en el interior del bolso dinero o algo de valor. Encontró doscientos mil pesos. Al ver los billetes sintió una alegría que lo enlambó entre sus entrañas. Encontró también una cédula, unas fotos de unos niños, y tiró eso, que para él no lograba tener ningún valor, al agua podrida del arroyo. Entre el olor a excremento humano salió de ahí, sintiéndose feliz como si el mundo empezara de nuevo al pensar que su hijo recién nacido, a esa misma hora respiraba por primera vez el aire de este cruel mundo.

H

PRIMOGENITO PECADO

Ángela María Alarcón Montenegro

H

(Sala de una casa, al fondo se ve una mesa, sobre ella un florero sencillo con tres girasoles adentro. A lado de la mesa, una silla con un saco elegante en su espaldar, unos zapatos negros elegantes a sus pies. Sofía toma el saco de la silla se lo pone cuidadosamente a Carlos, Sofía abrocha el saco, Carlos permanece inmóvil).

CARLOS: ¿Estás enojada?

SOFÍA: Debes verte bien.

CARLOS: La próxima vez será mejor, lo prometo, no sé qué me pasó.

SOFÍA: Debí revisar antes tu camisa, está demasiado arrugada. No te quites el saco así no se notará.

CARLOS: No me ignores. Si me dejaras aprender por fuera, tal vez...

SOFÍA: Ya habíamos hablado del tema, no tienes nada que aprender por fuera, yo te puedo dar y te daré todo lo que necesites saber y conocer.

CARLOS: No quiero ser el único que disfrute de estos encuentros. *(Pausa)*

Eres demasiado buena conmigo, a veces siento que no merezco tanto. Nada de lo que yo haga nunca será suficiente para compensarte por todo.

SOFÍA: Ya, no tienes que ser tan adulador, si la próxima vez es igual de rápida te castigo. Pásame tus zapatos.

CARLOS: ¿Sí? ¿Y cómo?

SOFÍA: Voy a cerrar mis piernas una semana.

CARLOS: Aquí están, no me digas que están sucios porque sí los limpié. Espera... ¿Qué? ¿Una semana entera? Es más tiempo del que me queda contigo.

SOFÍA: Les falta brillo. Pues tuve que aguantar dieciséis años, una semana no será un problema.

CARLOS: ¿No escuchaste? Es menos tiempo del que me queda contigo y solo aguantaste catorce años. Lo recuerdo muy bien. Deja que limpie mis zapatos, puedo con eso, no tienes que hacer todo por mí.

SOFÍA: No sabes sacarles bien el brillo.

CARLOS: (*Suspira*) A veces, se me olvida que esto es solo un juego para ti.

SOFÍA: Tenías que mencionarlo.

CARLOS: Sí, ya es hora de volver... pero, mírame, deja de lustrar esos zapatos y mírame.

SOFÍA: No quiero, tienes razón, ya es hora de volver.

CARLOS: Tranquila, aún nos quedan algunos minutos, bésame de nuevo.

SOFÍA: No empieces... manipulador.

CARLOS: Provocadora.

SOFÍA: Travieso.

CARLOS: Aprovechada.

SOFÍA: Precoz.

CARLOS: Dame de tu experiencia en mi boca.

SOFÍA: Déjame absorber tu juventud.

CARLOS: Chúpala toda.

SOFÍA: ¡Ay Carlos tu cuerpo!

CARLOS: ¡Como te amo mi bonita!...

SOFÍA: Carlos tenemos que parar... no demora en llegar.

CARLOS: ¿Por qué te asusta que te diga eso? Ya Sofía, dejemos todo y vámonos lejos.

SOFÍA: ¡IMPOSIBLE!

CARLOS: No busques más cosas en él, divórciate. Yo puedo darte lo que necesitas.

SOFÍA: (hace una risa escondida) ¿Tú?, no seas ridículo, aún no eres ni la mitad de lo que él es.

CARLOS: No me compares con ese imbécil.

SOFÍA: ¡No te refieras a él de esa manera!

CARLOS: Me refiero a él como se me da la gana.

SOFÍA: Es suficiente. ¿Quieres que empiece el castigo desde ya? También puedo cerrar mi boca y no más cariños, no más besos.

CARLOS: No te pongas con jueguitos que estoy hablando enserio. Solo escúchame un momento más, tenemos tiempo.

SOFÍA: Yo también te hablo enserio. ¿Qué más necesitas decir? ¿Que me vaya contigo? ¿Que vas a mantenerme? ¿Que vamos a comer? ¿Dónde vamos a vivir? ¿Con mi mamá acaso? ¡HABLA!

CARLOS: ¡No quiero dejarte!... no dejes que me vaya.

SOFÍA: Jamás me dejarás, es algo que ni siquiera yo concibo.

CARLOS: Pero está pasando... Estoy a punto de dejarte, y tú solo piensas en lustrar los zapatos! (*Pausa*)

Y ni se te ocurra mencionar el cuento de que solo soy prestado, “siempre se van”.

SOFÍA: Eso dice la gente... no te vas a separar de mí, te lo prometo. Ya estás listo, ponte la colonia que te regaló.

CARLOS: ¡Ja! Ahora la que suena ridícula eres tú. Qué vas hacer... ¿Seguirme? No me pongas encima ese pachulí, odio esa colonia.

SOFÍA: Puedo visitarte cuando quiera, después de todo, la universidad no está tan lejos. Deja que te ponga solo un poco, me encanta este olor.

CARLOS: ¡Pero claro, solo vamos a estar separados por medio continente, eso no es nada verdad! ¿Cuál será tu excusa cuando me vayas a ver?

SOFÍA: Simple. Le diré que me haces falta, extrañarte no será un pecado.

CARLOS: ¡RIDÍCULA!... ¡Vámonos, lejos, entre más lejos mejor!

SOFÍA: Háblame con más respeto por favor. Ya te dije que es imposible.

CARLOS: Con él no eres feliz, o ¿por qué buscas refugio en mí?
¡Ese tipo no te dio la talla! No te merece, ese tipo es un cobarde...

SOFÍA: ¡No te permito que hables así de él! Le debes más de lo que imaginas.

CARLOS: ¡Me importa un comino lo que ha hecho por mí!

SOFÍA: No más, las reglas estuvieron claras desde un principio,
¡NO— VA — A — PA — SAR!

CARLOS: Porqué insistes en negarlo, todo es posible, solo míranos, acaso no dicen que este amor es imposible...

SOFÍA: El amor que te tengo no es igual al sexo que te hago, es un juego, no confundas el amor con el placer, te hace falta tanto por aprender.

CARLOS: ¡Aprendería más, pero tú no me dejas ver el mundo más allá de tus tetas!

SOFÍA: ¡Cállate!, (*Levanta la mano casi a punto de darle una cachetada. Respira, se contiene*). Arréglate el cabello, yo me pondré algo de color en los labios, sabes que no le gusta verme sin maquillaje, todo estará perfecto para cuando él llegue.

CARLOS: ¡Deja de hablar como si no te importara, como si aquí no pasara nada! ¡¿Por qué tiene que ser todo perfecto para él y para mí no?!

SOFÍA: sshh... (*Acaricia el rostro de Carlos*)

CARLOS: No me calles así, no me manipularás... no... no de nuevo, basta.... Sofía para por favor... sí... amo... amo tus besos, cállame... dime que no me dejarás...

(*Tocan a la puerta, se separan bruscamente, se arreglan el uno al otro, se miran con nostalgia, esbozan una fingida sonrisa, Carlos abre la puerta.*)

CARLOS: ¡Bienvenido papá!

H

UTOPIA

Edison Mauricio Delgado Miranda

H

Esta es la inalcanzable, la anhelada, tu espacio, el lugar donde habitas es y será desde el principio, la ciudad. En sus ideas, en sus habitantes. Desde el perro de la esquina que acompaña al pordiosero a buscar su comida, desde el estudiante que corre todos los días para no llegar tarde a su clase. El trabajador incansable y en su rostro la monotonía. Estas y muchas cosas pasan inadvertidas para el transeúnte que divaga en sus pensamientos tan fríos, tan egoístas, tan lejanos de la persona que camina hombro a hombro.

Esa es la ciudad que se vive entre el apogeo de la gente y el smog de las calles, es la ciudad cotidiana que no deja de construirse lentamente con sus cosas buenas y malas, con sus perversiones y añoranzas. Se encierra en mi mente ese miedo eterno a lo desconocido, a la violencia que me deprime de los noticieros, a las historias de los abuelos de días pasados que fueron mejores, a esas historias de colores, de frutas, de olores, de tierra y de imágenes que trascienden.

Me angustia la construcción de esta ciudad que poco a poco se envuelve en el egoísmo de cada persona, en la supervivencia del más perverso, por su caos incomprensible. Sé que en mis recuerdos de

niñez era una ciudad diferente. Todavía me pregunto: ¿qué justifica este miedo absurdo que siento al pisar esta tierra?, ¿es mi conciencia? O es la idea implantada que este sueño tiene que acabar.

H

LIBRE DE EQUIPAJE

Ángela Cajiao Meneses

H

En el laboratorio, las paredes vanas y perfectamente blanqueadas, contrastan con ese insecto característico, de color azabache y ojos amarillos, que más que temor refleja un estado de confort ensimismado en esta temperatura de 16° centígrados; posa en la pared, al lado de la ventana.

—¿Cómo se entraría esta mariposa en el laboratorio, si todo está tan cerrado? —dice Matías.

Es un artrópodo grande. En instantes empieza a aletear, como queriendo decir “¡aquí estoy!” Sus aleteos interrumpen la concentración. Matías se acerca, ella se asusta, él está cubierto desde la cabeza hasta las manos, la boca y los ojos. La mariposa sale volando sin vacilación y se mete detrás de la capsula de porcelana. Su ayudante después de muchos intentos la coge de un ala y la saca por la ventana.

A él le interesa terminar de revisar las muestras y aprontarse para su viaje. Se concentra tanto en estas muestras de sangre, le afanan las ansias de partir, está acostumbrado a todo tipo de resultados, sin embargo, le entristecen estos, aunque la mayoría sean críticos.

Escribe la patología y sigue con su trabajo. Su ayudante le mira de reojo con cierto asombro, hasta que con una pausada voz le pregunta:

—Doc. ¿Por qué en algunos resultados frunce el ceño como con desconsuelo?

Matías lo mira atentamente y le responde:

—Son personas que ya se marchan.

—Uhm, El que tiene la última palabra es el altísimo, mi doc. ¡Él sabe cuando uno se va! —dice el ayudante en tono duro y cortante—, yo creo en la vida después de la muerte, así es y así será. Y en la salvación, le afirma.

Matías sonríe, su pensamiento es escéptico. Deja todo en regla y sale para su casa.

En su apartamento toma un café, siente algo que lo tiene intranquilo; es como si su corazón apretara un presentimiento. Lleva un poco de café sin azúcar a la boca, lo saborea; ese mismo sabor que le da el café es el que siente dentro de sí. Prepara el equipaje, no mucha ropa, piensa regresar la semana próxima.

Se acuesta sin pensar en nada y se deja llevar por el mundo de los sueños. Despierta por la lluvia estrépita que resbala en su ventana. Se apronta a salir a la terminal. Toma su equipaje. En la terminal busca desesperadamente la ventanilla de pasajes con destino a Villanueva.

Compra su tiquete justo antes de partir el bus. “¡Estoy de suerte!”, murmura apretando el puño. Dentro del bus se acomoda en un asiento junto a la ventana. A su lado se sienta una mujer rechoncha, vestida de follado. Un olor que sale de sus entrañas advierte a Matías que tenga paciencia. Él se da vuelta hacia la ventana. Cierra sus ojos. En el pasacintas los vallenatos repiten una y otra vez “¡Qué bonita es esta vida!” La música popular que sigue luego recalca: “La vida no vale nada”. Bosteza, se toca la barba, fija sus ojos azules en el horizonte. A pesar de que llueve aún, en medio de las colinas, divisa una verdura extensa y fértil, semejante al vientre de una mujer joven.

En un caserío rupestre, con casas cenicientas, que parece que sobrevivieran de un fuerte incendio, justo en una casa alta, de paredes desmoronadas, bloquea la entrada un cerdo grisáceo y opaco, untado de barro, que le cuesta alzar los párpados; allí se baja su desventura, la mujer de follado colorido, no sin antes invadir el bus con su olor característico.

Recorre el bus unos cincuenta kilómetros y llegan a San Pablo, un pueblo pequeño, apretado entre la montaña. El bus hace una corta escala en un viejo restaurante.

El pito ensordecedor del bus apresura. Cuando Matías sube, unos niños están alborotados porque hay una mariposa dentro del bus. “¡Que coincidencia! —piensa Matías—. Es exactamente de la misma especie que se entró al laboratorio, si no fuera porque es una incoherencia diría que es la misma; ese color azabache, esos ojos saltones”.

El animal aletea y sale por una ventana abierta.

Mientras suben los demás pasajeros, Matías dibuja en la ventana, empapada de rocío, un círculo con el dedo. La circunferencia queda alargada y partida por el contraste del cristal. El bus sigue su curso. Faltan varios kilómetros para llegar a Villanueva.

En la salida del pueblo, aunque la neblina abraza la perspectiva, se dibuja entre la espesura una silueta de un hombre con el brazo levantado. El bus se detiene unos metros antes, recoge a un anciano y a un niño que gritan desde un camino que los lleven.

El hombre de la silueta llega hasta el bus, se sube, se sienta justo al lado de Matías. Sorpresivamente se encuentra con su amigo de infancia: Pedro, aquel chiquillo travieso y burlón. Se saludan efusivamente. Pedro, con cierta incoherencia, contesta a las preguntas de Matías mientras mete la lengua entre los dientes y mueve los ojos como queriendo dar una respuesta certera:

—Mi vida... Mi vida, es un hilo.

—¿Un hilo? —pregunta Matías desconcertado.

—¡Sí! —contesta su amigo, mientras pone la mano en la barbilla, pasándola luego por su pelo descuidado. Sigue hablando:

—¡La vida está en un hilo, quiero decir, estas aquí... y ya no estás, o puede que estés aquí y estés allá!

—¿A qué te dedicas? —pregunta Matías, mientras saca unas mentas del bolsillo, sin entender su respuesta.

—Al comercio —contesta Pedro—. Vendo y compro mercancías. No seguí estudiando.

Pedro concentra su mirada en la ventana.

Matías gira su cabeza para ver qué es lo que observa. Es el círculo que dibujó hace ya un buen rato, que curiosamente no se

ha borrado de la ventana. Incluso se recalca mucho en contraste con el rocío.

Aquel círculo negro se asemeja a la muerte —dice mientras lo apunta.

—¿Por qué? —dice Matías, sorprendido.

—Porque está partido en la mitad, ¿ves?

—Sí.

—Así es ella... una negra y larga partida. Tampoco me casé —afirma, mientras alza sus hombros flacos, como queriendo decir que eso no le interesa.

La cantidad de neblina que cobija las montañas asciende lentamente, parece salir de las entrañas de la tierra, así como Pedro, que mientras habla un vaho sale de su boca.

—¿Tienes frío? —pregunta Matías, mirándolo sólo cubierto con una camisa blanca, de dacrón sencillo.

—No —responde Pedro.

—Muy bonitos tus zapatos —dice Matías, puesta su mirada en sus tenis azules, marca puma—. Así es. Y la verdad es que estoy estrenando todo —dice Pedro. Muestra su ropa complacido—. ¡A ti te ha ido bien! ¡Mira! Si parece que el tiempo no ha pasado por tus años, sigues igual, sólo que de tu pelo mono te estás despidiendo —le dice a Matías, sonriendo pícaramente.

—¿Qué haces en tu trabajo? —pregunta Pedro, de nuevo.

—Reviso muestras y de los resultados se sabe que enfermedad tienen. Comenta Matías.

—Interesante —dice Pedro, entrelazando sus manos con fuerza.

—¿Vas a entrar al pueblo? Para acompañarte —expresa Pedro.

—No, no —dice Matías—. No tengo tiempo, me bajo en la entrada, voy a casa de mi madre.

—¡Tiempo! —murmura Pedro, fijando sus ojos oscuros en el reloj de Matías.

—¡Bajémonos allí! —dice Pedro, apuntando a un árbol de pino. Carga Matías sus maletas, Pedro le ayuda porque va libre de equipaje.

Suben el camino. En una piedra que está junto a un bambú, descansan. Aunque no hay lluvia, todo sigue envuelto en bruma.

Pedro bosteza y estira su cuerpo como desenrollándolo.

—¿Vas a casa de tu hermana Clara? —pregunta Matías.

—No. Voy a la casa de los colegiales —responde Pedro, comprimiendo su blanco rostro, como una naranja en manos de un sediento.

—¿Y cómo está Clara? —le pregunta Matías mientras acomoda su mochila en el hombro y recoge la maleta pequeña.

—Mi hermana, fatigada, ya sabes cómo es ella.

Matías respira hondo, mira el reloj y emprende la caminata.

—Estoy de suerte, viajo acompañado contigo, Pedro —le expresa con gratitud.

En la vera se divisa una casa hermosa, con grandes pilares, con matas de colegiales que le dan esa armonía tan colorida. Esa es la casa de la que habla Pedro. Se acercan. En el corredor ven, en dos largas bancas de madera, unas personas sentadas. Se escuchan murmullos en el ambiente silencioso de la casa. Un perro pequeño, al verlos, corre y lame la mano de Pedro.

Caminan unos cuantos pasos más. Junto al portón blanco de la sala, abierto de par en par, descansa un féretro iluminado por cuatro cirios grandes a cada lado, dos ramos de rosas rojas contrastan con el bronce del color del ataúd. Un crucifijo grande de madera ocupa el centro de la pared.

Las personas los miran. Matías levanta su brazo con ademán de saludo, mas solo piensa en llegar a casa

—Me quedo aquí —expresa Pedro apuntando hacia el portón. Creo que tendré que estar un rato, dentro de un momento yo te busco.

Con un fuerte apretón de manos los amigos se despiden, Pedro entra lentamente en la casa.

Matías continúa su marcha. Llega a casa antes de declinar la tarde. Encuentra a su vieja en la cocina, sentada junto al fogón. Todo el cansancio del viaje se alivió en un abrazo. Un rico aroma a especias y a carne ahumada se esparce, el fogón abriga el ambiente. Su mamá lo invita a comer, se sienta enfrente, saborea pensativa un café. Matías, complacido, disfruta del sabor de casa.

Un aletear interrumpe. Es una mariposa que golpea fuertemente en el cristal de la ventana. Matías se sorprende al ver la misma especie

de mariposa que vio desde el anterior día. Su madre la espanta con la chalina. El insecto se mete detrás del reloj de pared. La anciana madre mirando el reloj, comenta:

—Espero al compadre Víctor para ir al funeral.

—¿Quién murió mamá? —pregunta Matías.

—Lo conociste —le dice mientras acomoda su cabello gris con sus manos—. Anoche mataron en la salida del pueblo vecino de San Pablo a este muchacho... Pedro Riascos. Lo están velando en la casa de los colegiales, la casa colorida. ¿La viste al pasar? ¿Te acuerdas de él?

Matías no articula palabra. Un silencio adormecedor invade el ambiente, un escalofrío intenso recorre sus entrañas, los vellos se le paralizan, su pecho se encoge y se ensancha por los latidos de ese corazón que parece salirse. Se empapa su frente, las manos se le congelan, siente que sus intestinos se recogen. La cara le arde y al mismo tiempo la siente sepulcralmente helada. Toma de un poco de agua de la mesa, los ojos se le desorbitan al recordar inmediatamente las palabras de su amigo al despedirse.

—Dentro de un momento, yo te busco.

La mariposa sigue revoloteando.

H

LOS ASUNTOS DE MERY

Cristian Guerra Medina

H

Me ubiqué en el cubículo número cuatro. La muchacha encargada desbloqueó la computadora y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

—Déjelo abierto —respondí.

Hice doble clic en el ícono del navegador y abrí dos pestañas: en la primera me conecté al Facebook pues tenía varios días sin revisar mi cuenta, además, iba a dejar en el muro una información que mis alumnos estaban esperando; en la segunda pestaña, abrí el correo para descargar los trabajos finales del último periodo, cuya calificación debía entregar en dos días.

Solo me faltaban tres correos por revisar, cuando llegó a mi cuenta un correo nuevo. Imaginé que sería de Fredy, quien siempre me mandaba los trabajos fuera del tiempo acordado, y a pesar de las cinco décimas que le rebajaba por eso, mantenía un buen promedio. Sin embargo, quien mandaba el e-mail no aparecía en mis contactos y la cuenta no me era familiar. En estos casos solía borrar el mensaje sin leerlo, pero la frase en el asunto me llamó un poco la atención: “Solo por curiosidad ¿Cómo te llamas?”. No lo

abrí, pero tampoco lo borré. Terminé de descargar todos los correos y pasé al Facebook. Conversé con dos amigos, leí algunos estados y vi las fotos de varios contactos, empero, nada logró desviar mi atención de aquel mensaje. Me decidí a abrirlo. Cerré la cuenta del Facebook y la pestaña. El mensaje seguía ahí y ahora las frases del asunto me parecían estar en negrilla. Di clic encima y se abrió la ventana. No había nada. Ni datos adjuntos, ni imágenes ni algún escrito en el correo. Me decepcioné un poco, pero no sabría precisar el porqué, ya que tampoco esperaba nada. Lo borré. Me devolví a la bandeja de entrada, y llegaron al tiempo dos correos nuevos. El primero era de Fredy y el segundo, un nuevo mensaje de la cuenta que no me era familiar con el asunto de: “Por favor, respóndeme ¿Cómo te llamas?”. Tampoco tenía nada. Quedé entonces con la impresión de que esta persona se comunicaba conmigo a través de los asuntos. Me pareció tan chistoso, que le reenvié un mensaje con el asunto: “Miguel, ¿y tú?”. Cerré la cuenta y me fui.

Comenté el caso en el aula de clases, para saber si alguien conocía aquella cuenta de correo o por lo menos, si eso de comunicarse por medio de los asuntos era una nueva moda. Pero no obtuve una respuesta satisfactoria. La cuestión quedó como algo curioso y luego de unos días se me olvidó.

A la semana siguiente, volví al Cibercafé y me ubiqué en el mismo cubículo. La muchacha desbloqueó la computadora y no preguntó nada. Abrí las páginas de siempre buscando, irónicamente, algo nuevo. Casi en el mismo instante en que abrí el correo, me llegó un mensaje nuevo. Me estremecí un poco cuando leí en el asunto: “Mi nombre es Mery ¿Cómo estás?”. Ese día duré dos horas hablando con ella.

En adelante nos volvimos amigos. Nos contábamos muchas cosas. Me dijo que vivía en la misma ciudad, pero que no quería que nos viéramos personalmente. Imaginé que era fea. Que tenía problemas de autoestima. No me dio su dirección ni me dijo dónde trabajaba. Imaginé también que era para que no llegara a buscarla. Pero estaba seguro que era secretaria o algo así, porque, a pesar de que nunca nos citábamos, siempre que me conectaba, ella estaba allí. En realidad, la mayoría de los datos personales que conocía de Mery, eran suposiciones mías. Y es que tampoco hablábamos mucho

de esas cosas. Su tema favorito eran los sentimientos, sobre todo los míos. A veces le escribía tantas cosas, que me interrumpía yo mismo para preguntarle si todavía estaba allí, si no estaba aburrida. Pero su respuesta siempre era de interés, y la enviaba tan rápido, que me parecía que la tenía preparada con anterioridad.

No era un ser común. El modo como inició todo (y como siguió) ya era mucho decir. Una vez le propuse que nos comunicáramos de otra manera, pues en los asuntos no caben muchas palabras. El “no” fue tan rotundo que no volví a insinuar nada más. Pasados dos meses, y después de pedirle muchas veces una foto, me mandó el único mensaje donde el asunto sí presentaba el contenido, “Fotografía”. Fue muy ingeniosa porque la foto la mostraba a ella junto a su computadora, y esta tenía en la pantalla la misma foto enviada. Un efecto similar al de mirarse a un espejo mientras se tiene otro detrás. Sin embargo, lo que más me sorprendió fue su aspecto físico. No era fea, era bastante bonita. Además, su rostro me parecía muy familiar. Por lo que en adelante empecé a exigirle que nos conociéramos. Le aseguré que anhelaba verla, que la necesitaba.

—¿Me amas?

—No, no se puede amar lo que no se conoce.

Sí la amaba, pero quise de algún modo presionarla para que aceptara que nos viéramos. Realmente me sentía infantil al pensar que me había enamorado de alguien a quien aún no había visto personalmente. Su foto no me bastaba a pesar de que la mandé a imprimir. Duraba horas mirándola.

Habían pasado casi siete meses cuando exploté. No aguanté más y la amenacé. Le dije que si no nos veíamos personalmente, no volvería a conectarme al correo, que no volveríamos a hablar más nunca. Su respuesta me destruyó los nervios. Empecé a temblar.

—Miguel, en realidad ya me has visto y me has tocado muchísimas veces.

Empecé a suponer nuevamente, a imaginar. Ya sabía quién era, tenía que ser ella. Sentí vergüenza. Cómo pude decirle que la amaba y la había pasado por alto todo ese tiempo. Claro, con razón los mensajes me llegaban apenas abría el correo. La única manera en que podía saber que yo iba a conectarme, era que me viera entrar al Cibercafé. Quién más que la muchacha encargada.

Empecé a llorar. Le mandé el último asunto (sin saber que sería el último), “Perdóname”, y con las lágrimas aún brotando de mis ojos, salí a su encuentro. Pero ya no estaba. Había un muchacho en su lugar, quien al verme llorando y preguntando por “la muchacha encargada” se asustó. No quiso darme la dirección de Mery y tampoco se la exigí. Esa noche recorrí algunas calles cercanas al Cibercafé esperando encontrarla, pero fue inútil. Fue tal mi desespero, que empecé a gritar su nombre, pero no conseguí más que miradas de extrañeza.

Al día siguiente fui a verla al negocio, pero no estaba. El nuevo muchacho encargado me dijo que le habían dado vacaciones y que se encontraba en otra ciudad. Pensé que me mentía, pero durante los días siguientes no la encontré. Dos semanas después volví al lugar, pero no en calidad de desesperado sino de cliente. Me ubiqué en el cubículo número cuatro. El muchacho encargado desbloqueó la computadora y me preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

Me puse a llorar.

—¿Cuánto tiempo? —insistió.

—Déjelo abierto —le contesté tratando de endurecer la voz.

Abrí el navegador y me conecté al correo. Ya que no podía verla, me conformaba con hablarle. Inmediatamente me llegó un mensaje cuyo asunto decía: “No hay nada que perdonar, amor. ¿Dónde habías estado?”. No era la muchacha encargada. No podía ser. Nuevamente estaba en cero. Me sentí enfermo, desconcertado, loco. Busqué rápidamente en la bandeja de entrada el correo donde estaba su foto, y con el fin de que se viera lo más grande posible, la descargué y abrí en una diapositiva. Al presionar f5 y ver la imagen ocupar toda la pantalla, caí en el efecto visual, dejando de lado la figura femenina y concentrando mi atención en el monitor que había en la fotografía. Empecé a sumergirme en la imagen, a penetrar en una hilera infinita de pantallas. No podría decir qué profundidad había alcanzado cuando noté que cada monitor tenía una mancha de color dorado en la esquina izquierda inferior, y al empezar a devolverme del efecto visual, la pequeña mancha empezó a tomar forma de palabra, y en cada monitor que retrocedía se iba haciendo más legible hasta llegar al que yo había estado utilizando todo este tiempo. Mery.

LLANERO NO SE ACOBARDA

Maris Ricaurte

H

Emilio llanero valiente en contraste con su cuerpo esbelto, macizo, completo, con sus manos enormes, ojos claros de mirada penetrante, canela clara era el tono de su piel, se veía que era recio y a la vez muy elegante, mantenía una falsa mueca de felicidad. Era un excelente domador de caballos y realizaba las diferentes faenas del llano. A las cuatro de la mañana estaba junto a la pesebrera amarrando el caballo para salir a la sabana en busca del ganado, era costumbre saborear el tinto cerrero antes de salir. Luego regresaba a desayunar y cambiar de faena, pero jamás se quedaba quieto durante el día, llegaba la noche y junto con su caballo, salían a la cañada, lo bañaba y se bañaba él para aprovechar la noche bien fresco donde lo esperaba su chinchorro, un radio para escuchar música llanera, con coplas y tiraderas de los locutores gozaba de una habitación donde tenía su maleta llena de ropa y de cosas de uso personal, además de su estuchera donde guardaba sus útiles de aseo.

Cuando llegaba a una hacienda y solicitaba trabajo era aceptado de inmediato por ser un excelente trabajador en faenas llaneras, se recorría los diferentes departamentos de la Orinoquía Colombiana huyendo de la realidad que sigue empujando a cientos y miles de

personas, como ser reclutado por grupos al margen de la ley, ya que de las selvas del Guaviare se salvó de ser raptado por un grupo guerrillero junto con su hermano mayor, quien pisó una mina quiebrapatas cuya onda explosiva era tan acerrada y dañina como la cadena acelerada de una motosierra. Emilio escuchó un estruendo y despertó dos meses después en una clínica de Bogotá, con muchas cirugías en el abdomen, tórax, extremidades, pero gracias a Dios quedó completo, su hermano murió por la explosión. Sin embargo, no abandonó su llano, permaneció donde un familiar en un chinchorro hasta que se recuperó, allí estuvo sin dejarse ver por temor de ser descubierto por el grupo delincencial, los familiares para despistar a los delincuentes hacían comentarios que ambos habían muerto.

Emilio desde su chinchorro escuchaba música, tomaba tinto y fumaba, calentaba las pilas en el fogón toda la noche para que se cargaran. Cuando se empezó a recuperar colaboraba con ayudar en la cocina especialmente en hacer el tinto y lavaba su ropa, luego dirigía las faenas llaneras repartiendo los trabajadores. Un día le dijo a su tío, *“Esto que me pasó, me sirvió para descansar, pero ya estoy aburrido sin poder trabajar lo voy acompañar un año de recompensa por el tiempo de recuperación”* el tío le dijo, *“Mijo no se preocupe, puede quedarse toda la vida si es posible siempre será bienvenido a mi hacienda como un miembro más de mi familia”*. Dos años después salió a trabajar en diferentes haciendas del llano como encargado, caballicero, caporal de sabana, muy apreciado por los patrones por su habilidad en el trabajo de llano.

Un día se enamoró de una catira criollita vecina de la hacienda donde trabajaba, pensó casarse con ella y se empezó a preparar: compró un extenso terreno entre las haciendas de los patrones, construyó una finca con techo de moriche, pisos y bases de adobe, los patrones le ofrecieron toda su ayuda, allí empezó a vivir solo, él mismo cocinaba, hacía sus tintos y escuchaba la radio esperando la fecha para casarse con su catira... pero llegó lo que menos esperaba, un reclutamiento en la región para llevarlos a las montañas del Amazonas y se dio cuenta que eran los mismos que habían sembrado las minas quiebrapatas y que segaron la vida de su hermano. Sólo se escuchaba el grito profundo: *“¡Sigán con nosotros*

o se mueren!”, acompañado de disparos que los guerrilleros daban a las personas en el cuerpo porque no obedecían, la mayoría eran ancianos, la gente corría afanada diciendo: “*No hay tiempo para nada, hay que escapar*”. En el alambre tenía extendida una cobija, una camisa y un pantalón, que fue lo único que pudo sacar dejando la finca con la puerta abierta, el radio prendido que tanto lo había divertido y la olleta de tinto en el fogón, salió corriendo con rumbo desconocido detrás de mucha gente.

Días después, motivados por las promesas del gobierno llegó a la capital en busca del programa de protección de desplazados, pero lo único que encontró fue a mucha gente como él por el mismo motivo y en la ciudad viviendo de la nada. Pidiendo monedas alcanzó pagar una habitación para acomodarse por unos días y dejó de soñar con la finca y formar una linda familia con su catira. En ese momento su mente se encargó de repetir una y otra vez la misma frase que lo hizo huir: “*No hay tiempo para nada*”... Así, pidiendo allí y allá, pudo conseguir una silla, un chaleco y un letrero que decía: MINUTOS A \$250, además pudo vender el reconocido periódico EL TIEMPO, pero para él era muy difícil estar todo el día sentado atendiendo público ya que era una persona de acción.

Sentado en el parque nacional, lleno de palomas por todos lados, la gente a su alrededor se agrupaba para comprar EL TIEMPO, el que no tuvo él cuando lo obligaron a dejar su finca con la puerta abierta, la olleta hirviendo en el fogón que de tanto hervir se habría secado, y su radio que se habría desgastado de tanto sonar... Su mirada se perdía en el parque en medio de la gente, cuando de repente se acerca un señor corriendo con saco y corbata, con gotas de sudor que comienzan a formarse en su rostro le preguntó: *¿Me vende un minuto?... ¡No puedo perder tiempo!* Emilio vuelve a recordar su pasado, pensaba todavía en su olla hirviendo y en la radio prendida, siente rasquiña en las cicatrices de las cirugías, sacude la cabeza y ve al señor que lo mira como si acabara de descubrir al hombre más infeliz del momento. “*Le regalo el minuto*” le dijo Emilio, mientras mantiene su mirada fija en los ojos oscuros de aquel extraño y piensa... si hubiera tenido un minuto hubiera apagado el radio.

SUCEDIÓ EN AGUAS DULCES (UN RELATO BASADO EN HECHOS REALES)

Carlos Restrepo

H

El sonido de mi celular interrumpía mi profundo sueño. Antes de contestar, noté la hora y me orienté: las ocho de la mañana, día domingo.

Era Guillermo, el vecino de mi parcela. Aquella persona me contaba que el ganado de Don Efraín había tumbado la cerca y estaba ocasionando muchos daños.

—Gracias amigo por la información. Voy para allá —dije, incorporándome de mi lecho.

Me organicé y salí en busca de transporte.

La suerte me acompañaba en el momento. Raúl, mi vecino, me llevó en su moto hasta el matadero, lugar de sacrificio del ganado en el corregimiento de Currulao. En la entrada de ese lugar, dos perros se peleaban por una placenta; al parecer hacía muy poco había parido una vaca. A un lado, varios campesinos esperaban con paciencia la morriña que consiste en los desperdicios del ganado —placentas, intestinos, estómagos— que son utilizados por estos personajes para engordar los cerdos.

El matadero era una casucha vieja construida en madera. A un costado de esta una chimenea dejaba escapar un humo espeso

que olía a difunto. Con mi mano derecha cubría mi nariz para evitar el hedor penetrante. Sobre el techo de zinc viejo y oxidado, al parecer por la acción de la lluvia, yacía una alfombra negra que cubría por completo este tejado. Eran gallinazos.

Sentí una morbosa curiosidad por lo que sucedía allí adentro. La puerta principal del rancho estaba entreabierta, y sin pensarlo más, me metí.

Varios hombres vestidos de blanco y calzando botas amarillas extendían en el piso las pieles del ganado; había otros que regaban cal y otros aplicaban formol. Más al fondo había un frijón encendido construido en ladrillo. Varias cabezas de ganado atravesadas por ganchos destilaban sangre.

—Buenos días caballero. ¿En qué le podemos servir? —me preguntó un hombre moreno, de mediana estatura.

—Solo miro el proceso —le respondí, inclinando un poco mi cabeza.

Aquella persona arrastraba una carretilla llena de huesos. Lentamente se acercaba al horno. Y uno por uno estos restos desaparecían en medio del fuego donde saldrían después como calcio.

Sonó mi celular. Esta vez era solamente la batería que iba en bajo, pero me despertó de un especie de sueño. Dejando atrás aquella escena macabra, continuaba mi marcha.

Al pasar por la fonda saludé la dueña, Doña Rigoberta, una buena señora ya con mucho deterioro por la edad.

—¡Buenos días, señora!

—¡Buenos días don Carlos! ¿Qué desea tomar?

—Una cerveza, por favor.

A su lado se hallaba don Germán, su esposo, descansando en su sillón de costumbre. Era la viva encarnación del silencio. Aunque jamás lo había escuchado decir una palabra, sus cabellos encendidos de blanco dejaban escapar su nobleza. De vez en cuando yo dirigía una mirada tras sus cristales verdes, y tuve la sensación de que dormía tan profundo como silenciosamente.

Saboreando mi cerveza, observaba a los campesinos que bebían, jugaban cartas y dominó, mientras los burros cargados de

viveres esperaban con paciencia a sus amos. De pronto, una mano callosa y pesada se postraba sobre mi hombro derecho.

—¿Qué tal paisano? —era Ringo, alias El Tuerto, el mejor descuartizador de ganado en toda la región—. ¿Hacia dónde se dirige?

—Voy para la vereda Aguas Dulces.

—Ponga mucho cuidado. Hay un buey muy agresivo por ese lugar —me dijo con voz turbia aquel hombre embriagado.

—Sé cómo cuidarme.

Mientras tertuliábamos, había un borracho que armaba bulla. Porfiaba en marcar unos pasos de danza, pero siempre se caía de lado. Se formaba un círculo a su alrededor.

—Ya vengo —le dije a Ringo.

Me abrí paso en medio de la gente. De repente me quedé mirando aquel borracho. Un sombrero estropeado y enmohecido por la vejez cubría su cabeza. Su camisa se veía un poco remendada en los dobladillos, su pantalón de gabardina que llevaba estaba remangado hasta las rodillas y los pies parecían garras de gavián.

Otro campesino embriagado se le arribaba al borracho y le entregó una copa de cristal llena de ron y la vació de un trago. Sus ojos se iluminaron con una luz ardiente. Sonriendo, tiró la copa a lo alto con un gesto que no entendí. Al instante meneó la cabeza. Su cara se puso pálida como la muerte. Levantando su mano derecha, exclamo: —¡Que viva Urabá, tierra de prosperidad y de lindas mujeres!

Todos respondieron a tiempo:

—¡Que viva!

Muy cordialmente me despedía de estos coterráneos y de Ringo y continuaba mi diligencia, rumbo hacia la vereda.

Por fin llegué a la hacienda ganadera de don Efraín Correa, donde el chillido de los gavilanes posándose en los postes de cemento y el ladrar de los perros me dieron la bienvenida. La casa era pequeña pero bien construida, limpia y sin adornos inútiles.

Don Efraín era un hombre muy educado, tranquilo: jamás he conocido a nadie con aspecto más noble y simpático que el suyo. Utilizaba un traje sin pliegues a los costados, ni botones en los bolsillos, y llevaba sobre su cabeza un sombrero Barbicío semejante a los que utilizaban nuestros antepasados. Me recibió sin quitárselo,

adelantándose hacia mí, sin hacer la más leve inclinación hacia el suelo.

Sin embargo, la expresión abierta y humana de su semblante denotaba más cortesía que la de costumbre. De echar un pie hacia atrás y coger con la mano lo que está hecho para cubrir la cabeza.

—Buenas tardes caballerísimo —me dijo con voz entrecortada—. ¿En qué le puedo ayudar?

Le respondí retrocediendo dos pasos hacia atrás:

—Buenos tardes don Efraín. Me comunicaron en la mañana que su ganado traspasó la cerca y está ocasionando daños en mi propiedad.

—No se preocupe, amigo mío —me dijo—. En cuanto a la cerca, ya envié personal para rectificarla. Y por los daños causados le pagaré peso sobre peso. Esté tranquilo —su respuesta y educación me dejaron impresionado. Y prosiguió.

—Amigo mío, ponga mucho cuidado al continuar el camino. Hay un buey suelto y es muy agresivo. Es de mi vecino Sinforoso. Le he dicho que me lo venda para domesticarlo pero él no quiere. Al parecer lo va a sacrificar.

—Lo mismo me dijo el descuartizador en la fonda de Rigoberta. Pondré mucho cuidado —le respondí—. Que tenga buena tarde don Efraín.

—Que le vaya bien, amigo mío.

Agilizando mi paso hacia mis tekales, atravesé un rebaño de vacas, pero de repente me quedé paralizado al ver que dos toros debatían en duelo a muerte por el harén. Me devolvía de ellos a paso lento, intentando no llamar su atención, cuando la tierra se estremeció a mi espalda. Volteé, y un pánico me invadió. Era el buey y venía en dirección a mí.

Corrí desesperado en ninguna dirección, descuidando por completo los toros. Traté de esquivarle en medio del ganado pero era inútil. El animal seguía el color de mi camisa roja. Me llegaba a la mente los consejos de mi padre. Fue en estos casos de ganado bravo y colonias de abejorros enojados. La solución era arrojarse bocabajo.

Lo hice y el animal se detuvo, pero no por lo que acababa de hacer, sino por dos cuerdas que lo sujetaban de sus extendidas astas. El animal cayó brutalmente.

Me levanté con la vista entrecortada por el sucio que llevaba en la cara y observaba la enorme trompa de aquel animal abrirse de repente, brotando de ella un bramido tan fuerte y expresivo de temor que sobrecogió mis nervios como la aparición de un muerto.

Dos hombres montando a caballo se aproximaban a mí. Una voz varonil y gruesa se escuchaba.

—¿Se siente bien amigo?

—Un poco asustado —le respondí.

El que me habló era alto, fuerte, musculoso, con una expresión de arrogancia no del todo desagradable. Su rostro muy atezado, estaba oculto en más de su mitad por las patillas y por el bigote. El otro hombre demarcaba un rostro cetrino, es decir, moreno y quemado.

El primero sacaba de las alforjas de su caballo una especie de espada, la punta de la cual formaba una cruz. El animal trataba de incorporarse pero el vaquero hundió el arma en la parte trasera de su cabeza. Sus bramidos fueron penetrantes pero duraron poco tiempo.

El rostro le quedó lleno de sangre que en parte salía de su nariz.

Alrededor de la garganta se veían algunas heridas. En sus extremidades traseras se notaban señales de dos excoiaciones circulares, según él producidas por dos cuerdas o una cuerda a lo que se hubiera dado más de una vuelta.

En la piel aparecían desgarrones y en gran desorden. La mirada de aquel animal en su despedida me quemaba. En ese momento mi alma se sentía más fuerte, y sin vacilar más tiempo, pregunté:

—¿Por qué lo mataron?

El de rostro cetrino respondió:

—Orden de don Sinforoso, su dueño. Y era muy peligroso.

—Adiós amigo —me dijeron en coro, muy amables.

Montaron en sus caballos, asegurando las cuerdas de sus monturas con calma. Después salieron, arrastrando el animal y dejando huellas de sangre.

Miré a mi alrededor. El rebaño de ganado se había alejado y yo quedé solo. El suelo estaba pisoteado y la maleza aplastada, advirtiendo las características de lucha.

Los ojos se me humedecieron y una tristeza me inundó.
Observaba el firmamento y meditaba. Si no hay respeto por la vida
humana, mucho menos por la de los animales.

Somos carroña.

H

SUREÑO

Enrique Álvaro González

H

Desde el helicóptero la cadena radial-televisiva muestra el estadio, una taza gigantesca en la que unas hormigas de colores se disputan cada lugar. Hay mucha gama, pero si el piloto se acercara un poco más, descubriría que en gran medida imperan el verde y el azul celeste.

Tal vez por su altura no escuche el ulular constante ni perciba el tremor que producen los saltos, pero lo cierto es que allá abajo en las graderías, miles y miles de personas reunidas se preparan para sufrir o gozar dos horas de fútbol. Son muchos los que cantan con armonía imprecisa y poca melodía; muchos son azules y otros tantos verdes, pero lo único que los asemeja bajo el sol de la tarde, aparte de permanecer agrupados, es que sus actitudes inquietan a los otros en las tribunas cercanas.

Son miles de voces adornadas por el saltar continuo al compás del coro, miles de brazos que suben y bajan como si fustigaran el aire, mientras otros brazos oscilan centenares de camisetas albiverdes o albiazules. Son cantos aprendidos para ser lanzados al viento con todo el sentir, porque como dice Sureño:

—Es que uno se enamora del equipo. Para mí el verde es como dice aquí en el tatuaje que tengo en el pecho, Pasión y aguante.

Varillo en mano y chuzo encima, él también grita, salta, ondea la camiseta y castiga al viento con su voz, mientras la sangre hierve aún y el joven corazón late acelerado por la refriega mañanera.

*Vamos verdolagas, aquí está tu gente
La que te sigue y alienta siempre
Vayas donde vayas siempre estaremos
Vos sos mi vida, lo que más quiero.
Dale v... Dale v... Dale veerrde.*

Siendo muy niño ya era independiente, y a esa edad, cuando lo único que se tiene seguro son sus doce años y una abuela, quien lo crio, es una anciana sin la fuerza para retenerlo, la alternativa de la barra fue una buena opción para sentir que pertenecía a algo. Él no sabía nada, solo se preocupaba por sobrevivir hasta el día en que el papá de un amigo lo invitó al estadio y al sentirse inmerso en la algarabía feliz del *escándalo verde*, sintió cómo ese abrazo multitudinario y alucinante transformó los gritos en cantos de guerra y quedó imbuido, insuflado, preso de esa pasión.

—En esa época yo piratiaba a lomo de mula porque en una mula es más fácil treparse en las subidas bravas, como la línea o el alto e' minas allá en mi tierra. Como ellas tienen que bajar la velocidad, pues uno aprovecha, pero yo también me trepaba en camiones, flotas, carros, lo que fuera. Soy ágil gracias a Dios. O en últimas caminaba y retacaba, o si no robaba hasta llegar a la ciudad donde fuera el picao.

De tanto verlo, los mayores de la barra, viajeros en excursiones contratadas desde Medallo con varios buses, entre ellos el del comité donde van los bombos, los trapos, las tiras, las banderas y uno que otro fierrito, lo fueron conociendo hasta considerarlo uno de ellos y empezaron a ayudarlo. En ocasiones lo recogían en la carretera o lo ayudaban a entrar a los estadios.

—Es un chino parao —decían.

—El trapo gigante se extiende antes del partido, en el descanso o después, porque lo tapa todo; pero es una bacanería extenderlo

de mano en mano hasta que cubre toda la tribuna y se sienten una chimba los rayos del sol antioqueño pintados con el verde amado.

*Al verdolaga lo sigo a todos lados
Lo dejo todo por el súper campeón
Por eso digo que aunque ganes o pierdas
No me importa una mierda Yo sigo fiel a vos.*

La barra es todo para él. Es pasión y es desafío, es riesgo que no se quiere evadir como el de la mañana cuando él y otros tres vieron a los comandos azules y aprovecharon la parada de la mula para bajarse a enfrentarlos.

Muy pocas palabras, las miradas lo dijeron todo y a continuación la danza joven, danza ágil, danza pletórica de odio y lances metálicos de muerte. Danza grotesca, danza viva en cuya comparsa la sangre es protagonista, saturación de ayes, sudores, madrazos y tal vez... a lo mejor... miedo. Por qué no, si al final cuando nada se tiene nada se pierde y así lo que más asusta es la vida.

Después de todo, probada la hombría y saciados los metales, uno de los comandos corre por su vida con dos heridas en el cuerpo, y los dos que quedan serán testigos mudos de la reyerta porque su versión de los hechos se escapa en un torrente rojo que dibuja extrañas figuras en el asfalto.

—La peor guerra que me ha tocado fue la del 98 contra el Barón Rojo en Cali. Le decimos la guerra del Vietnam, yo estaba empezando. Ese día entre las dos barras volvimos mierda la ciudad porque junto con los Comandos, los del Barón son los enemigos más tesos que tenemos.

La primera que frente a es una negra grande con una macheta de este porte. Es una hembra parada y toca darle duro. Ese día esos manes empezaron a hostigarnos desde la entrada a punta e' piedra, y aunque nosotros éramos quince buses, lograron dividirnos. Por eso el bus del comité llegó al Éxito acompañado solo por otros dos. Como la estrategia es permanecer unidos, el resto no podíamos dejarlos morir y entonces tocó bajarnos al llegar y frentear el corte en la calle.

La cosa empezó cuatro horas antes del partido, siguió durante el partido afuera y dentro del Pascual, pero como los buses quedaron

en el Éxito y tocó llegar hasta allá a pie, pues el bonche duró otras cuatro horas más repartiendo pallá y pacá piedra, chuzo y plomo.

La policía poco pudo hacer porque cuando calmaba la vuelta en una cuadra, el avispero se prendía en la otra”.

Al preguntar a un fanático más o menos afebrado, este podría decir que entiende la rivalidad entre las barras, pero lo que nadie explicaría es por qué la violencia contra el comercio y otras personas que poco o nada tienen que ver con su asunto. La respuesta de Sureño es sencilla:

“La pelea es peleando y si usted no pelea le dan. Lo que pasa es que ese mismo corazón con que se pelea es tan grande, que se sale de control todo, hasta la gaminería”

Ellos saben bien que el fútbol no es violencia. Incluso cuando se reúnen los jueves frente al Atanasio, lo hacen para arreglar los trapos, las tiras, las banderas. Que hay que arreglar tal bombo, que aprendamos esta nueva arenga, que toca de a tanto para la boletería y otras minucias, sin embargo llega el momento en que se plantea cómo llegar a la ciudad que se visita. Es ahí cuando a toda barra le toca preparar su plan de reacción.

Los del sur son mucho más de tres mil gargantas gritando mientras ven el partido. Ellos sufren los penaltis, sufren o gozan los goles, chiflan o aplauden a sus héroes y les piden que le metan güevas al encuentro.

—Porque son héroes que nos hacen llorar de alegría, nos dan triunfos, y eso es lo único que me falta por decir en el tatuaje de la espalda.

Al levantar su camiseta, Sureño enseña el escudo tatuado en tinta verde. Frente a este se alza la Copa Libertadores de América que se ganó en el 89, también está el metro de Medallo y a los lados la silueta de los edificios más representativos de la tierra de las flores.

Según dice, faltan cuatro rostros que irán en los cuatro puntos que señala, previo paso de una brazo bajo el otro para indicar la espalda, primero con el índice izquierdo y después con el derecho.

—Son los rostros de René Higuita, Andrés Escobar, Pacho Maturana y el Chicho Serna. Y sobre todo eso, irá un letrero.

Por ahora, llegan al estadio después del mediodía justo para toparse con la excursión. Quienes los conocen solucionan la entrada

y ya en la tribuna, forman parte del gentío que en medio del humo, el licor y la danza guerrera, son un solo monstruo multicéfalo y multifónico que cubre de olvido la pelea, la sangre y la imagen de los dos muchachos que dejaron en las calles de la urbe hace unas horas.

El partido Inicia y con él los coros:

*Pasan los años, pasan los jugadores
Pero lo que nos queda es puro corazón
Y siempre yo vengo a alentarte
Y a verte salir campeón
Te lo pido mi verde
Te lo pido con amor.*

Los noventa minutos son un alternar constante entre la alegría, la tristeza y la esperanza. Llegadas de los delanteros azules, atrapadas gloriosas del guardameta, riposta verde que claudica en las piernas defensoras contrarias, escaramuzas de ida y vuelta, dribling, cambios de frente y toda la amalgama futbolística, hasta que la verde maza humana en el colmo del paroxismo, corea en múltiple alarido la primera conquista.

De nuevo el balón en su vaivén sobre la grama trae malabares, quites deslizantes, testazos que sacuden los maderos, fugas solapadas a espalda de las defensas, y un poco más tarde, cuando el cronómetro está por cerrar los primeros cuarenta y cinco, el onceno celeste empata las acciones.

Durante el descanso, Sureño se aventura un poco más allá de los suyos para buscar entre la marejada azul de los comandos, los rostros de la pelea y no los encuentra, pero el recuerdo sí vuelve a su mente:

—En la mula veníamos enfiestados, por eso nos bajamos a pelear sin comer de nada y lo mismo hubiera sido en el estadio, pero allá uno solo no hace nada. Como en la barra hay líderes porque la gente es de muchos barrios, cada representante dice cuando se inicia la pelea, por eso no pude hacer más para saber si esos manes estaban en el estadio.

La segunda etapa del partido esconde de nuevo los recuerdos y los sentimientos afloran de nuevo para pedir fuerza y valor a los

héroes verdes, entre tanto los comandos intentan rapar banderas o camisetas a los sureños más aventurados y estos también lo intentan para, en caso de lograrlo, limpiarse el trasero con el botín de guerra, como puede apreciarse en el lenguaje corporal con que lo demuestran todas las barras.

El encuentro disputado con ardentía trae situaciones heroicas, expulsiones por juego fuerte, lesiones no deseadas, arqueros agigantados ante la artillería contraria, y para llevar el suspenso a calenturas peligrosas, una pena máxima define el cotejo en sus instantes finales.

El cobro lleva la alegría a las toldas verdes y cuando la reacción de los comandos que querían ganar el partido perdido en la reyerta callejera se ve venir, el operativo policial lo impide al sacar a los visitantes en medio de una calle de honor verde, verde, sí. Pero ahora verde militar.

La excursión, exultante de alegría, arrastra con los suyos, incluidos los piratas conocidos, entre ellos Sureño y sus amigos, y embarcan en los buses que un poco más adelante serán detenidos en un retén policial en la autopista a Medellín.

—¡Se bajan todos, por favor! —es la orden perentoria del uniformado al mando, y cuando lo hace, Sureño descubre que en el CAI, está uno de los comandos que corrió por su vida en el duelo de la mañana. Él se cambia de ropa, intenta camuflarse entre los demás jóvenes barristas, pero el que está en el CAI, ya lo ha identificado y su índice lo acusa:

—Ese. El flaco mechudo, fue el que más le dio a mi ñerito cuando él estaba en el piso —dice sin titubeos.

Como fue el único reconocido, el trato con sus amigos fue que él se hacía cargo de todo y los otros le colaboraban mientras estuviera preso. Pero, durante los dos días que estuvo en el comando de policía, en la audiencia, y durante los dos meses que duró aislado en la cárcel Modelo, nadie se acercó a preguntarle siquiera cómo estaba. Más hizo un compañero desconocido en la prisión, quien al verlo bañarse y admirar sus tatuajes, le aconsejó que pidiera protección porque estando en medio de tantos comandos y Guardia Roja detenidos en el penal capitalino, su vida corría peligro.

A los dos meses salió para Bellavista y desde entonces paga los diecisiete años que la justicia le endilgó por los dos occisos. Hasta

ahora lleva siete y sigue sin recibir la menor ayuda, pero él sueña con la talíber y según dice, una de las primeras cosas que hará al estar en la calle, será terminar el tatuaje de la espalda donde los rostros de sus cuatro héroes estarán enmarcados por el letrero que dirá:

—Héroes de un pueblo.

H

H
POESÍA
H

BABEL DESNUDA

Mayra Alejandra Díaz

Alba

Ojos claros de miel y sonrisa carnívora.

Raúl Gómez Jattin

Alba, desconocida,
ojos carnívoros,
aproximación del vacío en tu cuerpo,
irreconocible espectro del amor nublado.
Alba, liviana, criatura volátil.
Flotas sobre mi cuerpo, cisne apocalíptico a la espera.
Te sé de antes, de días que se permutan en la lejanía,
de recuerdo enmohecido y sospecha absurda.
Alba, suspendida en el tiempo,
con tus largas pestañas como hilos de nube indestructible
que van coleccionando adioses.
Violas este espacio ingrávigo,
llegas sin anticipo,
sorprendes el silencio, las cuerdas
—*Aubade* dulce al oído—
Alba, en las mañanas, trémula,
debajo de las sábanas,
galleta dorada entre mis labios torpes.

Fuego

La poesía es un incendio.

Vicente Huidobro

Esta es mi historia,
la de la ausente,
la de la niña olvidada en el patio trasero sin nombre, ni edad,
abrumada por los juegos tristes de muñecas y chócoros, donde
nunca había sudor o mugre, y todos eran *felices por siempre*.

La elegida por el vacío. Su cómplice, el silencio.

Soy la que nunca habitó este cuerpo, ni estos ojos que ven el
terror de las madrugadas.

La inconformidad de los años precoces y fríos llenos de
nostalgias y placeres inconclusos.

El *eterno retorno* hacia los brazos del viento, hacia la multitud
de las palabras apenas insinuadas en el papel.

Soy testigo: en algún tiempo fui una niña de sexo húmedo y
vibrátil, que se masturbaba en la bañera con sus muñecas tristes.

Sin saberlo, la niña anticipaba el horror, las malas maneras, lo
indebido, el incendio.

Anticipaba la poesía.

Milonga

Puede que seas el amor imposible de tu amor imposible.

Pero esto es un milagro.

Darío Jaramillo Agudelo

Hay una o dos mujeres que me hieren como los besos,
besos vencidos que producen vértigo
–Vació húmedo, cavidad lacerante–
Por eso las mujeres me hieren.
Pienso en una o dos mujeres imposibles,
hermosas por imposibles,
dispuestas a entregarse al milagro del amor ausente.
Con sus simuladas sonrisas dulces
y sus vaginitas coquetas llenas de dientes que devoran falos
–Milonga triste entre las piernas de mi muñeca–
Y sus labios, mangos de azúcar,
recién abiertos para el parto del amor y del mundo.

Ojalá fuese de noche

Ojalá fuese de noche,
y el sol no irrumpiera violento por las ventanas abiertas, y no fragmentara la sombra de los barrotes oxidados en el piso.

Ojalá su vaho fuese débil y no hiriera mi piel a la distancia, ni la hiciera húmeda.

Ojalá fuese de noche para no estar obligados a ver las formas, tan definidas, con todas sus inconsistencias y la vida sería menos explícita y el color más tierno.

Y los objetos se aliarían con las manos y no sería tocar, sería acariciarlo todo.

Y el dolor se camuflaría y las cicatrices no habría que esconderlas debajo de la piel.

Si fuese de noche yo no escribiría, no me fiaría del papel, no consignara palabras.

Buscaría un cuerpo desnudo, sobre el cuerpo un poema, para el poema unos labios.

Si fuese de noche habría vino en la mesa y música en la habitación y danzaría en torno a la desnudez imaginada.

Pero es de día, el sol cae sobre todo, hay silencio.

Y escribo.

Premonición

Busco tu pecho en medio de la noche apacible
Llena de luciérnagas cantoras
Y de gaitas dolientes que mitigan las penas a lo lejos.
Destruyo el complejo de tu ropa
Amenazo de caricias a tu piel.
Deambulo y estoy ciega
Y estoy añorando tu cuerpo.
Revierto las formas del amor
Y te concedo vida eterna en mis manos.
Deshójate bravía que estoy dispuesta a poseerte
Amedranta mi espíritu con tu presencia
Violenta este corazón que desea una pena.
Apártate de esa nube indolente, que quiere cubrir tu
desnudez
Advierte de una buena vez que te presiento
Y que aún no llegas.

Pulverización de la Cayena

La rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos,

Alejandra Pizarnik

Del otro lado de la ventana se asoma la mañana
y los hombres, robustos, pecho abierto,
trabajan con la goma del día sobre sus cuellos sudorosos.

[Esa es la revolución]

Hoy el día no florece y el diario desata las bestias
proyecta versiones maltrechas de la vida
sus aullidos alimentan la desesperación.
La ciudad centelleante está empañada por el llanto de los muertos
que angustiados despiden a sus vivos
condenados a la deuda del día
al verdugo de turno, al panorama fatídico.

[Esa es la revolución]

La ciudad se erosiona
se fragmenta en milésimas de segundos irreconciliables
y los vivos, devastados, se estremecen,
han oído hablar de su vida diseñada,
de las horas pico, de los buses al mediodía,
del escote de las mujeres, de mirar de reojo, ligera erección.
Por suerte la ciudad no eres tú
ni tu presencia tibia, ni tu edad de ave,
ni tu cuerpo de cisne flotando sobre el mío cuando cae la noche.

[Esa es la revolución]

Por suerte no son ellos, ni sus crímenes bajo el sol,
ni la niñez estropeada,
ni sus lágrimas, criaturas aladas que volaron lejos del sufrimiento.
Somos la historia que sigue, los que adoptamos el poema-
grito, el poema que empuña las palabras en señal de paz.
Acogemos la flor, le damos paso a la vida.
Iniciamos la revolución.

Revelación

Y te oculto la única cosa que verdaderamente sé. Sólo es poeta aquel que siente que la vida no es natural, que es asombro, descubrimiento, revelación... que no es normal estar vivos.

Cristina Peri Rossi.

Soy la poeta-puta más importante, considerando la importancia,
que los poetas machos-fornicadores.
La poeta que se destruye,
se extravía,
se flagela de palabras.
Soy la poeta diosa que sangra y derrama el cáliz entre las piernas de Cristina.
La poeta monstruo, hermafrodita, que hace el amor con los dos sexos.
Concupiscente, libertina, libertaria, susurran los verdugos,
Biblia en mano, vigías del orden.
Su condena, estulticia innoble.
Soy la que nombra al silencio en señal de paz.
Subversiva, en medio del delirio yo te nombro y bebo tu sangre menstrual.
Afrodita triste, te llamo.
Después de todos los naufragios, me digo:
Soy la poeta-puta, perversa y atroz
La muchacha impúdica que no se reconoce más allá del poema.

DIFUMINACIONES VITALES

Clara Inés Cuervo Mondragón

Presagios en el hombre

Tu ser niño

Me dijiste fui niño, las lágrimas inundaron tu rostro.
Recordé tu foto: estabas disfrazado de Ash
con tu muñeco perfilando el baúl de las cosas olvidadas.
Te veo saltando charcos, empapado de risa,
jugando trompo y bicicleta, robando cerezas dulces.
¿Por qué te condues?
Atiende a tu risa de relámpago, a tus lágrimas en fuego,
a tu afán de luna, de sapos al anochecer.
Eres hombre arriesgado a la vida:
te sorprende el capullo abierto,
la tristeza del pájaro en la tormenta,
el nacimiento del sol
en el día a día de millones de años.
Estás tejido de quien es niño
como comienzo y asombro
en este mundo de poca lucidez
y destellantes arcadas.

Uniformado

Cómo, ¿te llamas hombre?
Tu piel y tus huesos volaron en fuegos
dejando cenizas en tu rostro.
Fue la bomba, la radioactividad.
¿Hasta dónde su alcance en tu alma?
Aniquilaste en ti mismo
la punzada, la sangre, la lágrima.
Te erigiste en las fisuras del desencanto,
látigo para el ser niño,
inmolación del femenino.
Te quiero apretar a mi alma,
sé que a pesar de tu delgadez,
en ti persiste un cuerpo vital.
Mis dedos limpian el hollín de tu cara,
en ellos se impregnan las estrellas,
aún hay un dragón y un pájaro
para transformar tu dolor masculino
en cántaro de vida.
Dentro de la lluvia ácida,
los milagros de la flor.
No dudo, hay tiempo ahora
de arrebatar tu ser hombre
a los entusiastas de la muerte.

Sin vos-voz

Hoy mi hermano cumple años,
treinta y tres mil o tantos años.
Él carga en su espíritu la inconciencia
de los maldicientes de su masculinidad.
Recuerdo que tragaba sus lágrimas
para que el ojo avizor de nuestro padre
no fatigara su curiosa avidez.
(Mi padre fue a su vez devastado)
Gustaba de los pájaros,
lloraba a lágrima su muerte,
aguantaba las palpitaciones de su corazón
cuando había que demostrar ser hombre:
rompiendo ventanas, escupiendo caras,
poniendo sobrenombres.
Pintaba, a esto, la familia llamó “ser mariquita”,
así joven dejó su talento.
Inventamos un carro, un ascensor, un barco.
Ello, desechado en colegios que adecuaban los cuerpos
a la matemática de la instrucción,
a la geografía de mapas sin territorio, de enseñadas calculadas.
Nunca de los ríos que andábamos de piedra en piedra,
o las montañas de niebla que encendían nuestro corazón.
Ni esas manos de barro, de caminos fundados.
Colegios que sustentaban el Catecismo del padre Astete
o la Urbanidad de Carreño sin contar con los poemas de amor
que escribíamos en árboles, servilletas o nubes.
No tenían en cuenta los descubrimientos
de la escritura criptográfica, del dibujo mural, de la química casera
—¿sería cierto que los piojos morían por frutas silvestres?—
Nunca un uso de su multiplicidad como viandante,
de su experticia en la conjugación del béisbol, la zoología y los besos.
Hoy, tras su vida de hombre invalidada,
pregunto: ¿cuándo se detendrá su negación?
Su ser hombre carga con la impronta de la guerra.

No es cierto. Es un invento de detentores de la vida.
Un hombre es riesgo, aventura, se está yendo
para volver pleno de vida al regazo de la tierra,
al calor de los abrazos,
a la necesidad imperiosa del amor.
Mi hermano fue ese hombre.

Pervivir en mundos líquidos
(Es a Bauman)

Domestica un zorro

¿A qué huele el día?
¿Cuáles estrellas acompañan la noche?
Trago la mitad del vaso lleno,
dejo la comida a los perros.
No recuerdo tus ojos
ni los silencios de tu respiración.
Corro de punta a punta sin pies,
tejo y destejo sin lanas, ni odiseos.
Sufro la enfermedad de los inmortales:
penuria y hambre, derroche y hartazgo.
Pero mi cuerpo resiste, quiere la vida torpe.
Me invita a observar arreboles de la noche
y fractales luciérnagas.
Quita la cera de mis arrugas. Restituye mis huesos.
Aconseja que los minutos que me quedan
camine despacio hacia una fuente.
—Domestica un zorro —me dice.

Romper la facilidad

Fácil estar dormida, están a tu mano
el frasco de pastillas, el humo, el alcohol, la pantalla.
Aprietas el botón y del plasma emerge
otro rostro, otra tú encarnada.
Una sopa al instante, tus papilas se enfrentan
al pez globo o a la tapioca.
Qué importa morir por tu deseo,
cuántos derrumbes de endorfina en tu columna vertebral,
te estimulas el sueño, la virtualidad, tu estado lisérgico.
Despierto de la pesadilla (¿qué dioses me escucharan?)
He soñado un mundo del odio de los objetos, era yo su amuleto.
Mí tarea: abrir los ojos, romper los ligeros de mi invalidez.
No quiero dormir más
ni quiero este cerebro entusiasmado de vergüenza.
Huelo el aroma de mi cuerpo,
irrumpe en el día al fragor de las alondras
y al vuelo de los delfines.
Sin dioses ni pobreza.

De ensayos en la ceguera

Aquella noche el ciego soñó que estaba ciego.

JOSÉ SARAMAGO

¡Estoy ciega!,
mi grito no está contagiado de la peste de ceguera.
Está en las abarrotadas calles
que aluden a absurdas toneladas de luz.
No tengo una enfermedad blanca en la retina
aunque hay gente mutilada
en fábricas de carteras chinas y bicicletas taiwanesas.
Sencillamente, estoy ciega de tanta luz desperdigada
en peces, orquídeas, rábanos, colibrís de centros comerciales.
Hay tantos maniquís, brazos, piernas, cabezas,
manos, dedos rodando, siendo rayos, anzuelos,
tormentas, huracanes, terremotos, tsunamis
que devastan el iris, el cristalino, la retina
de tierras, paisajes, montes, semillas.
Han saturado en voltios de luz, las flores, los patos,
los caimanes, las jacarandas, los arroyos, los azulejos.
Toda la mirada derribada por un dedo de fibra de vidrio,
por los muslos del acrílico y las sonrisas de aluminio.
Ojos subastados en seres consumidos de luz,
abigarrados en luminiscencias con tendencia
monárquica, el fondo de nuestra especie derruida.
Mis ojos, en este estado, no piden mucho.
Solo quieren un hilo de luz, sólo uno,
prenderse como araña, embeberse, atraparlo
en la mano abierta, dejarlo reposar en los labios,
saborearlo, agradecerlo.
Solo un hilo de luz y no ser ciega
en este pérfido siglo de las luces
que por hartazgo mata la mirada.

Amor nuevo

La maestra es una artista

El educador es también un artista.

Él rehace el mundo, él redibuja el mundo, repinta el mundo
Reencanta el mundo, redanza el mundo.

Paulo Freire

Me diste flores sencillas, sutiles, valientes,
pájaros de pétalos, mariposas de pistilos,
estambres, óvulos, corola, cáliz de arcoíris.
Avanzaste, deteniéndote, esperando
que deshiciera e hiciera mi ser.
Tejiste luz sobre mi tristeza.
Sin importar el riesgo, fuiste cascada,
retoño, semilla, luminiscencia del universo.
Con tu voz, vedada a los inmortales,
recuperé mi silencio, reconcilié mi vida.

Dioses protectores

A G. Chow Chow

Ella fue y yo sigo siendo.
Era tierra negra, fértil, protectora.
Bella como pueden llegar a ser,
los seres que trascienden la insensatez humana.
Caminamos por mis torpezas y aciertos.
Su robusto cuerpo a veces languidecía por mi tristeza.
Su piel azul, en mis épocas moribundas, era escamosa.
Detuvo efluvios, sequías, siembras anegadas de maleza.
Sin darme cuenta tuve a mis pies a una diosa.
Los seres protectores están como gatos, perros, pájaros
cabros, ovejas, cerdos, escasamente como hombres.

El amor comienza en el pie

Esto de la amistad con el tiempo se trasmuta.
Atrás quedaron las magnolias, los endulzados
las pistas de patinaje, los fondos de luna,
las mariposas de las indias.
Atrás lo que fuimos o tal vez lo que no fuimos.
Ahora mi pie desconoce, se desgarró el ligamento
de la tibia al peroné. La radiografía no miente,
en este punto tengo yo el amor.
Por eso duele y duele por mis vestidos de flores,
por los arrullos de las astromelias,
por los barcos que se hacen puntos en el horizonte.
No tuve ni tengo dioses de la conciliación del tiempo.
Este dolor me deshace los pies,
tengo que reconocer que soy otra
y mi amor ha cambiado.

Permitir tu presencia

Aunque tu piel se disolvió en mis ojos,
no estás ausente, tu caricia existe.
Te has fugado de mi razón, de esta angustia de horas,
de este espacio que me encadena a la costumbre
de andar trasteando con las cosas
sin ver el horizonte de luna de la noche.
Por ti empiezo a saber de los roces impalpables,
de la intimidad de los olores.
Escucho la madrugada tiznada de sol,
atiendo al crepúsculo de las estrellas, asumo ser *El principito*.
Vas tú, en las puestas del alba, despliegue de aromas.
Evocas mañanas de mayo en flores innombradas.
Caricia de lo inusual, ondulado sabor.
Testigo del sonido en la concha del caracol, en el color no vivido.
Te restituyes en la infinitud del quienes somos.
Desafías al universo en la magia de agua,
la fluidez de tierra, la verticalidad de fuego, en esta consistencia
de aire.
Eres alba, no lo dudo, también ocaso, lo sé.
Atraviesas mi cuerpo, mi columna vertebral
con la fuerza de la vida plena.

LA LEYES DEL PADRE

Daniel Mauricio Montoya Álvarez

Para Jean Paul, mi hijo y creador
de estos sueños de barro.

Regla número uno: De las prohibiciones

Queda prohibido madrugar,
es decir, levantarse a las siete de la mañana,
abrirle los ojos a los papás
y pregonar la salida del sol con piruetas.

Queda prohibido usar a tu padre y a tu madre
de campo de fútbol, de globo para saltar,
de silla y de comedor, también de arbusto.

Queda prohibido ser un dinosaurio
antes de los seis años;
empieza por un pez de acuario,
un caracol o un minino.
Después de los seis podrás ser un lobo,
un tigre o un Tyrannosaurus rex,
pero no antes.

Queda prohibido ganar siempre en la lucha libre,
dormirse en pleno partido de fútbol
e impedirle a papá celebrar los goles.
Queda prohibido ser el único príncipe

POESÍA

y temerle más al agua y a las verduras
que al tintinar de la correa.

Queda prohibido tocar a mamá
en las mismas partes donde la toco yo.

Regla número dos: De si alguien te pega en el colegio

Si alguien te pega o te insulta,
(no le digas a la profesora ni a mamá),
defiéndete.

Muestra los dientes,
no hay diferencia entre un ángel feroz
y un cachorro hambriento.
Las quejas son para los sin huesos,
los enfermos,
los santos o los enjaulados.

Si los dientes no bastan, ataca;
mejor si lo haces de primero.
Dale rienda suelta a la ferocidad.
La ira, más que la voluntad,
es infalible en cuestiones de supervivencia.

Olvida las reglas, las consecuencias,
olvida el futuro castigo de mamá,
(en el fondo, ella sonreirá si tú ganas).

Jamás te unas a un enemigo cuando pierdas,
 acepta su confianza sólo si eres el vencedor.

Lastimosamente, hijo mío, el mundo es así;
y a veces la fuerza detiene el golpe
que las palabras no pueden bloquear.

Regla número tres: De los libros

Queda prohibido hacer llorar los libros.
No los puedes halar de la cola,
trátalos como si aún fueran huevos.
No les dibujes más ojos de los que ya tienen
y cuídalos sin consentirlos demasiado,
no son gatos y están acostumbrados
a las caricias desde lejos.

Debes sacarlos de vez en cuando al parque,
construirles un castillo de arena.
Búscalos una que otra lombriz para que se diviertan,
y recuerda que, al igual que tú, odian el agua.

Déjalos correr, déjalos vivir en la luz;
permíteles saltar con los ojos cerrados
o partir a todo galope en los caballos.
Deja que les salga el humo del corazón,
que el dolor en el lomo
les recuerde el peso de su voluntad.
Permíteles el miedo, que chillen en los columpios.

Y no los dejes solos:
su instinto los arroja hacia los desconocidos;
recuerda que son animales salvajes
aunque ellos digan lo contrario.

Regla número cuatro: De la educación

Sé educado, aprende de todo
y tanto como puedas,
cultiva una obsesión en solitario,
pero sé un rufián en compañía.
La gente aborrece a los sabelotodo
y alaba a los charlatanes.
Habla cuanto puedas,
y si lo haces con mofa, mejor.
Búrlate de los últimos acontecimientos,
de tus defectos personales,
de las reglas mal hechas.

Y recuerda: el fútbol tiene más seguidores que Mao
y el internet más oyentes que el ágora.
Practica un gesto y ten a la mano
una historia y un dicho personal
para cada situación a falta de experiencia.

No cometas el error de tu padre:
gustarle todas las comidas
y parecerle bellas todas las cosas del mundo.
Con el tiempo te regalarán
cualquier baratija de cumpleaños.

Regla número cinco: De los nunca más

Hijo, mis padres querían
que yo fuera un predicador,
igual que ellos.
Me entrenaron en el poder
del ayuno y de la oración.
Me enseñaron la biblia, las profecías,
el camino de Dios,
el orden del mundo y de los hombres.

A los doce años, para una navidad, pronuncié
mi primer sermón en la iglesia.
Recuerdo que me burlé de Papá Noel
y afirmé que los verdaderos regalos provienen de Dios
y que sus mejores presentes han sido
la Salvación y la Vida Eterna.

Pero ya ves.
Hoy escribo versos.
En ellos, algunas veces,
 nombro a Dios, a las historias
y a los héroes de la biblia.
Pero son versos que carecen
de la fuerza de la justicia,
de la pureza de la verdad.
No es la voz que soñaron mis padres.

Tus pies perseguirán otras tierras, otras voces.
Sólo te ruego, hijo mío: adonde vayas,
evita las burlas, evita las prédicas.

HAIKÚ

María del Socorro Vélez

Los remolinos
floran hacia adentro
las penas del río.

Muchos nogales
son olvidos sembrados
por las ardillas.

Sobre el césped
los guayacanes vierten
lágrimas lila.

Al final seré
verso de haz y pedernal
que brille y sangre.

Un nudo ciego
esconde en sus ojos
secretos de luz.

Las acuarelas
se llevan en el agua
algo de rubor.

Estos maderos
que arden y se ayuntan
serán cenizas.

Las margaritas
responden con pétalos
preguntas necias.

Ni miel ni flores
ni abejas que bailen vals
¿será el invierno?

Siembra tus sauces
lejos de mi terreno
no quiero llantos.

POEMAS

Carmen Alicia Pérez

Delirio

Las palabras caen al precipicio de tu pecho
se estrellan con el espejo
se hacen polvo
se mojan
y se entierran.
Una chica desde arriba
agota los recursos para rescatarlas.
Sin perder la ilusión,
espera paciente
el retroceso de la acción.

Reencuentro

Te has quedado en el tiempo en el que no estabas planeado:
inexistente, olvidado, sin pasado, presente y futuro.
Te has quedado en la nada, en la muerte: dormido.
Solo alguien espera que algún día despiertes. Yo.
Has preferido no ver los peces de colores que se estrellan en el
cielo,
ni escuchar el murmullo del viento, el eco de tu subconsciente
y la última llamada de emergencia.
Has preferido vestirte para tu propio funeral,
aunque ni siquiera eso te satisfaga.
Has decidido enterrarte, olvidarte y olvidarme,
aunque yo siga aquí, sentada, con la piel arrugada,
esperando reencontrarnos.

Tierra seca

En tierra seca buscas agua
Para humedecer lo que está a punto de morir
—El agua es inalcanzable, pero la muerte no—
La carga cada vez se hace más pesada
Las preguntas se reproducen como el olvido
La tierra seca te sepulta entre las grietas
Te borra toda expresión sonora.
Cuando tu carne invoca las aves negras
y los huesos expuestos están,
empieza la lluvia y después la primavera.

Gaviotas

Dicen que las gaviotas invocan la lluvia
Esperaré su coro vespertino
Y la lluvia
Para apagar las llamas que consumen
La mitad de mi cuerpo,
Ceniza que el viento empieza a llevarse.
La otra mitad espera empaparse de ti
Para ser salvada.

Partir

Partir, dejando el funeral de siempre atrás,
la sonrisa fingida de los huérfanos
y la tierra donde solo crecen espinos.
Partir con la única certeza de no estar aquí
—Sin despedidas— solo cruzar la calle,
Sin mirar atrás.
No repetir la historia de los salobres de Sodoma.
Solo dejaré limpiar mis ojos con el rocío de adentro
Con la impotencia de no llevarse
a los que uno ama a todas partes.

El partir siempre tiene un precio:
volar con ilusión y
el miedo a chocar con el infierno pasado.
Hay un camino que cruzaré vendada,
Si me pierdo y me ahogo con todo encima,
solo una voz ancestral me despertará de aquella pesadilla.

Los gigantes muertos

Calaveras de nubes y soles negros:
cielo de niños queriendo ser niños
en el rostro ignoto de la gran nación.
Galleticas de plomo y lágrimas de impotencia,
el desayuno de todos los días.
Aves negras astillando cuerpos ingenuos,
se han de robar sus últimos suspiros.
Agujeros negros en selváticas tierras,
los escondites perfectos
para la pesadilla que nunca acaba.

A los gigantes muertos...
Se las ha negado vivir como niños que son.
Parecen blancos pagando una manda
por los azotes que dieron en el pasado.
Esclavos de un rey sin corona
que destruye la inocencia con un artificio maldito

Solo en sueños esperan, los gigantes muertos
La guerra de sonrisas que nunca enfrentaron.
La llegada del barco de las esperanzas,
con los carticas de amor que quisieron escribir.
Lápices y cuadernos, juguetes y dulces
Únicos fusiles que desearon tocar.

El camino no es una calle

Es una brújula.
Una rueda que se tiene miedo de rodar.
Los dormidos, no entienden las respuestas,
Ni la gran batalla del camino.
Los dormidos solo duermen,
Mientras los que caminan,
Sudan y se agotan en el trabajo de andar
Y despertar en cada era.
No es fácil permanecer despierto
En la mitad de un desierto o una selva,
Mientras todos duermen.
No es fácil ser el lazarillo de los que no ven,
Pero el camino no es una calle,
Si te quitas la venda, podrás ver.

LOS OFICIOS DEL DESPLAZAMIENTO

Judith Rodríguez Castro

*...Pienso en umbral donde dejé
pasos alegres que ya no llevo,
y en el umbral veo una llaga
llena de musgo y de silencio...*

Gabriela Mistral

¡Ay mi casa! Morada huérfana
santuario de cúpulas y rosas
no desfallezcas
guárdate en tu techo de luz
espera mi regreso.

II
Expulsados de sus tierras
entre nubes de polvo avanzan
hijos, guitarras, y uno que otro animal
son lazo y fuego por orilla y río
se tienen a sí mismos.
Con la piel soleada y el corazón en vilo
ensueñan la infancia que sus hijos no tendrán

III
Zumba el tedio de la tarde
enajenados, raíz bajo el puente
tapiz de guayacán amarillo
errantes de limosna en esquinas.
Junto al caño las guitarras abrazan el amor
los cuervos hacen su oficio.

IV

Aúllan las sombras

ellos y el búho atisban el silencio de los perros
con sus ropas pasan las ánimas resucitadas.

Camina la ciudad

Anónimos con sus sueños aplazados
tensas las vías
huella sobre huella
destino: estación, edificio, ramada.
Murmullo de estampida serena
la ciudad se estira.

Clandestinos

Muros sin velos
francos a su naturaleza
silencio y horizonte en diálogo permanente
la ceiba, la piedra y el azulejo clandestinos
trascienden en su íntima escritura
voluntad de exilio, antes que perecer en sí mismos.

Poema interrumpido

¿Por qué camino irán mis pasos y maleta?
¿Quién estará abriendo la casa y mi portafolio?
¿Quién en tus brazos al brindis del vino que olvidé?
¿Quién al pedido matutino, estará alimentando las aves?
¿Y los geranios del patio y del traspatio, quién los acicala?
¿En la tarde, quién repartirá las fichas del primer juego?
¿Qué será del curso de mis días
y del poema junto a la almohada?

Clamé al viento sus abanicos

Por esta fisura puedes divisar el otro lado de la montaña
No te detengas en el estupor, ni empalagues la pupila
Podrías sustraerte o quemarte en tus espejos.

II

Envuelto en llamas clamé por la lluvia
clamé por raíces y hojas sanadoras.
Nueva piel, pedí a los espíritus.
Como escultura de Pompeya persisto.

III

Nuestro cuerpo se hizo fuego
clamé al viento por sus abanicos.
Nadie acudió ante el resplandor
ni emergió creciente alguna de nuestros ríos.
Ciénaga dormida somos
desierto en espera de su oasis.

Enajenados

En su centro de relojes conjuran la piel
apuestan el futuro entre arenas movedizas
su cuerpo ya no les pertenece

II

Sobrevuela una danza de hollín
siempre a la espera del último hálito.
Precisan como daga en la carroña.

III

Oscuro y sordo su panorama
enajenados bajo el puente se estacionan
el río entre murmullos no los toca
rocas son a la vista
a la lluvia esponja
un día, verso y lágrima a la poesía.

Páginas de agua

Busco al pez que aspira el barro de la piedra
en sequía duerme y es cauce
se disgrega primigenio entre sombras
con el oído a ras de suelo llega a
aguas nacientes.
Ante su sacro cautiverio me inclino
sigo su escritura fósil donde memoria y deseo
se diluyen hasta ser hueso.

Busco el envés del pez que aspira pompas de jabón
se reinventa y es piedra
resiste sequías y crecientes.

Regreso al desove en su laberinto iluminado
—raizales que lo multiplican—
agrego un árbol a su orilla.
Insisto en desdoblar páginas de agua
cada vez que regreso a mi tierra de vertientes.

Sendero al resguardo

Por agua, tierra y aire van pies y manos
abrazan latitudes, defienden la existencia.
Al otro lado de una montaña, una madre
lanza bendiciones al hijo que aún espera.

Para unos pocos, la opción es vital
sendero de aire, grama o agua
líquido dicen los mayores
Ir con la vista de topo y águila
Invisibles río arriba, entre arroyos y saltos
de piedra en piedra
con sus brazos ramales manos
sin estallar con la hojarasca.

Son sus lomos de mariposa y polen
ellos tienden líneas de posteridad al resguardo
evaden abismos y trechos-muerte.

Se hacen mayores entre travesías
bajo la luna, con fuego danza y especias
conjuran semilla-fecundidad
La madre sigue esperando al hijo bendecido.

Elegía

*Hay un pájaro azul en mi corazón que
Quiere salir
Pero soy duro con él
Le digo quédate ahí dentro, no voy
A permitir que nadie
Te vea.*

Charles Bukowski

Hay un quejido que se mece con el viento
Apenas se percibe en esta soledad
Le canto en la madrugada pero no cesa, no se muestra.

Los hijos no besarán más los ojos ni sus manos sanadoras
Verso a verso se cruza en el sendero
se infiltra en el poema
Quienes la aman dejan a la sombra de sus tapias
zumo de claveles rojos
pétalos de rosas celestes
a sus ahijados y palomas alimentan.

Hay un canto interno que ilumina los días
alivia piel y memoria
Los espejos la conservan
los rosales y geranios la abrazan.

Duerme un pájaro azul en mi corazón

BLANCO BRILLANTE

Nanny Zuluaga Henao

Él exigente, dolido
en su immaculado pantalón

Ella contra el lavadero
el vientre húmedo
brazos que vienen y van, callados
mirada inspectora detecta las manchas
como si la ropa blanca exorcizara la inapetencia

Golpea y retuerce la indiferencia ante su hastío
desodoriza las axilas del encuentro
sólo se oye el chapoteo
en el suplicio de lavar la ropa

Las manos llenas de espuma
revienta en mil burbujas
para explicar lo que ella misma desconoce

Generaciones moral femenina
perdida en desmugrar los cuellos

Testamento

Lamento el tono de tristeza,
pero cuando se piensa en la muerte,
otra actitud es grosera

He planeado minuciosamente
los sucesos anteriores

Comenzaré por recoger los besos
disfrutados en la lejanía entre un beso
y el “hasta que la muerte nos separe”

Cada beso es para morir.

Reconstruiré los fósiles familiares
entonaré desagravios
hasta encontrar el origen del dolor

En los milenarios brebajes
he clasificado hojas aromáticas que resumen
intriga, bohemia y poesía como el mejor de mis menjurjes

Guardaré la belleza después de la muerte
en el momento exacto de la maduración carnal...

—Florece—

Tendida en los pétalos de mi piel
entre rosetas y edemas
entre agua y fuego.

Amante

Es mi mejor creación
misterioso, impredecible
suave murmullo en la indomable imaginación

Para crearlo
he tomado nota de cada movimiento,
de su tono voz, su ritmo
de su recóndita mirada...

Le he resucitado igual que al viajero de tiempos
quien no pierde la infalible esencia de lo amado

He detallado
hasta la más delicada expresión del ceño
cuando meditando intenta descifrar
mis intenciones.

Soy pura

Pura esencia de amor
sin resentimientos
libre de habitantes del cuerpo
inocente de “querer igualarme a Dios”

Soy pura de vergüenza al verte a los ojos
decir te amo
desde Plutón hasta el ágora
desde mis libros hasta tu cama

Soy pura, purita gana de vivir
de sonrisa al viento,
viento coqueto
viento de mundo,
mundo de seres sedientos de fe.

EXILIO

Juan González

Te escribo
Del lado opuesto a las huellas
Donde el camino
Ha desalmado los pasos.

Donde la economía
Por descuido olvidó algún dígito;
Y la sístole no alcanza
Para la ecuación inconclusa del alma.

Donde los poemas tropiezan
Al revés de las heridas,
Y las pupilas doblan en delicados pliegues
La nostalgia de los huesos.

Desde allí te escribo...
Donde termina tu piel y comienza mi exilio.

Freud

Mientras espero;
Miro una taza de café
Buscando el último
ADN que posiblemente
Olvidaste en el asiento.

Miro alrededor;
Las páginas de Borges
Acarician el borde desnudo del tabaco.

Vallejo remanga
El rincón olvidado
De la nostalgia.

Y yo:
Utilizando el método Freud;
Intento devolver al inconsciente
El sonido común de tus huesos.

Las ondinas o el olvido

Recuerdo las ondinas silenciosas
Golpeando el tejado,
Y las libélulas
Jugando con las cortinas de la piel.

No sé quién pasa por mi lado:
Si un mausoleo de manos
En las cenizas del lenguaje
O el lado opuesto a la lluvia.

A veces me confundo
Y no sé quién se despide;
Si las ondinas golpeando el alma
O tus cortinas agitando el olvido.

Un café

A Natai

En los límites de una caricia
Cuando desnuda las grietas
De la piel en silencio.

En la luna
Cuando su maquillaje olvide la nostalgia
de las mariposas en su vuelo.

En la noche desnuda
O en la soledad de las olas,
En la ausencia de las gaviotas
O donde quieras...

Pero te invito a un café,
Con poco azúcar y cargado de tu aliento.

Whitman y la lluvia

Pienso que las palabras
Olvidan su olor a cadáver,
Que la humedad oxida
La lenta coherencia de los años.

Que el ruido de las miradas
No pasa en vano,
Sino desabrochando con sus manos de sal
Las heridas.

A veces pienso que tú;
Alcanzas a sacudir
En mis páginas tus huesos;
Cuando estoy leyendo a Whitman,
Y cuando la lluvia me devela
La gramática exacta de tu cuerpo.

SEPARACIÓN DE BIENES

Patricia Lemus Guzmán

Puedes quedarte con el equipo de sonido y el televisor
(empaca de una vez tus gritos y todo tu ruido).
Déjame el silencio y los discos de Roberto Carlos.

Llévate tus nuevos libros de poesía erótica,
son míos los libros viejos
y las fotos que guardo dentro de ellos.

Recoge los zapatos deportivos rojos que dejaste tirados debajo
de la cama,
quizá te hagan falta para correr tras la juventud que ya se te
escapa.

Déjame los pasos lentos de mi vejez en blanco y negro.

Déjame mi mal humor de los lunes,
mis tristezas inexplicables
y mi sueño profundo.
Llévate las arrugas de tu entrecejo,
tu hambre a deshoras,
tus viernes de fiesta y tus domingos de fútbol.

No olvides el reloj que te regalé hace un par de años
(ese que me costó un ojo de la cara)
y cuando lo mires,
siéntete feliz de ser el dueño de tus horas,
porque el tiempo de envejecer juntos
nunca llegará.

Red social

Noche de viernes,
te acompañan doscientos amigos
y miles de fotos por comentar.

La del gordo que muerde una hamburguesa
del tamaño de su ansiedad
¡Mmmm que delicia!

El que festeja el cumpleaños de su perro
¡Ay qué ternura!

La que luce su nueva cintura
tallada con bisturí
¡Te ves espectacular!

Los que celebran su enésima reconciliación
—esta sí, la definitiva—
¡Qué hermosa pareja!

La que pide a Dios
por la paz del mundo
Amén y amén

Y ahora es tu turno:
ensayas tu mejor sonrisa,
un par de clics y ahí está tu foto:
¡Lista para la rumba!
Luego apagas la pantalla,
te lavas la cara
y tomas una pastilla para dormir.

Palabras pendientes

El silencio se impone orgulloso
y en las bocas las palabras duermen
sin que ninguno de los dos intente
dejarlas asomar a nuestros ojos.

Fáciles brotan cuando el enojo
a mi calma y a tu razón vence
mas como se ocultan indolentes
del perdón que aguarda temeroso.

Parecen no encontrar su momento,
arrinconado el amor titubea
y busca fuerzas en viejos recuerdos

de horas colmadas de palabras bellas,
palabras precisas que se han ido lejos
y le hacen falta a este poema.

Lunes

El sonido inaplazable de la alarma,
el agua fría —realidad que cae a chorros—
el café que hoy no tiene el mismo sabor,
el esfuerzo por vestirse,
y salir, y seguir...

Los buenos días al vecino que se atraviesa:
una sonrisa que casi duele,
el bus cargado de gente
con el mismo cansancio, la misma mirada.

Es lunes... maldita sea, otra vez lunes.

Soledad

Nos conocimos hace poco tiempo,
sabía que seríamos amigas,
era cuestión de esperar ese día
en que una sonrisa surgiera al vernos.

Traes al silencio de compañero
a veces, no soporto su presencia
canto canciones que a irse le obligan
y en solitario ritmo nos movemos.

Qué fácil resulta bailar contigo
con libertad puedo seguir tus pasos
de que invadas mi espacio, no hay peligro.

Pero cuando te quedas largo rato
es inevitable: llega el hastío,
te cambiaría, sí... por un abrazo.

LA MUCHACHA Y EL PEZ

Jhairan Antonio López García

La muchacha y el pez

A Yira Nathaly y Roshy Juliana
(Mis sobrinas de 6 y 4 años)

La muchacha y el pez
Nadan bajo el pavimento.

La muchacha y el pez
Se ocultan en el libro.

La muchacha y el pez
No son ni muchacha ni pez.

La muchacha y el pez
Nadan sobre el pavimento.

¿Falta título?

La última habitación de la casa
La de la izquierda
La de paredes tapiadas
Bahareque y anhelos
Se ha marchado ligera
Dicen que en su lugar ha dejado una llenura platónica
Un desconsuelo
Un adiós silencioso
Un inicio

Regálate un día

Regálate un día
Huye de ti
Enfréntate al espejo
Oblígate a olvidar lo que te dijeron que eres
Contéplate en silencio
Se tú a solas (si puedes)
Y si no puedes
Regresa al bullicio (a los otros)
Y sé lo que te dijeron que eres
Se tú en compañía (si puedes)

Obrero en huelga, 1934

Tributo
(In memoriam)

Manos que aprietan la vida
Ojos que se preguntan el porqué de ese sueño
Cabeza que trata de escapar a chorros de sangre por el pelo
Grito en sordina
Que la foto mantendrá para siempre...

Mis alas al sol

Mis alas al sol
Se limpian de la sal y el aceite que por años han vertido en ellas.

Dispuestas a la partida
Vuelan desde el antes

Vuelan
Desde que posé mis alas al sol.

Me acuesto desnudo frente a ti
Y tu desnudez me cobija
Tendido me ofrezco
A tus dominios
Soy

Ausencia

La pared se cansó

Nos lo hizo saber el estruendo
con su eco en nuestros abismos

Un imperturbable silencio
ahora ronda la casa.

MEMORIAS DE SU NOMBRE

Nataly Ochoa Cano

Natural

Llega la esencia fresca,
es octubre inquietado de recuerdos.
Hojas cargadas de realidad olvidan volar:
juraron nunca hacerlo.

El tiempo se va,
mientras ansío un nuevo amanecer.

Guardarte en mi memoria
la utopía que persigo,
ilusa insistencia por habitarnos.

Limitamos el esplendor
aunque la entrega —postergada tantas lunas—
jamás encontró su muerte.

Lo natural,
era que nunca más
volviéramos a ser los mismos.

Para no Olvidar

A veces, casi siempre
recuerdo tu mirada,
anhelo tu plegaria,
la razón de mi perdón.

Recuerdo el camino
trazado por tus dedos
y lo sigo cada noche,
a pesar
de la persistente niebla.

De madrugada,
tus dichosas circunstancias
invaden mi mente.
Tomo fuerzas, me cristalizó en ti
y, renuevo mi perdón.

Profundo Cielo

Vuelan,
se envician en la terquedad
de sus alas suicidas,
víctimas del esquivo
anhelo de libertad.

Luchan por obtener altura
y no caducar
frente al cielo raso del destino.

Fuerte, el viento
atropella su verdad,
pero ágiles,
como plumas con determinación,
escapan del brillo
que un tiempo encandiló sus vidas.

Alas suicidas
reclaman sueños
en el abismo
de mi cielo.

Efímera Eternidad

Tras tu mirada
contemplo el deseo,
trato esquivarlo
y encontrar algo más allá del desvelo de tu aliento.

Despacio recorro la orilla de tus pupilas tristes
y veo en lo profundo tu ángel acariciado por demonios.

Un atardecer de fuego sofoca tu mirada.
En mi intento de ver más allá
pierdo de nuevo.

Ciego de pasiones,
ante la fragilidad de tu iris me detengo.
No existe explicación,
tu mirada deseo.

Dentro de ti

Cuando menos busco tu presencia
llega nítida tu esencia
en la lluvia de colores
de los gigantes de papel.

En el ritmo
de esta calle turbulenta,
que atraviesa mi vida,
encuentro tu melodía.

En un falsete
creo escuchar tu voz
diciéndome
aquí estoy.

Lo convierto en rima
de este eco restaurador
que me dice:
Dentro de ti, aquí estoy,
aquí estoy.

SOPA DE ESPINAS

Mauricio Lazo Castañeda

La Gárgola

El desencanto enmudeció mi algarabía
de verte lejana
al motivo mío.
Perdí por buscar en la rutina,
un alero de sueños ausentes.
Sos la carne
fruto del deseo
razón del pensamiento
sos nada.

Las horas temieron ahogarse
entre las garzas
que un viejo huracán traía.
Amada siempre recordada.
tus senos son fuerza y objetivo
obligan mi ley
naturaleza del reprimido.

Desnuda
tan desnuda como la maga.
Penetrable
tan impenetrable
que ríes a borbotones
regalando adioses.

Colgado de mi garra de
espanto
suelto cantos y
lamentos
muero sexos y
eyaculo miedo.
Son de las noches este esqueleto
de una gárgola antigua
serena;
a dolor nuevo.

El monólogo de Yesenia Polanco

(Guardaluz/Sombrilla/Canción maleva)

Que aburrido es estar muerta.

¡Habría que morir en la muerte para vivir!

¿Cómo llegaron tantas narices a mi basura blanca?

¡Fui amalgama de los acontecimientos por las fiestas de los corruptos y los depravados!

¿Fue el primer crujido de mi tres ocho en los recuerdos de aquel niño?

(A mujer/Público/Sonríe)

Mi segundo cliente llevaba lo del rato en una bolsa llena de monedas,

sus manos heladas eran pistas de seda.

¿Acaso vos no tienes uno igual?: flaco, de labios pulcros, de ojos cósmicos.

¿Se te caen las tablas en el vaivén?

El otro tenía los ojos rojos como la luna a la mitad del verano.

Me preguntó con una voz temblorosa: ¿Yesenia Polanco?

Tenía la camiseta de un equipo de fútbol, parecía una prenda colgada de un gancho.

—Qué lindo tres ocho —pensé—. Lo sostuvo contra mi memoria conteniendo la respiración.

Antes del *boom* respira y contén el aire.

¡Mi cuerpo es tuyo, mi alma del purgatorio!

(Silla almohada/Luz Lunar/Mar en siesta)

Si volviera a vivir... nacería en hogar de papi y mami, en los edificios de la bahía con vista al mar. O si naciese igual, retrataría mi destino en un escape en la primera edad: me iría de soslayo cubriéndome de los perpetradores, los avaros y los funcionarios.

Buscaría el amor en el detalle de las palabras, no en el destello de las cadenas que cuelgan de los barrigones.

Buscaría el silencio y dejaría tiradas las balas de plata que compré cuando me creía cazadora de hombres lobos. No metería basura blanca, ni tiraría por prestitos. Abrazaría aquel niño y le daría un beso en la frente en vez de la maldad que le atravesó.

Los veinticinco años de galeras gringas serían veinticinco segundos de un mal sueño.

Una flor en el noyero, un tango en la vitrola, un ron en la garganta, una plegaria en la basílica.

(Gota de agua/Escasa luz/Superficie hueca)

En decúbito supino, rotulado en formato elemento materia de prueba, embalado, livideces posteriores de color vinoso.

Ojalá te llegue el minuto y nos veamos de este lado...

Ya no puedo tejer como todas las abuelas, ya no puedo acariciar la barriguita de mi nuera, o ir a Girardota a bañarme de sol. Ya no puedo hacer la siesta en la peluquería.

¿Por qué no me comí la longaniza y la oblea de cuatro pisos?

Tanto evitar la tristeza, cuidar la circulación, el hígado... para morir por la memoria.

Pum, pum... pum... pum...

(Gota de agua/ Oscuridad/ Silencio)

Sonata Gris

Veo
la mano sobre una cintura serena
de unos veintitrés junios,
los dedos yendo y viniendo,
la piel sumisa.
Una sonrisa delata la aquiescencia en
en el hombre, quien,
ahora bate con su palma
los poros tórridos
que se precipitan bajo
cóccix femenino.

A él ni le conozco,

lleva montera
y un espasmo de placer en los
ojos.
En un nuevo batir,
se entregan en brazos,
se acarician y
se ofrecen un beso.

Como la vela doy vuelta,
no he visto nada.

Se avecina un vendaval.

Quiero partir.

El abrazo es bastante, a ella le
brotan astros de sus pupilas,
abierta como abierta le es el abedul
a la libélula.

Tremblo,

él dejándose llevar
por la mano que le es dispensada
advierte el siguiente acto con desmadejado
aliento.

Se deslizan

los noveles amantes
entre la multitud anodina.

Yo camino,
entre lluvia que empapa
no me moja
no me toca.

Camarada

Si tus gestos hubieran ignorado su
presencia
y aquella mañana tibia
no le hubieras ofrecido un lado en tu puesto.

Si hubieras dicho no cuando te invitó al café.
Si nunca hubieras recibido el libro de poemas que te regaló
sin desempacar y sin una dedicatoria.

Pero tenías que
compartirle tu congoja, tu teléfono
y esa dirección en Internet.

Si le hubieras dejado solo,
con su silencio.
Sin tu mirada prolongada y contundente.
Hallaría auxilio en las páginas de un libro
o en el avistamiento de un solícito escote.
En la charla sin vértebras de algún compañero
o en la construcción absurda de un poema.

Porque aún sin estar en ti.
Las jornadas van reinventando tu rostro.
La humedad que escapó de
tus ojos.
ese caminar que busca la huida.
Esa forma de abrazar tan elocuente.

Y ahora,
Lleva incrustada en la memoria
como un anzuelo que roba los sueños.
Aquel día de tormenta para todos y de sol
Para vos.

En el que ardías cuando
Otro atrapó tu
sueño y evaporó tu lagrima,
te hizo reír tanto,
Como no puede hacerlo él.

El tajo

Su espalda se despliega de la vieja tres tigres.

El café mal colado lo espera en una taza que guarda como pecas los vestigios de un esmalte que le envolvía.

Los sorbidos lentos los escuchan los niños que se incomodan.

La oscuridad que aún no se ha ido lo recibe como antesala de un jornal agobiante.

Su mujer le despide con una sonrisa incompleta: tres dientes que no se han dejado aniquilar por el tiempo.

La marcha hacia el tajo lo hace dosificando energía.

Atrás ha quedado su rancho en una nebulosa, cual locomotora humeante en una estación perpetua.

Le cuelga una mochila, estampada con una pálida foto de un trasnochado candidato a la alcaldía de su pueblo, en su interior, el agua panela envasada en una botella de malta. En una coca de jabón de trastes, arroz con huevo tibio.

Ha dejado el transistor porque la pasada traviesa no le dejó para las pilas.

En su rocola canta insomne la última de Darío Gómez.

La penumbra va cediendo para dar cabida al sol, que impúdico azota los cafetos hace cuatro lunas.

Son más los granos verdes y amputados que los rojos o los amarillos.

Se persigna para aniquilar la desazón de la pobreza y santigua el surco como talismán contra el clima.

Lo que cosecha vale menos que la falta de agua, que la angustia de sus pies, mucho menos que la artritis que se asoma con cautela, menos que la sal que expele. El ardor de la tierra.

Lo que cosecha nunca será su cosecha, es del patrón.

Ya no bebe aguardiente, no le alcanza.

Se hartó de la dama que en veinte minutos gana, lo que él en veinte horas.

Es todo para el dulce de caña y el arroz.

De jornal en jornal, de surco en surco lo del mayorcito que ya pronto irá a la escuela.

Y por el Cristo que cuelga en la tapia, irá con un par de zapatillas nuevas.

Misiva

Necesito una
dama de compañía,
que permita le bese la mirada
y le exprima los pechos como dos naranjas
que me envuelva en una conversación absurda
y me eleve por horas fuera de esta láctea.

Necesito
a una Eva resoluta a quitarse
el vestido de un tirón.
Y que goce sobre mí el
despilfarro de materia
que se derrama en el álgido
batir de las estrellas.

Cómo decirlo

Cómo decirlo, sin que su respuesta aniquile la esperanza.

Cómo decirle que cada vez estoy más cerca de perder la cordura, sobre todo, cuando paso de largo sin detallar en su presencia, cuando lo único que deseo es su presencia.

Cómo decirle que en esta noche sin término, le pienso y me debate entre su cabello y su narcicismo.

¿Vale tal vez decirle que hoy quiero perderme entre su sexo y ahogar mi llanto en su boca?

Cómo confesarle que una la tarde la vi tan cerca que di media vuelta y escapé.

Me he vuelto cobarde después del tiempo, ella me detiene sobre una lóbrega espera bajo el dintel de los maniacos.

Ahora mi genio quiere escapar del establecimiento en el que habita y donde la desencuentro.

Debo aclararle que camino huraño.

Pronunciar el mensaje que tanto dibujo en mis cabellos

Decirle sin más canas

que la pienso.

Concupiscencia

Catherine regresa su corpiño a su sitio inicial.

Su corpiño es recibido con indiferencia.

Con la misma indiferencia con la que es recibida su pantaleta.

—Se viste con bondad —piensa Juan—. Cubrirse como
despojándose

Juan permanece inmóvil sobre la sombra, con los ojos abiertos
y el mentón caído.

Abstraído en la contemplación de aquella lozana humanidad
que juguetea al frente de sus setenta otoños.

Autorretrato

Soy una era inconclusa que no encontró sueños para habitar.
Soy un velero envilecido en el puerto del tiempo domesticado.
No hay fronteras lejanas ni adyacentes, no hay fronteras.

Compré un par de zapatos a la hora del rosario e hice firmar
una tregua entre Dios y el Diablo, no conseguí distinguir quién
era quién, ambos saludaban desde el palco de las meretrices a los
devotos descalzos con tsunamis y desvaríos.

Soy un retazo en la inmensa colcha que cobija con obligada
indiferencia al asesino de pulgas, al mercader de patrias.

Soy un cazador de esperanzas tardías que se alimenta de nubes
negras.

Abrazo el árbol yerto inclinado sobre mis penas, para saber si
con el llanto vuelven sus nidos.

Construí un par de ilusiones en las barricadas de los malditos y
las cambié por una caricia escrita con escalpelo al óleo.

Soy un náufrago que no se cansa de remar sin mar, sin remo.

Ahora le pregunto a la hoja blanca quién soy y ella responde
con puntos suspensivos.

... eres sin ser ese mismo ser.

CÁNDIDA ERÉNDIRA

Hugo Oquendo Torres

*En memoria de Gabo,
ahora que habita eternamente Macondo.*

Una muerte pálida
de nalgas siderales,
se aferra a los huesos de un pretérito,
mientras carga sobre sí a los Amadises,
que son sólo despojos depositados en un baúl
con cruces pintadas a brocha gorda.
La bestia octogenaria se guarece del sol eterno
bajo la famélica sombra de un paraguas descosido.

En tanto que ella,
dulce delgadina,
cuerpo de la desgracia,
cándida desgracia,
detrás de la pila de latas y sacos de arroz,
paga el transporte de la culpa ajena,
haciendo amores de a veinte pesos.

La mano traficante irrumpe con gravedad
y acuchilla a la muerte blanca,
su desnudo pecho estalla en sangre oleosa,
las naranjas son desperdigadas por el desierto.
Luego boca abajo llora la libertad de soledad
y de miedo, mientras la niña de oro
se desvanece en la silueta del mar.

Perros, voz de la noche

Los perros de todos los pueblos
ladran igual en la noche,
modulan las mismas palabras mordidas.
El oscuro tiempo de madrugada
de la noche perruna, nos desvela.
Sus aullidos resuenan en el silencio
cuando la calle duerme.
Los ecos se adhieren al cielo marino.
En todos los tiempos la noche ha sido de perro negro.
La noche es la misma todas las noches,
los perros son los mismos bajo el refugio de su mano.
Ellos no se confundieron en la Torre de Babel.

Espejismo

A la memoria de las viudas del Urabá

Tracé mi destino sobre la almohada:
Cuando llegue la mala hora y me vengan a buscar,
dí mujer que no estoy.
Di que emprendí un viaje a tierras foráneas.
Di que no es necesario mi asesinato,
porque ya morí.
Di que no es preciso el entierro,
porque ya me sepulté en el olvido
y mi hálito voló como gaviota.

Di que el arroz está maduro, el maíz se está perdiendo,
la yuca se pasó y el cultivo de plátano se lo comen las aves,
y no hay quién coseche porque me fui.
Di que me fui hacia donde el sol nace y la lluvia es ciega.
Di, mujer, que no me fui de pesca.
Sólo di que me fui, y no regreso jamás.
Diles que ahí les dejo su puta parcela.

Me esconderé bajo tu piel.
Lloraré y observaré con tus ojos
cómo se llevan mi cuerpo para exponerlo a la tortura.
Mi cuerpo, mujer, no lo hallarás,
porque será abono
en la huerta de tu memoria.

Peces dorados

Para Johana, José, Carolina y Luisa.

Cuatro hermanitos que han creído en mi poesía.

La luna vierte su luz sobre los techos
de las casas de plástico
y se iluminan las hojas de los arbustos,
tornándose en ovalados espejuelos
que destellan con el roce de la brisa.
Los perros callejeros ladran
en la vera del camino
y luego sacuden sus pulgas
como sacudiéndose el polvo del universo.

En la huerta de Noemí y sus cuatro hijos
la dignidad crece al lado de la manzanilla
y el romero.
El amor se desgaja en la mesa,
la esperanza como bocado no falta,
ella es pan de pobre.

En una improvisada mesita de noche
Johana traza las vocales en su cuaderno;
José pasea su carro de juguete por las paredes,
rebelándose contra la ley de gravedad;
Carolina me observa escribir este poema
y Luisa tararea la ronda del Abecé.
En la sala de la casa,
los niños son pescaditos de oro
que nadan en la luz.

POEMARIO

Mario Ávila

AÑOS.

Cómo han pasado los años,
el tiempo, se ha ido;
colando,
metiéndose, mojado;
por las rendijas de verdes inviernos.
Oprimiendo,
en cada mañana;
angustias violetas de la tarde.
Paseando en la penumbra;
de la mano con la noche,
mientras va mirando,
bajar la cañada, sin regreso;
oye, caer la lluvia,
alimentando el moribundo cause.
Como el riachuelo,
camina lejos y pensativo,
siguiendo, los pasos lentos del abuelo,
hasta verse devorado;
por el verano,
y las olas del profundo mar.

Amor de escuela

Cómo olvidar,
tu dulce carita,
de niña inocente;
fuiste mi primer beso,
mi primer amor,
mi sueño, sin embeleso,
mi pasión con temor.
Fuiste mi canción de escuela,
mi paseo de verano,
mis nervios, empacados,
en una cajita de bolsillo.
Fuiste la lluvia,
Mojando mis cuadernos;
de la mano,
acompañándote a tu casa.
El aroma,
de tu pelo ondulado,
rozando mis labios ansiosos.
Fuiste Miriam mía,
la ilusión de mi despertar temprano.
La alegría de verte,
con una agitada sonrisa,
esperándome en la puerta;
justo, cuando suena la campana.

Dayron

Baja el río, lento, arrastrando espumas,
mientras van deformándose con el viento;
agitando la tarde para que muera,
y vuelva a nacer el tormentoso frío de la noche.
A la orilla, en la casa de paja,
una familia escampa la lluvia,
que vuelve a caer, sobre la selva;
el ruido de las gotas,
parece agitar las ramas, de los árboles;
que dibujan sueños sobre el agua sin olas.
Dayron, enciende su cigarro,
y abre el tomo de Pablo Neruda;
buscando en sus viejas y ajadas hojas,
la esencia pura de su sentir enamorado.
Pasan volando,
los versos y las horas, las hojas y los sueños;
amarrando en, su mente;
una frase, un poema mágico,
de amor para su amada Estrella.

El día que me quieras

El día que me quieras,
se marchará el verano;
las hojas del otoño,
volarán empujadas por la brisa;
nacerá la primavera,
con sus bellos colores,
adornando el paisaje.
Las estrellas saldrán de día,
y el azul del cielo,
será como el infinito mar azul.
El día que me quieras,
será como, haber vuelto a nacer,
como soñar, viendo el amanecer de un nuevo día.
Como la golondrina,
que ansiosa llama el agua,
y de repente, salpican gotas frías en la paya.
Como ver correr el agua,
sin afán, por debajo del puente.
Como ver pasar las gentes,
cuando el tiempo apremia;
o la frescura del invierno,
cuando las nubes, riegan su peso,
sobre la desolada montaña.
El día que me quieras,
será como, volver a encontrar el camino,
después de andar perdido;
como dejar que el agua fresca,
deslice por mi garganta,
cuando está reseca.
Será como el viento, que sin querer evitarlo;
se deja estrellar, contra los árboles,
solo para sentir las caricias, de sus ramas.
Solamente será.
el día que tú me quieras.

A la orilla del mar

Ç

No esperes,
que la ola del mar,
traiga tus sueños a la orilla.
Búscalos,
con tus pies descalzos,
sobre la arena fresca y mojada.
Tú, puedes ser,
la gaviota blanca;
que vuela sin miedo en las alturas;
o el cangrejo rojo;
que marca sus huellas hacia atrás.
No esperes,
que la lluvia y el viento,
arrastren tus sueños, para buscarlos.
Ni esperes,
ver tus alas sin plumas y rotas
para intentar volar.
Cuando, caiga la tarde de tu vida;
te volverás invisible.
nadie, tropezará tu mirada,
para saludarte.
Te volverás mudo;
aunque grites, nadie te escuchará.
Si lloras,
quizás, solo uno de tus hijos,
te venga a consolar.
Y cuando te marches,
en la barca sin regreso;
tus maletas en la orilla dejarás.

Holocausto

César,
va danzando por las calles,
nocturnas de su barrio;
en busca del pequeño y diabólico cigarro,
que alegra su cuerpo y
crucifica su alma.
Con el pelo alborotado,
circundando los antros;
acechando, en la esquina,
su víctima sin nombre;
escribe poemas,
y rastros de amores dibuja,
en las paredes blancas del silencio.
Navegando, sin remo;
los sueños perdidos;
de un mundo al que no pertenece.
Cuando el humo dañino,
de su cigarro,
se extingue, se pierde;
siente hambre y frío,
le invade, el miedo y el odio,
la pena recorre su cara lampiña.
Vuelve ansioso a buscar;
el humo excitante;
a darse el toque,
llena su mente, de risa y fantasía,
vuela, un mundo extraño,
de monstruos azules,
y holocaustos sin fin.

Mi mejor brindis

Quiero, alzar mi copa,
y brindar por el hombre;
que humilde y caballero,
engendró en su amada,
la semilla verde de mi esperanza.

Brindar,
por su sonrisa inteligente,
que cabalga,
sobre sus pies descalzos;
asomándose, a la cima de sus años.

Brindo,
por la fidelidad;
blanca y purpurina,
con que paseaste,
todos los sueños de mi madre.

Brindar por mi padre;
es sonreírle a la vida,
y sumarle un minuto al tiempo,
cuando apremia la tarde,
y la lluvia, sola, se marcha.

Lágrimas y alegrías de una madre

Ella,
estaba parada junto a la ventana;
mirando a través del cristal,
el mojado camino a casa.
Ansiosa,
con los ojos llenos de lágrimas,
esperando el pronto regreso de su hijo.
Cuando llega la madrugada;
preocupada,
se quedó dormida en el sofá,
mientras vuelve a caer la lluvia, sobre el tejado.
Su mente cayó en un profundo sueño,
arrullado, con lágrimas.
Soñó, el tiempo, de su embarazo.
Los antojos,
lo incómodo de su barriga.
Recorrió, los dolores de parto;
las noches de desvelo,
cuidando su hijo enfermo.
Los afanes,
las preocupaciones por darle lo mejor.
Una mañana, lo vio voltearse en su cama.
Acompañó sus primeros pasos,
sufrió con él,
los primeros golpes contra el mundo.
Su primer diente,
Su primera palabra gangosa.
Lo llevó en brazos el día de su bautizo,
lo acompañó en su primera comunión.
Lloró de alegría el día,
que, lo vio marcharse al colegio;
con su primer uniforme.
Lo aconsejó cuando tuvo,
su primera novia.

Cuando entró al bachillerato.
 Hasta que una tarde, lo vio regresar,
 por el mismo camino a casa;
 cabizbajo y meditabundo;
 lo habían echado del colegio.
 Volvieron sus lágrimas,
 cuando se lo llevaron al ejército.
 La alegría cuando lo vio regresar,
 convertido en un hombre, hecho y derecho.
 Ahora sufre, porque su adorado hijo,
 sigue llegando tarde.
 Cuando el sol entró por su ventana,
 sacando el frío de la casa;
 se paró asustada, del sofá;
 de un salto se asomó a la ventana,
 La alegría se desbordó por sus poros;
 vio la figura de su hijo,
 que tambaleándose regresaba a casa,
 Corrió hasta la talanquera,
 y lo refugió en sus brazos,
 cubriéndolo de besos,
 como si aún fuera un crío.

Insomnio

A veces a la madrugada,
me atormento pensando,
 si es poesía,
o qué carajos, es lo que escribo.
Pero cuando declamo ante la gente,
 y al menos una paloma,
deja escapar su inocente aleteo,
posándose en la torre blanca;
una emocionada pasión,
 recorrer mis venas
 y eriza mis brazos;
 entonces,
 vuelvo a ser,
el poeta enamorado.

CANCIÓN DEL QUE DUERME

Gabriel Mendoza

Soñador, no eres el loco Whitman
no hay mitos del cielo
en este trópico de bufones
y lagartos parlantes,
Olvídalos, torpe caminante del surrealismo.
Forjas tú el poema atrapado en el suelo,
lo habitas en tu puño de océano
y tierra de múltiples voces cautivas
que se han tragado todo el sol.
Tu canción simula la travesía,
la huida, el olor antiguo de lo que fuiste
en otros sueños y continentes, los colores
de la piel,
los ardores de la sangre.

Peregrina

Ves cómo la mentirosa revelación te empujó
a otros cielos, a caminar por lugares
en donde los pies ardían
y los párpados no dejaban de maldecir.
Gigantes aletargados fueron tu amuleto
mientras tirabas piedras al azar
desangrando la tierra de un viejo dios.
Y con esa sangre hacías cruces
que soñaban nuevas mitologías.
En tus casas había huecos llenos de amor
y orgías que fecundaban palabras finales.
Olían a profecía gastada,
a reiteración metódica
de paraísos fugaces.
Peregrina,
llevas tu cielo
en la fábula del pecho,
con sucios ancianos santiguados
y acomodados en tus ángeles de la guarda
que habitan otros días donde ya no te esperan.

Muerte en la tarde

Estuviste mirándola con una canción de fondo
que más parecía un acorde de añoranza.
Vino por ti, te lo dije ayer.
Vendría con el sol declinado
a robarte las miradas y las maldades secretas,
los juicios de valor en todas tus penumbras.
En el exilio de tus visiones constantes,
la imaginaste dentro de ti
recomenzando la historia:
Adán de brillantes cicatrices,
cada una de ellas pareciendo
un dolor tuyo irreal,
diáfana grieta que te enajena,
herida pasada que no será redención
a tu sola presencia.

Pronto llegará la misma tarde antes de ti.

Amistad

Aguardé por tu mirada de animal herido,
desandé los pasos que dejé sobre tus días,
en sus bordes de ausencia
que ya es palabra gastada que finge poetas
en sus gestos de sol despiadado.

Preciso tu amistad herida,
esa amistad hermana del perro y la tarde hambrienta
y de a poco ese olor abandonado de la nostalgia
que nos madura en la sangre
y en todas las ebriedades que no me aguardaron.

Amiga esa tarde hambrienta de su luna insinuada,
como samuráis esperando la agonía salvaje de la espada.
Amigo de tu amistad de interlunios,
Amigo de la hoja que te contiene
y el filo de todas aquellas soledades
que nos amistaron.

Monólogo a media luz

Hoy he vuelto a encontrar cadáveres
en la novedad del sueño.
Hoy —todos los días son el mismo día—
también los vi en otras latitudes,
sólo que más podridos y más solitarios.
Hoy duele que sea hoy
y ya no quiero salir de este útero de miedo,
ahora que el sol de afuera escupe días
que serán mi habitación abandonada.
Sospecho en otras partes una vida sin memoria,
crepúsculos y sonrisas de humo,
porque sé que hay universos oscuros
que la carne presente.
Hay sendas llenas de muertos y moscas
que los pasos sin tiempo no desconocen,
hoy que la soledad engendra cadáveres
frente a espejos quebradizos.
Sé demasiado de lo que no he visto.
Resta esperar a que la libertad
sea la próxima lluvia que golpee mis ojos.

Ascensos y descensos

Ha regresado el ángel luminoso
a maldecir su intimidad
con sonidos de instinto animal.
Siempre sucede con los ángeles,
seducidos por el vértigo de palabras atrevidas
—triste final para ellos—
descienden a la poesía.
De pronto pienso que fui ángel
que dibujaba maravillas para Dios,
hasta cuando nombré cosas impensadas
y luego tuve un nombre que todos pudieron olvidar.

Milagro

Estuve esperando sobre estos días mojados
por un milagro casual
o una señal desprendida del cielo.
Nada.
Sólo encontré perros dormidos en el suelo.
Luego noté la ausencia de moscas
alrededor de sus pieles de cansancio
y solo entonces, como por orden de un decreto antiguo,
volví a ser instinto sobre la soledad del mundo.
Creí apresurarme, pero al fin y al cabo cumplo un papel.
Hoy no quiero ver gente para no recordar
que extraño ciertas pasiones predecibles.
Camino sin moverme de mi lugar que no existe
Y, al fijarme en las heridas insomnes de los perros,
la espera termina.
Las cicatrices inconclusas
han engendrando un milagro.

SELECCIÓN POÉTICA

Alberto Amarís

Cigarette smoke in the eyes

Rascacielos iluminados por neón
después del naufragio
parecen flotar en la luz de un cielo perdido.

Ventanas geométricas
devuelven los reflejos
almacenan el polvillo gris.

Grandes estructuras
ofrecen sus sombras afiladas
para los que vamos nómadas.

Las altas torres endurecen,
el látigo silba sediento.

Altas paredes segregan,
dividen a los superfluos.

En los confines de la City
los desafortunados no ignoran
el lujo insaciable de los pisos altos.

Las simétricas pantallas
consumen el ocio,
veneno de los aires
filtra imágenes sórdidas a los televisores.

El mundo es efímero
hilo de mentiras anuda la calma de los centros comerciales.
Las ruedas veloces arrastran periódicos tirados
donde pastan los mendigos y blasfeman los políticos.
Morimos en los andenes
los que vamos cayendo
en las terribles rachas.

El discurso del presidente
tranquiliza los nervios de los inversionistas extranjeros
y los soldados se desnudan con las putas en la selva.

Si el rumor de las calles ascendiera
con su crepitar de casas de empeño y comercios donde se
hiela el pescado
y el olor de las verduras es fuerte y humilde.

Si estos pueblos arrastrados al crecimiento de las moscas
y este barro del invierno, idéntico al polvo del verano,
dejara de ser tiempo envenenado
pero los vehículos desperdigados
por las calles infinitas,
anohecen y no revientan de estrellas.

El olor fermentado de la realidad gira frenético
y trozos de las ciudades como cadáveres despedazados
chocan contra los parabrisas donde se difuminan los reflejos.

Desde las azoteas en New York
se lanzan los suicidas como globos de helio.
La crisis es el estado permanente de la bolsa.

Altas torres endurecen.
Saborean los criminales
las sangres del crimen.

Los gobernantes lanzan pedos en el banquete y se levantan las
actas.

Leyes orinadas de ratón crecen como maleza en los archivos.
Delirantes oficinas públicas coloreadas de fiesta.
En este río metafísico
los aturdidos maniqués guiñan sus ojos plásticos.
Almas encadenadas frente a pantallas etéreas.

Asfaltada de dinero
la ciudad piensa dinero y quiere dinero,
sueña dinero por la noche cuando ebrios brindamos bajo el
vuelo de las gárgolas.

El dragón en el arrozal

I

He vencido al arcano del sueño
vi su naturaleza y su máscara.
No tenía cuerpo más allá del mío
estaba vivo a través de mi vida
y mi vida retorna a lo que la contiene
es un trecho en la ebullición del sol
es efecto de causas mayores.

II

Mi voz pudo nombrar con palabras
oscuras formas inscritas en un medallón misterioso
formas cambiantes que presencié
solitario
oculto
como un guerrero cuyo ejército abatido
conserva el recuerdo de la derrota,
el lenguaje de jeroglíficos rotos.
Allá donde Poseidón sumerge su cuerpo de cetáceo
vi las islas
a las que otros han desembarcado
busqué con hálito de templario la raíz del vacío,
la raíz de la que penden los soles y los cielos
y las tierras suspendidas
en la eternidad de un parpadeo.

III

Porque combato al lobo y a la hidra
y asedió una fortaleza enemiga
amanezco con los ojos afuera,
circulan alrededor de mi cabeza como planetas.

Busco despertar adentro del sueño
con la luz de la vigilia en la oscuridad de una vasta planicie
donde es posible el anhelo de los alquimistas
y la risa está a salvo de las hormigas y cuida jardines secretos.

IV

Las imágenes más que mías o tuyas
son de lo que nos contiene.

Fluirás hacia lo que nos lleva, alimentarás su abismo con el tuyo,
estamparás la forma de tu sangre como una pintura viva.

Tu antorcha es el pensamiento, el yunque y el martillo,
el aroma de los eucaliptos ecuatoriales a través de la luz que
hay en la oscuridad.

El mutable imperio

I

Mil osamentas pulidas por el misterio,
fecundas, laboriosas, crecen,
habitan donde ya no estamos
y en el hueco del pecho
las raíces traman la ausencia de un corazón.
Manos buscan palpar
y encuentran otra carne
en lo húmedo y hambriento.
La entrega sofoca los nombres
y desata un novedoso lenguaje.

II

Despiertos en las anchas hojas de plátano
anhelantes en el círculo de los minerales
vamos por el camino de regreso
en el oleaje desconocido.
Cada marca o vestigio
cada astilla de hueso
deshecha entre los ciclos, cambiada a nueva forma.
Cada ser siempre fue la misma carne
ardor de esta materia dibujada al capricho de los elementos.

III

En la luz incesante
en la luz que desteje las tinieblas
solo efímeras criaturas despiertan.
La tierra pisada ahora nos contiene
la tierra nos alimenta y devora.
el corazón es inevitable y anda al límite de un cielo
subterráneo.
Los días fueron para siempre
su luz estaba cifrada en la semilla del sol.
Las vidas van cifradas en esa luz.

IV

El amor de la tierra es la semilla
los frutos a su vez serán devorados
el tiempo es amor
triturado entre los dientes
así lo invisible nos alimenta y transforma.

V

Hermosas cabelleras sobre la hierba
deshechas en la copula de las serpientes
amasadas en el abrazo nupcial con el lodo
tejidas desde el vacío aparente
sumadas desde lo oculto
disueltas por los caminos
a la sombra de los quilombos
donde los hombres jadeamos
como bestias acosadas.
Hermosas cabelleras crecen aun desde lo profundo
desde cada grano de polvo regresan
hasta levantar montañas.

VI

Por lo invisible somos visibles
por lo impalpables palpables.
Toda vida abre un trecho en la muerte
hilo sensible hacia la expansión del ser.

VII

Las ramas todavía arrojan nísperos allí
donde un estanque era el centro del mundo
donde metimos las manos tantas veces
a la captura del pececillo
que atrapamos al perderlo para siempre.
Algo más arduo va pasando
con nosotros adentro.
Las vidas y las muertes se agregan al peso de los planetas.

Veneramos lo que permanece en lo cambiante: el lenguaje
secreto abriendo paso
hasta pronunciar sangre y huesos,
materia tempestuosa, iluminada.

VIII

Porque vivir es desbordarse
en súbitos follajes de tiempo
pronunciados por la tierra espesa
saturada en el olor a carroña
y vestigios bajo troncos podridos.

IX

Mi pueblo es una noche olvidada en los durmientes
hilándolos
como a las estrellas en constelaciones
llevándolos hasta el próximo estallido del sol.

Ahora muchos duermen
reconciliados en la inconciencia.
Las cosas vagan tranquilas como un rebaño al lado de los
arrozales.

Dibujamos flores de bonche
y tallos imperceptibles nos crecen desde las uñas.
Un amor infinito habita el espacio,
es errante, pasa en los ojos desvanecidos,
destella en la última casa donde apagan las lámparas.
continúa despierto en las osamentas clausuradas.

Matuya

Los desesperados pueblos
a la orilla de los ríos
esparcidos por los valles
bajo la hostigante ley del mosquito
y el viejo fusil
ondean como banderas raídas,
transcurren en la molicie de los siglos.
La vida acoge esta muerte
hecha de pueblos asediados por miseria.
Hay demasiadas balas almacenadas en las armerías
y el olor a pólvora impregna la ropa puesta a secar en los
alambres del trópico
mientras acontece el vallenato en la radio
y los buitres circulan las nubes.
También llevé los tanques
llenos de agua verde
por las calles del verano
y en lo oscuro encendí el fogón
en un viaje interminable por las madrugadas.
Carreteras calurosas, hirientes
como puntillas contra el pensamiento.

En la ciénaga de la Virgen
Gambote es una canoa podrida en el agua.
Algunos árboles prodigan sombra
para el vendedor de huevos de iguana.
Mí caribe es un golpe en la rodilla contra la puerta de un bus
rural.

Los niños de la carretera
vendedores azarosos de rosquitas y bolis
aprenden rápido a reconocer el tamaño de las monedas
y los rostros que aparecen en los billetes.
Tengo las uñas rotas por arrastrar los bultos.

Sobre las plantas acuáticas
se enredan cadáveres.
Un hombre lleva su cargamento de tablas viejas
para armar un kiosco
en las corrales de Arjona.
El licor correrá hasta incendiar esas tablas
El licor, sumiso, en las venas del vallenato.
Hay que subir a la parrilla del bus
las pesadas tablas
y descargarlas luego, sudorosos.
La voz de “Toño” con el grito:
¡San Onofre! ¡San Onofre!
Todo lo que nos somete y embriaga.
Matuya, tus casas de barro y estiércol,
tus casas de matarratón a la orilla de la carretera.
Tu hambre y desesperanza en la noche simbólica del pueblo
desolado.
Todos tus hombres domesticados por el viejo fusil
todas tus casas de palo
contenidas en este poema,
detenidas en una hoja suelta,
que va por el suelo pisoteada
por los pies descalzos del pueblo.

ÁNGELES COMO LLUVIA

Éder Francisco Navarro Márquez

Caen ángeles como lluvia.
Cada beso invocado
lógica excesiva del corazón
anticipa los fríos de la muerte,
mientras tus manos y mis manos
recogen embriones de luna
en la tristeza del mundo.
Resuenan salmos entre las espigas.
Se cierran las ventanas
y sin darnos cuenta
abrazado a las flores que odian la podredumbre
estalla entonces el amor.

Camino que asciende

*A Ena Márquez y José Navarro,
por encender la luz con brillos melícos.*

El amor
camino que sube hacia el origen único
va regando en la noche su voz de rocío.
Se apaga en tus labios el invierno
y sobre cada lirio blanco
las palabras se vuelven luz.
El mundo es mudanza y premura
canción taciturna y silencio.
Un timbre suena a veces
en el fondo de la soledad.
Manos de niño dibujan en el cielo
la estrella del alba.
Llegan los pájaros con su enjambre de sueños
a conjurar la dureza de la flor
y los proverbios de la ausencia.
Más allá de las nubes y de las lágrimas
más allá de la angustia tuya y mía
de ser ambos uno solo
de estar los dos en el misterio mismo
y en una misma primavera.

Dante

Florencia, verano de 1283

Una ciudad que se rompe a pedazos.
Extasiado y solitario
blandas rocas de su cielo
misterioso vapor de la melancolía
Dante camina buscando los umbrales de la dicha.
Siente que el odio agranda la oscuridad
que el olvido estrecha la levedad del tiempo.
Y todo es Beatriz
en la amarga tristeza de la tarde:
su voz de nacimiento continuo
que saca manantiales de la sombra,
su nombre que resuena en los labios del viento
su gracia que suscita
el perdón y el asombro.
Todo es Beatriz
más allá del espejismo y de las ambiciones papales,
Beatriz reinventando a duras penas el amor
Beatriz avivando a ciegas el deseo
Beatriz devolviéndole sin esperanza
lo que queda de la luz.

Monólogo de Lewis Carroll

Tengo un lazo íntimo con los espejos
en especial con los que dimanan
una luz favorable.
Me miro en ellos
como si buscara la infancia perdida
la simetría de lo eterno
el color de los sueños truncados.
Puedo atravesar sin parpadeos
su luna ensimismada,
turbar sus aguas inmóviles
volver al tiempo de los orígenes.
Los espejos
epístolas del asombro y de la duda,
desnudan la inocencia
los cantos que fluyen más allá de lo sensible.
Son daguerrotipos del alma
mundos invertidos
dulce arqueología de lo infinito.
Tengo un lazo íntimo con los espejos
en especial con los que dimanan
una luz mágica.

El mar a tu lado

El amor que soy se sumerge en sus propias olas.

Extraño el mar sin límites que soy.

Jalal ad – Din Rumi.

No puedo ser
de ninguna otra forma
que mirando el mar a tu lado.
Dibujando a mano
saliva de luna en tu vientre
los primeros sonidos y los besos.
Bajo el ritmo de los remos despiertan las algas
y en el fondo de la noche constelada
tus lágrimas repiten con honda fascinación
la forma de la arena y la perplejidad del silencio.
Cierro los ojos
y al abrirlos te veo bailar
sudor de piedra y de ninfa
recogiendo en tu regazo
las últimas estrellas.

Evocaciones

En el patio de la casa vieja
siento la fuerza vegetal.
Escucho madurar las guayabas,
el sol se reparte entre ellas
las acaricia
les enseña el amor del mundo.
Paladea mi boca los sabores más fieles:
del tamarindo, de la cereza
del pan de dulce y el café sin azúcar,
oigo la voz de los girasoles
de la dulzaina pulsada por los labios del verano.
Repaso los colores primarios
que matizan las mañanas límpidas
acumuladas en la memoria.
Y vuelven las lluvias apasionadas
las noches alumbradas con faroles,
la plaza atiborrada de nostalgia y de silencio.
Camino alrededor del pozo sin lágrimas
enciendo los abriles marchitos,
la infancia inmóvil a mi espalda
me devuelve la luz.

Concierto para bautizar la Tierra

*El que enseñe a volar a los hombres del porvenir
habrá desplazado todos los límites.*

Federico Nietzsche.

Sobre tu cuerpo
pavesa y ceniza del deseo
llueven violines de Ingres.
Arrastra el viento su sonido azul
su diáspora de alas
su dulce presagio de nube y de sombra.
Y sólo yo escribo tu nombre
cada sílaba cada abismo
sobre la cara blanca de la espada.
Tu nombre que es sustancia del aire y es arcilla
tu nombre que es bálsamo y desolación.
Pero el amor madura el tiempo luminoso
desplaza los límites
vislumbra el vuelo de los hombres,
abona y ajusta la tierra
para bautizarla de nuevo.

Antípodas

Sin tregua ni memoria
quebrando el mismo trigo
pasa el corazón con su antípoda,
con su fuente de rabia y de esperanza
con la inocencia perdida para siempre
en la sordidez del mundo.
Y nadie enciende para nosotros
ni lámparas ni campanas
y nos atosiga y nos daña el desamor.
Pero asciende del abismo la alegría
y mis ojos reciben la luz de tus ojos
se alborozan la tierra, se entrega,
se vuelve irreverente
retoma el sueño del amor esquivo:
la dulce flor del tiempo amargo
que nos devuelve el ansia de lo eterno
y el vino nuevo y las epifanías.

Café derramado

En el cáliz del tiempo
recojo los brillos del mar.
El aquilón verbera las aguas
deja su aliento de frío.
Desfigurada por el polvo de la tierra
aparece la luna,
los delfines cruzan las líneas invisibles
desaparecen en la nada.
En la vasta distancia
desposándose en la oscuridad
bailan las estrellas.
Los libros atesoran el candor
y los presagios de la noche.
Se derrama el café sobre la luz
y los versos repiten su aroma.

La voz de los presagios

La escarcha atrapa la voz de los presagios.
Independiente del tiempo
rompiendo el velo de la noche
vuelve la mariposa a consumir las horas.
Conserva el eco de sí misma
y la ceniza de la contemplación profunda,
más allá de la muerte de los dioses
de la redención y el camino
su vuelo desorientado atraviesa la zona del silencio
y el secreto de las almas y de las cosas.
El universo para ella es un relámpago.
Desconoce la angustia de los hombres:
su viejo mundo de violencia y de quimeras
su luz fatua y su soledad
y todo eso que en la sombra nos alegra y nos olvida.
Mientras la veo pasar a mi lado
leve aleteo sin límites
escribo para ella los símbolos del amor
celebro con ella la inocencia previa del mundo.

HABITACIÓN RAPSODA

Camilo Saldarriaga

El “sí mismo” nunca es “yo”.

Heidegger

*Ser uno con todo lo viviente, volver, en un feliz
olvido de sí mismo, al todo de la naturaleza.*

Hölderlin

Ha aprendido bellas palabras —de la envidia y el orgullo—
filosóficas, precisas, absolutas, esenciales...
humillan, con aparente supremacía.

Pero horribles a su “sí mismo” desprevenido;
cuando ha bajado la guardia del “yo”,
solo en sus lluviosas mudeces.

y al que algún lenguaje le sonrío en otro rostro
con la bondad de las imposibles palabras.

Cada palabra
con su cúspide gélida
sujeta de las nubes; viene
de lo más profundo, del mutismo.

Abraza el musgo los tallos de los árboles.
Camino el sendero vívido que atraviesa el bosque.
¡De súbito! Surge lo oculto del paisaje, saturado de vida,
fisurado de ser,
universos velados al hombre que apenas, cobarde
atisba con la suela que lo pisa.

¿Y si sólo tuviera esta palabra para decirte?
¿Qué palabra he de decir? Palabra

Infinitivos, mutismos
Quizá aquel vocablo que parece murmurar el aire tajado por
las ramas.

¿Qué se dicen los árboles inteligible, mientras los moja la lluvia?
¿Sentirá su soledad, de errar, el viento?
¿Para cuál cosa será luz, aquella que ilumina también un poco
para mí?

Me voy en mis prosas
como el pájaro en sus alas
y ellas en él.

Cazadora

Es la mañana, de nuevo extraviado, camino de sueño a sueño
como se salta de roca a roca para cruzar el
río, pero me mojo en tus reflejos, te apareces en cada paso de
silencio y el viento me sabe a sandía,
asombrosa compañía de sombras o luces que se filtran hasta el
suelo por debajo de la hierba. Aún no se
me ocurre nada mejor que ofrecerte un café y la compañía de
mis besos, mientras te ocultas después del
lindero hipan-te, de estas rimas tristes, como una caja de
anzuelos diminutos para sacar sabaletas del
riachuelo.

Ronroneo de un gato en lo alto de un ciprés

No hay más que días sucesivos para morir, y palabras como tedio construyendo el vacío de hallarse.

Estancia, martes 26 de junio, una marchita tarde que el sol designa cerrar. Puede que estés muy ocupada para aceptar mis manos meticulosas de asesino tocándote. Quien pudo clavar el cuchillo al lado de la copa, te indica que según tú, beberá indistintamente la fuente. El vino, la ebriedad de la sangre. Sube a la buhardilla, no apresures el talle del pantalón a tu cintura de piernas anchas, cuerpo sin metafísica no es más que cuerpo, y el roce, la fricción, podrían escabullirse fácil; sosegado el pecho ofrece más que unos minutos algunos placeres. Que no juzgue tu pupila ni una gota de ansiedad en mí... marca con tus besos cada palabra, una, y escríbela en mi cuerpo, pronto seguramente ya no conserves la calma, también tu pudor será como las huellas de un ave en el viento, tan no para mí, mucho más profanas que mi silencio. No preguntes, como las dulces amantes, por los ajenos días posibles que no tenemos, sé ácida y parca, nunca finjas parecerte a las astromelías. A los amorosos usualmente les duele, es por esto que no vayas a atenderme como amante, semana tras semana. Basta de prescripciones para la ausencia, siempre quise simplemente fajarte los puñales en cambio de tu descuido de desprecio, que debí ponerlo también en plural. Esta habitación para dos, y en ella el barco que habita la bruja. ¡Deshábítame! trazo borrado de memoria, verdugo de mi frágil carne estropeada y calma que de sentirte fracasa.

La bruja en el barco, el barco en el cuarto, el cuarto en la cabaña del gato, la cabaña en el mundo, y todo esto en un ciprés.

Vagones inéditos

Una; si las enumero tendré cinco. Seis; tengo que operar los morfemas, hacer que se ajusten. Siete...

ocho...

Setenta; el ser es la existencia. Setenta y uno; la existencia es precepto, todo, también nimiedad. Setenta

y dos; estoy. Setenta y tres; me anostalgio con mis ojos y guardo pedacitos de la prisa que va dejando la eternidad...

Setenta y nueve; el tiempo se muerde la cola...

Noventa y tres; lo que es, no se dice, es. Noventa y cuatro; inmóvil el cuerpo, móvil la mirada. Noventa

y cinco; fijo, me fijo, pienso en abstracto el sonido, me convenzo de la idea con un olor. Noventa y seis;

—otrarse, unirse, otrarse— estoy siendo un acordeón.

Noventa y siete; me miro de lejos, olfateo mi pecho,

bebo la impaciencia de mis lágrimas...

Noventa y nueve; asir el universo en la poquedad de un poeta.

Cien...

H
AUTORES Y TALLERES
H

SOBRE LOS AUTORES

H

Cuento

LUIS CARLOS MANTILLA

Aunque nació en Bogotá el 22 de Febrero de 1980, fue registrado casi dos años después en Bucaramanga y es por tanto, legalmente, Bumangués. Ingeniero Electrónico, egresado de la Universidad Industrial de Santander. Su experiencia profesional se ha dado básicamente en la enseñanza de las matemáticas y la tecnología, en todos los niveles educativos (básica, media y universitaria).

ANDRÉS GALEANO

Cuentista, poeta, dramaturgo, guionista, y realizador audiovisual pereirano radicado en Bogotá. Estudió Filosofía en la Universidad Tecnológica de Pereira. Ha sido docente universitario en la corporación universitaria Artes & Letras de Bogotá, y guionista *freelance* para productoras como FOXTELECOLOMBIA y 11:11 FILMS, entre otras. Es tallerista de Escrituras Creativas para la editorial LIBROS & LIBROS y coordinador del área audiovisual en la Asociación SOÑAR COLOMBIA. Es autor del libro Poesía suicida para nunca matarse.

MARÍA VICTORIA ACEVEDO ÁRDILA

Estudió Literatura en la Universidad Nacional de Colombia. Ha participado en varios talleres de cuento y crónica. Es docente y miembro del taller “Funza para contar” desde el año 2012. Algunos de sus textos han sido publicados en el “Programa Funza Avanza con la lectura” del año 2013 y 2014. También ha participado en la antología *Historias de sábado a las once del taller* “Funza para contar” y en la antología *Líneas flotantes* del Taller virtual de escritores publicadas en el año 2013.

ÁLVARO MOJICA SALAZAR

Nació en Tasco, Boyacá, en 1960. Vive en el Guaviare hace 20 años. Pertenece al Taller de Escritura creativa Guaviarí, desde el año de su fundación 2004. Actualmente se desempeña como es docente, en la I. E. La Paz, en el municipio de El Retorno, Guaviare. Publicó en 2008 *Espejos de la Noche*, poesía. Beca Departamental en Literatura. En 2010, “Renuncio”, Cuento seleccionado y publicado en el libro de la serie *Entre la realidad y el Sueño* Editorial Fondo Mixto del Guaviare. En ese mismo año, “Negrito”, en el libro *Vine para quedarme* de la serie “Entre la Realidad y el Sueño”. Fondo Mixto del Guaviare. 2010. En 2012, “Mensaje enviado”, seleccionado y publicado en *La música de los Ángeles*, en “El premio Nacional La cueva I”. En 2013, “Hoja de papel”, cuento, en el libro *Cruce de caminos*. Antología de cuentos Guaviare. Editorial Gente Nueva. También el cuento “Pura ficción”, en el libro *Punto de encuentro*. Editorial Gente Nueva. 2013.

JORGE ROMERO POLANCO

Nació en Bogotá en 1976. Ha publicado: “Seis balas”. Relato. VII Certamen de narrativa breve de canal literatura, España. Ganador del premio especial del público. Finalista del jurado, 2010. “Políglotas (aderezo para carnes)”. Relato. V Concurso el Brasil de los sueños —instituto cultural Brasil/Colombia, Ibraco. Cuarto lugar, 2010. “Cronología”. Relato. Selección de nuevos autores tolimenses —colección biblioteca Soledad Rengifo, 2009. “Autopista al mar”. Relato. Convocatoria nacional talleres Relata. Primer lugar, 2010. XII, XIV, XV versiones del Certamen de cuento coopjudicial. Primer

lugar (2010), segundo lugar (2012), segundo lugar (2013). “¿Recuerdas a Miguel?” Relato. “Gloria”. Crónica. *Mapas rotos*, antología de taller literario Relata Liberatura, 2012. “Cosmonauta”. Relato.

Convocatoria nacional talleres Relata, 2013. *Rostrros ocultos*. Antología de relatos. Premio Hugo Ruiz Rojas por antología de relatos. Primer lugar, 2013.

ANNY GÓMEZ

Nació en Santiago de Cali el 14 de Noviembre de 1991. Actualmente cursa último semestre de Comunicación Social—Periodismo en la Universidad del Valle y participa del Taller de Escritura Creativa “Écheme el cuento” en el Banco de la Republica. A los ocho años en la biblioteca de su padre descubrió el gusto por la palabra, desde entonces se deja seducir por las historias orales y escritas. Cuenta con una publicación digital del cuento Miguel en El Nombre de la Rosa de la Fundación Casa de la Lectura y una publicación impresa de dos reportajes, en la edición No. 11 de la revista universitaria Ciudad Vaga.

JUAN ANDRADE

Nació el 13 de Febrero de 1988 en la ciudad de San Juan de Pasto. A los cuatro años y medio ingresó al colegio San Francisco Javier. Ahí lo incentivarón en la lectura y la escritura de cuentos y tuvo la oportunidad de participar en teatro y en clases de dibujo. Por una enfermedad no pudo llevar una infancia normal y no tuvo muchos amigos. Desde muy chico le gustó el básquet, la natación, el ciclismo y el fútbol. Este último es su otra pasión junto con la literatura. Ingresó al colegio San Felipe Neri, donde hizo el bachillerato, también participó en teatro y siguió en el mundo de la literatura. Cuando estaba en la universidad supo del taller de literatura del Ministerio de Cultura, Relata.

GILDARDO GUTIÉRREZ ISAZA

Nació el 10 de mayo de 1960, en Abejorral, un pequeño pueblo del departamento de Antioquia. Escritor de diferentes géneros: novela, cuento y poesía. Ha incursionado desde hace varios años en destacadas revistas: *Revista Literaria Realidades y Ficciones* (Argentina), *Revista*

La Mancha (Chile). Hace parte de algunas redes de escritores a nivel mundial como: Poetas del Mundo, Fundación Literaria Argentina Internacional FLAI, Unión Hispanomundial de Escritores UHE (Perú), Sociedad Venezolana de Arte Internacional SVAI, Sociedad de Escritores Latinoamericanos y Europeos SELAE, Red de Editores y Proyectos Alternativos RIEPA (México), Poesía Pura (España), entre otras. Ha obtenido algunos reconocimientos por sus aportes en el ámbito literario, como en España, donde se transmitió el poema “Predicción” en la emisora “Radio Piano Bar”; en Argentina en la emisora “Al Borde de la Palabra” también salieron al aire algunos poemas. Fue uno de los promotores en la ciudad de Medellín, del Primer Festival de Poesía “Palabras en el Mundo”. La fundación Literaria Argentina le concedió la mención de “Autor destacado en Diciembre del Año 2012”. Dos poemas de su autoría han sido subidos a You Tube por reconocidos escritoras de fama mundial, uno de ellos es “Hoy vi a María” en la voz de la poeta española Dolores Sans y “Me llaman” en la voz de la poetisa Argentina Liliana Varela. Integrante del Taller de Creación Literaria de la Universidad de Antioquia, dirigido por el gran escritor Luis Fernando Macías.

JAVIER VILORIA ESCOBAR

Nació en Sabanas de San Ángel, Magdalena un lluvioso 9 de agosto de 1989. Es estudiante del Programa de Administración de Empresas de la Universidad del Magdalena e integrante del grupo de investigación Organización y Empresa. Asiste al Taller Relata del Banco de la República de Santa Marta y al Taller Literario de la Universidad del Magdalena TALIUM. Ocupó el Tercer Puesto en el Concurso de Cuento de la Universidad Sergio Arboleda y el Segundo Puesto en el Concurso de Poesía Joven del Magdalena. Ha sido jurado del Concurso Nacional de Cuento RCN - Ministerio de Educación y del Primer Concurso de Cuento en el marco del Festival de las Artes de Santa Marta.

CARIDAD BRITO

Nació en Santa Marta (Magdalena) en 1991. Hija de un incansable trabajador y de una cataquera fuerte y solidaria, es la mayor de los tres hijos de esta pareja. A excepción de algunos estudios y viajes, su

vida a trascurrido en la tierra que siente suya, Riohacha (La Guajira). Sueña con realidades de fantasías que traspone sobre el papel. Historiadora egresada de la Universidad Nacional de Colombia - Sede Medellín. Actualmente, es docente de Ciencias Sociales y pertenece al Taller de Escritura Creativa Relata Guajira.

ANA RITA JORDÁN

Nació en Medellín. Vivió en Bogotá, asistió a los talleres literarios de la Biblioteca Virgilio Barco. Licenciada en Comercio del Centro Latino Inglés. Asistente asidua a las conferencias dictadas por Ilse de Greiff. Vive actualmente en Cali. La absorbe la literatura, escribe cuento y poesía, adora todo lo que represente el arte. Participó en 1999 en el Concurso Nacional del Cuento para Trabajadores en Medellín. Mención de Honor, género Cuento. Costa Rica - San José (entidad AGECO) en 2012.

CONSUELO JARAMILLO

Nació en Pereira, en 1951. Vive hoy gran parte de su tiempo en la Isla de Providencia. Retirada, con una larga lista de oficios, trabajos, y pasiones a cuestas. Enseñar ha sido su vocación mayor. Profesional licenciada en Español y Lingüística.

ADOLFO CEBALLOS VÉLEZ

Nació en 1974. Es barranquillero, Magíster en Educación y está dedicado a la labor pedagógica desde trece años. Desarrolla su afición por la escritura y las artes gráficas a la par con su desempeño profesional. Participó en varios concursos regionales y nacionales de cuento y obras literarias inéditas. En 2010, el Ministerio de Cultura hizo un reconocimiento especial a su cuento *'No hay ladrones en Providence'*, publicado la Antología Nacional de ese año. Participó en la antología regional *'El cuento sigue'* y *'Mientras haya cuentos'*, del Taller Literario José Félix Fuenmayor de Barranquilla, al cual está adscrito desde hace cuatro años. Su cuento *'Pescador'* fue finalista del 6to. Concurso Nacional de Cuento en el 2012, y su novela breve *'La Criatura del Baúl'* tuvo gran acogida entre el público infantil, sobre todo en colegios, agotando su primera edición, que fue relanzada en marzo de 2013.

LINDA CARDONA

Nació en la ciudad de Arauca el 5 de enero de 1994 donde se crio, allí mismo realizó sus estudios de primaria y secundaria. Vivió un tiempo en Bogotá y en Australia con su familia. Es técnica en sistemas por competencias, desde muy niña ha estado influenciada por el mundo de la literatura, escribió varios cuentos, pero *El cazador* es su primera publicación. Su género favorito es la novela y el tema que más le gusta es la muerte.

LUIS JESÚS HURTADO HERNÁNDEZ

Nació hace cincuenta y siete años en el municipio de San Miguel, departamento de Santander. Desde su primer año de vida reside en la ciudad de Cúcuta. Se graduó como Ingeniero de Sistemas, profesión de la cual ha derivado el sustento de su familia. Ha ejercido la docencia como labor alterna a su profesión desde hace veinte años. Le gusta la pintura, el teatro, la lectura y desde 2011 pertenece al Taller Relata. He escrito varios relatos y cuentos cortos. Dos de ellos los ha adaptado para cortometrajes con un grupo de amigos aficionados al cine. Ha participado en varios talleres de cinematografía y un diplomado en elaboración de guiones para cortometrajes en la Universidad del Magdalena.

JOSÉ RICAURTE CARMONA JARAMILLO

Nació en Medellín el 9 de Abril de 1966. Realizó sus estudios Teatrales en la Escuela Popular de Artes de la ciudad de Medellín de donde egresó en 1993. Desde entonces se ha dedicado a la dramaturgia infantil, a la docencia, la producción, escritura y realización de sus propios montajes afines al arte representativo con los grupos que dirige. Fue galardonado en dramaturgia en 2006 por su obra infantil “Rapgonos, dragones raperos”, por la Secretaría de Cultura del municipio de Medellín, y en 2007, por su obra “Umbral”, por la Secretaría de Cultura Departamental de Antioquia, ambas publicadas. Recién publicó la crónica “¿Se ha preguntado por el origen del barrio las Coles?”, con textos seleccionados del concurso literario 2014 en el libro *Relatos de la Memoria Oral de San Antonio de Prado*, en Medellín.

ADRIANA VILLAMIZAR CEBALLOS

Nació en Cali el 1 de octubre de 1964. Es comunicadora Social de la Universidad del Valle, Magíster en Escrituras Creativas de la Universidad Nacional de Colombia y Creadora Literaria de la Escuela de Escritores de la Sociedad General de Escritores de México, SOGEM. Es guionista y editora audiovisual para cine y televisión con amplia trayectoria en las áreas de dirección, escritura y edición literaria de guion para cine y libretos para televisión, continuidad, montaje, musicalización y asistencia de dirección. Sus guiones *Entre V Susanas y V Rodrigos*, *V Teresas Enrevesadas*, y *Una Luna para Málaga*, fueron seleccionados en el concurso de guiones inéditos del Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano de la Habana. Desde 1996 ha sido docente y tutor en diferentes universidades en las áreas de escritura narrativa, guion, géneros audiovisuales, montaje, dirección, realización audiovisual, y ha tenido a cargo la dirección de veinte trabajos de grado, entre ellos, la escritura de siete largometrajes que fueron destacados como meritorios.

SALVATORE LAUDICINA

Nació en Buenaventura (Valle del Cauca). Es Comunicador social y periodista de la Universidad Autónoma de Occidente de Cali. Además de escribir, la fotografía es otra de sus grandes pasiones. En el año 2009 su fotografía “Afrofemina feliz” obtuvo mención especial en el concurso *La foto más bella de Buenaventura*. Ha participado en los laboratorios de Obra viva en la ciudad de Buenaventura (2008 y 2010) organizados por la Agencia Cultural del Banco de la República. En 2012, su serie fotográfica ‘Parteras: Patrimonio Cultural del Pacífico Colombiano’ fue expuesta en la Biblioteca Luis Ángel Arango de Bogotá, como parte del proyecto ‘Imagen Regional 7’. Las fotografías han sido expuestas a nivel nacional en las agencias culturales del Banco. Cabe mencionar que este año fueron exhibidas en la Alianza Francesa de Valledupar en el marco de la celebración del mes de la Afrocolombianidad. Actualmente vive y trabaja en Buenaventura como editor de la revista *Región Pacífico* y corresponsal de entretenimiento del periódico *El Especial* de los Estados Unidos.

SEGUNDO SALAMANCA MUÑOZ

Es un artista visual y escritor nacido en San Agustín, capital arqueológica de Colombia, declarado por la UNESCO como patrimonio cultural de la humanidad. Es economista de la Universidad Nacional de Colombia, Licenciado en Artes Visuales y Especialista en Gestión del Desarrollo Regional de la Universidad Surcolombiana. Pertenece al Taller Relata Huila desde hace tres años. Es el actual representante de los artistas visuales en el Consejo Municipal de Cultura de Neiva. La Gobernación del Departamento del Huila y la Secretaría de Cultura le otorgó Mención de Honor en el Concurso Departamental de Ensayo Reynaldo Matiz, por su ensayo “San Agustín: 100 años de saqueo y olvido”. Se desempeñó como rector del Centro de Comercio Exterior en Bogotá, Subdirector de la Fundación Acción en Colombia, Subgerente de la Licorera del Huila y directivo del SENA Regional Huila. Su obra literaria está ligada a la intuición, a la conciencia del ser, al entorno, a sus preocupaciones ideológicas y sociales. Una propuesta que hace surgir de sí mismo, informes para el mundo, turbadores, los propios signos, las cicatrices de sus movimientos interiores más secretos, que se constituyen en la razón de ser de una obra nutrida desde lo regional, pero tratada con un claro concepto contemporáneo universal.

GUILLERMO JOSÉ MEJÍA BARONA

Ingeniero en Electrónica, empresario, nacido en Cali en 1963. Desde 2012, asiste al taller de crónica y cuento del escritor Harold Kremer.

JORGE HERNÁN ARCE GONZÁLEZ

Actor, artista y escritor. En la actualidad dirige el Cabaret Transgermania, un laboratorio de exploración transgénero con el cual interviene en diferentes espacios de la ciudad a través del performance y del teatro, organiza 100 mil poetas por el cambio Bogotá, un evento global que sucede en 110 países simultáneamente y que reúne más de 30 artistas de diversas disciplinas en torno a la reflexión sobre el cambio mundial en diferentes aspectos, y produce y presenta el programa Radial “Transtornadas” en la emisora LGTBI Radio Diversa. En 2014, participó en el proyecto documental

“Imaginarios Indomptables” coproducción Colombo-Suiza. Ha publicado: “La dama del agua”, cuento, *Antología I* certamen Literario revista *Demos*, España. “El mal Delvaux”, cuento, II Concurso internacional de relatos pecaminosos Contacto latino 2014, EEUU.

HUMBERTO BETANCOURT R.

Nació el 29 de abril de 1944 en Honda, Tolima. Estudió primaria y secundaria en colegios oficiales de Chaparral, Bogotá y El Líbano. Cursó ingeniería Química en la Universidad del Atlántico, donde se graduó en 1968. Su experiencia profesional de 43 años se desarrolló en Colombia, Venezuela y Estados Unidos. Trabajó en Ecopetrol, la Universidad del Tolima, PDVSA (Petróleos de Venezuela), Schneider, ABB y otras empresas, en cargos técnicos y gerenciales. Amante secular de la literatura, desde fines de 2013 se vinculó al Taller de Narrativa La Tinaja de Chía, donde dio sus primeros pasos en el campo de la escritura de textos literarios. Actualmente trabaja en la producción de una antología de cuentos, la mayoría de ellos relacionados con la temática de la violencia de los años cincuenta en el Tolima, donde pasó la mayor parte de su niñez.

GUILLERMO EFRÉN RIVAS GÓMEZ

Nació en la La Unión, Nariño, en 1948. Desde joven se interesó por la lectura y la escritura. Publicó en 2011 un libro sobre narraciones y mitos de su región. Asiste la taller RELATA en Popayán.

HENRY JIMÉNEZ

Nació en Bogotá, en 1963. Estudió pedagogía musical en la Universidad Pedagógica Nacional. Es director ejecutivo de la Fundación Artística Cantemos Fusagasugá. Se desempeña como promotor cultural. Finalista en el Tercer Premio Nacional De Cuento La Cueva.

ÁNYELO LÓPEZ BEDOYA

Nació en Medellín, el 15 de octubre de 1976. Cursó la primaria y secundaria en instituciones públicas. Siempre le interesó la escritura y, con el tiempo, la lectura. Participó en el concurso

literario “El Cuento en Antioquia 2004”, y fue seleccionado entre los veinticinco finalistas con “Un Librito de Cuentos”, publicado en el cd interactivo “Literatura Antioqueña, Clásica y Contemporánea” de la Gobernación de Antioquia y el Instituto Para el Desarrollo de Antioquia (IDEA). Publicó el Cuento “El Iago” en *Escritos desde la Sala*. Boletín Cultural y Bibliográfico de la Sala Antioquia; Biblioteca Pública Piloto de Medellín para América Latina. Nro. 21, noviembre de 2013.

JHON WÁLTER TORRES MEZA

Nació en Zarzal, Valle del Cauca, en 1982. Es Licenciado en Español y Literatura. En el año 2008 ocupó el tercer puesto en el concurso de cuento: *Homenaje a Jesús María Valle Jaramillo*. La Antología Relata en 2012 publicó su cuento: *Sin gasolina de regreso*. La Universidad Tecnológica de Pereira en 2013 editó el libro *Memorias de un imaginario colectivo*, donde el autor publicó un ensayo hermenéutico titulado *Cómo regresar a la virginidad después de los veinte*. Actualmente termina una Maestría en Literatura e investiga el Sujeto en la crisis en la narrativa contemporánea.

MIGUEL BARRIOS PAYARES

Nació en Astrea, Cesar, el 1 de julio de 1986. Es ingeniero de sistemas de la Universidad Popular del Cesar. Miembro del taller de creación literaria José Manuel Arango adscrito a la Universidad Popular del Cesar y a la Red de talleres de escritura creativa (Relata). Ganador II Concurso Nacional de Cuento El Túnel, Montería, 2011. Recibió mención especial en el Concurso de Cuento y Poesía “Materialización de lo inasible” 2007, género cuento. Algunos cuentos suyos han sido publicados en las antologías “Materialización de lo inasible” 2007. “Viaje a la memoria”, Renata Valledupar 2009, en la revista Puesto de Combate Nro. 76, 2010 y en la Antología de Cuentos Talleres Literarios (Relata), 2010.

JHON AGUDELO GARCÍA

Nació en Medellín, en 1988. Es estudiante de Letras: Filología Hispánica de la Universidad de Antioquia. Ha ganado varios concursos de cuento; entre ellos, en el 2014, el Concurso Nacional

de Cuento del periódico El Colombiano. En el 2013 obtuvo el Estímulo al Talento Creativo (modalidad “cuento jóvenes”), otorgado por la Gobernación de Antioquia, lo que le permitió publicar su primer libro: “No es tiempo de crecer” (cuentos). Ha publicado en *Albaneceres* (antología del taller Pluma Encendida de Envigado) y en el *Magazín del Cuento* del periódico *El Espectador*.

JAEL MONROY SOTO

Nació el 1 de junio de 1966 en San Rafael, corregimiento del municipio de Rionegro (SS). Ha vivido la mayor parte de los años en Bucaramanga. Es psicóloga social. Cursó una especialización en Salud Ocupacional. Cuenta con experiencia de varios años en la gestión del Talento Humano. Actividad paralela a la escritura de novelas y elaboración de guiones.

FRANCISCO PORRAS MONTOYA

Nació en Calamar Bolívar, en 1994. Hijo de la Cachaca y del viejo Porras. Ahora vive en un corregimiento de Sincelejo, Sucre, que se llama Chocho. Es estudiante de Licenciatura en Humanidades.

ÁNGELA MARÍA ALARCÓN MONTENEGRO

Nació en pasto el 2 de abril del 1992. Estudiante de la licenciatura en artes escénicas de la universidad de Caldas. Actriz y dramaturga en formación. Ha participado en dos montajes académicos “Cabaret trágico” de Alejandro Jodorowsky y “Edipo rey” de Sófocles. Pertenece al taller de dramaturgia permanente de Relata.

EDISON MAURICIO DELGADO MIRANDA

Nació en Bogotá el 23 de octubre de 1979. Vive desde los nueve años en Pamplona. Licenciado en educación artística. Publicó en el libro *Súmese a la Expedición Botánica, 2010*, Biblioteca Nacional, la investigación sobre las cervecerías de Pamplona, y en la antología *Relata 2013*, Pertenece al Taller de Escritura Rayuela, textos suyos aparecen en diferentes sitios web.

ÁNGELA CAJIAO MENESES

Nací en Samaniego un 14 de agosto. Amo la palabra, la siento

circundar en mí, no sé si por herencia o por convicción. Los libros son ese mágico mundo donde encuentro cabida a mis sueños y donde puedo soportar el infortunio. Los encuentros literarios con mis amigos han motivado aún más mi pasión. He publicado poemas en la revista labores No. 5 y en la primer antología del taller de escritura. Soy aprendiz de escritora. Pertenezco al taller de escritura creativa José Pabón Cajiao.

CRISTIAN LUIS GUERRA MEDINA

Nací en el municipio de Apartadó, Antioquia, el 14 de agosto de 1988. Allí viví la mayor parte de la infancia. Tiempo después me mudé al municipio de Carepa, donde realicé mis estudios de bachillerato en la Institución Educativa José María Muñoz Flórez. Estudio actualmente en la Universidad de Córdoba donde curso el VII semestre de Licenciatura en Lengua Castellana. Resido en el municipio de Cereté, donde asisto al grupo literario Raúl Gómez Jattin.

MARIS RICAURTE

Nació en San Luis de Palenque, Casanare. Es licenciada en Educación básica primaria de la Universidad Javeriana. Tiene una especialización en Lúdica educativa y ecología pedagógica. Es docente activa del Instituto Educativo Jorge Eliécer Gaitán del municipio de Yopal, Casanare. Escribe para las revistas *Conozcamos el Llano* y *El Garcero del Llano*. Además escribe cuento, poesía y canciones en diferentes ritmos llaneros, canta llanero y baila joropo.

LUIS CARLOS RESTREPO

Nació en Támesis, Antioquia, el 9 de septiembre de 1965. Relato en memoria de su padre Roberto Restrepo.

ENRIQUE ÁLVARO GONZÁLEZ

Nació en Bogotá, en 1955. Dragoneante del INPEC desde 1983, tiempo en el cual ha cultivado gran número de relatos, en especial desde 1989 cuando ganó el concurso de cuentos a nivel institucional con el cuento "Zafra, el hombre que se volvió paloma". A partir de entonces hizo su aprendizaje de manera autodidacta, hasta el

año 2000 cuando formó parte del taller literario Carmelina Soto, patrocinado por la Universidad del Quindío, donde empezó a experimentar técnicas nuevas que lo llevaron a ganar el concurso interempresarial de la región, adelantado por Comfenalco con el cuento “Hombres de cristal” en 2008.

A raíz de este logro, fue invitado al taller Renata que trabaja actualmente en Armenia, donde sin lugar a dudas se ha nutrido lo suficiente para publicar en 2011 el libro de cuentos titulado “Relatos Cautivos”, alcanzar el tercer puesto en el concurso regional de cuento infantil adelantado por Comfenalco en 2013 con “La Odisea del Arlboro”, y ser seleccionado para anteriores antologías, con trabajos como El Indulto, Crónica de Verónica, Policarpo y otros.

Poesía

MAYRA ALEJANDRA DÍAZ MONTES

Nació en Barranquilla, en 1991. Estudió filosofía en la Universidad del Atlántico. Desde 2008 pertenece al taller literario “José Félix Fuenmayor” Red RELATA, adscrito al Ministerio de Cultura, dirigido por el escritor Antonio Silvera. En el 2008, obtuvo el primer puesto en el III Concurso Nacional de Poesía Estudiantil INSTENALCO. Ha sido poeta invitada en el Festival Internacional de Poesía PoemaRío, y sus preparatorios, en las ediciones 2010, 2011 y 2013. Tallerista y escritora invitada al Programa “La literatura pinta bien” (2008-2010) y a “La Cueva por Colombia” en Florencia, Caquetá (2014), de la Fundación La Cueva. Ha participado en diversos espacios filosóficos y literarios de la ciudad. Sus poemas y cuentos están publicados en revistas y antologías locales y nacionales.

En la actualidad se dedica a labores de docencia en el área de Filosofía y de asistencia editorial en la Fundación La Cueva.

CLARA INÉS CUERVO MONDRAGÓN

Nació en Bogotá, en 1962. Profesora, lectora y escritora. Estudió Español y Literatura en la Universidad Pedagógica Nacional y la Universidad Nacional de Colombia, respectivamente. Trabaja en la Pontificia Universidad Javeriana. Su proyecto pedagógico se orienta a la promoción de círculos de lectura literaria desde

una pedagogía crítica y poética. Entre sus temas de discusión académica se encuentran el discurso dialógico, el cuerpo con sentido, la alfabetización crítica, la afectación y la experiencia de sí. Sus principales escritos son el libro *Hacia la construcción de un discurso dialógico en la escuela* (2003) PUJ; los ensayos *Leer y escribir como experiencias corporales*. (2008) en Módulo digital de Pedagogía y Literatura. PUJ y *Cuerpo con sentido: hacia una pedagogía poética* (2011). En Universidad y subjetividades juveniles. Universidad de Ibagué. Actualmente está escribiendo el ensayo: *El círculo de lectura literaria como experiencia pedagógica y ética* y el Libro de ensayos (de estudiantes y propios): *Maestros, lenguaje y cine*. Ha retomado su escritura literaria creando poesía, cuento y crónica. Actualmente participa en el Taller La Tinaja de Chía.

DANIEL MAURICIO MONTOYA ÁLVAREZ

Nació en Puerto López, Meta, en 1984. Estudió licenciatura en Lengua Castellana en la Universidad del Tolima (Ibagué). Ganador del Concurso Antología del Nuevo Cuento Tolimense “Colección Soledad Rengifo” (2009). Mención de Honor en el XXIII Concurso de Cuento Corto de la Universidad Externado de Colombia (2010). Mención Única de Honor en el IV Concurso Nacional de Poesía Julio Flórez (2012). Segundo lugar, en la modalidad Mejor Cuento, dentro de la categoría asistente a taller, por la obra “Los zapatos azules”, en el marco de la convocatoria “Apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa Relata 2013” del Ministerio de Cultura. Mención de honor en el concurso de poesía Ciro Mendía organizado por la gobernación de Caldas 2014. Actualmente participa en el Taller de Relata Liberatura-Ibagué.

CARMEN ALICIA PÉREZ

Nació en Cereté (Córdoba) el 31 de octubre 1992. Es licenciada en lengua castellana de la Universidad de Córdoba. Ha realizado estudios en realización audiovisual y artes escénicas, y ha sido miembro activo del taller literario Raúl Gómez Jattin desde el 2010. Textos de su autoría han sido publicados en la revista *Erratas* del grupo cultural cinco pesos, en la revista *Juntalettras*, en la antología de cuentos *Con el perdón de los árboles* del taller literario Raúl Gómez

Jattin y en la página web de la Editorial Zenú. Ha participado en el encuentro nacional e internacional de mujeres poetas que se realiza en Cereté, en varios recitales poéticos en Montería, Loricá, Medellín y Cereté.

JUDITH RODRÍGUEZ CASTRO

Poeta, Pintora y Gestora Cultural. Nació el 19 de septiembre de 1952, en Tocaíma, Cundinamarca. Publicó *Los Afanes del Viento*, en 2013. Poemas suyos aparecen en antologías nacionales e internacionales. Ha recibido distinciones en concursos de poesía: Finalista XL Concurso Internacional de poesía y narrativa CULTURA EN PALABRAS Buenos Aires, Argentina. 2014. Tercer Puesto en el Concurso de Poesía para poetas inéditos, VIII Convocatoria Red de Bibliotecas de Cali, 2013. Mención de Honor en el Concurso 1000 poemas por la paz, 2013.

NANNY ZULUAGA HENAO

Nació el 20 de enero de 1984 en el municipio de Unguía, Chocó. Participa en del taller de escritores Urabá escribe, desde los 11 años. Trabajadora social de la Universidad de Antioquia y aspirante a poetisa.

JUAN SEBASTIÁN SÁNCHEZ GONZÁLEZ

Nací en la ciudad de Medellín el 12 de marzo de 1987. Desde mis primeros años evidencí un gusto por la lectura, fue ese mi punto de partida para adentrarme en la creación literaria: primero con cuentos, relatos y poesía. Siendo la última, la que logra llenar mis sentidos y desbordar mi sensibilidad. He tenido varias participaciones poéticas: mención de honor Editorial Educar; concurso de poesía juvenil. Diploma y medalla; Honor al Mérito Cultural, otorgado por el municipio de Itagüí. Participación en la Antología Latinoamericana de Cumbes, Perú; Festival de Ecopoesía. Participación en el Congreso de Escritores; ciudad de Envigado. Y participación en el VIII Festival Internacional de Poesía, La Palabra en el Mundo. Organizado por la Corporación Tríade. Actualmente soy miembro del taller Letra Tinta que hace parte del grupo de talleres de Relata.

PATRICIA LEMUS GUZMÁN

Nació en Barranquilla, en 1973. Estudió Contaduría Pública en la Universidad del Atlántico. Integrante desde 2009 del Taller José Félix Fuenmayor que funciona en Barranquilla. Ha publicado en las antologías locales “Así va el cuento”, 2009, “El cuento sigue, 2010”, y en “Mientras haya cuentos”, 2013. Su cuento “Domingos de Fútbol” fue finalista en el concurso de la Red Relata 2010 y fue publicado en la Antología Nacional de Talleres Literarios de ese año.

JHAIRAN ANTONIO LÓPEZ GARCÍA

Nació en Cúcuta, en 1977. Narrador oral escénico desde el año 2004. Tecnólogo Electromecánico de la Universidad Francisco de Paula Santander (UFPS), Cúcuta. Ingeniero Electromecánico de la UFPS, Cúcuta.

Finalista en el concurso de minicuentos *200 años 200 palabras*, de la red de escritura creativa Relata 2010, con el minicuento “Límites”, y en el concurso de poesía *Voces de Nuestro Norte* de la UFPS, 2013.

Ha publicado en la *Antología de Minicuentos 200 años 200 palabras*, 2011. Y en revistas universitarias (el Duende, Cúcuta).

NATALY OCHOA CANO

Nació en Itagüí, Antioquia el 25 de Febrero de 1992. Participante del taller literario Pluma Encendida de la Casa de la Cultura, Envigado. Administradora de Empresas Turísticas, egresada de la Institución Universitaria Colegio Mayor de Antioquia. Sus textos han sido publicados en la antología del taller literario Pluma Encendida: “Soñadores de Auroras, Albaneceres” 2012 y en la revista cultural literaria Pensamiento y Palabra Envigado 2013.

MAURICIO LAZO CASTAÑEDA

Nació en Manizales 14 de junio de 1977. Licenciado en Lenguas Modernas de la Universidad de Caldas. Integrante del Taller de Dramaturgia Permanente de Manizales. Fundador del Grupo Teatral Cícuta de Manizales. Ha publicado en la antología de dramaturgia “Seis formas de matar a una mujer y nueve obras más” con la obra “The Godmother del clan de las viudas negras”. Profesor de Lengua

Castellana en la Institución Educativa Francisco José de Caldas de Risaralda, Caldas.

HUGO OQUENDO-TORRES

Nació en Chigorodó, Antioquia, en 1982. Es teólogo y reverendo de la Iglesia Metodista; ha hecho estudios de teología con la Universidad Bíblica Latinoamericana de San José de Costa Rica; es candidato al programa de Maestría en Literatura con la Universidad Tecnológica de Pereira. En el ámbito literario ha participado en los talleres de COMFAMA con el poeta William Rouge, asimismo ha sido partícipe de los talleres de poesía con el maestro Raúl Henao a través de la Corporación de Arte y Poesía Prometeo. Y actualmente hace parte del taller de creación literaria Relata: la Poesía es un Viaje, que dirige el poeta Giovanni Gómez. Ha publicado el poemario: *Catarsis de la memoria y otros silencios* (2011), *Poética del cuerpo desnudo* (2014) con la editorial brasilera Metanoia. También ha escrito una colección de ensayos de teología, entre ellos: *En la cama con mi madre: Pensar y sentir la teología desde la piel*, ha sido publicado con la revista de filosofía y teología Perseitas de la Fundación Universitaria Luís Amigó. Algunos de sus poemas han sido publicados en el Boletín Rectoral de la Universidad Bíblica Latinoamericana (2011), en la Revista de Poesía Prometeo (2012) y en la revista electrónica La Astilla en el Ojo (2014).

MARIO ÁVILA REY

Nació en el Alto de Menegua, Puerto López, el 18 de marzo de 1963. Es el segundo de once hermanos. Terminó el bachillerato en Villavicencio. Casado, vive en Yopal hace veinte años y tiene dos hijos. Ha escrito por épocas. Tiene un libro sin editar, *Un abismo bajo la lluvia*, sobre la vida del raspachín en San José del Guaviare. Escribe poemas y cuentos. Pinta al óleo. Adora la literatura.

ALBERTO AMARIS

Nació en Lórica (Córdoba), en 1979. Estudiante del programa de Licenciatura en Español y Literatura de la Universidad de Córdoba (Montería). Hace parte del Taller Literario “Manuel Zapata Olivella” de esta Institución.

MARÍA DEL SOCORRO VÉLEZ

Nació en Sevilla, Valle. Estudió Comunicación Social y Periodismo en la Universidad Autónoma de Occidente. Dedicó mucho tiempo a desaprender para que sus sentidos contemplen con mirada limpia la realidad y escuchen la música de las cosas visibles e invisibles con el fin de transcribirlas. Tiene cuarenta y cinco años. “Cuando soy de siete”, dice, “juego al poder, y detengo o movilizó la luna según mis pasos”.

ÉDER NAVARRO MÁRQUEZ

Nació en Sincelejo, Sucre. Está incluido en la antología *Relata* 2011. Su poesía ha sido reseñada por los periódicos de circulación regional *El Meridiano* y *El Universal*. La revista internacional *Red y Acción* dedicó un artículo a su poesía en el año 2011. Es miembro del taller “Páginas de Aguas” de Sincelejo, adscrito a *Relata*.

CAMILO SALDARRIAGA

Nació en 1989.

Nota bibliográfica

En la presente antología aparecen publicados los textos ganadores en cuento y poesía en el marco de la convocatoria “Apoyo a mejores textos en talleres de la Red de Escritura Creativa Relata 2014”, del Ministerio de Cultura.

En la modalidad Mejor cuento, de la categoría Mejor asistente a taller, Luis Carlos Mantilla ocupó el primer lugar con el cuento “El todopoderoso” y Octavio Andrés Galeano obtuvo el segundo lugar con “El día que perdí la oreja izquierda”.

Así mismo, en la modalidad Mejor poesía, el premio fue para Mayra Alejandra Díaz con su poema “Babel desnuda”.

Este libro de la Red de Escritura -Relata-,
se terminó de imprimir en Diciembre de 2014
en los Talleres de Linotipia Bolívar,
en Bogotá, Colombia.